MARGINALES DE LA VIDA



ARTURO AMBROGI

MARGINALES

DE LA VIDA



1912
SAN SALVADOR



MC



DEDICATORIA


DE EL SALVADOR



AL SEÑOR DOCTOR DON

MANUEL ENRIQUE ARAUJO

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE EL SALVADOR

A nadie mejor que á Ud., mi ilustre y estimado amigo, podría dedicar este libro. A nadie mejor que á Ud., pues al hacerlo así, cumplo con un deber y satisfago un antiguo deseo. El deber: me lo imponen sus finezas y sus atenciones para conmigo, desde hace algunos años. El deseo: el de que una obra mía quede bajo la egida de su preclaro nombre. Aquí está ese libro, de antaño deseado. Bajo su patrocinio lo pongo, y á su juicio lo confío. Que las páginas que contiene sean juzgadas por un espíritu como el suyo, alto y sereno, en el que las arideces de la ciencia y las cuotidianas preocupaciones de la politica, no han podido agostar las flores del ensueño. Porque en el fondo, aunque parezca paradójico, es Ud., mi querido doctor, un soñador, un intenso soñador. Su labor política lo está probando. Ud., en un terreno ingrato, ha querido hacer fructificar las más bellas simientes de las modernas democracias: sus ensueños, apoyados en sólidos principios científi-



cos, le llevan á la problemática implantación de la República Ideal. Perdone que se lo diga con franqueza: Ud. está conformado para otros países; su mentalidad, su patriotismo, su consagración desinteresada, merecerían, en otra parte, la unánime gratitud, y que la envidia y la infamia, no pusieran en su vida, por nunca, su gota de hiel. Ud. pues, estimado amigo, juzgará estas páginas, robando unos instantes á las atenciones que reclama su ya árdua labor administrativa, opulenta en frutos para el engrandecimiento de la Patria. Ud., que con una modestia poco común, ha ocultado su valiosa actuación en el terreno de la prensa, sabrá lo que una labor como la condensada en este libro representa, y más en un país en que el ambiente no es del todo propicio para esta clase de manifestaciones intelectuales. Recíbale con benevolencia: á Ud. va, llevándole el testimonio de la invariable amistad y alta estimación de

ARTURO AMBROGI.

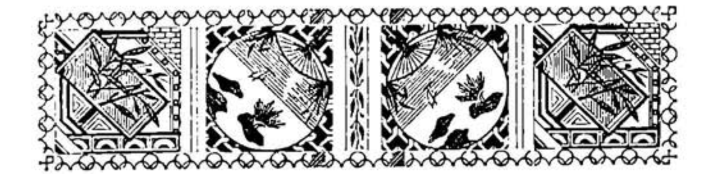
San Salvador, diciembre de 1912.





PRÓLOGO


DE EL SALVADOR



El feliz advenimiento de este nuevo libro de Ambrogi a la república de las letras iberocolombinas, tiene que ser honrosamente celebrado, coronando de rosas triunfales la ya laureada frente del ilustre artista literario.

Marginales de la Vida es uno como muy valioso y raro *bouquet* de flores natías, parisinas y exóticas: un haz brillante de crónicas diversas y amorosamente lapidadas.

Abrid el nítido y odorante volumen por doquiera. Aquí hallaréis una preciada flor, una galante crónica, que diríase que tiene por sedosos pétalos, húmedas y rutilantes estrellas; por sutiles y perlados estambres, rayos de luna en placentera noche estival, y por peciolo, un luminoso manojillo de hebras de la crencha de un sol mañanero. Mas, no intentéis, aspirar la ambrosía de esa flor, que no tiene. Como la magnolia, es bella, pero sin perfume. Y en arte el aroma — el alma — es todo. Es lo único que pudiera yo tildar á este artífice de nuestra hermosa lengua cervantina. Para Ambrogi, sin duda, no hay más pauta que esta: el arte por el arte única y exclusivamente. Para mí, la emoción



estética debe ser siempre de un carácter eminentemente social; de lo contrario, no hay finalidades en el arte. Hay que ser artistas no sólo por la imaginación sino por el alma.

Mas dejando estas reflexiones debajo de los umbrales de este prólogo, sigamos hablando del nuevo libro de este gran estilista, que ha perfeccionado su estilo y enriquecido su acerbo mental.

Hay también en *Marginales de la Vida*, nó sólo bellas y abundosas magnolias, sino matizadas flores donde se hallan, admirablemente vedados, los áspides del ironismo más sutil y sangriento. Si Ambrogi se hubiese consagrado a cultivar en su jardín estas rosas, no tendría rival entre nosotros; porque este mi grande y buen amigo, es de un temperamento artístico francés por excelencia, con el máximo mérito para él de poseer un alma netamente americana. He aquí explicado, de paso, su original estilo, que muy a pesar de hallarse moteado de galiparlismos e incasticidades, tiene toda la belleza y lozanía de nuestros campos en eterna primavera, descritos maravillosamente por él, en su reciente *Libro del Trópico*.

Hallaréis también en *Marginales de la Vida*, aunque pocas, muy pocas, flores de ensueño, y éstas sí que espanden ondas de ambrosía que llegan al corazón.

Es este un libro que deben leer las aristocráticas hijas de Eva. Hecho está para ser desflorado por manos ducales y para ser leído por románticas princesas, cabe las umbrías de un regio jardín con estanques y con cisnes. Nuestras gentiles damas que no militen en las indignas filas del feminismo — matador del hogar y de la vida — deben saborear esta obra de Ambrogi en esas plácidas horas matinales de peinador y muelle apoltronamiento.

También deben leer este libro los hombres, si no con guantes de perfumada cabritilla, como quien se prepara para concurrir á un brillante sarao, a lo



menos en esos minutos de tedio, de tristeza, de fatiga o desencanto, para orear el espíritu con la lectura de sus páginas llenas de luz, belleza y armonía, así como el pasajero abre la ventanilla del tren para anestizar el cuerpo con el paisaje en rotación de cine.

JUAN RAMÓN URIARTE.

San Salvador, Diciembre de 1912.




DE EL SALVADOR



En casa del General Mitre.

La primera vez que ví al General Mitre fue la noche del día en que cumplió setenta y siete años. Gran parte del pueblo de Buenos Aires, — paisanos y extranjeros, — unidos por la fuerza de un mismo afecto y de una misma admiración, llenaba la calle de San Martín (interceptando el tránsito, que en esta calle es activísimo aún de noche), y aglomerados ante el edificio de «La Nación», vivaban al preclaro ciudadano. Formábamos parte de la manifestación varios amigos, intelectuales todos. Nos llevaba allí el único móvil de rendir homenaje al «viejo maestro», á cuyo paso, es un deber de la juventud el presentar las armas, como al paso de un *feld-maréchal.* Cuando el General Mitre apareció en los balcones y saludó á la muchedumbre, los vivas unánimes llenaron el espacio. Las bandas, de pronto, rompieron en el Himno Nacional, que todo el mundo escuchó, sombrero en mano, con religioso respeto.

La música sonaba, enérgica y vibrante, llenando de entusiasmo las almas y poniendo temblores en los labios, mudos por la emoción. El poder



de la música patria siempre es el mismo, bajo todas las banderas, bajo el toldo insondable de todos los cielos. Va derecho al alma, inflamándola, poniéndola de pié; haciendo ver, al proscrito, consoladoras lejanías de patria.

En aquellos momentos, el General, viejo y glorioso, de pie, descubierta la cabeza, visto á la luz de los lampadarios y al reflejo de las sangrientas llamas de las antorchas, se me antojó un Patriarca, por su aspecto venerable y humilde.

Yo le ví de cerca; y mis ojos se llenaron con su imagen; mi memoria la copió tan vivamente, á tal punto que, siendo dibujante, ahora mismo, me sería bien fácil dejar sobre el papel, sin falta de un sólo detalle, con precisión inaudita, aquella augusta fisonomía.

Cuando calló la música, los gritos estallaron de nuevo, al punto de hacerse aturdidores. Una mujer del pueblo, cerca de nosotros gritó: — «¡Viva don Bartolo!» — El grito familiar llegó á los oídos del General, que sonrió afablemente.

Entonces el General Mitre habló; y sus palabras, que los años dificultaban un tanto, eran recogidas, como se oyen y se guardan las palabras de un evangelio. Habló de su gratitud y de su amor al pueblo que, año por año, iba así á victoriarle en ese día; habló de la gran patria, que progresa á pasos gigantescos, y de cuya evolución, él se juzga *uno de los humildes obreros;* de su gloria y de su porvenir. Por último habló de la paz, del crimen imperdonable de una guerra chileno-argentina, «los únicos dos países latinoamericanos verdaderamente constituidos». Excitó al pueblo á abogar con él por esa tranquilidad envidiable, por ese sueño sin turbación, bajo el frondoso laurel simbólico, que engrandece á las naciones y hace libres á los hombres.

Así que terminó, la ovación fué estrepitosa. Nuevamente las bandas entonaron el Himno patrio.



Poco después, como oleaje que se sosiega, la muchedumbre, en silencio, se dispersó. Las antorchas se borraron en lo negro de la noche. Solo los lampadarios de bronce seguían ardiendo en el balcón de honor de «La Nación».



Después de aquella noche, le volví á ver una tarde, á la caída del crepúsculo, atravesando lentamente una de las avenidas de la Plaza de Mayo, camino de casa de su editor Lajouane. Modestamente vestido, envuelto en su *macfarlane*, fumando su cigarro, el ancho sombrero de alas sueltas medio ladeado, dándole el aspecto de un buen burgués que hace su digestión tranquilamente, el ex-Presidente de la República pasaba entre la muchedumbre que cruzaba el paseo en todas direcciones, codeándose á veces con personas que ni volvían la cara tan siquiera; mientras otras (la mayoria), se detenían un momento para verle pasar, le saludaban y proseguían su camino.

Comenzaban á encenderse los faroles. Del río cercano ascendía la niebla como una humareda densa y pesada tras la mole de ladrillos de la Casa Rosada. El pedazo del horizonte que lograba percibirse, se arropaba, como preparándose para el sueño. La ancha Avenida se enfilaba, recta, soberbia, con su cadena luminosa de focos eléctricos y su doble hilera de regios edificios y de árboles marchitos, llena de carruajes y de transeuntes, de ruido y de movimiento, ofreciendo su aspecto marcado de bulevar parisiense. Era la «hora verde» de los bonaerenses.

El General Mitre, como buen citadino, goza siempre de ese delicioso «momento europeo», él, que todavía tiene vivo el recuerdo del Buenos Ai-

res de hace cuarenta años, del Buenos Aires de Rozas, y de *la mazorca* y del cual habla con cierta nostalgia.

***

Algún tiempo después, fuí á visitarle, en nombre de «La Ley» de Santiago de Chile,—diario del cual yo era corresponsal por aquel entonces,—en su tranquila mansión de sabio, donde él vive encastillado entre murallas de libros y de papeles, respetado por todos, por todos querido. Tiene su casa, solariega, pesada, enmohecida por el tiempo, junto al hermoso edificio de «La Nación», propiedad suya, y cuya marcha dirige siempre, tal como el primer día.

Todo el mundo le llama cariñosamente «Don Bartolo».

Yo solicité la audiencia con un día de anticipación, y aún así, contando con su aquiescencia, no dejé de tropezar con serias dificultades.

¡Oh! Al escribir estas líneas, se reproduce ante mis ojos el aspecto de pocos amigos, la mueca insolente del cancerbero del General. Los porteros de los grandes hombres, en su mayoría, son más orgullosos que sus amos. Teófilo Gautier recordaba siempre, y lo consignó así en una de sus admirables monografías, el ceño adusto de la portera de Víctor Hugo; y Edmundo de Amicis, los ojos devoradores del de Alfonso Daudet. La enfermedad es general y extensiva, en grado superlativo, á los de nuestros grandes hombres latinoamericanos.

El de Mitre, que de seguro es uno de los veteranos de la guerra del Paraguay, que adora á su *patrón* y le ha seguido por todas partes desde hace muchos años, es intolerable.



Para ver al traductor del Dante y de Horacio, al historiador de San Martín y Belgrano, hay que pasar por ese duro trance: aguantar el humor de ese *paisano* mal educado, un tanto adiposo, siempre de guardia, á la vera de la gran puerta de cristales azogados en que se enlaza un monograma. Pero esta impresión, agria por cierto, se borra al penetrar en el amplio despacho en que sentado ante el escritorio, el General revisa unos papeles. En otro extremo, trabaja su secretario. Cuando penetré, se retiró cortesmente.

El General es altamente amable.

— «Un momento solamente y seré con usted».

Mientras él seguía escribiendo con mano tranquila que apenas hacía crugir el papel en el «block», yo lo observaba todo, con esa mirada investigadora de miope (sin serlo), con que Dios ha querido favorecerme.

Poco lujo en el despacho; mucha austeridad, sequedad y «confort» de «home» británico. Estantes llenos de libros, desborde seguro de su famosa biblioteca, la más grande y más numerosa de las bibliotecas particulares de América. Sobre un escritorio, invadido de papeles, el busto en mármol del Dante. Sobre las paredes: diplomas, medallones; uno que otro cuadro histórico grabado al acero. Por allí: el perfil augusto de San Martín, ó la patilla altanera de Belgrano. Por todas partes, regados, abandonados: libros, pilas de revistas, diarios desplegados. Sobre una mesita de laka, alcanzo á divisar algunos números de «La Ley» y «La Tarde», diarios chilenos anti-argentinistas rematados.

El General Mitre tiene aspecto sencillo: su levita abrochada hasta el cuello, le da un aire de preceptor en asueto. Se le ve, y á primeras, espontáneamente, se le quiere. Tiene ese don inapreciable. Cuando charla, se anima, como si un prematuro brillo juvenil descendiese hasta él. Su



palabra es lección, justificada por la experiencia y el saber; y se le escucha en silencio. No tiene la monomanía de dar consejo á los jóvenes, tan corriente en muchos otros que no tienen su valer.

La media hora que con él estuve, es para mí uno de los momentos más gratos é imborrables de mi vida bonaerense.

Me habló de Chile y me hizo numerosas preguntas. Tiene por ese país inmensas simpatías, y los recuerdos de su estadía allí — hace de esto ya muchos años — le son altamente gratos.

Bien se ha dicho: «El General Mitre es un grande y viejo amigo de Chile».

Lo es y de corazón; sinceramente.

Me habló de las relaciones numerosas que en Chile dejó, y de sus afectos; y cuando yo le recordé, por un incidente, á mi muy respetada amiga doña Victoria Subercaseaux, viuda del gran Vicuña Mackenna, su compañero de periodismo, hizo de ella y de la mujer chilena merecidísimas apreciaciones.

Recuerda su labor de «El Mercurio», diario de que fue redactor durante algún tiempo, cuando tuvo que emigrar, siendo Rozas dictador. Siempre lo lee con cariño, y con la melancolía que el tiempo presta á esas pasadas cosas.

La guerra le parecía un crimen, y hablando de ella, llegaba á indignarse. Siempre la juzgó imposible, utopía de patrioteros, algazara de diarios en quiebra, ansia de gajes para negociantes sin conciencia.

Mientras él hablaba, yo, apelotonado en mi butaca, le escuchaba con respeto. El ruido de la calle llegaba amortiguado; crepitaban sonoramente los carbones en la chimenea, sobre cuyo mármol negro, bronces artísticos hacían alarde de su vejez acardenillada. Tras los cristales de la ventana cerrada se balanceaba, con ritmo, la rama de un arbusto invernal. Allá, en lo alto, se alcanzaba á



divisar un rinconcito de cielo, muy bien arropado en sus muselinas grises.

Al hablar, su frente se contrae, y su mirada de águila centenaria, tiene brillo y humedades juveniles. Sobre las sienes, cae en bandas la escasa cabellera cana, y la barba, que encuadra el rostro, le da un aspecto venerable. La ancha frente ostenta una cicatriz de guerra. Sobre ese cuerpo enjuto, de regular estatura y proporciones, pero no encorvado, cargan su peso setenta y siete años, todos llenos de luchas, de zozobras, de triunfos, de desilusiones; setenta y siete años llenos de gloria, admirados y bendecidos por todo un pueblo. Su figura, después de muerto, la perpetuará el bronce; en tanto que su nombre, tendrá por relicario el corazón de todos los argentinos.

¿Y este amable anciano es el que ha hecho sonar tanto su nombre por toda la América? — me preguntaba interiormente. Y recordaba que en mi lejano país de Centro América, querido del Sol y besado por dos Océanos, se le admira y se le respeta; y me sentía orgulloso de estar frente á él, verle de cerca, llenarme con sus palabras y guardar en mi memoria toda su imagen (que no volveré á ver tal vez), para más tarde, entre mis compatriotas, á la hora del regreso al hogar tan ansiado, poderme vanagloriar de haber tratado á uno de los hombres más grandes de América.



Cuando salí, la antesala estaba llena de gente que deseaba hablarle; cosa que sucede igualmente todos los días.

El General se disponía á ir al Senado, cuyas sesiones preside, y por cuyos debates se interesa vivamente. A la puerta esperaba su carruaje.

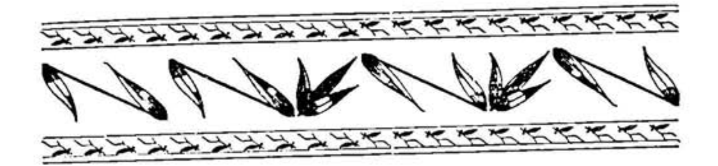


Y al salir, en el vestíbulo, mientras me ponía mi sobretodo y embutía mis guantes, dí un vistazo al temible cancerbero.

Sentado junto á la puerta de cristal, leía la segunda del «Diario», calados los anteojos, roja la naríz, que mordía irónicamente el vientecito de Invierno, apuntado el bigote marcial; y á través de los lentes, me saludó con una mirada ¿de respeto ó de ironía?... no lo sé á punto fijo.

Santiago de Chile, febrero de 1899.





Un almuerzo con Tamagno.

(POR CABLE)

Roma 31 septiembre (6 t.) — «*Ha fallecido en Varese, el ilustre tenor Tamagno*».

«*La noticia de su muerte ha producido en todo Italia gran impresión de duelo*». — LUIGI.

Desde mucho antes, había manifestado á Luis Berisso el deseo ardentísimo que tenía de conocer personalmente á Francisco Tamagno, en la actualidad el «Rey de los tenores» y que en esa época hacía su sexta temporada en el gran Buenos Aires.

Estaba abonado á las delanteras de paraíso de la Ópera. Desde la primera fila de asientos del quinto piso (¡bien alto!), arrellanados en las butacas de un rojo un tanto marchito, algunos *dilletantis,* enemigos de los fastidiosos trajes de etiqueta, escuchábamos religiosamente, y durante los entreactos nos entreteníamos en flechar con nuestros gemelos, á la elegancia porteña que hacía alarde de lujo desmedido. Un exquisito refinamiento parisiense llenaba la gran sala. Parte de las butacas de platea, la ocupaban ramilletes de



blancos hombros, de cabelleras encrespadas, cubiertas de diamantes, de cuellos líricos, como puesto todo allí para romper agradablemente la monotonía de los fraques irreprochables y de las pecheras lustrosas. Claque bajo el brazo, enguantado y perfumado, flameaba por los pasadizos el *cajetilla* Brummel, ó recostado sobre el espaldar de los sillones, vuelta con soltura la espalda al escenario, pasaba revista atenta, enfilaba miradas frívolas ó hacía señas intencionadas.

En un palco *avant scéne* se divisaba la perilla blanca del General Roca, *amateur* decidido, Presidente electo, que á falta del que iba á salir en el próximo octubre y que creía, porque su confesor se lo había dicho, que asistir á la Ópera era pecado, juzgaba de deber hacerse presente en aquel *rendez-vous* de la elegancia y la aristocracia porteña. En las primeras filas de sillones de orquesta, alcanzaba á divisarse la cabellera plateada de Paul Groussac, el talante arrogantemente marcial de Manuel Laínez, director del *Diario*. En un flanco lucía, como luna opaca, la calva ceremoniosa de Vega Belgrano, el lapidario de los *Pensamientos*.



La primera vez que oí á Tamagno, fué en el *Andrea Chenier*, del maestro Giordano; obra entre cuyo ornamento lírico, agoniza un argumento revolucionario, y cuyo marco era débil para hacer resaltar con ventaja, las facultades sobrenaturales del egregio tenor. Sin embargo, el aria *Yo soy literato*, en la escena del tribunal del segundo acto, me dejó honda impresión. Adivinaba la potente voz de Tamagno, inclinándose para poder traspasar el arco calado de una música medioeval. En seguida le oí *Guillermo Tell*. A la hora del himno guerrero, en el tercer acto, estuve á punto de ponerme

de pié, emocionado, fuertemente conmovido. Aquella voz parecía imposible, surgiendo de un pecho humano. Voz de potente fragua, estallido de recia tormenta, despedazamiento de ola furiosa sobre roca potente, erguida como Titán. Después llegó el *Otello*. Y Tamagno es *Otello*.

Recordaba, á cada instante, la frase de un cronista: «Es necesario oir á Tamagno, como hace falta contemplar el mar, para comprender su grandeza».

Y yo comprendía esa inmensidad. Estaba, tímido, ante el León; temeroso, de puntillas me acercaba á interrogar su gran alma tenebrosa.

Del rugido de *Otello*, oí pasar su voz, como recia mano de gigante que se deleita, voluptuoso, en acariciar el casto plumón de un cisne, por las delicadezas temblantes de la romanza del primer acto y el dúo final de *Aída*; de las ternuras de *I Medicci*, la última ópera de Leoncavallo, á las crispadoras delicias del dúo inmortal de *Gli Ugonotti*. Camino de rosas, por la *Africana*, al huerto clásico de *Poliuto*, ó á la música de *Sansón y Dalila*, que desprende vago perfume de sacristía y murmurios de cantos de novicias en el claustro.

Tamagno, tal como era. Enorme, fuerte. Haciendo acurrucarse, temeroso, al espíritu, ante un rugido, ó dándole alas, ante una delicadeza viril.

Pero Tamagno, vestido de seda, perfumado, y suspirando romanzas ó llorando amores, no era el mismo Tamagno de cota de malla y yelmo de acero.

Tamagno es Otello. Es Guillermo. Es Poliuto. Pasa por las arcadas de Giordano, como bajo un arco festonado de rosas. Entra á la capilla bizantina de Saint Saëns, en donde el órgano se queja, para, de rodillas, murmurar una oración, antes de la lucha, cual buen caballero medioeval antes de la justa.



***

Una noche, encontrándome en cama releyendo algunas páginas de *Bel-Ami* (en esos días mi pasión era Guy de Maupassant) Berisso, que regresaba del ensayo de la Ópera, me comunicó que Tamagno nos esperaba á almorzar el día siguiente.

A pesar de la fuga absoluta de mis romanticismos de escritor en agraz, aquella noche no dormí á gusto. Inquieto, molesto, revolvíame en la cama, esperando con ansiedad el nuevo día.

***

Tamagno vivía en un extenso departamento del *Hotel Apolo.* Buscaba tranquilidad en un hotel retirado. A pesar de sus deseos de soledad, se veía constantemente asediado por importunos. Lograban verle solamente los íntimos. La consigna al portero era severísima. Pero ante mi introductor, ante Luis, fraternal de Tamagno, la cara agria se desdoblaba en amable sonrisa, y el gorro dejaba descubierta una cabellera de insurrecto:

— *El señor Tamagno?*

— *Adelante, señores.*

En la salita, toda tapizada de un tono rojizo, los dos grandes espejos recogían la luz de la calle, y en un gran jarrón de porcelana japonesa, las flores hacían fulgir sus frescos colores aterciopelados.

Mientras llegaba el tenor, Luis se puso á hojear unas partituras abandonadas sobre el piano enfundado, mientras yo curioseaba un álbum de retratos, buscando alguna fisonomía familiar. Wagner, adusto: Beethoven, mal humorado; Lizt, borrándose entre la cabellera; Mendelssohn, pálido



y aristocrático; Berlioz, impasible como un Budha...

—¡*Oh, mío caro!* Tamagno entraba acompañado de dos caballeros.

Después de la efusión:

— El señor Ambrogi, periodista chileno.

— El tenor Tamagno.

— El señor Bernabei, Secretario de la Empresa.

— El señor Juan Tamagno, hermano del tenor.

Fuera de escena, lejos de las bambalinas y de las baterías eléctricas, sufría una desilusión ante Tamagno. Bajo de cuerpo; su gordura, entre los amables tapices rojizos de su saloncito, se me antojaba enorme, hasta desproporcionada. Gordura abacial, gordura Pangloss ó Proud'homme. ¿Cómo no ha estallado la maya de Enrico soñador ó la clámide del cándido Sansón? Pero me guardé de esbozar ni tan siquiera á Berisso, mi primera impresión. Luis le ama como á un hermano, hasta el punto de disgustarle, de casi enfermarle, la menor censura á su Francesco. Llegó un día á enojarse seriamente con Rubén Darío, por las leves censuras que éste hizo de Tamagno, durante un entreacto de *Andrea Chenier*.

— ¡A la mesa! Sólo á Uds. esperábamos.

Y presedidos de nuestro anfitrión, nos instalamos en el comedor. Mesa de buen gastrónomo, á la simple vista. Llena de todas esas chucherías que hacen delicioso el «momento». El mantel deslumbrante, oliente á legía, haciendo resaltar el suave color sanguinolento de las copas ó la brillante plata labrada de los cubiertos. En medio: un ramo de camelias rojas y rosas mariscales. En las garrafas talladas, el blanco y el tinto, descomponiendo la luz de cambiantes caprichosos. Sobre los platos, las servilletas parecían pedazos de nieve en forma de estrellas, mostrando su A rojiza bordada en un extremo.

Una galantina de hígado de ganso, exquisita, como preludio. Sopa de crema de espárragos...



Un rico trozo de corbina de Mar de Plata, dorada á la sartén... Pechugas de paloma con trufas romanas... Solomillo de vaca á la Chateaubriand... Era todo un exquisito *Menú*, sazonado con vino especialmente traído por Tamagno de sus bodegas de Varese y el cual sólo los cardenales y otros príncipes deben consumir; la botella telarañosa, mostrando su etiqueta blanca, amarfilada por luengos años de encierro, ó su cápsula descolorida y abollada. El olor de las viandas, mezclábase á la fragancia de las flores.

Y no porque Tamagno sea napolitano, os lo vayáis á figurar propicio para una caricatura Léandre ó una crónica *Asmodée*: un pequeño Garguantúa, ante una fuente de ravioli naufragantes en suculenta salsa, y una gruesa garrafa de *Chianti vechio* ó de *Barbera*, parodiando á un amable fraile de Rabelais. Tamagno es parco en el comer, muy parco. Un trocito de galantina, un filetito de corbina, una pechuga de paloma con trufas, unas doradas papas, de la fuente de solomillo. Hé ahí todo lo que le ví comer. Ni siquiera vino bautizado, ni siquiera *B'boorn*, el agua mineral más inofensiva. Su corpazo, razonablemente, necesitaría mucho alimento: harto *roast-beef*, mucha sangre de viñas. Y el día que va á cantar, ayuna. El se desquita, seguramente, cuando regresa á Varese.

Creyéndome, efectivamente, chileno, me comunicó:

— Ayer recibí un telegrama de Ducci, del «Municipal», proponiéndome contrata por cinco representaciones. Tengo, créame Ud., muchos deseos de conocer *su país*.

Primeramente, traté de hacer comprender al gran tenor que en Santiago sería recibido espléndidamente, y que el público del «Municipal», uno de los más cultos de Latino-América, sabría apreciarlo como él se lo merece.

Después:

— No soy chileno. Soy centroamericano!



— De Venezuela?

— No. San Salvador, Centro-América; entre México y Panamá.

— Ah! Donde se va á hacer el canal?

Y por más esfuerzos, nunca pude hacerle saber donde quedaba ese San Salvador *del canal.* Ni le precisaba saberlo.

— Yo he estado en México, — me decía. — Hermoso país! Y también en Habana. New York me disgustó, y sobre todo Chicago. Esas ciudades *Mammuth* no llego á comprenderlas. Del Sur, no he estado más que en Río Janeiro y en la otra orilla.

La *otra orilla* es el nombre corriente con que los argentinos nombran al Uruguay.

Se habló de arte. Charla á retazos, sin plan fijo, á saltos rudos, entre bocado y bocado, suspendida, únicamente para llevar la copa á los labios ú ordenar al sirviente.

Cuando yo le interrogué por qué no cantaba Wagner, respondió, mirándome muy fijamente:

— Es que Wagner mata los tenores.

En efecto. Gayarre tembló, como un principiante, ante el colosal Tannhaüser. Mazzini, creció y se apagó en el *Spirto gentil...* Me figuro á Tamagno, revistiendo de seda su voz en el dúo del tercer acto de *Lohengrin.* Pobre caballero del Cisne blanco, casi aplastado bajo un colosal derrumbamiento de armonía, como todos los héroes wagnerianos, que hechos son de sueños y de nieblas!

Mi primera desagradable impresión del Tamagno íntimo, diríamos «en bata y en pantuflas», se había borrado completamente... Tamagno es todo lo que se llama un *bon garçcon.* Espiritual, cariñoso, expansivo, franco. Al reír, abre toda la boca, dejando ver la fuerte dentadura blanca, y moviendo los hombros con un *tic* nervioso. La cabeza recia: una cabeza de gladiador; el ojo grande y vivo: pupila azul claro, ahogándose en la esclorótida lechosa. Mandíbulas fuertes, propias

para triturar, como sus *biceps* soberbios y sus manzanas de lobo marino, son hechas para ahogar á un león. Sus manos harían estallar la cabritilla de unos guantes de 8½. En *Otello*, es proverbial el rasguño, como zarpazo, á Desdémona. Tres días duró enferma del brazo una *prima donna*, en Turín, después de cantar con él la obra maestra de Verdi.

Y ese Pantagruel es el que, así fuerte, así como tallado en roble, á hachazos, así repleto por un pecho de fragua, ha pasado por la mesa de reyes y príncipes; el que se ha hecho desear, primeramente, y después aplaudir, en el más orgulloso y localista de los teatros del mundo: la *Ópera* de París. Allá fue á cantar á los buenos franceses el *Otello*. Y los cronistas le llamaron el mejor comentador lírico de Shakespeare. Jean Richepin, rimó un soneto en su honor. Fue íntimo de Catulle Mendes, y de Massenet. Y éste es — seguí pensando — el que ha recreado los ocios imperiales en el Palacio de Cristal de Petersburgo? El que ha hecho salirse de sus casillas, á los flemáticos *habitués* de la Gran Ópera de Berlín, y al que el Kaiser, nuevo Luis de Baviera, ha llamado á palacio, y juntos, en un real capricho, se ha hecho descifrar el *Otello* por el cantante italiano, y ha pedido comentarios, de palabras, de su Wagner hierático. A él le ha felicitado, é ido á oír con devoción, la Reina Margarita de Italia. Él ha estrechado la mano, entre bambalinas, y sufrido las charlas interminables del Príncipe de Gales en su *camerinno* del Garden-Theatre. Él, amigo del Príncipe de Nápoles, condecorado por el Sultán de Turquía, por el Emperador de Austria; caballero de órdenes italianas, españolas, inglesas; querido de los *snobs* yankees, adorado de los italianos; cariño vivo del maestro Verdi. Por donde quiera que pasa recibe ovaciones, y se ve rodeado de palpitantes muestras de admiración.



Cuando cierra una temporada, se retira á Milán, en cuyos alrededores, en Varese, posee una regia quinta. Ese Varese que encantó al gran Taine, y apasionó á Sthendal: un nido de verduras, aguas azules y rocas florecidas.

Pasión entrañable es la que siente por su hijita Margarita, cuyo retrato lleva siempre prendido á la corbata en un medallón esmaltado. Es una linda morenita, de grandes ojos soñadores. Y cuando habla de ella, se humedece su voz de ternura.

Tamagno, como ya lo he dicho más adelante, había llegado por sexta vez á Buenos Aires. El de la Ópera, es uno de los públicos del mundo que más le admira, y mejor le paga, sobre todo.

— Espero venir por otra temporada más, antes de retirarme del teatro. Será la despedida definitiva.

Y se acordaba de que su hermano Juan, en un principio con deseos de dedicarse al teatro y poseyendo una hermosa voz de barítono (que hoy dedica á cantar romanzas de salón), se ha radicado en la gran capital castellana y ha formado un hogar. Siente entrañable cariño por el país argentino.

Cariño que también lo siente Novelli, y lo sintió Gayarre.

A propósito,

— ¿Y de *La Dolores*? — le interrogué.

— Con gusto la cantaría, pero no se podrá hacerlo por falta de tiempo, no de voluntad, como más de algún diario lo ha dicho. Yo la he oído en español, y he repasado la partitura italiana. Es una hermosa obra.

— ¿Y tuvo gran éxito en Italia?

— Alguno. Ud. comprenderá que un país eminentemente productor, como el mío, tiene que ser, por fuerza, eminentemente egoísta.

Hablamos de Gabriel D'Annunzio y su *Citta Morta*, que acababa de traducirse al francés y ser representada por Sara Bernhardt en el teatro de la *Renaissance*.

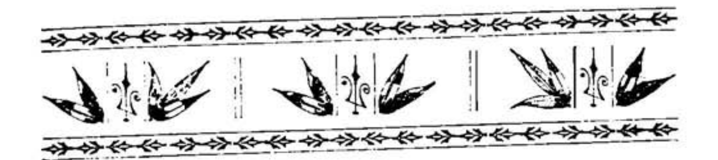
Tamagno sabe y habla de literatura. Su hondo cariño es Stechetti, como el de todo artista italiano, y más de una vez, su voz potente ha jugado á modular, *sotto voce*, una romanza de Tosti. Recuerdo

Vorrei morir...

como un *frú-frú* de sedas, en la intimidad de una tarde de invierno.

Noviembre de 1905.





Con don Ricardo Jiménez.

A MI AMIGO MANUEL CASTRO RAMÍREZ,
Afectuosamente.

Ante todo, hay que estar en autos de lo que es don Ricardo Jiménez en Costa Rica, en cuyas elecciones de primer grado, acaba de triunfar con una lujosa mayoria. Don Ricardo *lo es todo:* es ese hombre intocable, ese que ya está juzgado, ese cuya palabra tiene la firmeza del oro, ese del que no es permitido ni tan siquiera tener la sombra fugaz de una duda á su respecto. Todo costarricense, desde el abogado de consideración y el afanado *business-man*, hasta el carretero que guía su yunta con el primor de un danzante á su compañera de wals, se llena la boca, siente ensanchársele el alma de ingenua vanidad, le brillan los ojos de júbilo, cuando le llama, á secas, «Ricardo», como se le llama á su contendiente, don Rafael Iglesias, «Rafael» á secas también. Solo á don Cleto González Víquez, Presidente de la República, oí llamarle siempre: «Don Cleto»; un «don» cariñoso, afable, á la vez que saturado del respeto que un hombre como aquel merece que



se le consagre. En todos los actos de su vida, hasta en los graves de la política, el costarricense mezcla esa familiaridad cariñosa que hace de su tierruca, la más simpática y *jalona* del Centro de América. A pesar de sus canas, Justo Facio es «Justo», sin más aditamento, para el más insipiente empollador de rimas; y los quevedos diplomático de Leonidas Pacheco, no han logrado hacer que al mencionársele se haga preceder su nombre ni tan siquiera de su título académico. El *tico* vive en familia... y al extranjero que tiene la fortuna de arribar á sus playas, le hace vivir *con ellos*, en encantadora familiaridad. Para *el tico*, don Ricardo Jiménez, sin menoscabar su calidad de *olímpico*, su autoridad indiscutible, su casi infalibilidad tácita, es algo *de casa;* algo de que se habla, y que se muestra con orgullo; algo que se cataloga (para atrapar la atención del viajero) al lado del suntuoso Teatro Nacional, y del Asilo Chapuí. Hace doce años precisamente, cuando de paso para Chile y la Argentina, recalé durante tres meses en San José, don Ricardo compartía su prestigio, su mentorismo, un tanto férrico... y hasta sus *fichas*, con don Cleto González Víquez. Les unía, por entonces, una amistad casi fraternal; juntos se les veía por todas partes; juntos tenían establecido su bufete de abogados; juntos iban, al medio día y por las tardes, á tomar su *cocktail* al «Imperial». Recuerdo muy bien que lo que cualquiera que esos espectables personajes decía respecto de algo, era artículo de fé para todo costarricense — «Lo dijo don Cleto» — «Lo dijo Ricardo» — No había más allá! Aquello era algo sentenciado en última instancia, algo que no tenía apelación posible. Yo recuerdo haberlos visto juntos muchas veces en su rincón habitual, paladeando lentamente su aperitivo, entre las miradas admirativas de los concurrentes *chez* Benedictis. Algunas veces se acercaba á la mesilla de



mármol, al rincón sagrado é inviolable, Zambrana, el grande, el archisimpático, el incomparable don Antonio.

Cuando (va á hacer de ello apenas un año) la suerte... y la aventura, me llevaron de nuevo á Costa Rica, á ese inolvidable San José, que encontré casi transformado en doce años de ausencia, supe, con pesar, que aquella amistad fraternal había concluído. La política había dividido á los dos inseparables. Para romper lazos de amistad y de cariño, hasta lazos de sangre, no hay como la política... y las mujeres. Don Ricardo había roto con «Cleto», como todavía le llama, al recordar, con melancolía, su pasada vida. Era el jefe de la oposición en el Congreso... y de sus labios oí caer, una á una, con sorpresa profunda, palabras de crueldad para su antiguo compañero.

Ya no concurría, á las once ni á las seis, al salón del *Imperial*. Por aquella sala la muerte había pasado, llevándose al buen viejo Benedictis; y tras el mostrador, gallardeaban ahora los negros bigotes de Antonio. Dueño absoluto del patio, emperador de las mesas de mármol y de los anchos divanes de cuero, era Zambrana, á quien solo la muerte hará desertar de aquel lugar favorito, y al que concurríamos, diariamente, á formar corro todos los que, de aquellos labios más que del alcohol de los frecuentes *Martini*, extraíamos un poco de alegría para iluminar nuestras almas abrumadas por las asperezas de la vida.

Allí, en ese lugar pues, junto al «amigo», le ví por primera vez en 1897. Cuando volví á verle, en 1908, fué en el Congreso, en una actitud de Caupolicán manejando la maza victoriosa.

Se discutían acaloradamente, desde hacía largos días, las reformas á la Ley Electoral; y en esa discusión, don Ricardo tomaba parte, únicamente, como director del debate. Hay que tener



en cuenta, que es Costa Rica el único país centroamericano en que están arraigados algunos de los hábitos de la vida parlamentaria moderna. Don Ricardo es el jefe de la oposición congresista, y rara vez toma la palabra. Cuando lo va á hacer, sus admiradores riegan la voz. San José entero se conmueve. Todo el mundo acude al Congreso, y llena sus insuficientes galerías, obstruye sus puertas, invade el enlosado patio, y llevaría su entusiasmo fanático, si le dejaran, hasta agujerear el techo, — «Hoy habla Ricardo» — «Va á hablar Ricardo». — La buena nueva se propala con increíble rapidez, y ese *momento parlamentario*, es de lo más trascendental y característico de la vida política costarricense.

Uno de esos días, frío y nublado de invierno, entreverado de chubascos de lluvia en polvo, uno de esos días de lodosas calles y goteantes aleros, Manuel Castro Quesada, joven y brillante diputado de las filas jimenistas, nos dió, conmovido, la noticia, á Enrique Córdova y á mí. «No pierdan la ocasión. Hoy habla Ricardo». — Y los ojos le brillaban, y le temblaban los labios. La muestra del orgullo del *tico* por su Gran Hombre estaba allí, latente!

Y al recinto del Congreso, á donde todo el mundo se encaminaba como á una Jerusalem, nos encaminamos también nosotros, en unión de dos estimados amigos: don Francisco Castro, Ministro de Nicaragua, y su Secretario don Leonardo Argüello. Cuando llegamos á la tribuna diplomática, ya casi colmada de selecta concurrencia, la sesión se deslizaba monótoma, después de la lectura del acta. Una atmósfera de fastidio pesaba, con pesadez de plomo, haciendo bostezar á los que aquel formulismo impacientaba. Por turno, uno á uno, iban poniéndose de pié, ante su pupitre, diputados jóvenes y fogosos, cuya sola misión, de momento, era quemar los primeros cartuchos, desplegar guerrillas, caldear convenientemente la atmósfera-



para preparar el *momento* á su Gran Hombre. Habló Vargas Calvo, y habló Pelico Tinoco, y habló Castro Quesada, y Briceño, el de *El Noticiero*... y hasta el diputado Guido. Don Ricardo no había llegado todavía, y en el público, nervioso ya, desasosegado por la espera; en los diputados que leían, parapetados en sus sitios, su *Gaceta*, ó tamborileaban sobre el celuloide de sus carpetas, haciendo como que prestaban atención al compañero que hablaba, y á cuyo sonsonete formaba corro el zumbido de las moscas; en las señoras que desde la tribuna diplomática asestaban sus gemelos á alguien del redondel, ó disimulaban, discretamente, alguna tosecilla entre la arrugada batista de los pañuelos; en todos, la impaciencia iba trocándose en inquietud; que poco á poco iba transformándose en un imperceptible rumor de descontento. — «¿Vendrá?» — «¿No vendrá?» — Algunos llegaban á pensar: «¿habrá enfermado?» — Cerca de nosotros, un atildado jimenista, estuvo á punto de sufrir un síncope, tal era su angustia. «Solo por oirle he venido.» — Parecía ser un reproche al Gran Hombre que se hacía esperar, el de aquella voz casi lacrimosa. Los oradores jóvenes, los fogosos guerrilleros, seguían sucediéndose, unos á otros, sin lograr despertar la atención. Nadie les escuchaba. De cuando en vez el rechinar de la mampara de cristales de la Secretaría al abrirse, hacía volver, rápidamente, todas las cabezas. No era El. Un conserje atravesaba la sala para llevar un papel á la mesa presidencial, ó un vaso de agua á un orador atragantado. De pronto se oyó una voz: — «Allí viene». — Un murmullo, que ahogó la voz del diputado parlante, se elevó de todos los ámbitos. El público de la galería cercana al recinto de la Secretaría, se apartaba bulliciosamente, formando valla de honor. Un hombre se adelantaba, sereno, reposado, pisando fuerte, alta la cabeza casi calva, un tanto canoso, abo-

vedada la frente sin arrugas, clavada la vista al frente, sin movimiento los brazos caídos. Era don Ricardo; el mismo del 97. Siempre erguido, con aquel aire de desafío, aquella mirada insostenible, aquel gesto un si es no es altanero. El mismo! Los años habían pasado sobre él sin cambiarle. Y mientras, entre las miradas, los rumores y los saludos se dirigía á ocupar su pupitre, á la izquierda del dosel presidencial, yo veía de nuevo un rincón del *Imperial*, casi penunbroso al atardecer de un día de invierno, y cerca de una mesa de mármol, dos amigos que charlaban, que reían, y que andando los días la política separó, y de los cuales, el uno iba en esos momentos solemnes á pronunciar contra el compañero de entonces uno de sus más tremendos y demoledores discursos.

Esa misma tarde, á la salida, tuvimos la alta honra de serle presentados Enrique Córdova y yo, por el General Villegas, redactor en jefe de *La Información*. Don Ricardo salía de Palacio entre un apretado grupo de admiradores, mientras otros obstruían las aceras y parte de la calle, frente á la *Puerta del Sol*. Cuando don Ricardo se despidió de sus amigos, y saludó á los grupos que se dispersaban haciendo comentarios, acercóse al General, á quien había citado para ese momento proporcionándole la ocasión de que le fuésemonos presentados. La presentación fué hecha y juntos los cuatro nos encaminamos allí cerca, á *La Magnolia*. Frente á un *Martini*, en aquel coqueto y abrigado salón, por cuyas vidrieras exteriores, como sobre una tela de cinematógrafo, desfilaban, vivientes, agitadas, tumultuosas, las siluetas de los pasantes, el futuro Presidente de Costa Rica conversó con nosotros cerca de una hora. Nuestra mesa era el punto espectable del salón. Todo el que entraba, saludaba; y el menor gesto, el movimiento más insignificante de don Ricardo, era seguido por multitud de ojos que estaban fijos en él. Don

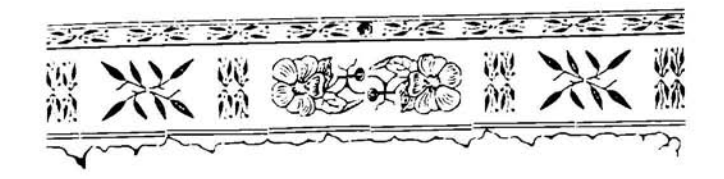
Ricardo parecía no fijarse en esa curiosidad casi impertinente que le rodeaba. Hablaba, hablaba, hablaba. Don Ricardo tiene el dón de la conversación. Es ameno, es variado, es chispeante: un verdadero *causeur*. Aquel aire de desafío, aquel gesto altanero, aquella mirada dominadora, se suavizan, se atenúan, hasta llegar á borrarse, al calor de la intimidad. Don Ricardo hablaba con nosotros como si fuésemos viejos conocidos. Y cuando yo le recordé el lugar donde le había visto por vez primera, doce años antes, y en compañía de quién, ví cómo sus labios se plegaban en una sutil sonrisa, casi una mueca, y como por sus ojos límpidos pasaba un fugaz relámpago de melancolía. Recordábale, tal vez indiscretamente, al viejo amigo, al compañero de niñez, aulas y faenas profesionales, al cual salía precisamente de abrumar con sus rugidos tribunicios, y al que sus áulicos, por de contado, irían á relatar lo pasado, y en cuyos marchitos labios quizás se dibujaría la misma triste sonrisa, y en cuyos ojos, también límpidos, se encendería, breve, el mismo relámpago de melancolía.

Frente á nuestra mesa, un grupo de encantadoras josefinas paladeaba, entre gárrula cháchara, pintorescos alcoholes exóticos, servidos en copas alargadas como cálices y de una fragilidad extrema. Las rosadas yemas de los deditos desenguantados á medias, sostenían los transparentes carrizos de pergamino, y los labios, rojos y húmedos que chupaban la punta, con un gesto de gatita remilgada, hacían pensar en secretas caricias agotantes. Las opulentas boas abrigaban los desnudos cuellos, de deslumbradora blancura; palpitaban, al ligero viento que por las puertas penetraba, las plumas vaporosas de los grandes sombreros. Una risa cristalina estallaba musicalmente, haciendo volver la cabeza á un grupo de jóvenes, que al otro extremo jugaban al *cuchumbo*,

y cuya irreprochable elegancia completaban las corbatas de matices luminosos y las esponjadas flores de las solapas. Don Ricardo hablaba, hablaba, hablaba. Aquel hombre no conoce la fatiga. El doctor Córdova y el General escuchaban religiosamente. Alcancé á distinguir las palabras «jueces», «leyes», «procedimientos», «legalidad». Mi atención... y mis ojos, (perdone el eminente estadista) estaban en otra parte, en aquel adorable rincón, en que una media docena de bocas femeninas azucaraban sus sonrisas en la miel de las mixturas heladas. Los ojos del tribuno, en medio del ardor de la charla, no dejaron de clavarse, más de una vez, fugazmente, en aquella primavera que se ofrecia. El acero tribunicio, es maleable. Las sonrisas de Onfalia encadenaron á Hércules. El humo de un cigarrillo *Maryland* impregnaba el ambiente de acres aromas, que evocaban recuerdos marinos. El crepúsculo terminaba. Los grandes cristales exteriores de *La Magnolia*, se teñían de noche, y las figuras de los transeuntes que los cruzaban por la acera, eran cada vez más borrosas, cada vez más confusas. Los ramilletes de focos florales del salón, se encendieron, súbitamente, sin transición. En la calle, los eléctricos sonaban sus atronadoras campanas. Don Ricardo dejó de hablar, y alzando la copa, sorbió las últimas gotas de su *Martini*. Frente á nosotros, el grupo de josefinas se ponía de pié, ruidoso, bullanguero, prolongando la despedida intencionalmente, entre locas risas, que enseñaban, al absorto grupo de elegantes encorbatados que se las comían con los ojos, unos dientes muy blancos y muy menudos entre los rojos labios enmielados.

Septiembre de 1909.





Ante los escombros del Nacional.

Á JOSÉ MARÍA PERALTA.

Esta mañana, ante los escombros, humeantes todavía, del que ayer no más fuera el *Nacional*, nuestra alma sintió que se cubría de un crespón de melancolía intensa. Ante aquel montón de carbones, de maderas á medio consumir, de láminas de zinc contraídas y agarrotadas por la combustión, de fragmentos de telas ahumadas, de cascotes calcinados, de papeles ardidos y de cenizas hollinosas, ante los pedazos de muros aún en pié, y los pobres árboles chamuscados, todo un pedazo de nuestra vida nacional, todo un poema de intimidad, desfiló ante nuestros ojos, martilleó rítmicamente nuestro cerebro, resucitó en nuestra imaginación escenas y figuras, que la patina del tiempo, corroyéndolas con el vigor y la constancia de un ácido, habían logrado apagar. Con el *Nacional*, consumido por el fuego voraz en el espacio de una hora, se consumen cerca de cuarenta años de la vida de San Salvador. Todos, viejos y jóvenes, contemplamos con la misma honda



tristeza estas ruinas, entre cuyas paredes, encontrábamos de una manera ú otra el lenitivo á nuestros pesares y á nuestras amarguras. Es el buen amigo que se va... para no volver. Nuestro adiós al viejo compañero que se va, saliendo de la vida de manera tan trágica é inopinada, está empapado en lágrimas. Será un necio romanticismo, pero á mí me acontece lo que á Carlos Dickens, al incendiarse un viejo teatro de Lóndres: pienso que en ningún otro teatro (aún en el suntuosísimo proyectado en la plazuela de las carretas) me será dado encontrarme más á gusto, tan «en casa», como en este de tablas que antenoche hemos visto consumirse, rápidamente como una yesca, sin poder acudir en su auxilio, sufriendo con su agonia de llamas, de crepitaciones de brasas, estallidos de cristales y gemir de maderas apolilladas... Era el teatro familiar. Ese mismo que, cuando niños, al cruzar por sus aceras, camino de la escuela, el pesado bolsón de libros á la espalda, se nos aparecía con el prestigio de un sitio inabordable, con el misterio indescifrable de una gruta encantada. Ese, en el que más tarde hemos penetrado por vez primera con la temblorosa emoción con que se recibe algo que al fin se alcanza, y cuya posesión ¡tan soñada! parece mentira. Ese, en el que hemos visto tánto, donde hemos tenido sentada á nuestro lado, fraternizando en la risa, ó en las lágrimas, á tanta gente que, á la fecha, no es más que un nombre esculpido en una lápida de mármol ó en una cruz de hierro del Cementerio, ó que duermen su sueño eterno bajo otros cielos, y al rumor de otros árboles funerarios y piadosos.

¡Pobre teatruchín, tan calumniado, tan visto en poco, tan menospreciado! Hoy, al no verte más, al pasar frente á tu solar abandonado y ruinoso, los que un día nos avergonzamos de tí, los que en momentos de ingratitud te repudiamos, senti-



mos remordimientos de conciencia, opresiones de corazón! — Todos, todos, hemos sido ingratos; hasta los que han tenido para contigo serios compromisos oficiales. Se te abandonó á tu suerte; y tu fin estaba previsto; hasta se deseaba. ¡Pobrecito *Nacional*, destartalado, pintarrajeado como una vieja coqueta, apoyado en muletas, vestido de andrajos! Hemos hecho contigo lo mismísimo que el amigo rico hace con el amigo pobre! Te veíamos de reojo, como una mácula en medio del florecimiento de nuestra ciudad. Y tú, siempre bueno, siempre humilde y sufrido, siempre sonriente en tu caducidad y tu destartalamiento, siempre simpático en tus abolladuras y tus pegotes, atrayente con tus toscos remiendos, como un abuelo que se tiñe el pelo, disimula torpemente sus arrugas, esconde sus antiparras, é intenta abandonar el bordón, para parecer bien; siempre estabas allí, á un paso de nuestros sitios habituales, listo para abrirnos tus puertas desplomadas cuando á ti acudíamos, siempre dispuesto á abrigarnos con igual cariño, comprendiendo tal vez que sobre nuestros desdenes del momento, por sobre nuestros desprecios, por sobre nuestras crueldades de hijos mimados, sobrenadaba un amor íntimo, un cariño especial que se agazapaba en la sombra, como vergonzante, sin osar manifestarse á la luz del día.

Los anales de tu historia, tu hoja de servicios, pobre amigo incinerado, podrían condensarse en una columna de diario. Del día de tu estreno, brillante, estrepitoso, entre dianas, cohetes y discursos oficiales, á la última de tus noches, aciaga, has visto desfilar por tu seno tanta fisonomía nueva, desarrollarse espectáculos tan diversos! La ópera italiana y la zarzuela española, el drama y la prestidigitación, la sesión parlamentaria y la academia literaria, el agape político y la suntuosa recepción presidencial, el mítin de artesanos y el bullicioso baile de mengalas, la fúnebre velada y la



conferencia científica, el concierto de caridad y los *films* cinematográficos. En tu sala, calurosa siempre, bajo tu techo cubierto de abigarradas pinturas, ante los ojos, siempre fijos, del Doctor Dueñas que desde su medallón del proscenio parecía velar sobre tí con ternura de padre, se ha sucedido en etapas, más ó menos brillantes, más ó menos inolvidables, toda la vida de este San Salvador que hoy te llora. Los de antes, nuestros mayores, recuerdan tu estreno. Se representaba una pieza dramática de Pascual Palacios Martínez, apodado *El Licenciado Vidriera.* Era el Tamayo y Baus de aquellos tiempos. Sus versos (¡Dios mío, qué versos!) emocionaron, hasta las lágrimas, á nuestros abuelos, y todavía hay quien, canoso y corcovado, con temblorosa voz, extraiga del fondo telarañoso de su memoria algún arrinconado verso *vidrieresco* para ponérnoslo de modelo de buen decir, gracia y sentimiento ante la invasión de la horda lírica de nuestros días. Ahí mismo, el arte nacional ha hecho sus pinicos, mereciendo aplausos, reprobaciones, ó risas. Ahí surgieron á la vida efímera, para caer luego en el olvido más absoluto, las *Dos Rosas,* de Francisco Galindo, ese hermosísimo talento fracasado, los *Misterios del Hogar,* de Gavídia y Mayorga Rivas, la *Tragedia de Morazán,* de Chico Díaz, el *Ursino* y el *Júpiter,* en los que Gavidia sienta las verdaderas bases del drama nacional. En tu recinto hemos oído la voz de nuestro querido poeta Cañas declamar sus melodiosos versos, y á Chico Castañeda, con gallardo continente y cesura académica, leer sus estudios literarios. Por allí pasó Rubén Darío, imberbe, soñando con la gloria; y allí mismo, bajo tus bambalinas medio comidas por las ratas, entre tus bastidores resquebrajados y á la luz de tus abolladas candilejas, ha vibrado la voz de oro de María Guerrero, la cual todavía, á través del tiempo transcurrido, canta inefablemente en nuestros oídos como



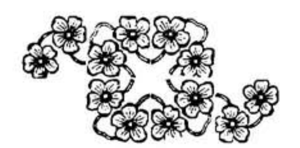
en el hueco de un caracol marino perdura el rumor de la ola. Y tras María Guerrero, Antonia Arévalo, la de los grandes ojos aterciopelados que miraban como ningunos otros ojos mirarán en la vida. Sobre tu tablado cojeó su gloria el gran Vico, agonizó la *Locura de Amor* Fernando Díaz de Mendoza, rugió el Menelik de *Tierra Baja*, Francisco Fuentes, y Sánchez de León, consoló á Margarita Gautier en medio del humo de su puro sempiterno y de su tosecilla seca de alcohólico. ¡Cuánta imagen querida se consume entre las llamas de tu hoguera! ¡Cuántos recuerdos emprenden el vuelo, y se pierden en el espacio, entre los apestosos remolinos de humo! De hoy más, tú mismo, no serás más que un recuerdo, agudo hoy que la catástrofe está reciente, atenuado luego por el correr de los días y la novedad cambiante de la vida, para finalizar como todo, para no ser más que una fecha en la cronología nacional.

Yo, que tanto te calumnié en vida, yo, cuya pluma, de muchos años ha, te trató siempre de despiadada manera; yo, que te hice objeto de mis bromas y aliciente de mis risas; yo, que en despiadado artículo increpé al fuego porque tardaba en hacer presa en tí, que nada me habías hecho; yo, que renegaba más que nadie de tí, y que sinembargo te buscaba con más frecuencia que nadie también, hoy que el fuego ha concluido contigo, purificándote de toda supuesta mácula, hoy, que apoyado en la baranda del Parque de Morazán, contemplo tus escombros humeantes todavía, no puedo menos de sentir remordimiento, de hacer acto de contrición, como ante el difunto se deponen los odios de la vida.

Y sobre ese montón de carbones, de maderos á medio consumir, de láminas de zinc contraídas y agarrotadas por la combustión, sobre esos fragmentos de telas ahumadas, de cascotes calcinados, de papeles ardidos y cenizas hollinosas, ante esos

pedazos de muros aún en pié y esos pobres árboles chamuscados, derramo mi puñado de siemprevivas, como sobre la tumba de un nuevo ser querido que ingresa en el santoral de nuestros recuerdos.

Febrero de 1910.





El General Mansilla.

No hay cosa más agradable, á veces, que ponerse á trashojear periódicos, á recortar las páginas de revistas, olorosas aún á tinta fresca; pero esos periódicos, pero esas revistas, que la espátula desflora despaciosamente, tienen que ser, para que el agrado sea total, de lugares en donde uno ha residido, y á los cuales nos ligan para siempre los recuerdos.

Ayer tarde, dejando á un lado el ejemplar de *Sous-Offs*, de Lucien Descaves, que estaba leyendo, rompí la faja de un paquete de periódicos argentinos, y me puse á trashojearlos. Recorriendo las páginas, nutridas de lectura, registrando hasta el último rincón de las columnas apretujadas, buscaba firmas conocidas; y cada nombre íntimo que atrapaban mis ojos, me hacía meditar un largo rato. La melancolía punzaba en mi alma..... ¡Doce años de entonces acá! Doce años! ¡Cómo habrá cambiado Buenos Aires! La gran capital de habla castellana, al través de esos efímeros breviarios de su vida tumultuosa, de esos registradores de sus grandezas y de sus miserias, se me aparece ahora como una desconocida. Creo que si una mañana de estas cayese, por arte de encan-



tamiento, en una de las dársenas, ó en la Estación de Palermo, no sabría qué hacer en aquella inmensa Cosmópolis que un día llegó á serme familiar.

Al desplegar un número de *El Diario*, de Manuel Lainez, en una de las tantas páginas, he tropezado con un nombre conocido, al cual rodeó la leyenda y en el que hizo presa la murmuración, y que en mis días de Buenos Aires constituyó uno de mis afanes el conocerle. Es el nombre de Lucio Vicente Mansilla, general, literato, diplomático, *sportman*, una de las viñetas de los bulevares parisienses, y la cual sería una temeridad clasificar entre los bárbaros de los *Trains de Luxe*, de Abel Hermant. Esa viñeta del bulevar parisino, convertíase en nota culminante de la vida social bonaerense al ser trasplantada á la calle Florida.

Yo había oído hablar muchísimo de él en los centros que frecuentaba. En el *Ateneo*, Rubén Darío me había dicho de su gran amistad con el Conde Robert de Montesquieu Fesenzac, y de su vida mundana, más que de su labor literaria, avivando con ello mi curiosidad por conocerle. Como dije un poco más arriba, su nombre estaba rodeado de cierta aureola de misterio... y de pecaminosidad. Había sido amigo de Oscar Wilde, y de los que, leales al gran poeta inglés, sacrificado por el puritanismo, se echaron en hombros la tarea de defenderle, cuando el suntuoso evocador de *Salomé* fué preso y difamado. Había cultivado estrecha amistad también con ese otro gran infortunado que se llamó en vida Paul Verlaine, y hasta llegó á anunciarse en la prensa, que un libro del viejo general trasatlántico, sería prologado por el evocador de las *Fêtes Galants*. Había frecuentado los altos salones parisienses, y tenido duelos ruidosos, aventuras de amor dignas de los Decamerones. Mis amigos me contaban de él algunas de esas anécdotas, que me hacían pensar, no ya en un Sade



(que no lo era) ni mucho menos en un Casanova; pero sí, al escuchar esas historias, revivían en mi memoria las escenas de las *Sonatas*, y creía reconocer en él, al hermano, si no al propio Marqués de Bradomín. En esos días, era Ministro en Alemania; se hablaba con orgullo de las deferencias del Kaiser hacia el diplomático argentino; pero lo que hacía sonar su nombre más ruidosamente, lo que le salpicaba de escándalo, era un libro que sobre su tío don Juan Manuel de Rozas, el injustamente vituperado Rozas, acababa de publicar. Era un hermoso libro, á la vez que de justificación, de condenación. El gesto era soberbio, desde lo alto de la sociología, de la psicología, de la filosofía de la historia, de lo que se quiera: era el verdadero Rozas, el que por aquellas páginas desfilaba, entre prestigios de estilo y amenidades de relato. La madre de Mansilla, en esos días de ruido periodístico y de rumores de corrillo, enfermó gravemente. Era una anciana señora, hermosa, totalmente hermosa, bajo el casco de nieve purísima de sus cabellos. Yo la vi una tarde en Palermo, acurrucada entre pieles en el fondo de su victoria. Era una hada á la que los años no se habían atrevido á tocar: con sus noventa y tantos años, su piel era tan rosada, tan fresca y tan tersa como la de una muchacha; sus labios sonreían juvenilmente, y en sus ojos, negros, no se había apagado aún el fuego sagrado. La señora de Mansilla veneraba la memoria de su hermano, el gran ex-Dictador. El infame libro de su hijo, los papeles comprometedores que éste, imprudentemente, encerraba, el escándalo que á su alrededor se levantaba, la hicieron enfermar. El hijo, abandonó precipitadamente su Legación de Berlín, y corrió al lado de la madre. Su llegada á Buenos Aires produjo la natural curiosidad. Los diarios hicieron derroche de información, y las ilustraciones mandaron sus *kodaks* al puerto. Era el hombre del día. Todo

Buenos Aires se preocupaba de la actitud de la madre ofendida en lo más sagrado, ante el hijo que llegaba contrito, arrepentido tal vez. Pero la madre, de temple espartano, no perdonó al hijo; no le perdonó ni en el instante supremo de la muerte. No sólo no le perdonó, sino que llevó su rencor hasta no consentir que la viese. El beso final é intenso, el hijo lo depositó sobre la frente helada, sobre la que los blandones funerarios ponían angustiosos toques.

En esos días de dolor fué cuando le ví pasar, una tarde, frente al Tortoni, de la Avenida de Mayo. Yo me encontraba sentado con algunos amigos en una de las mesillas de la ancha acera, haciendo mi habitual consumación. Larga, interminable fila de trenes de lujo desfilaba por la ancha calzada camino de Palermo. El sol hacía lucir los arneses, y en los cristales de los faroles ponía deslumbramientos diamantinos. Sobre los pescantes, los lacayos ostentaban su gravedad de reyes de bastos, y en las cajas lustrosas, entre pieles mullidas, sedas opulentas, detonaciones de flores, cabrilleos de joyas, las bonaerenses sonreían quién sabe á qué ó á quién, tal vez por solo hacer brillar, como el filo de un estilete ensangrentado, sus finos labios coloreados por el penetrante frío invernal. De pronto, frente á nuestra mesilla, atravesó un caballero, envuelto en un entallado y riguroso *ulster* negro, la chistera del mismo matiz del abrigo, echada con distinguida negligencia sobre las cejas. Caminaba despacioso, con una afectada solemnidad, como si el peso de su duelo le abrumara. Sobre su pecho, ancho como el de un coracero, caía una larga y poblada pera cana, á lo Ponchielli, en la caricatura de Mario Bettinelli. José Ingegnieros me tocó el brazo, é inclinándose á mi oído, oí que me decía:

—Ché!...... El viejo Mansilla pasa! Mírale.....

Todas nuestras miradas convergieron, súbi-



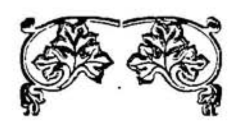
tas, como atraídas por un imán, hacia el caballero que se acercaba, despacioso, grave, enlutado, y que pasó frente á nosotros sin dirigirnos tan siquiera una rápida ojeada. Hay que hacer constar en descargo del General Mansilla, que José Ingegnieros no era entonces, en el año de gracia de 1898, el sabio de fama mundial que es ahora. Si bien había escrito la *Mentira Patriótica*, que había ofendido el *chauvinismo* argentino y escandalizaba á la burguesía porteña con sus tremendas prédicas anarquistas desde *La Montaña*, el autor de la *Simulación de la Locura*, el amigo de Lombroso, no apuntaba en él todavía. Fué en esos días cuando bendijo, en soberbia prosa, el puñal que hirió de muerte á la pobre Elisabeth de Austria, y hacía la *pose* en el Luzzio y Aues Keller, pontificaba en nombre de los ritos de *La Siringa*, y crucificaba á *titeos* al pobre y buen Sussans. Vivía con su padre en uno de los pasajes de la calle Rivadavia, y cobraba por firmar, semanalmente, el recetario de una farmacia cualquiera. Ni Alberto Ghiraldo había salido de *El Sol* para la cárcel y la persecución convertido en *leader* del partido socialista, ni José León Pagano había hecho sonar su nombre, triunfalmente, en Italia. El General Mansilla pues, pasó sin fijarse en nosotros. En aquel momento, todos los alfileres del *titeo* bonaerense zumbaron, como avispas, y se clavaron á las espaldas del viejo que se alejaba ceremonioso. Buenos Aires es el inmenso laboratorio del *titeo*, de la formidable y perpetua tomadura de pelo. Se vive... con tijera en mano en las redacciones y en los cafés. Hasta la seriedad del *Ateneo* se veía profanada por esa ola de burla irrespetuosa, que en su remolino avasallador se llevaba envuelto todo, todo, todo, hasta lo más sagrado. Aristófanes disfrazado de Juan Moreira.

Así recuerdo al General Mansilla, ahora que la casualidad de un trashojeo de periódicos hace



caer mi vista sobre su firma, al pie de una sabrosa *causerie* parisiense. Así le veo desfilar ahora por mi imaginación, como en aquella tarde de invierno desfilaba frente á nuestra mesilla del Tortoni, entre los trenes de lujo que iban á Palermo y el tumulto de la gran arteria bonaerense, llevando gravemente el peso de su duelo, entre las miradas de los curiosos y los comentarios de los corrillos. Así le veo de nuevo, cuando con el diario desplegado sobre las rodillas, entrecierro los ojos y acaricio con voluptuosidad el recuerdo evocado; así le veo atravesar la acera, acribillado como un San Sebastián, por las más finas y más mordientes zaetas del *titeo* juvenil.

Abril de 1910.





Leopoldo Lugones.

Fué el mismo autor de *Las Montañas del Oro* quien, poco antes de conocerme personalmente, y en un horroroso artículo de degollación decadentista (un estupendo *massacre*) me llamó: «la Señorita Azul»; y, en medio de estallidos de bengalas de *humour* y de fuetazos sangrientos sobre los lomos réprobos, me hizo cargar con un inmenso fardo de baratijas multicolores de buhoneros literarios, cuando en aquel entonces mis pobres hombros apenas soportaban el peso abrumador de mis propias bisuterías.

Esta fué en un tiempo mi desgracia. Por América, mi pobre nombre, rodó, traído y llevado en medio de burletas y de bromas á la llamada *escuela decadentista*, como que si yo tuviese la culpa de que otros delinquiesen. Hasta hubo caricatura de periódico guasón que me sirviera á sus lectores, como *entremets* cómico, vestido de bonzo japonés, oficiando devotamente ante un Budha invisible. Bonita gracia!

En mi país, idiota, necio, fuí yo quien en una época no lejana soportó todas las necedades colo-



rísticas; y la gente, la calificada *culta*, *sensata*, porque sabe esconder con más ó menos habilidad la punta del rabo, me llamaba «el decadente», sin saber que significaba eso, si era bueno ó si era malo, si era amargo como la cicuta, ó dulce como el azúcar del ingenio «El Angel». Y en la prensa, no se diga. Estaba, y está todavía en moda en nuestros diarios mozambiques, parodiar las composiciones alambicadas de los jóvenes, y payasear, tan burda, tan torpemente, que dan grima, y se sienten impulsos de llevarse la mano á los bolsillos del chaleco y arrojarles un real en su pandereta, como á los zíngaros que hacen bailar á los osos noruegos ó saltar á los monos de Nicaragua.

Aquella «manera», exquisita y peligrosa en su fuente francesa, aceptable en la adaptación castellana por medio de un cultivo discreto; pero chocante y empalagosa en su exageración, muchas veces inconsciente, fué, en lo tocante á mí, una primera «factura», una pura gimnasia intelectual para ayudar al desarrollo de los músculos; un simple reconocimiento del terreno; un esfuerzo de orientación, en fin. Creo que si los que se entretuvieron un tiempo en atacarme *al ojo* y tirarme chinitas, hiciesen hoy un análisis de mi primera manera y de la actual, verían que de aquella no queda sino lo que debía quedar, lo asimilable sin perjuicios. Para aquellos, seguramente, la ley de la evolución es una pamplina, como otras tantas, y según los mismos *monos sabios*, mi *yo* de catorce años, el de los *Bibelots*, de la primera época de *El Fígaro*, y de la *Canción del Champagne* vertida al inglés, tiene ineludiblemente que ser el mismo de los veintisiete años, y el mismo hasta mi vejez (si Dios lo permite), y no sufrir transformación alguna.

Lugones me había asaeteado en un artículo, el cual, recién llegado yo á Santiago de Chile, me hizo



conocer una noche en *La Ley,* uno de sus redactores, Marcial Cabrera Guerra.

Aquello de «Señorita Azul» me hizo muchísima gracia, como á todos mis recientes amigos. Por aquel entonces no tenía en la cara ni un solo pelo de barba, ni la promesa tan siquiera, ni había logrado votar el pelo de esa timidez provinciana con que nacemos los *ciudadanos libres* de estas tierras intertropicales. Una «Señorita Azul»! Me hacía buenamente reír; y uno de mis amigos, aprovechando la ocasión de hacerme broma, me mandó bajo cubierta de la Casa Prá, un par de guantes de diez y ocho botones, «para mi uso».

Y como la casualidad dispone, quiso que la segunda persona que yo conociese á mi llegada, en enero del 98, á Buenos Aires, después del festivo escritor español Casimiro Prieto, fuese cabalmente Leopoldo Lugones.

Me lo habían pintado sus admiradores en Chile, como un «ogro» intratable, intolerable. Había leído todo lo suyo que hasta entonces había caído en mis manos, en cuenta sus *Montañas del Oro,* y le encontraba admirable, uno de los escasísimos espíritus originales de esta América agobiada por el *pastiche* de trastienda. Entonces redactaba *La Montaña* con José Ingegnieros, otro espíritu brillante, y hacía el anarquista ultra *enragé.* Pedía la horca para el burgués, la dinamita para la tiranía, la guillotina para los cuellos de lirio de las grandes damas bonaerenses, y la picota para los Príncipes de Sagán de la calle de Florida. Y todo en hermosos artículos, llenos de nervio, de impetuosidades juveniles, de orgullo indomable. Pero en ellos despuntaba «el verdadero intelectual», á través de tanta llama y tanto escombro acumulado.

Figuraos mi temor de encontrarme con él. Creía que no se me presentaría nunca la ocasión de conocerle, y hasta si tal llegase á suceder, proyectaba rehusarla.



Casimiro Prieto, la noche que estuve á verle en su casita de la calle de Alcina, *home* en que al amor del afecto se echan fuera todas las nostalgias roedoras, me hizo ver lo necesario que me sería crear buenas relaciones entre el círculo de hombres de letras, que es numeroso, y para iniciarme en él dióme una carta para Luis Berisso, que sería para mí, según me dijo, y después se confirmó, un insuperable y culto *cicerone*.

Al día siguiente, por la mañana, me presenté en casa de Berisso, en la avenida Santa Fé, donde entonces vivía el autor de *El Pensamiento de América*. En su despacho, al que me hizo entrar una sirvienta, un caballero, sentado al escritorio, se ocupaba en escribir. Cuando penetré, levantó la cabeza rápidamente, y tras los espejuelos brilló una mirada aguda y negra. Me miró y volvió á escribir sin preocuparse más de mí.

—Es usted don Luis Berisso? — me atreví á interrogar.

Vuelta á mirarme fríamente, esta vez como examinando al tipo que se atrevía á interrumpirle en su trabajo.

— No, señor. Berisso anda por el interior; ya vendrá. Siéntese y espérelo un momento.

Y siguió crugiendo la pluma sobre el papel. A su espalda, una ancha librería labrada dejaba ver tras los vidrios los tomos de cuero de los volúmenes enfilados correctamente. Aquella persona me molestaba con su absoluta indiferencia. Observé el perfil, y era de un corte austero y montaraz. ¿ Quién sería?

—Es usted hermano de don Luis? — me atreví á preguntar.

—No, señor: soy su amigo únicamente.

Y esta vez ni siquiera levantando la cabeza, pero con un sacudimiento de hombros que denunciaba impaciencia.

Yo estaba nervioso, y poniéndome de pie, co-



mencé á examinar uno de los tantos grabados que decoraban las paredes. De cuando en cuando, con el rabillo del ojo, no dejaba de dar un vistazo, un lancetazo mejor dicho, á «mi hombre». Seguíase oyendo el *crac - crac* rudo y rápido de la pluma; y á mis oídos, confuso, apagado, llegaba el rumor del ruidoso tráfago de la gran avenida cercana.

La espera me iba resultando larga, un tanto estorbosa, y deseaba salir de ella de cualquier manera.

Tomé un diario que sobre una mesita estaba, y sentándome de nuevo, intenté leer. Pero por sobre *La Nación* desplegada, olorosa á papel recién impreso, seguía mirando al escribiente. Era de tez morena, la nariz azteca, los ojos hoscos, montaraces como dos panteras negras en acecho bajo los arcos espesos de las cejas; bastante ancho de hombros y el cuello toruno; la barba, recién afeitada, brotaba por las mejillas y el cogote en una tupida canutería azulosa, que amenazaba comerse el rostro; el cabello recio y negro, desordenado, dejando caer algunos mechones sobre la frente; la mano que empuñaba la pluma, enérgica como si apretase un sable, despatarrada y nervuda en forma de araña que discurriese sobre las cuartillas á su antojo.

La entrada de Berisso me sacó del apuro.

—El señor te busca—le dijo, presentando al fin la cara, una cara de oso joven. Sus ojos color de tinta, brillaban bajo los arcos de las cejas pobladas con intensos brillos metálicos.

—Decía usted, caballero?

Como en las inocentes é interminables novelas del buen señor Pérez Escrich los protegidos de los condes indispensables, saqué del bolsillo la carta de Prieto y se la entregué á aquel señor gordo y blanco, rebozando salud y que ceceaba un tanto al hablar....

El "gaucho" habia dejado de escribir y paseaba sus miradas á lo largo de mi persona,



mientras con el cabo de la pluma se rascaba la frente. Yo me hacía el desentendido. ¡Si te pillara!

A las primeras líneas de la carta, Berisso sonrió y estrujando el papel dentro del bolsillo de su americana, me estrechó la mano fraternal y cariñosamente, y dirigiéndose al otro, le dijo:

—Lugones, voy á presentarte.... á don Arturo Ambrogi.

El ogro, devorador de decadentes, me miró más fijamente, sin alterarse (no había por qué) y sonriendo, se puso de pie:

—Cuanto gusto. Vaya una rara casualidad!

Y no hubo nada, como al final del trajinado soneto de Miguel de Cervantes.

Al poco rato de conversación, el «ogro» de Mario Centore, el de *La Montaña* de gorro lacre y escarapela negra, no era tal «ogro», sino un muchacho encantador; su voz ronca y enérgica, un vozarrón lleno, sonando á clarinada, y el estallido de sus anchas risotadas, llenaban la casa de franca alegría, y el ánimo se disponía á la familiaridad y al cariño espontáneo.

Me confesó su ataque. Yo le dije que lo había leído; pero que entre el puyoncito en cuestión y *Las Montañas del Oro*, me quedaba con estas, colosales, aplastantes, como los Andes que acababa de atravesar en carruaje.

Cuando me despedía, la sirvienta anunció que el almuerzo estaba en la mesa, é instado por el dueño de la casa, fuimos á ella. Desde ese momento, le encontré todos los días en casa de Berisso y nos sentamos á aquella mesa, inolvidable, sitio de charlas crepitantes, sin método; de lectura de sobremesa, de disecciones literarias, de disputas acaloradas; mesa por donde ha desfilado casi todo lo intelectual de Buenos Aires, y en donde todo escritor extranjero, junto con el buen vino en su vaso, vierte el cordial de la amistad franca y



desinteresada, que se le ofrece sin ambajes. Se llega al hogar de un compañero.

Lugones era uno de los asiduos de la casa del traductor de la *Belkis* portuguesa, junto con Eduardo de Escurra, siempre filosofando, de irreprochable traje negro y el lazo de la corbata muy *dandy*, citando á Haeckel á cada instante y tirándose de las guías de los rubios bigotes enarcados; con Rubén Darío, en vísperas de una gordura canongil, avejentándose día por día, pero siempre joven y pimpante en su poesía y en su prosa, siempre encantadora y opulenta — Rubén, leyendo siempre con aquella su manera lenta y acompasada, como si siempre declamase un alejandrino huguesco, cuyo ritmo marcaba la mano libre. — Por allí se asomaba también Arturo Berutti, el maestro de *Yupanky* y de *Pampa*, el autor de las mejores óperas que se han escrito hasta la fecha en toda América, con una cara un tanto parecida á la del Wagner del año 50, siempre quejándose del público y de su indiferencia y siempre en el trabajo, incansable, tenaz, corriendo tras la gloria, pues el bienestar ya lo poseía. Berutti casi siempre llegaba con el doctor Sicardi, el autor de *Un Libro Extraño*, cinco ó seis volúmenes que no desmienten su título, y en el que hay páginas verdaderamente asombrosas, de un realismo digno de un Pereda que fuese incorrecto y fecundo. Luego toda la pollada intelectual, que iba á sentarse á aquella mesa, á calentarse al amor del gas de aquella lámpara, que tenía la propiedad de atraerlos, como á las mariposas la llama.

Desde aquel memorable día fuimos Lugones y yo grandes y buenos amigos, no como en las autógrafas oficiales, sino sencillamente, como dos compañeros de galera, con la diferencia, y bien enorme por cierto, del valer y del poder de él.

No hay nada de rudeza en él cuando se le trata íntimamente, aunque el que le vea por pri-



mera vez le tema y se le antoje un «intratable», como á mí me sucedió. Tiene un fondo de *bonhomie*, propio del criollo; un alma en que se mezclan la rudeza del gaucho, indomable y rebelde, enorme como su pampa sin límites, fuerte como los torsos de sus Hércules indígenas, y los refinamientos y las complicaciones de un selecto espíritu moderno. Al verle así, buen muchacho, franco, riéndose con todo el cuerpo, como los negros, se piensa en el fatídico profeta de *La Montaña*, el mismo que pedía la dinamita y la tea para los palacios de su gran ciudad. En aquel tiempo, el periódico socialista no se publicaba más. Lugones se había casado; tenía una hija; se rodeaba de libros, atrincherándose tras ellos, y se quedaba en el hogar, tranquilamente, en vez de ir al *meeting*, de lanzar manifiestos sediciosos y amenazar con un descabezamiento general á los burgueses de la *city*. Había escrito en *La Biblioteca*; Paul Groussac, el Taine de Buenos Aires, había certificado la «buena ley» del oro de su talento, y *La Nación*, el primero de los grandes diarios burgueses, como si dijéramos *Le Temps*, de París, aunque más opulento, le pagaba artículos. Allí leí uno sobre el Domingo de Ramos, verdaderamente superior. No huía del anarquismo; pero no era ya el ultra *enragé* de antes; era más intelectual, más teórico que vocinglero. Sólo Ingegnieros persistía, y creo que persiste aún. Cuando el asesinato de la Emperatriz de Austria, nos escandalizó con un bellísimo artículo, publicado en un diario anarquista, en el que justificaba al asesino de la pobre Elizabeth, y bendecía, con cinismo revolucionario, el puñal redentor. Lugones no hacía eso ya, ni por sueño. Se aburguesaba. Juntos íbamos algunas veces á Palermo, en victoria, y Berisso y yo no veíamos brillar de odio sus ojos tras los cristales de los anteojos, ni plegarse sus labios en horrible mueca de desprecio ante el regio desfile de trenes. Más de alguna de



aquellas caritas habría empalidecido mortalmente entre sus pieles y sus sedas al saber que aquel señor de chambergo café y anteojos claros que pasaba á su lado, era el que tanto las aborrecía; y en su terror, hasta hubiera creído adivinar bajo su paletot, de un color arronronado, el bulto de alguna bomba. Se había retirado de *El Tiempo*, después de una reyerta con Vega Belgrano, y escribía en *La Tribuna* folletines semanales que le pagaban muy bien. De cuando en cuando, nos leía alguna cosa antes de publicarla. Es una de las muestras de cariño y de confianza que él da á sus amigos, á muy pocos. Como á Rubén Darío, le gusta leer sus originales antes de entregarlos á las cajas. Así, en casa de Berisso, ó en su departamento de un tercer piso de la calle de Balcarse, ó en su oficina de la Secretaría de la Sub - Dirección de Correos y Telégrafos, fue como conocí casi todos los capítulos de su nueva obra *La Guerra Gaucha*, epopeya de la guerra de la Independencia, la Ilíada del gaucho indómito. Aquellos relatos, que leía con su voz fuerte y resonante, sobrecogían, emocionaban, pasmaban. El día, no lejano, en que ese libro se publique, América tendrá su primer libro original; es decir, un libro que es toda ella; lleno de los grandes alientos de sus selvas vírgenes, de los rumores de sus torrentes desbordados, de los fulgores de sus cielos impasibles, de los olores de sus grandes carnicerías y de los brillos de sus formidables incendios. Fuera de esa labor, su colaboración en los diarios era continua. En el estudio empleaba los instantes libres del día, y por la noche, cuando no iba á los teatros, ó después de su rato de palique en el salón de tertulia del Ateneo, ó de una tasa de thé en un rincón favorito del Aués Keler, se doblaba sobre los libros. Lee muchísimo, y de todo. Recuerdo que un día le encontré leyendo un tomo de mágica negra; y en un centro, dió una confe-

rencia sobre algún punto de teosofía, que la gente entendida en la materia celebró muchísimo. Es intransigente es sus juicios, personalísimo en sus apreciaciones, y su gusto es incomprensible. Queda todavía en esto algo del antiguo demoledor. Desdeña ciertas doctrinas modernistas, y se ríe de la mayor parte de los maestros jóvenes que consagran los círculos y las asambleas de cervecería. Él hizo caer muchos, muchos de mis ídolos, desvanecerse ó atenuarse muchas de mis injustificadas pasiones. Muchas de ellas tenían su origen en la galería de maestros que pinta, con talento é inusitada brillantez, Enrique Gómez Carrillo, y ante los que todavía gran parte de la juventud americana, que no quiere estudiar, se pasma y hace de ellos guías espirituales y de sus obras, breviarios indispensables. Al lado de Lugones, en su contacto íntimo, cualquiera se contagia. Al salir de Centro-América, conocía, me sabía casi de memoria, á Bourget y á Catulle Mendes, traducidos cochinamente, y desconocía en absoluto otros que no merecen ese olvido, *verbi gratia*: Paul de Saint Víctor; pero en *su fuente*, en su francés impecable é inimitable. El fué quien me hizo conocer *Hommes et Dieux*, esas monografías sorprendentes, sobre cuyas páginas, como dice muy bien Pompeyo Gener, se pasa la mano esperando sentir el relieve. Está al corriente del movimiento científico y literario universal; lee las últimas revistas francesas é italianas, y siempre, irremisiblemente, desflora las últimas novedades de casa de Moen ó Bredal.

Sus *Montañas del Oro* levantaron enorme alharaca. Chillaron los hijastros de los clásicos, como pericos sorprendidos en sus nidos. Aquello era insoportable. Aquello no era poesía: era un atentado á las limpias tradiciones; el autor del poema: un desequilibrado. Aquella columna de ideas en marcha, les aplastaba. El rumor del oleaje de aquel mar les ensordecía los oídos, acostumbrados

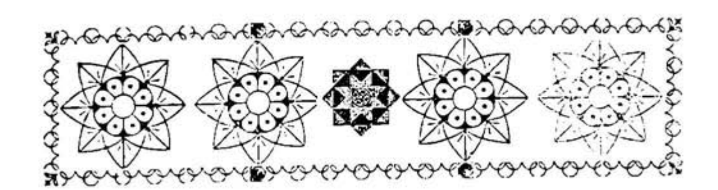


al caramillo dulzón y á la siringa agreste. Pero lo leyeron; y si se alborotaron, fue porque allí encontraron ideas nuevas; el germen tal vez de algo que les amenazaba de muerte. Los viejos maestros consagrados callaron; las momias venerables, impasibles en sus nichos labrados, también siguieron guardando silencio. (En él viven recluidos y en la paz de Dios como en una Tebaida inviolable). La juventud leyó con entusiasmo el extraño poema, lo exaltó, y se fue por aquella ruta inexplorada. Era el que llegaba un espíritu nuevo y original, saturado de cierta salud abrupta, en que había de los yodos del mar y de las recinas de los bosques ignorados. Y la juventud busca la vida. Rubén Darío saludó el Oro de esas Montañas sonando en su cuerno, en medio de sus negras Espesuras, una salutación al Kobols guardador de aquellas minas. El libro fue á manos del público, y la inmensa mayoría cortó y recorrió y hasta leyó sus páginas, y dijo, cerrándolo: «no lo entiendo». Bueno. No lo entendían. En el fondo, tenían profunda razón: se necesita cierto refinamiento (no al alcance de las mayorías) para *saborear* aquellos extraños olores y *sentir* aquellos extraños rumores. Pero el *grosso público* comprende á Gutiérrez y se arrebata sus libros de la mano, á la vez que repite de memoria las décimas que celebran á Martín Fierro, ó al payador argentino. Yo creo que *La Guerra Gaucha* la comprenderán; porque así debe ser: porque es su Biblia. É irá el libro al fondo de las pampas y á las espesuras de las montañas. La leerá el viejo gaucho, al amor del fogón, después del la *vidalita*, á los hijos y á los nietos, y no les dirá: «no lo entiendo», como el criollo de la gran ciudad ante *Las Montañas del Oro,* sino que se le rodarán las lágrimas, temblarán sus manos encallecidas y su gran barba blanca, y con voz temblorosa como sus manos y sus blancas barbas, les dirá: «somos

nosotros los que estamos en este libro. Nosotros que ya nos vamos. Este es un libro para los que quedan". La Pampa está allí dentro. Late toda ella, sin estrecheces, en aquellos relatos; palpita el poema de la vida nacional que ya se borra por completo; se refugia en ellos la sombra del pobre gaucho que las olas de la inmigración arrojan dentro, al corazón de la enorme patria, y en donde, viejos y tristes, el cielo que fue testigo de sus hazañas homéricas, les ve morirse, poco á poco. en medio de sus recuerdos. Es un libro de consuelo, un libro de reconfortación. Y en medio del ruido y de la vida arrolladora de la gran metrópoli de la América Latina, aquellas páginas van á tener el encanto del exotismo en el propio suelo que las hizo brotar y florecer, ante el gran Río de color de tierra que, en suspenso, como adormitado, presenció aquella Odisea que el poeta resucita y guarda á la admiración de los tiempos.

Diciembre de 1904.





El Domingo de Ramos.

> Exulta satis filia Sión juvila filia Jerusalem: *Ecce rex tuus* veniet tibi justus, et salvator; ipse pauper, et ascendens super assinam at super pullum filium asinae.
> (ZACHARIAS. — Cap IX, Vers IX).

Y al través de los siglos, la vieja profecía se cumplió. EL QUE DEBÍA VENIR: el Rey, anunciado por Zacharías, llegó. Aquél que destruiría los carros de Ephraím, y los caballos de Hierusalem; aquél que quebrantaría los arcos de guerra, y hablaría de paz á las gentes; aquél que extendería su poder de mar á mar, y desde el río hasta los confines de la tierra, llegó. Y los carros de Ephraím fueron destruidos, y asimismo los caballos de Hierusalem; y los arcos de guerra se hicieron mil pedazos; y los hombres oyeron hablar de paz; y el Señorío de Dios se extendió de mar á mar, y floreció por todos los confines de la tierra. La Buena Nueva se cumplía...

Y en ese día anunciado por el adusto profeta, Hierusalem se regocijó. Y la hija de Sión, tostada



por el sol, salió engalanada á su encuentro, y recibió á su Rey de Siglos, á su Rey Único sobre Todos, con ramos de olivo y haces de palmas que ondulaban y crujían al viento de la Mañana memorable. Hierusalem reía y cantaba. Hierusalem estaba de fiesta. Y al paso del Redentor, los labios clamaban con entusiasmo:

— Hosanna:
Bendito el que viene en nombre del Señor:
Bendito el reino de nuestro padre David, el cual viene:
Hosanna en las alturas!

Y los hosannas eran multiplicados por el eco, y resonaban hasta en las oquedades de las montañas más lejanas, como himnos de triunfo al paso de un Vencedor.

***

Y fue de Bethania, de casa de Simón el Leproso, de donde el dulce Jesús salió para Hierusalem aquella mañana. Allí había pernoctado, de vuelta del desierto de Judea, á donde, solo con su Padre Celestial y con su alma, se había retirado á hacer penitencia. Y allí, á la mesa de Simón el Leproso, entre los discípulos del Profeta de Nazareth, estaba Lázaro el Resucitado. Y en los ojos de Lázaro, que *venían del otro mundo*, que se sentían deslumbrados todavía ante la radiosa visión de ultra-tumba, se reflejaba toda la Gratitud, y toda la Adoración se encontraba. Marta, hermana de Lázaro, servía la mesa. Y nuestro Señor, paternal y bueno, partía con sus propias manos y distribuía el pan, *que era su cuerpo*. Y bendecía el vino, *que era su sangre*. Y sonreía á sus discípulos. Y les hablaba de su reino, *que no era de este mundo*; y de su Padre, *que estaba en los cielos*. Entonces fue cuando María, hermana de Marta y de



Lázaro, y que sentía por Jesús una pasión filial, tomó un vaso de ungüento de nardo y arrodillándose ante Él, ungió sus pies, lastimados por la caminata, y los secó enseguida con el manto de su cabellera, más fino y más delicado que el más fino y más delicado de los linos. Y Jesús dijo á Judas Iscariote, *hijo* de Simón, que contemplaba con ojos de perfidia la conmovedora escena: — «Déjala: para el día de mi sepultura ha guardado esto». Y al oírlo, los discípulos se entristecieron, y los ojos de las mujeres se humedecieron de lágrimas. Y el aroma delicado del nardo llenaba toda la estancia, ahogando el de las humildes viandas. Y las almas de los circunstantes se enternecían más y más. Y los ojos se fijaban en Jesús con amor cada vez más grande. Jesús era el Hijo de Dios, *el que venía á salvarnos.* Y mientras hablaba, los ojos del Divino Salvador se clavaban en el marco de cielo azul que recortaba la ventana, y en el lomo pétreo del desierto que se confundía con él en las lejanías ardientes de Judea.



Y fue de Bethania, de casa de Simón el Leqroso, de donde, el hijo de David, salió la mañana de aquel Domingo, rodeado de sus doce discípulos. Y cuando después de mucho caminar, hubo llegado á la cima del monte de los Olivos, descansó á la sombra de los árboles. Y vió á lo lejos, más allá del ancho valle del Hebrón, á Hierusalem, tendida á sus piés, cubriendo sus cinco colinas con la tupida aglomeración de sus cúpulas y sus terrazas, de sus palacios y sus torres. Y vió sus altas murallas formándole como un formidable cinturón de piedra. Y sobre la planicie del Monte Moriah, hecha por David, vió el inmenso cuadri-



látero, las filas de columnas de mármol, las monumentales puertas de bronce, rematadas por sus torres de defensa; las innumerables placas de oro bruñido, los extensos patios adoquinados de piedras polícromas; los severos pórticos y las techumbres de madera de cedro esculpido del templo de Salomón. Y vió el Ofel y el Monte de Sión, y el Atcra y el Betzheta, formarle anfiteatro á las inmensas construcciones del Templo de su Padre. Y vió las almenas y los torreones del Palacio de Herodes. Y vió la torre Antonia. Y más allá, pelada como la calva de un Rabbí, la cumbre del Gólgotha, que Él fecundaría y glorificaría con su sangre derramada..... Entonces el Dios-Hombre lloró. Lloró amargamente. Y su honda lamentación la llevaron los vientos sobre sus alas por todos los cuatro puntos cardinales. Y la sombra piadosa de los olivos, como pañuelo de encajes, enjugó sus lágrimas. Y mientras tanto, el Sol, incendiando la ciudad, dábale prestigios deslumbrantes, faustos mayestáticos, en medio de los que ella se erguía, con soberbia de fortaleza inexpugnable, ante la mirada húmeda del que, con sólo un gesto, hubiera tenido bastante para echar por tierra todo aquel vano poderío.

Y el Divino Galileo descendió al valle del Hebrón. Y ya en él, dijo á sus discípulos: — «Id á la aldea que está delante de vosotros, y luego hallaréis una asna atada y un pollino con ella; desatadla y traédmelos». Y los discípulos fueron á Bethfagé, y trajeron la asna y el pollino della; y á falta de ricas gualdrapas, pusieron sus pobres mantos; y Jesús montó en ella, y el pollino la siguió detrás, moviendo sus largas orejas peludas y espantándose con la cola las moscas de sus ancas.

Y la compañía del Nazareno, engrosábase cada vez más. Tendían sus mantos sobre el polvo para que sobre ellos pasara; y agitaban palmas



de triunfo en las manos, y cortaban ramas de los árboles, y despenicaban las hojas dellos, y buscaban flores modestas para azofrar el camino, ó tejer guirnaldas.

Y la ola de gente se precipitaba delante del QUE LLEGABA, y clamaba llena de júbilo, agitando los brazos, como millones de banderas:

— Hosanna.
Hosanna el que viene en nombre del Señor:
Hosanna el reino de nuestro padre David, el cual viene:
Hosanna en las alturas!

Y el Rey de Siglos, el Rey Único sobre Todos, profetizado por Zacarías, hijo de Berechías, hijo de Iddo; el Gran Rey, tranquilo y dulce, *cuyo Reinado no es de esta tierra,* entró en Hierusalem.

Y en su mirada triste, húmeda todavía por las lágrimas derramadas, y en las que todo un crepúsculo de melancolía se ahogaba como en un cielo desteñido, había una misericordia infinita, una piedad inagotable. Y sus cabellos blondos caían sobre sus hombros formándole un nimbo de miel inflamada. Y sus labios sonreían con inefable sonrisa. Y su cara toda brillaba como una gran rosa después del aguacero. Y su palabra fluía, acariciante y arrulladora, como veta de agua montañera de lo hondo de la roca carcomida. Y las palmas agitábanse en torno suyo, formando un tupido bosque de oro que rutilaba. Y su mano, levantada como un asta salvadora por sobre su cabeza, bendecía á los que á su paso se arrodiban sobre el polvo. *Y esa mano levantada, se diafanizaba al sol que la acariciaba con un largo beso piadoso, hasta llegar á la finura transparente de la pasta de las ostias.*

Y entró en Hierusalem el Mesías anunciado.

Y en aquel momento, la Era de la Bondad, de la Dulzura, del Consuelo, de la Gracia, de la Sencillez, de la Misericordia, de la Pureza, se inició,

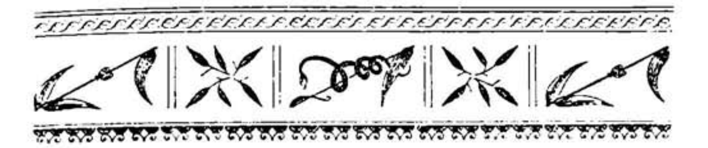


entre un estupendo coro de alabanzas y de canciones, y un tupido bosque de palmas agitadas al suave viento de la Mañana memorable.

Abril de 1905.







Al arrancar la primera hoja del exfoliador.

En la pared, frente á la mesa en que escribo, he clavado hoy, yo mismo, el exfoliador que una casa comercial ha tenido la galantería de obsequiarme.

Como es de suponerse, lo que primeramente he hecho, es agradecer el obsequio, y en seguida, tomando un martillo, fijarlo en la pared, frente á la mesa en que escribo.

El cromo que exorna el apretado block del santoral, es vistosísimo. Una dama menudita, rosadita, regordetilla, emerge graciosamente de entre una opulenta aglomeración de amapolas rojas. El color del traje de la dama es lila (un lila lustroso de esmalte) y sobre el hombro lleva, marcialmente reclinada, el asta de una sombrilla que se abre como un gran hongo de seda y corona el remate del cromo. El rojo de las amapolas es un intenso rojo sangre de toro, que incendia el conjunto y alegra mi estudio con el diminuto simulacro de una suntuosa puesta de sol.

Lo he fijado en la pared, entre un grabado que copia el retrato de *Mademoiselle Concha*, de Boldini, y la fotografía, fija en amarillento pergamino,



de una acuarela de Gustave Moreau. La pobre Salomé, danzarina entre ventrudas columnas recamadas de pedrería, que se pone pálida, y parece que va á desmayarse ante el esclavo que le presenta en un azafate de oro la luminosa cabeza del Bautista, se ha puesto ahora más pálida, más angustiada, por la nueva vecindad. Aquella damita regordeta, menuda y rosadita, de gris vestida y que sonríe picarescamente bajo la cúpula de seda de su quitasol y las plumas blancas de un escandaloso sombrero, le molesta; y el rojo cegador de las amapolas, ofusca á la perversa hija de Herodías. La gemas de su tiara, parecen haber empalidecido también, y el ceño de Herodes Antipas, es aún más adusto y más montaraz...

A quien sí parece satisfacer plenamente la nueva vecindad, es á un Verlaine, de Eugéne Carriére, desfoliado de un *magazine*. A traves de esa enfermisa vaguedad, de esa brumosidad pálida del ambiente, de esa casi borrosidad de las figuras, peculiar de los retratos de Carriére, los marchitos labios del viejo sátiro de las *Fêtes Galants* parecen reanimados por una leve sonrisa juvenil. Pero la dama regordeta, menudita y rosada, de gris vestida, y que lleva marcialmente al hombro su sombrilla, no para mientes en aquel viejo verde, anquilótico, de calvo cráneo todo abollado, y de barba rala y canosa, que murió (¡el pobre!) de tanto amarlas. Así son de ingratas las mujeres... hasta en los cromos de los exfoliadores.

Hoy mañana, día de año nuevo, me he subido en una silla, y acercándome al exfoliador, he intentado inaugurar sus fechas. Algo que he notado en la faz rosadita de *la dama de las amapolas*, ha detenido mi mano que ya desgarraba la cubierta de color. Una arruga plega la tersura de su frente, y un mohín de disgusto se dibuja en el ángulo de su boquita tentadora, que ha dejado de sonreir.—¿Qué pasará á la señora?—¿Qué tendrá la seño-



ra?—He buscado, he inquirido. De pronto he creído encontrar el motivo.

Ayer tarde ocurrióseme cambiar de sitio á una máscara que del Japón trajérame un amigo. La carátula es horrible. El rictus de aquel *samurai* es espeluznante. Los ojos, fijos y vidriosos bajo los cepillos de cerda de las cejas, se clavan en la damita de una manera fúnebre. El tinte del rostro es de cordobán, y las arrugas que lo cruzan en todos sentidos, pa ecen incisiones de sable. La anatomía es feroz.

La damita del exfoliador tiene miedo, mucho miedo; siente repugnancia por aquel vencedor de los rusos (el exfoliador viene de París, y lo obsequía una casa francesa) y es necesario, necesarísimo que en mi estudio, entre mis grabados, mis fotografías, mis libros y mis revistas, reine la más perfecta armonía.

Todas estas reflexiones las hago de pié sobre la silla en que me he subido para poder arrancar la cubierta azul del calendario. Me he bajado, y he quitado, de donde ayer la colocara, la máscara del guerrero del Imperio del Sol Levante. La he trasladado á otro sitio, lejos de la asustadiza parisiense; tal vez su vecindad hirsuta moleste menos al evocador de *La Flauta Mágica*, que desde el fondo desteñido de su cartón, sueña, sumido en mística contemplación, sus melodías arcadianas.

De nuevo me acerco al exfoliador. Ahora sí. La *Dama de las amapolas de sangre* sonríe nuevamente. La *Mademoiselle Concha*, de Boldini, parece acercarse más y más á las candilejas del escenario, y que va á visar el *couplet* montmartrense. El Verlaine, de Carriére, parece ponerse de puntillas, ladear lo más posible la abollada cabeza socrática, para atisbar, á lo lejos, las apetitosas caderas de la damita. Por el momento no piensa en Camargo y le importa un bledo que en el viejo parque otoñal, á la hora del crepúsculo tardío, las dos



sombras dialoguen sobre su extinguido amor, á la sombra de los árboles deshojados. ¡La paz reina en Varsovia! — Con los dedos índice y pulgar arranco la cubierta azul que cifra un morrocotudo 1907 en tinta negra, y el primer día del año aparece.

Año nuevo! — Y he estado á punto de soltar la espita á las acostumbradas filosofías de primero de año; he querido preguntarme qué es lo que nos trae de nuevo, ó lamentar, plañideramente, las ilusiones que nos frustró el que se ha hundido en el vacío. Pero me he contenido. Son de muy mal gusto estas lamentaciones de ocasión.

Sobre el mármol de mi mesa otras veces he tenido algunas tarjetas de amigos que me saludaban en este día. Hoy no hay ninguna. Mis amigos me van olvidando seguramente... lo que á mí me tiene sin cuidado.

Arrugando la cubierta entre los dedos, apelotándola, he descendido de la silla (tribuna de reflexiones pesimistas) y la he arrojado al cesto de papeles inútiles. *Así pasan todas las glorias de este mundo*. Y tarareando la desgarradora romanza de despedida de Cavaradossi, en el tercer acto de *Tosca,* he encendido un cigarro, y he salido á la calle.

Enero de 1907.





Eduardo de la Barra.

Por aquel entonces (noviembre del año de 1898), me encontraba por segunda vez en Santiago de Chile, procedente de Buenos Aires, como Enviado Especial de «El Nacional», uno de los diarios más antiguos y respetables de la América Latina. Habíamos hecho el viaje cruzando el Estrecho de Magallanes, á bordo del «Oropesa», uno de los vapores más hermosos de la *Pacific Steam Navigation Company*. Catorce días de mar, llenos de gratas impresiones, de fastidios, de conversaciones, de animacion ó de decaimientos prematuros, de breves alegrías y de amistades efímeras. Cuando nos embarcamos en Montevideo, el peligro de guerra entre la Argentina y Chile era inminentísimo. Las relaciones habían llegado á un grado tal de tirantez, que en la Capital, todas las mañanas, antes de levantarnos, la pregunta que nos hacíamos, al abrir los diarios y buscar en los cables la sección de los *trasandinos* era: «¿Se habrán roto ya las hostilidades?» Estábamos á un paso de la guerra. Se vivía con el fusil al hombro. — Entonces fué cuando recibí del doctor Bourell, director del diario, la orden de partir inme-



diatamente. La necesidad de un corresponsal de confianza en la capital chilena, era absoluta; y como el paso por la Cordillera estaba interrumpido, como todos los años por invierno, tuve que hacer el viaje por mar. Me embarqué con cierto temor involuntario. Figuraos la ansiedad de abordo. En Punta Arenas del Sud, nos fue completamente imposible procurarnos noticias. Estaban los habitantes de aquellas latitudes, tan informados como nosotros. Mas nosotros llevábamos muchas que ellos ignoraban, y que al saberlas les impresionaron como era de esperarse. — «La Escuadra Argentina, con calderas encendidas, en Punta Piedras, lista para zarpar al Pacífico. Sólo se esperaba la orden». En Coronel, obtuvimos los primeros datos, indecisos, del arreglo Piñeiro-Latorre. En Talcahuano, á donde llegamos en día domingo, toda la Escuadra Chilena vestía de fiesta, y en el tope del mástil, crujía la bandera de Prat á un dulce viento de paz.



Fuí, una de esas tardes claras de noviembre, á visitar al sabio maestro Eduardo de la Barra, de quien todo Chile hablaba entonces, y cuyos artículos de *La Libertad Electoral* levantaban enorme polvareda.

La lucha emprendida por el autor de *El Problema de los Andes*, estaba en lo más árduo. — «Se batía bien el cobre», como se dice.

La entrevista, pues, era oportunísima para los lectores de mi diario bonaerense.



Arrancándome del ojal de mi americana la eterna flor, como muestra de respeto, subí á un carruaje de alquiler, y dí la dirección del maestro:



— Riquelme, 32.

Y mientras traqueteaba el vehículo, rodando por la larga calle de la Moneda, pensaba:

— «Hermosa actitud asumida, con justicia ó sin ella».....

Los artículos en cuestión, referentes todos á la eterna y cacareada cuestión de límites, álgida en el asunto de la Puna de Atacama, habían revuelto la bilis pública y exasperado el *chauvinismo* chileno. De ellos sabían, tanto como nosotros, y tal vez más, los lectores de los diarios bonaerenses. Los corresponsales nos encargábamos de trasmitir, día por día, los incidentes del ruidosísimo debate. La situación de don Eduardo era difícil. Se le insultaba, se le calumniaba, se le deprimía..... y hasta se le llegó á amenazar. Pero él no cedía. — «De la Barra esto». — «De la Barra aquéllo». — «De la Barra es lo de más allá». — Hasta hubo pichón de poeta que le endilgara una retahila de versos irrespetuosos, y revistero que zurciera crónicas presuntuosas, proyectando con su linterna de saltimbanqui, una luz de broma sobre tan respetable figura. Sus amigos le excusaban el saludo; y en la intimidad, llegó hasta motejársele de loco.

Pero él, firme, tenaz como un viejo soldado mordido por el sol, encallecido por las fatigas, valiente paladín de la Justicia, quería que ésta se hiciera aún en menoscabo de su país.

Hermosa actitud la suya. — ¡Muy hermosa y muy envidiable!..... La encina centenaria preparaba sus hojas plateadas para coronar la augusta cabeza!.....

Se llegó á pensar en una resurrección de Don Quijote, noble y arrogante, arremetedor de molinos y destripador de odres henchidas; ó en un Cyrano, cándidamente metafísico.

Sobre todo, se medirá la proporción de todo este asunto, si se conoce el país chileno, donde



el amor patrio es tan concentrado, tan vivo (para bien suyo), que no soporta ni la más ligera observación de nadie, cuando juzga que aquél está comprometido.

«La Puna es nuestra, por derecho de ocupación militar» — pensaba el país entero. — Nuestra por la fuerza de las armas. Nuestro derecho es indisputable» — agregaba.

«Por cesión es nuestra» — sostenía la Argentina á su vez.

Bolivia, montañosa y salvaje, desangrada por revueltas intestinas y odiosas, permanecía á la espectativa, tartufa ante una lucha que veía surgir por causa suya.

Los diarios, en ambos países, eran el reflejo exacto de la opinión general.

¡No se cedería ni un sólo palmo... ni uno sólo!

La guerra despuntaba sus rojos de incendio y de sangre. Los arsenales reventaban de pertrechos aglomerados. Únicamente se esperaba la chispa que hiciese saltar el polvorín.

Y cuando un hombre como Eduardo de la Barra, una de las más altas personalidades intelectuales de la América Latina, y un diarista de la talla de Francisco Valdés Vergara, querían demostrar á Chile lo contrario, probándoles de qué parte obraba el derecho legítimo, se les veía como antipatriotas, se les desnaturalizaba y hacía, como al que yo visité aquella tarde, enclaustrarse, sin más compañeros que sus libros y sus hijos, en una soledad digna y provechosa. Pero siempre en lucha, pero siempre de guardia en la trinchera, dispuesto á quemar hasta el último cartucho, antes que darse por vencido, ó transigir vergonzosamente.



Le ví en su gabinete de trabajo, estrecho, alto de techos, y de paredes sin un sólo cuadro, sin

un sólo grabado, tapizadas de un papel de tono rojizo, rameado de flores de oro. Estantes bajos, llenos de libros, encuadraban el recinto. Dos mesas de pino, anchas, sin cubierta, desbordando de papeles. Sobre un sofá de tela deslustrada, desplegados algunos diarios del día; y extendido sobre una tabla de ingeniero, el mapa de Chile. Un estudio sencillo, serio, con algo de cuarto de estudiante, con sus limpias cortinas de percal y su *meridional* de junco para dormir la siesta.

Al entrar, en la antesala: los viejos retratos de los antepasados de don Eduardo, como guardianes á ambos lados de la puerta, cuadros marchitos, que hacían pensar, ante su color apagado, en cosas desvanecidas. En un extremo: el diploma de Académico de la Real, dentro de su marco dorado. Por un rincón una polvorienta corona de laurel, colgante de un listón tricolor...

Allí estaba el autor de *Bilbao ante la sacristía*, cuando yo entré, sentado á la mesa, escribiendo rápidamente en largas tiras de papel de imprenta, que rodaban hasta la alfombra. Apenas resaltaba su busto del nivel de la mesa.

—«Mi señor Ambrogi! Cuánto gusto...»

Y se irguió el cuerpecito que algún cronista encontró «un tanto pequeño y regordete, como el del Bonaparte de Messonnier».

Ya le conocía desde mi primera estadía en Chile. Me lo presentó en la oficina de «La Mañana» Angel Custodio Espejo, actual Cónsul General de Chile en el Japón, una tarde en que, con Víctor Grez, — hoy primer Secretario de Legación en Europa, pichón de Ministro de Estado, — Emilio Rodríguez Mendoza, el exquisito *Géry*, que pasea su frondosa nariz por Italia, cosido á la casaca diplomática de Silva Cruz, y Ventura Fraga, cronista de arte, sosteníamos una de aquellas acaloradas charlas, en que, en medio de una franca cordialidad, las saetas volaban desperdigadas. Cuan-

do entró de la Barra, la disputa cesó. Iba el maestro á hacer su rato de charla. Siempre que sus ocupaciones le dejaban tiempo disponible, iba á conversar á las redacciones, en donde siempre se le quería, aunque se discutiesen sus ideas..... y se juzgase mala su actitud.

Cuando yo le conocí gastaba perilla blanca, cayéndole sobre el pecho, y dándose un imponente aspecto de Coronel retirado. El ojo vivo, dominador, bien hondo tras las pupilas violáceas. La palabra crepitante, un tanto áspera, tornasolada á sus veces de ironía, ó empapada en ternura. Ahora le encontraba más viejo. La perilla había desaparecido. La barba cerrada, le daba algún parecido con los retratos de Pasteur, que han multiplicado las ilustraciones europeas.

Pero siempre el mismo viejecito; siempre el mismo: vibrante, expansivo, cariñoso, paternal. Siempre soñador, — á pesar de los frecuentes y rudos golpes de la Realidad. — Hay gentes así, acorazadas contra esa implacable Walkyria, cuyo negro caballo estruja las rosas del ensueño bajo sus fuertes herraduras de plomo.

Hablando siempre, siempre ocurrente; siempre con la ironía en la punta de su mirada; siempre con su sonrisita volteriana en los pliegues de los labios delgados y pálidos; dulce, afable; sangriento en la polémica; encarnizado, fiel á sus ideales, piadoso con el vencido, queredor de sus amigos, discutiendo hasta en la intimidad, enseñando hasta en su charla ligera.

Pasé en su compañía cerca de dos horas.

El poeta aristocrático de *Las Rimas Chilenas*, tiene, *at home*, nó sé qué semejanza con Ricardo Palma, en cuyo bigote gris parece haberse quedado prendido parte del polvo de los legajos removidos en los archivos de la Biblioteca de Lima; mina inagotable y rica de que él extrae el oro puro de sus inimitables *Tradiciones*.



Me habló con entusiasmo de la Argentina, llamándole «el gran país americano». Condenaba la guerra, y como el General Mitre, quería á todo trance que llegase la paz. La justicia en el embrollo internacional, era su trabajo tenaz. Por ella estaba en lucha, cruzado caballero en pugna con todos los elementos del país. Don Diego Barros Arana, el sabio historiador y Perito Chileno, en vísperas de partir á Inglaterra para asistir al arbitraje concertado, condenaba la actitud de «Eduardo». Sus artículos, algunas veces incendiarios, bruscos, eran comentados vivamente. En ellos, á través de paradojas, utopías, optimismos, se veía el fondo puro de un hombre recto é inflexible: el alma de un buen ciudadano, sobre todo.

De Buenos Aires hablamos largo rato. En medio de su charla precipitada, como de muchacho, ví desfilar el Buenos Aires que he conocido: gran ciudad moderna; gran capital castellana; refinada, culta, creyente, á la vez que descreída; llena de vicios y también de grandes virtudes; intelectual; gran colmena humana; victimaria de pordioseros y cómplice de traficantes; artística, á la vez que desdeñosa... Toda esa enorme ciudad de un millón de almas desfilaba á nuestra evocación, como en la cinta de un cinematógrafo.

Coincidíamos en todos nuestros juicios á ese respecto. Mi fanatismo por Buenos Aires era proverbial en Santiago, y á causa de él, perdí más de un buen amigo... lo que hasta ahora siento.

En ese momento la charla se hizo cordial. Me olvidé de mi rótulo de *Enviado Especial* que ornaba mi tarjeta (que iba y venía entre el juego de sus dedos), protegido por su sonrisa y su amabilidad de compañero mayor.

Y cuando, mesa de por medio, tomábamos el te reglamentario (que me obligó á aceptar), parecíamos dos buenos amigos, con sólo la diferencia (y grande) de edades y de merecimientos.



— «Dígales Ud. á los argentinos cómo les quiero: que á ese país lo considero como mi segunda patria»—me decía cuando me acompañó hasta la puerta de calle. En efecto: en su sangre hay algunos globulitos de *gaucho* argentino.

— «Sobre todo, que progresen mucho»—fueron sus últimas palabras, que oí cuando, arrellanándome en el fondo del coche de punto, encendía mi breva... y contemplaba mi ojal, nuevamente condecorado con una azufrosa Mariscal Ney.



Después le ví de nuevo luchando, empeñado en su campaña contra el profesorado alemán.

Día por día «La Ley», diario radical, llenaba media página con sus artículos.

Es un hombre incansable.

Acaba de salir de su cruzada sobre asuntos internacionales, y sin tomar siquiera descanso, todavía sudoroso, se empeñaba en otra de tanta trascendencia y que tanto ruido debía de producir.

No puede vivir sin luchar. Está conformado para ello.

Como antes, el número de enemigos era terrible. «La Tarde», «La Alianza Liberal», «La Unión», «La Libertad Electoral», «El Porvenir», toda la prensa de la capital y algunos de provincias interesábanse vivamente en el asunto, y colmaban columnas y columnas con los ecos de ese debate. Terciaban en el asunto personalidades de valía, y también voceaba mucho *raté* inconsciente.

Y solo, sosteniendo el combate, el viejecito que se parece al Bonaparte de Messonnier, luchando sin sentir cansancio, sin aburrirse, luciente su armadura, erguido el casco, cuya cimera de crines flota al viento; limpias las armas y sonrientes los labios delgados y pálidos.



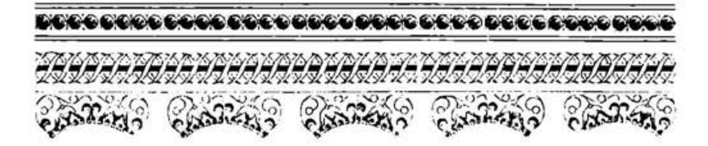
Una de esas tardes, me lo encontré en la oficina del director de «La Ley», en aquella inolvidable casa roja, puesta como una amenaza, al costado de la Iglesia de los Padres Agustinos.

—«¿Qué se hace Ud., mi amigo Ambrogi? Vaya á verme».

Fuí. Estaba como siempre, lleno de ensueños y de proyectos. Y me era hermoso ver á aquel soñador encanecido en la pelea al través del prematuro escepticismo de mis veinticinco años.

Noviembre de 1905.





En el taller de Plaza.

AL GENERAL CAÑAS,
el viejo poeta queredor de Chile

Junto con Pedro Nolasco Préndez, ese vigoroso poeta, tan buen amigo como culto *cicerone* de mis primeros días santiaguinos, fuimos una tarde á visitar al glorioso artista nacional Nicanor Plaza.

Una fría tarde de invierno. La Alameda, animadísima, cuando la cruzábamos, á pié, charlando bajo los árboles escuetos, en dirección á la Avenida del Ejército Libertador, calle silenciosa, con su doble fila de acacias y sus anchurosas aceras, propia para edificar palacios primorosos en qué albergar amores, ó talleres en qué enjaular artistas. Es la calle de la aristocracia, del dinero. Allí vive la viuda de Cousiño, archimillonaria; y allí en medio de dos palacios, ha construído Nicanor Plaza su taller, sencillo, pero elegante, en donde pasa su vida, enclaustrado como un cenobita, en santo amor con sus mármoles y en castas relaciones con su Musa. Así vive; solo, casi abandonado, lejos del ruido atronador de la ciudad que trajina, invisible aún para los amigos que de tarde en tarde tocan á su puerta; cerrados los labios



para los moscardones de la prensa que le acedian; pero amable, fino, locuaz, con quienes logran verle. No se le ve nunca por la calle, al extremo de que, recién llegado yo á Santiago, al preguntar por él (como era natural), hubo alguien que me dijera que se encontraba en Europa, siendo que de Europa falta desde mucho antes de la Revolución del 90.

Cuando tocamos á la puerta del taller, no aparecía nadie. Tardaban en abrir. — «No estará» — dijo tranquilamente Préndez, masticando su apagada breva. — Yo sentí inquietud. ¡No encontrarle! Sería un desastre. Ocasión, como la que se me presentaba, no volvería tal vez á atraparla. Préndez es el gran amigo, el íntimo del gran cincelador del Caupolicán, y aquel para quien el hermético portón no guarda consignas, ni el menor rincón del taller secreto alguno. A los segundos golpes, que resonaron precisos, dilatándose luego por el estrecho y largo pasadizo, ví, por entre los fierros forjados del historiado portón, adelantarse, pausado, á un hombrecillo, arropado en un interminable delantal de tela gris, todo embadurnado de yeso y con un desteñido sombrero de fieltro encasquetado hasta las orejas. — «El es», murmuró Préndez, mientras el otro, frunciendo los ojos, clavaba en nosotros sus ojillos de gato atacados de miopía. Al acercarse más y reconocer á «su amigote», sonrió bonachonamente. La puerta se abrió á medias, á penas para darnos paso uno tras otro, como con desconfianza y cerróse incontinenti. — «Pase Ud... Pase Ud... No sabe cuánto le agradezco su fineza» — decía, mientras la mano puesta en mi espalda, me empujaba, suavemente, al interior. — Préndez le había ya referido mi insistencia en verle. Nicanor Plaza es un hombrecillo enjuto, casi anguloso; la cabeza es verdaderamente rembrantiana, una verdadera cabeza de artista: cabellera alborotada, de un negro entreverado de hilos blancos; los ojos hundidos y



vivos, de mirada escrutadora, bajo las pobladas cejas; aguileña nariz cayendo como un garfio sobre la boca menuda que casi cubre el matorral espeso de los bigotes blancos por completo; la frente amplia y abovedada, cruzada por tres arrugas paralelas, hondas como incisiones de estilete; salientes los pómulos, á los que se pega, calcando la anatomía, la piel apergaminada; la mano es larga, despatarrada, velluda, una extraña mano en la que vibra perpetuamente un gesto de dominio. Visto en conjunto, parece tan pequeño, tan débil, tan poca cosa, que al pensar en el *Caupolicán* y en *El Jugador de Chueca*, y recordar que es él el que ha cincelado aquellos portentos, dúdase de la veracidad de la visión. La verdad es que Arturo Prat, el héroe, no era de apariencia más lucida que Plaza; y don Eduardo de la Barra, apenas me llegaba al hombro.

— «Me encuentran Uds. en pleno trabajo», nos decía, cuando, recorrido el largo y estrecho pasadizo, desembocamos en el estudio, amplio, espacioso, alto de techos, inundado por todos lados, por la luz del dia. Desnudas las paredes, enyesadas sencilla y secamente. Una ancha ventana encristalada de colores, cayendo á un patio exiguo, falto de toda luz, de todo aire, y en el que agonizaban algunas macetas. Tras la cortina de una puerta, sorprendemos el vuelo rosado de una falda. — ¿Eh, viejo maestro? — Préndez sonríe maliciosamente, y sacando de la faltriquera una caja de fósforos, alumbra de nuevo su inseparable breva. Plaza responde tranquilamente á aquella muda ironía: «No es nada: la modelo que Uds. asustaron al llegar». En efecto. Sobre un canapé de tela resobada, rodaba una blusa de encajes, se apelotonaba un mantón; un escaño, caído patas arriba, comprobaba la precipitación de la fuga femenina; el bloque de greda, apenas tanteado, quedaba sobre el alto escabel, entre espátulas pringosas.



Los que crean encontrar en el taller de Plaza las vistosas riquezas y la variedad de curiosidades de relumbrón que en esta clase de sitios se acostumbra amontonar, casi siempre sin orden, sin plan, y como para llenar solamente un vacío y deslumbrar á la clientela, sufrirían un desengaño si lograran penetrar al misterioso taller del creador de *La Quimera*. En él encontrarán lo que debe encontrarse; nada más. En un rincón, reina como una soberana, sobre su pedestal forrado en terciopelo rojo, un modelo en yeso de la Venus de Milo; y en el suelo, al pié de ésta, otro de la Venus de Médicis,—los dos ídolos de Plaza—y ante los cuales sus labios de ungido tienen frases que son oraciones. Al frente, sobre un pedestal también forrado de terciopelo rojo, una copia en bronce del *Jugador de Chueca*. Sobre la pared, al lado de una puerta, casi cubierto por una cortina rameada, *El último latido*, que representa la agonía del Jefe del Radicalismo chileno Manuel Antonio Matta. Aquí, dos bustos en mármol, originales: *Fausto,* y *Margarita;* y haciéndoles *pendant*, sobre sus trípodes, otros dos más: *Abandonada* y *La Mariposa*. Junto á una copia de la *Eva*, que más tarde el maestro, galantemente, me obsequió, otra de la estatua de Arturo Edwards, hecha por encargo de la acaudalada familia de este banquero, difunto ya, y que fue un Mecenas para el arte chileno. Luego, desparramadas por todos lados, aquí, allá, acullá: manos y torsos de yeso, fragmentos de frisos, algunos vasos de tierra cocida, seguramente de Tanagra; una empolvada *Victoria de Samotracia*; monedas de bronce, platos, remates de columnas, mascarillas, medallones... Envuelto aún en su tela húmeda, el busto en greda de un personaje político, cuyo trabajo se ha suspendido. Sobre sus caballetes, tres bajo-relieves muestran, de una manera vaga todavía, sus asuntos helénicos.

Y en medio del taller, á la plena luz que se desprende en cascada de los cristales del techo sobre su fuerte escabel, «el portento», la gran obra, en la que Plaza trabaja encarnizadamente desde hace algunos años: *La Quimera.* Largo rato quedéme detenido ante ella, sumido en muda contemplación. «Es un poema en mármol» — decíame á mi lado Préndez, que los sabe hacer, y magistrales, en sonoros alejandrinos. En efecto. El cincel, al hacer florecer la vida en aquel tosco bloque de Carrara, ha tenido delicadezas y ternuras de rima. Aquellos contornos, provocan la mano á profanarlos. Es carne, carne viva y palpitante, la que hincha, con hinchazones de botón en primavera, aquellos senos, aquellos hombros, aquellos múslos, aquel cuello. El soplo del ensueño, la embriaguez del amor, pasa por allí, aleteando. El viejo maestro, contemplaba sonriente, paternal, nuestra adoración. — Sí — pensaba yo. — Tiene razón *Géry*, tiene razón *Tatin*, tiene razón mi querido Robinet, tiene razón Prendez. — Esto es «el portento». Don Chente Grez, inmovilizando su habano en un ángulo de la boca, se ha puesto serio ante este mismo escabel, y Pedro Antonio González, el gran bohemio, ha traído hasta aquí, para derramarlas á los pies de la que parte arrebatada sobre los lomos escamosos de la Quimera, las rosas más frescas y más lozanas de sus copiosos jardines líricos. Por ante este mármol prodigioso ha desfilado toda la intelectualidad chilena. Es el «asunto nacional». La obra, conceptuada ya como la *chef d'œuvre* de Plaza, irá, una vez concluida, por aclamación unánime, á ocupar el puesto que merece, al Museo, al lado de sus hermanos de cincel, el *Caupolicán* y *El Jugador de Chueca.*

Momentos después, arrellanados los tres en muelles butacas, en un extremo del taller abrigado por cortinajes tupidos, rincón íntimo, en que la penumbra, matizada por el aliento de la luz al



cruzar la sedería, estimulaba las expansiones y las confidencias, el maestro nos habló de sus proyectos, con loco ardor de enamorado.

— «Vea Ud. — me decía — aquí es imposible trabajar. Ante todo, lo capital: la falta de modelos. Es una obra de romanos el conseguirlos. El trabajo del escultor resulta tremendo, gigantesco, y el dar vida á una estatua, es, verdaderamente, un prodigio». Lo que no impidió que, andando la conversación, nos hablara con entusiasmo de una cabeza de Afrodita, «algo superior», descubierta en una pecadora callejera, la misma cuyo vuelo habíamos alcanzado á percibir. La lucha que ha tenido que sostener, en todo sentido, ha sido formidable: su odisea llenaría un libro. Pero él es incansable, tesonero; un luchador que no sospecha siquiera lo que son el desaliento y la fatiga. Su actividad es pasmosa. Plaza, á ratos, se dedica á la pintura. Ha construido para ello un departamento especial. Llevándonos á él, nos enseñó algunos bocetos, que demuestran seguridad de dibujo. conocimiento de la ciencia del colorido. Lee mucho. Y al conversar, descubre erudición en asuntos de arte. Ha asistido á las lecciones de Taine, en la Escuela de Bellas Artes de París, cuando hacía allá sus estudios, y se deleita en recordar los momentos pasados escuchando al autor del *Viaje á Italia.* Lee á Dante en su lengua original; pero como á Rodin, no se le ha ocurrido todavía labrar el Infierno en algún pujante bajo-relieve. Tiene ya discípulos que le honran: Virginio Arias, el del *Descendimiento,* es el «número uno». Su charla seduce; su modestia admira. Aquel hombrecillo enjuto, casi anguloso, de hermosa cabeza rembrantiana, de penetrantes ojillos amarillos y manos de araña, que á los pocos momentos de tratarle por vez primera es franco y expansivo como un antiguo compañero, no sospecha siquiera que es una de las glorias nacionales. Es la personificación de la



modestia, de la humildad, de la hombría de bien. El verde laurel que ciñe su frente, merecidamente, se oculta, medroso, tímido, bajo las alas anchas y flexibles del peculiar sombrero de fieltro.

Cuando nos despedimos de él, era la caída de la tarde. El sol se ponía, ensangrentando la nieve eterna de los Andes. Un vientecillo helado, penetraba los huesos al través de la tela del abrigo. Las acacias deshojadas sacudían los esqueletos de sus ramas. Tras los cristales encortinados de un balcón se encendía una luz. Un piano sonaba en un salón una crepuscular música de Schumann. A la puerta de la cochera de un palacio, piafaba un brioso corcel, retenido de las bridas por un lacayo. Las aceras espaciosas estaban desiertas, como de costumbre. Apenas, de cuando en cuando, rompía el silencio de la «gran calle», el rodar de un carruaje, ó el grito agudo de un suplementero que ofrecía las últimas ediciones de los diarios. En la Alameda, de la estatua de San Martín á la de Buenos Aires, el corso de carruajes era más nutrido:- la elegancia santiaguina practicaba su acostumbrado paseo.

— Es la hora! — recordó Préndez. En efecto. Era la hora. Bajando por las aceras colmadas de viandantes, hasta Ahumada, enfilamos hacia el Portal Fernández Concha. En el *Café de Paris*, nuestros amigos nos habían tomado la delantera, y ante la habitual mesilla, frente á la garrafa de agua, el platillo de cubos de azúcar refinada, la botella de Pernot, las copas y los filtros, prepararían despaciosos, entre charla y risas, el primero de sus cuotidianos ajenjos.

Santiago de Chile Agosto de 1897.





La Degollación de los Santos Naranjos.

	FECHA: X..... *(cualquiera)*.
	SOL: Sale á las 7 h, 22' de la m. Pónese (*sin que nadie lo note*) á las 5 h, 29' 32'' de la tarde.
CRECIENTE	*Luna*. Sale 37 h. 20' de la tarde. Pónese 5 h. 25 de la madrugada.
EFEMÉRIDES:	Tómese prestada cualquiera de las innumerables que pueden encontrarse en los exfoliadores que vende Durante.
SANTORAL:	San....... Allí debe leerse: LA DEGOLLACIÓN DE LOS SANTOS NARANJOS DEL BOLÍVAR, *patriarcas y mártires*.

Arrancamos la hoja del Calendario, hacemos con ella una bolita entre los dedos pulgar é indice, después, se entiende, de haber leído el chascarrillo ó la solución de la charada del reverso, y... al cesto de los papeles inútiles.

Allí va todo; hasta los versos que escriben las mujeres, que son el alcaloide de lo malo.



El día aquel del exfoliador, el señor Alcalde se levanta de mal humor. El mal humor del señor Alcalde es todo un respetable mal humor. Sentado á la ancha mesa de su despacho, bajo el solio, y al abrigo de la mirada paternal que desde el fondo de su marco dorado dejan cerner sobre él



los pintados ojos de nuestro *gran hombre*, Morazán, revuelve los papeles que el empleado acaba de dejar á su lado, oprimidos bajo el peso de un bonito pisapapeles de vidrio, y después de leerlos, firmarlos y devolverlos, se repantiga en su sillón, enciende un puro, y siguiendo las caprichosas evoluciones del humillo avioletado del tabaco, se pone á divagar, como un poeta. Por las puertas del corredor, entra el ruido de las carretas que pasan y el sonido metálico de las *cucharas* de los albañiles que labran los ladrillos en el Parque que se edifica en la Plaza de Armas. El Alcalde busca algo nuevo qué hacer; alguna nueva reforma que comunicar al reporter del *Diario del Salvador* que pronto va á llegar en busca de sorpresas que comunicar á sus millares de lectores. Con la mirada fija en el artesonado techo, parece registrar, mentalmente, todos los rincones de la ciudad: cloacas á medio fabricar, prolongación de calles, tapiales en los terrenos sin construir, demolición de gradas salientes que pueden hacer romperse la crisma á los atareados viandantes; pintura á las paredes, adoquinación de las calles centrales... No hay nada más qué hacer! Es una verdadera lástima para aquella energía siempre en actividad... De pronto... un yacimiento estético se revuelve y fermenta en el fondo de su alma...

Sacando del bolsillo de la chaqueta la caja de fósforos, enciende de nuevo tranquilamente el cigarro que se ha apagado, le da unos cuantos chupetazos, arroja con fuerza hacia el techo una bocanada de humo, que sale de los labios en atropellada y espesa columna, que luego se aplafona y disuelve, y colocándolo al borde del cenicero, apunta algo en un trozo de papel...

Eureka!

¡Una gran idea ha apuntado, como una gemela en su arbusto, en el fecundo cerebro del respetable señor Alcalde!



¡Los naranjos, los pobrecitos naranjos del *Bolívar* van á ser decapitados!

Y no porque los infortunados sean niños, ni entre ellos pudiera haber nacido el Naranjo Mesías, ni el señor Alcalde sea un Herodes moderno (sin barbas de Río, ni resplandor tras el occipucio), sino por anti-estéticos. Por eso. Por anti-estéticos, solamente.

Son mejores las gravileas, indudablemente, con su larga silueta temblante de candeleros de cobre tomados de cardenillo. Es, sobre todo, un árbol *yankee;* un árbol positivista. Y pues hoy todo lo *yankee*, después del vergonzoso triunfo de sus acorazados y de su *dollars* sobre España, se cotiza á alto precio, hay que seguirlos como podamos: ¡yankisémonos, señores míos!...

Por la tarde de aquel memorable día del exfoliador, anuncian los diarios la nueva disposición municipal. Y la celebran con frases cajoneras y entusiasmos edilescos.

¡Los naranjos del Parque van á ser cortados! El país progresa á pasos de gigante!

Pero antes de que eso suceda, hay qué cantarles á los viejos árboles sus responsos. Nadie intercede por ellos; nadie grita que lo estético, cabalmente, está en su vejez musgosa, en el aspecto de melancolía tranquila que dan al Parque con sus tonos marchitos y sus sombras enrarecidas por los años y los achaques. Nadie lo dice; ni siquiera lo piensa.

(El verso admirable de Verlaine:

Dans le vieux parc, solitaire et glacé
deux spectres ont évoqué le passé

no resuenan en ningún alma, porque ninguno ha saboreado la deliciosa melancolía del *Colloque Sentimental*).

Se habla siempre bien de todo el que comete la estupidez de morirse, ó la candidez de dejarse



suprimir del concierto de los vivientes. Por eso se habla bien de los pobres naranjos viejos que, indefensos, van á caer un día de estos á los golpes de las hachas. Se han ocupado de ellos. Solo que Chente Acosta habla de los naranjos del tiempo en que Román Mayorga era un soñador, é iba por la vida derramando versos; y en que Gavidia y Rubén, no sospechaban nada de lo que les reservaba el porvenir. No volverán á ver pasar juntos á los tres soñadores, departiendo amigablemente, soñando imposibles que no se realizaron ni se realizarán jamás. A Gavidia, á nuestro incansable Gavidia, esos pobres naranjos que van á morir, le ven pasar todavía bajo su sombra, ¡las últimas veces! El no ha perdido la costumbre de ir á tomar en su compañía su ración de buen sol y de aire refrescado por el agua de las pilas y el aliento de las hojas. Va á pasear su carga de sueños y de proyectos, para que no se enmohezcan en su arcón secreto. A Rubén, á éste sí que no le vieron más, ni tal vez le verán pasar los intrusos que van á sustituirles. A Román le han vuelto á ver, ahogado el poeta soñador de los versos pasados en un periodista positivista y nada fantaseador. Y el mismo Acosta, el muchacho de entonces, el estudiante del Colegio del doctor Reyes, que hoy nos cuenta en prosa empapada de melancolía cómo veía á esos tres jóvenes discurrir en animado palique bajo las sombras de los naranjos del Bolívar, como á tres dioses bajo las encinas del Olimpo, se ha sentado en esos bancos de piedra, bajo sus sombras, convertido en nuestro primer poeta lírico.

Pero el señor Alcalde vela por la estética de nuestros abogados metidos á literatos ó de nuestros diletantis cursis. Sin duda ninguna en sus ratos de ocio, habrá trashojeado y leído á trechos, el fatigoso tomo de Krausse, ó tal vez bebídose las poéticas páginas de Juan Pablo Ritcher.



Pobres naranjitos! Más les valiera, más, no haber crecido! Y ante todo... envejecido; pues la vejez claudicante resulta anti-estética. Los hombres se llenan de canas y se encanijan y se les caen los dientes. Sobre los troncos y las ramas de los naranjos se extiende una lepra de musgo, que los marchita; les beben la escasa savia parásitas desconsideradas; toman posesión de ellos las *hormigas bravas*, por escuadrones, que suben y bajan todo el santo día del suelo á la cima y viceversa; y á fuerza de debilidad se les caen las hojas y se vuelven calvos y tienden al espacio, en mueca macabra, el entreveramiento de sus ramas tostadas, que el menor viento quiebra fácilmente, y caen. Las ramas tostadas de los naranjos son como los dientes de los viejos.

Pero eso mismo ha pasado porque así se ha querido. Un árbol en un parque, no sólo hay que tomarse el trabajo de sembrarlo y dejarlo desarrollar á su antojo: hay qué cuidarlo, podarlo, esquilmarlo á cada cambio de estación; acicalarlo, para que se conserve sano y parezca siempre bien.

Y los pobres naranjitos han vivido confiados á sus propias fuerzas; viviendo como podían. Han llevado una vida de parias. Y cuando sus canas y sus achaques se han notado demasiado, su vejez ha resultado chocante. Bueno es ello!

Resultan feos y chocantes los naranjos? — Pues que mueran, que se talen sin pérdida de tiempo! — *Conspué les vieux oranger!* — El naranjo es árbol pasado de moda, y muy viejo ya. Hace miles de años, Salomón les pedía el aroma de sus azahares para la piel morena de la Sulamita; y hace más de medio siglo, Mignon iba preguntando en las páginas del *Whilheim Maister* de Goethe: *¿conoces tú el país donde florecen los naranjos?* Virgilio se durmió á la sombra de los naranjos de Sorrento y Petronio quemó en sus pebeteros la goma de las menudas flores blancas. ¿Véis qué viejos son?



Y luego, todas nuestras abuelas guardaron en sus cofres claveteados, los cadáveres de las flores de naranjo de las coronas con que el amor les llevó al altar.

¡Quá vengan las gravileas, que son las *parvenus*, á sombrear las avenidas y los bancos de ladrillo del Parque y á ofrecer á los escasos paseantes diurnos su frescura resinosa!

Y ahora, despidámonos con cariño de los pobres naranjitos sentenciados á muerte... por habernos amado mucho.



X..... A las nueve de la mañana.

La degollación ha comenzado con furia. Por las avenidas del Parque, van y vienen los verdugos, hacha al hombro. Bajo el sol, un sol espléndido, como por ironía! fulge el acero de las herramientas. Gimen los troncos bajo los obstinados golpes. Se desgajan y caen las ramas una á una. El piso se va llenando de hojarasca. La perspectiva del Parque se prolonga. La portada de la Catedral destaca con pureza su arquitectura grotesca, sus santos de madera...

Los naranjos caen. Los naranjos agonizan. Los naranjos mueren, sin que nadie los ayude á bien morir.

Requiescat in pace.



Nos acercamos á nuestra mesa, como á un catafalco. Del bolsillo sacamos sigilosamente algunas hojas que, al pasar por el lugar del siniestro, nos hemos detenido á recojer, con vergüenza, con miedo de que, al ser vistos, seamos objeto de la



burla de aquellos patanes por nuestro sentimentalismo trasnochado. Las pobres hojas están en agonía; se marchitan, se abarquillan, se van poniendo pálidas. Abrimos un tomo en 4º y entre algunas páginas caritativas, más caritativas que los hombres á los que ellos no han hecho ningún mal, damos cristiana sepultura á aquellos inocentes despojos.

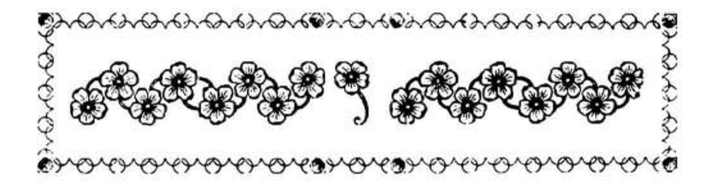
Después, encendiendo un cigarrillo, tomamos la pluma y comenzamos á escribir:

«Los pobres Naranjos del Bolívar han sido decapitados.

Rogad á Dios por ellos...»

Julio de 1901.





El Perro Suicida.

Á LA MEMORIA DE VICENTE TRIGUEROS,
que amó á los perros.

¿Recordáis esa macabra fantasía sobre los Perros Nocturnos, del Conde de Lautreamont?

Según el infortunado poeta, hijo de Edgar Poe y de Baudelaire, los perros aullan enmedio del silencio y el misterio de la noche porque han sed de lo infinito.

Y esa de las *Poésies*, es la única página de arte que yo conozca en que el perro, tan noble, tan bueno, aparezca como una visión abracadabrante, una visión de Sabatt. El pobre Perro Nocturno de Lautremont, desde el medio de la calle desierta, aulla á la luna, que asoma su cara redonda embadurnada de harina, prendida á las aristas de la torre, como un globo de hule á la punta de un hilo de plata. Al Perro Nocturno le vidrean los ojos, esos ojos misteriosos que ven lo que ojo humano no verá jamás; y su aullido, largo, tétrico aullido, rasga la tranquilidad sepulcral de la noche... El Perro Nocturno ha sed de lo infinito...



Pero, si en vez de experimentar el espeluzno que la evocación del pálido y hambriento Conde os produce, queréis conmoveros sencillamente, sin morbosidad de ninguna especie; si queréis que vuestra alma se sienta sacudida por tierna compasión; si queréis que se humedezca con una lágrima vuestra pupila, tal vez recordando á algún perro que tuvisteis, que quisísteis como se les quiere cuando se les tiene, y que murió, buscad y led sin retardo alguno *La Mort du chien*, de Octave Mirbeau, en los *Contes de la Chaumiére.*

...«Era flaco, amarillo, triste; la mirada baja y el hocico puntiagudo, con las orejas cortas y mal recortadas, que sangraban siempre, y una cola que se levantaba sobre su trasero como un tiñoso punto de interrogación»...

Su amo le llamaba Turco. En el estío, *Turco* iba al campo y cuidaba de las vacas; seguía, ladrando, á los carruajes que pasaban y á los labradores que volvían del trabajo; lo que le valía, con frecuencia, puntapiés y pedradas. *Turco*, como buen montañez, tenía la pasión de la caza. El gran placer para *Turco* consistía en levantar una liebre que se agazapaba en los rastrojos tapizados de naciente trébol, y perseguirla, perseguirla en loca carrerra, hasta cansarse y caer sofocado, la lengua de fuera y chorreando sudor. En invierno, *Turco* se quedaba al calor del establo, adormecido en la tibieza de su lecho. El lecho de *Turco* era de un lujo inaudito: consistía en un miserable tonel desfondado, sin paja que lo acolchonara, y con los sinchos desclavados. Durante los días grises y lluviosos, *Turco* se quedaba en casa, como un rentista, apelotonado, el hocico sobre las patas delanteras, sacudiendo, á intervalos, las sangrientas orejas para espantar las moscas que le asediaban... ó bien, plácidamente, se rascaba las pulgas, arañándose las salientes costillas, ó se mordisqueaba, entre resoplidos, el tronco de la cola tiñosa. *Turco* era



un gran filósofo, en lo tocante á la alimentación: su diario yantar consistía en una exigua y hedionda pitanza, hecha de chicharrones y agua salada que todas las mañanas le llevaban en una escudilla de barro desportillada. *Turco* era parco en el comer. En su tonel, como Diógenes, reflexionaba en la instabilidad de las cosas de este mundo... lo que no le impedía estar ojo alerta, vigilando. Cuando algún desconocido acertaba á aproximarse por su rincón, *Turco*, rápido como el rayo, daba un salto, cuya impetuosidad contenía la cadena de hierro que le ataba á una argolla, y gruñía ferozmente, mostrando los colmillos. Pero no temáis... *Turco* no era malo: solo quería amedrentar al imprudente; nada más. Los días de feria, *Turco* acompañaba á su amo, que iba á vender alguna ternera ó á comprar algún cerdo. Cuando aquel se detenía en alguna taberna, para apurar algún vaso de vino en unión de los amigos, *Turco* se quedaba á la puerta, echado en el dintel, ó se daba á la ingenua tarea de juguetear con los otros perros, saltando, persiguiéndose, oliéndose el trasero ó echándose á rodar, unos á otros, entre gruñidos estrepitosos. *Turco* era fiel, resignado, desgraciado, como son todos los perros.

Un día, *Turco*, volviendo de una feria, se perdió...

Pero no quiero pasar adelante. La triste, la dolorosa odisea de *Turco* se tiñe de pronto de negro: un soplo de tragedia pasa por aquella suavidad de idilio. Quiero seguir viendo á *Turco*, dentro de su tonel, dormitando plácidamente, ó rascándose las pulgas; quiero verle persiguiendo á las liebres en los rastrajos; ladrar á los carruajes y á los pasantes; engullir su exigua y hedionda pitanza. En medio de esa miseria, *Turco* es feliz. No quiero ni un momento verle de nuevo, perseguido por el idiota M. Bernard, el notario, y por los pazguatos del pueblo, armados de esco-



petas y palos, apedreado, oteado y acorralado como una bestia peligrosa; no quiero oír la detonación del fusil que le hiere, ni el aullido desgarrador, intenso, que la herida le arranca; ni su vacilante carrera, rota una pata, dejando tras sí un rosario de gotas de sangre; ni mucho menos quiero verle agonizar, abandonado en un campo de trigo, entre las rojas amapolas que ensangrientan el oro de las espigas, y los grillos que cantan, sin una queja, sin un lamento, y dormirse por siempre al claror de la luna llena.

¡Pobre *Turco*!

Era de la familia de los perros buenos, de esos que cuando se les encuentra, caminando fatigados, la lengua pendiente y la cola entre las patas, procurando protegerse en la estrecha cinta de sombra de las aceras, dan compasión, é involuntariamente, se les tiende la mano para acariciarles.

¡Y cómo agradecen esa inesperada caricia los desgraciados perros callejeros, acostumbrados á los desaires, á los puntapiés y á los palos! Cuando vuestra mano se acerca, os miran con desconfianza. Su pupila acuosa vidrea, gruñe hostilmente, enseñando sus agudos colmillos, sin comprender, de pronto, pobre sér atenaceado por las desconfianzas y los temores, que vuestro gesto es de caricia, que no les queréis mal y que así váis á probárselos. Sobadle, á contrapelo, el lomo; dadle palmaditas en los flancos hundidos en que el costillaje se muestra en acusadísimo relieve bajo la piel, seca como un pergamino, y en que el pelo es cada vez más escaso; tiradle suavemente de una oreja; tomad y apretad en vuestro puño el húmedo hocico; desengarabatadle la cola que se esconde, temerosa, entre las patas; decidle palabras cariñosas que él, sin saber el idioma de los hombres, sabrá adivinar, y veréis entonces cómo sus redondos ojos se alzarán, y mojados de gratitud, se clavarán en vosotros con una mirada que no conocéis

por no haberla visto nunca en los ojos de ningún semejante. Los ojos de los perros son como los ojos de los niños. Veréis su cola que se agita sin cesar, golpeando los ijares, mientras el trasero se contonea atropelladamente; se levantará sobre sus extremidades posteriores, y se echará sobre vuestro pecho, intentando inútilmente alcanzar vuestro rostro con sus lengüetadas. Es la gratitud que aparece en toda su plenitud!

No hay mejor amigo que un perro. Esta afirmación está echada á perder de tanto rodar por los libros de los filósofos... y por la boca de los necios; pero es el evangelio.

Que era su mejor amigo el perro, lo comprendió Schopenhauer, y así lo dejó consignado, para *in eternum*, en alguna página en que olvidó, por momentos, las amarguras de su filosofía, para mostrar ternuras inusitadas de poeta. *Hartma* es inmortal. Junto á la imagen del solitario de Francfort, perpetuará la del «amigo», la del compañero inseparable de las largas veladas de meditación, al amor de la lumbre de la chimenea, entre los viejos infolios y los bustos de bronce de los grandes filósofos.



Toda la gárrula prosa que va leída, hánmela inspirado esta mañana unas cuantas lineas de *tit-bits*, extraídas del fondo de una columna de diario.

El *Daily Chronicle*, de Londres, apunta un hecho conmovedor, todo un poema condensado en diez líneas de reporter, que viene á demostrar una vez más que el cariño puesto en un perro, no es cariño perdido.

Un perro, que acompaña á su amo á una estación de ferrocarril, se extravía entre el barullo, y

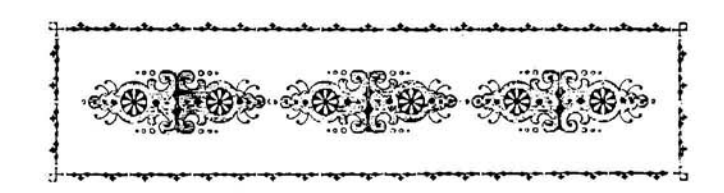


después de buscarle inútilmente, se arroja desesperado sobre los rieles, en los momentos en que pasa, rápido, un convoy que le hace trizas.

¡Pobre animal! — Su fin, ¡cómo me recuerda el fin lamentable de *Turco!* Y cómo, después de leer el *tit-bits*, del que pocos, tal vez ninguno, haya extraído la filosofía que contiene, saco de entre mis libros el tomito de Octave Mirbeau, y devoro su historia, que nunca fatiga, que siempre conmueve hasta las lágrimas!

Marzo de 1907.





La Floresta de los Leones.

Al leer el título del último libro de versos que en Santiago de Chile ha publicado Antonio Bórquez Solar, se piensa en los tomos de la Sociedad del *Mercure de France*, en esos tomos de cubierta amarilla que exorna el caduceo del alígero mensajero.

Y en efecto.

Entre ellos encuadraría perfectamente el volúmen del poeta chileno. Yo le colocaría, al patrocinarlos la revista de M. Alfred Vallette, entre un tomo de Francis Jammes, *Le Deuil des Primevéres*, pongo por caso, y *Phocas le Jardinier,* de Vielé-Griffin. Y ese tomo suyo, cuyo tiraje justificaría un astrolabio, sería enriquecido con una agua fuerte, semejante, en el gesto doloroso, á la máscara de Maurice Rollinat, por Bethume.

Junto con la idea de los tomos del *Mercure*, viene á mí, en estos momentos, al tomar en manos el elegante tomo santiaguino (de la calle Nataniel) la imagen del poeta, que yo conocí y quise tanto durante mis dos años de vida chilena.



Cuando llegué á Santiago de Chile, á principios del 97, el poeta trabajaba en *La Ley*. En un huequecito del batallador diario radical, había levantado su capilla de arte; y allí, entre una *guerrilla* insurrecta de Marcial Cabrera Guerra, y una *Semana*, elegante y mundana, de *Géry*, hablaba á los buenos lectores santiaguinos de la siringa del Padre Verlaine, y de esas capitosas y malsanas flores baudelairianas. Sus versos disonaban en aquel sitio; pero era el único en que podían estar. *La Ley*, era y ha sido el solo diario que en Chile ha abierto algún campo á la literatura; y por la casa pintada de rojo de la calle de Agustinas, ha desfilado todo lo que hoy dá alto renombre y brillo á la intelectualidad de aquel país. Hasta los extranjeros, cuando hemos tocado á sus puertas, encontramos fraternal acogida. Digo: entre la política y el noticierismo, que lo invadían todo, la poesía de Bórquez Solar resultaba exótica, fuera de lugar. Aquellas músicas impetuosas, aquellas cabalgatas walkyrianas, hubieran estado mejor en la *La Revue des Poétes*, ó en *L' Emitage*, ó en el mismo *Mercure de France*. Él era el primero en comprenderlo así; pero era un tenaz aferrado al ensueño. Soñaba para sus versos ediciones imposibles, esas mismas que yo le deseo ahora; soñaba en escribir, en el francés de Stuart Merrill y Albert Samain, sus poemas crepusculares y sus laudes socialistas... y en atraer vivamente la atención; en que todos, en bien ó en mal (eso le importaba un bledo) se ocupasen de él á cada instante, personal y literariamente.

Era el poeta, en aquellos inolvidables días, una de las viñetas ostensibles de la vida santiaguina, una ostra de las vitrinas de los almacenes del portal Fernández Concha y un *habitué* del puesto de periódicos de Zamorano. Su cara de fauno jovial, con rasgos mefistofélicos, inquietaba á más de alguna linda enlutada, cuyo rostro rosado en vano

trataba de empañar la negrura del manto. Su sonrisa tenía algo de *rictus;* mucho de voluptuosa, cuando seguía la marcha rítmica de las mujeres que pasaban, dejando á su paso una huella de perfumes turbadores. La nariz de Sileno del poeta se fruncía en una mueca de deleite intenso, y aspiraba, aspiraba, como queriendo absorber todo lo que de aquellas mujeres quedaba, por lo que, en lo íntimo de su imaginación, aquel secreto pudiera provocar de ensueños livianos. Era un gran voluptuoso. La pata de cabra, se escondía en la ancha bota de glasé. Su labio se humedecía cuando celebraba encantos femeniles, ó rasgaba misterios de alcoba; y en sus ojos, prendía una mirada que hacía evocar las espesuras de las selvas arcadianas. Su cojera verleniana, una cojera que no le sentaba del todo mal, había hecho que sus amigos le llamaran, en broma, *Pauvre Lelian,* cosa que le hacía sonreír.

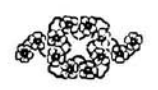
Un grano de dandysmo, mezclado á su "afán histérico de llamar la atención", le hizo un día, allá en su provincia, cuando era profesor de un Liceo de Ancud, presentarse en su cátedra ciñendo calzón de ante, botas federicas de cuero de Rusia, jubón de terciopelo verde, y ancho chambergo de frondosas plumas blancas, lo que le valió la inmediata destitución. Cuando me lo relataba, con la mayor naturalidad del mundo, trataba de apaciguar mis tropicales aspavientos, recordándome que Oscar Wilde había paseado, en pleno medio día por Pall Mall, la gran arteria de Lóndres, vestido como él, y no como él llevando en la mano un chilillo, sino un espléndido girasol. Un día le ví pasear por la calle de Estado, á las diez de la mañana, llevando un jubón de satén, á lo Josephin Peladán, y una chistera de alas planas, un tanto *démodé,* la cual, al través de diez años, me trae á la memoria el proverbial sombrero que Willy pasea por los bulevares parisienses.



Cada una de las piezas que el libro contiene, al leerlas, tratando de darles el tono que él les daba cuando me leyó algunas de las que aquí encuentro de nuevo, me hacen evocarle en su cuartito de la calle de Santa Rosa, desordenado; la mesa rebosando de libros y *plaquettes*; sobre las sillas, apiladas las ropas de uso junto con los periódicos desplegados; la cama sin hacer; el agua sucia todavía en las jofainas; en las paredes de borrosos tapices, colgadas algunas mezquinas litografías; y junto á la ventana que caía al patio, y por donde apenas entraba el sol, el poeta extendido en una mullida butaca, con los pliegos de papel en la mano, leyendo, leyendo con un acento, con un ritmo inolvidable. Aquella voz, ronca, un si es no es desagradable al iniciarse la lectura, se trocaba de pronto en una música inefable, arrulladora, que cautivaba al auditor de manera absoluta, total.

Poeta: los Leones de tus Florestas, no gustan de la sangre. Las fauces de tus Leones sacian su sed en la miel de los panales y en el jugo de las uvas. Sus garras, se hunden en alfombras de rosas. Sus rugidos musicales se pierden á lo lejos, y despiertan en sus nidos á los pájaros que saludan el paso de tu Musa con el himno jocundo de sus flautas de ámbar. Tus Leones duermen su siesta á la sombra de gloriosos laureles. Y en sus pupilas, anchas, serenas, se refleja todo el azul del océano infinito de tus islas de Chiloe.

Marzo de 1907.





Roberto Brenes Mesén.

Desde ayer tarde es huésped nuestro Roberto Brenes Mesén. Viene á nosotros investido de carácter oficial. Representa á Costa Rica, su patria, en la tercer Conferencia Centroamericana estipulada por los tratados de Washington, que en breve va á reunirse en esta capital.

Me place altamente que aquel hermoso país, del que tan gratos recuerdos guardo, tenga, ante nosotros, tan prestigiado representante. Doble representación la suya: la de un Gobierno modelo y la de la intelectualidad de aquel microscópico gran país. En la nueva generación de Costa Rica, Brenes Mesén ocupa, indudablemente, el primer lugar, y su obra, copiosa ya, ha traspasado los linderos de la América Central.

Saludo con respeto, al Delegado de aquel juicioso Gobierno; y con cariño, fraternalmente, estrecho la mano al compañero de hoy, y de siempre.



Roberto Brenes Mesén evoca en mí un pedazo de vida, breve, pero intenso; un fragmento de vida



que el pasado devoró y al cual el mismo recuerdo desrelieva, borra... porque todo pasa... todo se pierde... todo se olvida. Se necesita un fuerte estímulo, una honda conmoción, para que todo lo que ahogado va en el alma por el cúmulo abrumador de las impresiones recientes, salga á flote.

Es mi caso.

Al abrazar en la Estación al antiguo compañero, nuestra vida de Santiago de Chile, nuestros dos años de estrecha amistad, de imperturbable fraternidad, desfilan ante mis ojos. Hay cierta delicia íntima, cierta fruición, no exenta de melancolía, en evocar, en dar corporidad á lo pasado; en clasificar detalles, que se creyeron perdidos totalmente; en amontonarlos, en prestarles nuevos brillos; en *vivir* de nuevo, sentimentalmente, aquella serie de días inolvidables en que la Realidad, esa terrible Walkyria, no había triturado aún bajo los cascos de acero de su impetuoso corcel negro, nuestros locos ensueños de veinte años. El tiempo ha pasado... Los días, como las gotas en la ampolla de una clepsidra, se han amontonado, amurallando cada vez más el camino de nuestra vida. Los desengaños, han nevado en nuestras almas... Nuestras miradas, al encontrarse, nos evocan cosas que hondamente nos enternecen. La tristeza, una suave, una apacible tristeza, cierne sobre nosotros su impalpable sudario. Sumidos en ese crepúsculo, embriagados por ese aliento otoñal (perfume de hojas secas y flores moribundas), los recuerdos desfilan uno á uno, como las cuentas de un rosario familiar entre los dedos temblorosos y encanijados de una abuela devota... Nuestro rosario, uno á uno, deja caer sus zafiros; uno á uno, uno á uno con piadosa lentitud.

La presencia de Brenes Mesén en San Salvador, después de cerca de doce años de no verle, me proporciona ese festival íntimo, esa loca orgía de recuerdos...



Fué una tarde de invierno, encapotada y friolenta, sucia, difuminada toda en un gris espeso, un gris de polvo de carbón y de lodo: una de esas tardes inolvidables del invierno santiaguino, en que se tirita bajo la tela del abrigo... La primera visión de la opulenta ciudad era para mí deslumbradora, llegando de las primitivas capitales centroamericanas. El carruaje traqueteaba por la Alameda, entre los interminables enfilamientos de árboles despojados de follaje... La niebla se enredaba entre las ramas mondadas... Pasaban los tranvías, rodaban los vehículos, al oído resonaban los agudos gritos de los vendedores ambulantes... La ciudad se agitaba en los últimos estertores de un día de labor. Santiago iba á entrar en la noche; otra vida iba á comenzar. Los faroles se encendían, alternativamente, como en un alargado collar. Los suplementeros voceaban las últimas ediciones de los diarios vespertinos. Santiago ardía, bullía, deslumbraba...

El recuerdo de esa tarde, de ese paisaje nebuloso, sirve de fondo al primero, al capital de mis recuerdos. En el primer plano aparece, perfectamente definida, perfectamente coloreada, una figura: la de Roberto Brenes Mesén. Esa tarde nos conocimos... y esa tarde, con él, tomé posesión de Santiago, cuyo alejamiento, más tarde, iba á ser uno de los verdaderos grandes sentimientos de mi vida. Todavía, después de transcurridos los años, de tanta impresión nueva, al solo sonar de su nombre, siento correr por la médula un escalofrío... Siento á Santiago todavía...

¿Recuerdas, Roberto, aquellos días, nuestras mañanas de correría, nuestras tardes de bureo, nuestras noches del Politeama? ¿Recuerdas nuestras visitas á los talleres de los artistas: al del buen viejo Nicanor Plaza, ante cuya *Quimera* nos extasiábamos; al del infortunado Molina, víctima de su romanticismo de amor y de sus sensuali-



dades de Dux veneciano, el cual sentíase desvanecer al sentir el perfume desprendido de las arcaicas vestiduras de las damas versallesas? ¿Y nuestras charlas de la redacción de *La Ley*, junto al chico Cabrera Guerra, á *Tatín*, á Emilio Rodríguez Mendoza, al tuerto Fraga y al cojo Bórquez Solar? ¿Recuerdas nuestras comidas íntimas en casa del imponderable don Robustiano Vera, los ojos incendiarios de Soledad y las esbelteces de las Hacera? ¿Nuestras cenas más íntimas todavía *chez* Gage, en aquellos tibios reservados, alegrados por la sangre del Panquehue y el zumo de las uvas de Pasco? ¿Y los mariscos de Drekman, sazonados con espumante Valdivia? ¿Y al amable don Eduardo de la Barra, que ya duerme en la tumba y en la gloria? ¿Y al gastrónomo Pedro Nolasco Préndez, tan buen cocinero como poeta, muerto también, y que sentía celos mortales por todo aquel que en la mesa cometía la avilantez de preparar mejor que él las ensaladas? ¿Y á don Guillermo Matta, pasando en su carruaje herméticamente cerrado, y columbrado al través de los gruesos vidrios como un Lord inglés, en la austeridad del *cheviote* de su traje y la plata de su barbilla cerrada? ¿Y nuestras ascenciones al cerro de Santa Lucía, para ver á Santiago extendido á nuestros pies, con sus cientos de campanarios agujereando la atmósfera? ¿Y nuestros crepúsculos de la Quinta Modelo, á la orilla del lago, bajo la sombra de los sauces llorones, soñando en nuestras tierras intertropicales, devoradas por los bochinches, el sol y los zancudos? ¿Y nuestros locos proyectos? ¿Y nuestros planes de regeneraciones patrias?...

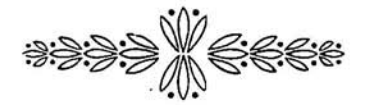
Todo ha pasado ya... Todo ha quedado atrás, lejos, en el horizonte de la vida que se borra, entre las sombras que lo van devorando todo, conforme el que pasa lo abandona... Es el cementerio que no visitamos, porque no conocemos el camino;



pero en donde todos tenemos una cruz elevada sobre una tumba...

Al abrazar en la Estación á mi antiguo compañero, al ver de nuevo su franca mirada y oprimir entre las mías su mano, he sentido mi corazón golpear impetuoso las paredes del pecho, y un escalofrío recorrer mi columna vertebral. En presencia del inseparable amigo de otros dias, un fragmento, tal vez el más feliz de mi vida, formado de días de oro y de días de betún, surge ante mí, toma forma... y me hace bueno por algunos instantes.

Enero de 1910.





La tisis de los claveles.

Será una *boutade*, una de esas deliciosas *boutades* que á diario salpican las columnas de los periódicos; pero el hecho es que mi lápiz rojo, al recorrer unos cuantos diarios exóticos, ha marcado con los rasgos acostumbrados la tremenda noticia que viene á hacer fermentar, en el fondo de toda alma (aun la *juive* que está inclasificada) el oculto sedimento, la levadura sentimental que en mayor ó menor proporción llevamos cada cual en nosotros. Y no hay que sonreir ante esa afirmación. La nota sentimental, suena en todo diapasón humano, si bien esa fuerza latente se le desarrolla en mayor ó menor proporción, ó se le dá orientaciones distintas. ¿Creéis que el golgotiano que acapara riquezas, no gasta en esa función la misma fuerza sentimental que el que escribe un soneto á los labios rojos de su amada, ó de quien se queda, arrobado, magníficamente embebecido, ante los prestigios luminosos de una magnífica puesta de sol? — Hay lo que se llama la poesía del millón: Rotdchild, es el Dante Alighieri del dinero. No hay que reir del sentimentalismo. Todos somos, cual

más, cual menos, sentimentales. La cuestión está en que unos se avergüenzan de serlo, y los otros no. Yo me quedo con estos últimos. Hay que tener el valor de sus sentimientos, así como es necesario tenerlo de sus actos. Yo he visto, en uno de esos instantes de abandono, en que la voluntad es incapaz de sofrenar los sentimientos y de evitar su manifestación, he visto una noche, ante el mar misterioso, bajo la crugiente lona de una tienda de campaña, frente á un poderoso acorazado que proyectaba sus reflectores sobre nosotros, he visto, repito, á un hombre de acero, de voluntad inquebrantable, curtido por los infortunios y ginetcado por los desengaños y los constantes fracasos, soñar, soñar como un poetilla de veintidós años, tejiendo sobre el cañamazo de los sueños irrealizables, la más estupenda de las fábulas! Y era el mismo que, en el equilibrio total de sus facultades, bromeaba del sentimentalismo, y creía á su alma acorazada contra la invasión de ese humo de opio... En el fondo de todos nosotros, va, latente, un soñador. La ocasión es la encargada de revelárnoslo. Mi amigo en referencia lo era á su modo... y en su cuarto de hora.

La noticia que me impresiona, es poca cosa. No hará fluctuar los cambios, ni sacudirá los mercados... La calle de Jerusalém puede respirar tranquila...

¡Los claveles están tísicos! Esa es la nueva.

De momento, periódico en mano, creí que aquello seria un *boutade*, una de esas travesuras con que los periodistas se vengan de sus lectores tomándoles el pelo. Tras esas quince ó veinte líneas, arrinconadas al final de una columna, creí ver apuntar la nariz de algún humorista, de uno de esos cuyo alcohol consiste en deformar la realidad.

¡Los claveles están tísicos!

Unos cuantos horticultores franceses acaban de hacer ese conmovedor descubrimiento.



De tiempo ha veíaseles degenerar. Después de prolijos y minuciosos análisis, se ha llegado al fatal diagnóstico: ¡los claveles están tísicos! ¡Los claveles se han *atraviatado*! Espera ponerse remedio al terrible mal que amenaza á una de las más simpáticas entidades del mundo floral. La etiología de la enfermedad preocupa á esos Doyen y á esos Pean de la cucharilla y del rastrillo. ¡Qué sus desvelos, se vean coronados por el más total y brillante de los éxitos!

¡Los claveles están tísicos!

Los pobres claveles, esos claveles que los poetas y los pintores han hecho aparecer, unos en sus rimas, otros en sus caprichos de colorido, reventando de salud, estallando de alegría, plenos de bienestar burgués y de ufanías de acomodado, esos apetecidos claveles, resultan hoy tuberculosos, como cualquier modistilla apasionada... ó cualquier maestro de escuela!

Fin lógico el de esa flor que ha amado tanto... en leyenda... y en los versos.

Y si nó, recordad que los claveles, sobre todo los rojos, siempre han ido encadenados á una intensa historia de amor. Fueron y son un símbolo erótico. Del resobado *Lenguaje de las flores*, que todo enamorado ha descifrado página tras página, á los suntuosos versos de Roberto de Montesquieu Fezensac, los claveles han sido, entre todas las flores, las que han llevado la parte pecaminosa en la mitología floral...

Recordad que ese clavel reventón, ese clavel cual morrocotudo coágulo de sangre, es el mismo que Carmen, la gitana, que ama y muere entre el desanudamiento serpentino de la música de Bizet (la más voluptuosa de las músicas) arroja á la cara de don José, entre las ternuras murrulleras de una habanera. Y ese clavel le pierde; le arrastra hasta el crimen! Ese es el mismo clavel que ornamenta el balcón, tras cuyos humildes visillos de percal,

canta la costurerilla mientras la aguja corretea entre sus dedos; y el mismo que en apretado ramillete va, plantado, sangrando salud y lujuria, sobre el seno que parece hacer saltar al empuje de su elasticidad la tela del corpiño, entre el vuelo vaporoso de los encajes y el cegador colorido del mantón asaeteado por el sol.

También el azahar simboliza el amor. Pero en esas capsulitas de goma, en esas ampollitas de nieve, apiñadas, prestándose valor unas á otras como medrosas colegialas, se condensa otro amor bien distinto del que ha querido aplicarse á esas flores que Bizet cortara en los arriates sevillanos para hacerlo detonar, como una loca gloria de color, prendidos al pentagrama milagroso. El azahar es la pureza: el amor bueno, el amor blanco, el amor sin mácula. El clavel es la lujuria, el amor malo, el amor rojo, el amor que confina con la muerte, el amor que ha salpicado el fango. ¡Pobres flores á las que la imaginación, el capricho de un poeta cuelga tantas calumnias! Ellas, las pobres, van corriendo, agobiadas por el peso de maleficios que no conocen, ni sospechan. La maldad humana, llega hasta ese extremo: atormentar á seres cuyo destino es agradarnos, agonizar abriendo el tesoro virginal de sus aromas, para alegrar un instante nuestra vida de eternos victimarios...

Febrero de 1910.





Este era un Rey...

Si de algún Rey verdadero, Rey de carne y hueso, pudiera comenzarse el relato de su vida con la sacramental frase de los viejos cuentos, esa es la del anciano Rey Leopoldo II, al rededor de cuya augusta personalidad se ha tejido la más estupenda y la más amena de las leyendas.

En vida, el níveo Rey de los belgas, fue el rey *galantuomo*, el rey *clubman*, el rey *yachtman*. Ese Don Juan... que dejaba la corona y el cetro en palacio... deshojó hasta la saciedad las rosas de placer que en profusión le ofreciera la vida. Resucitaba la arrogante figura del Rey cuasi octogenario, de larga barba blanca nevando su nutrida lluvia de lirios sobre el pecho, pálido de tez, azul el ojo, de un azul infantil; de negro vestido, siempre de negro, como llevando luto por un dolor oculto, el Rey calavera resucitaba en toda memoria, disciplinada por lecturas clásicas, la atrayente figura del viejo Anacreonte, adornando de rosas y de risas su vejez, escanciando, con mano firme aún, todo el vino de las delicias en la crátera esculpida de viñas y de fugas.



Así se imaginaba uno siempre á Leopoldo. Si su perfil hubiese sido troquelado en una medalla de festival, nuestro gusto hubiera colocado el perfil del anciano Rey, como en las medallas siracusanas, con báquicos atributos. Era *le frère jumeau* de la Dicha; su cuna, parecía haberla mecido la nodriza Felicidad; y que según la tradición feérica, entre los tributos ofrendados, al recién nacido, por todas las hadas del reino, no figuró el del hada mala; aquella cuyo maleficio contamina todos los dones de las hadas buenas. La figura de Leopoldo, recorriendo los bulevares, frecuentando las terrazas de los cafés, presenciando, de incógnito, las corridas de toros de Sevilla, apoyada la diestra en el níveo y mullido hombro de la divina Cleo, como un Rey Lear afortunado; corriendo á las citas con temblores de amante novel; vendimiando besos y encendiendo risas en los rojos labios que empurpuraba el borgoña y doraba el *champagne;* casándose, misteriosamente, con una linda frutera, elevada á Baronesa por un real capricho, para así realizar el cuento de la pastora humilde y fresca que sueña con el Príncipe Azul; la figura de ese Rey Leopoldo, que todos hermanábamos á la de la más absoluta felicidad, resulta ser hoy la de un nuevo Edipo, la del Rey doliente é infortunado, que siempre de negro, de negro siempre, como llevando luto por un dolor secreto, nevando sobre el pecho la cascada de lirios de su barba canosa, infantil el ojo azul, contraída la boca por un gesto impenetrable, iba por el mundo buscando consuelo, el olvido momentaneo de cruentas miserias, que sólo los placeres le ofrecían.

Ahora que él ha muerto, la información despiadada, esa información que se cierne sobre el muerto como un cuervo voraz é insaciable, ha revuelto un verdadero fangal. La bella leyenda se ha trocado en una crónica escandalosa. El lodo

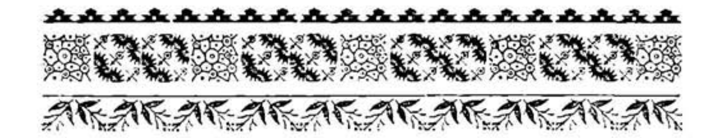
removido, ha emporcado esa figura hierática, atrayente, que nos recordaba á Anacreonte. ¡Dios mío! Y que el afán del noticierismo, que la embriaguez del escándalo, no se contenga ni al borde de una tumba! Aún el cadáver del pobre Rey saturaba de olor de podredumbre la sala del trono de Bruselas, ¡y ya la prensa sacaba al sol unos trapos! Resulta, que ya no sólo fué un rey libertino, «mal hijo, mal esposo, mal hermano, mal padre»... sino que fué hasta «mal amante». Ese Rey, cuyos enemigos declaraban que, como postre de una cena íntima, en un reservado más íntimo todavía, ofrecía á la divina Cleo la mitad del Congo... y sus negritos, ibase casi á las greñas con la hetaira, por un automóvil, que una vez comprado, el Sylock de manto real, hacía inscribir á nombre de la Legación de Bélgica en Paris, para librarle del pago de impuestos. Se cruzaba palabras gruesas con sus comisionistas, por una cifra sospechosa en los libros, que diariamente escudriñaba, y en Palacio, recortaba hasta donde podía los gastos más insignificantes. En los cafés, discutía las disiones; y sus sastres lo eran puramente de honor, pues Leopoldo fué partidario de los matices arronronados y pesaditos...

¡Qué cúmulo de negros detalles, qué de infames anécdotas, qué de abominables historias y de ridículas *pochades*, al rededor de ese pobre cadáver! Bien cara se paga la fantasía de ser rey!

Téngase piedad tan siquiera! Respétese alguna vez la augusta tranquilidad de la muerte, el severo misterio del sepulcro!

Marzo de 1910.





Eduardo VII gastrónomo.

Un amigo mío ha tenido la fineza de obsequiarme una copia de la *maquette* de Giris: *S. M. l'Empereur des Indes.* El buen Eduardo, el rey bonachón y placentero, se yergue sobre unos zapatones de Goliath, algo como las botas de las siete leguas. El abdomen, de un repolludo desarrollo, se enfaja en el blanco chaleco. La gardenia se esponja en el ojal del *smocking.* En el labio, un rollizo habano, cual columna de cemento armado del Palacio Nacional, humea tranquilamente. La actitud de Eduardo es placentera. Respira bienestar. Revienta de salud. Es una figura proudhomesca, que regocijaría á Henri Monnier. Seguramente Eduardo acaba de levantarse de la mesa. La actitud de la mano derecha sobre la cúpula del abdomen, demuestra que las funciones digestivas principian á poner en juego las augustas tripas del *Empereur des Indes.*

Este género de caricatura, estas *maquetts,* son encantadoras. De este mismo Giris conozco una primorosa serie de monarcas. Un *Empereur du Congo,* es despampanante. La figurilla de barro, se alarga lianescamente. Leopoldo, tendido *á la*



negligé en una butaca, parece hacer cálculos mentales, como éste, por ejemplo: «tantos negritos, á tanto cada uno, tanto». Así como Eduardo VII, en la *maquette* de Giris, digiere tranquilamente las perdices de Buckingham Palace, Leopoldo, el viejo Rey David de los belgas, el delicioso Cleopol, digiere negritos, olorosos á grasa y á cáscara de cacao. Es ésta una digestión como cualquier otra. Yo conozco quien se ha tragado todo un mobiliario, y no le ha indigestado. Ni de comprimidos de Vichy ha tenido necesidad. De Giris es también un Rey de España, muy sugestivo; y un Vittorio Emmanuele, clavado, clavadito.

Pero... estamos perdiendo el tiempo en digresiones.

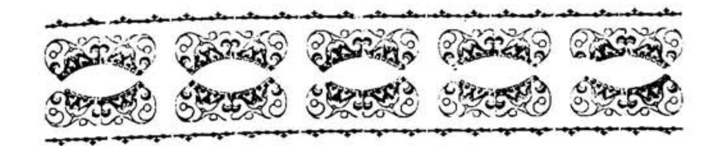
El Eduardo VII de hoy, el Príncipe de Gales, calavera, trasnochador y galante de los días pasados, el cliente de los grandes... y de los pequeños restaurantes, la viñeta ostentosa de los bulevares y de los hipódromos europeos, el sereno tallador de los baccarás, el que, mal disfrazado bajo el incógnito, tuvo que ver más de una vez con la policía parisiense, es hoy el beatífico, el serenísimo, el imperturbable Rey de los ingleses. De sus antiguos hábitos, el único que tal vez conserva, aferrado como una ostra á la roca, es el de insuperable *gourmet*. Eduardo VII, según sus cronistas, es «uno de los más finos gastrónomos de su reino». Es «buen diente». Yo... le saludo con respeto desde lo alto de mi dispepsia. No hay cosa que me enternezca más, que me conmueva casi hasta las lágrimas, como un «buen diente». Eduardo VII me ha sido simpático, antes y después de su cambio de nombre, casi tan simpático como Guillermo II de Alemania. Porque yo tengo afectos reales. Quiero á tal ó cual monarca, odio á cual otro, desprecio al de más allá, siento conmiseración por éste, y me río en las barbas de aquél. Es un *dilettantismo* como cualquier otro.



Esta mañana me ha tocado enternecerme ante una *maquette* de Giris; ante un Eduardo VII, de barro, que va levantándose de la mesa. Eduardo, es un Gargantúa de una pieza; es proverbial en Inglaterra su sangre fría... y su apetito ante los *menus* más copiosos. Los Asmodeos áulicos, nos cuentan cuántas comidas hace el Rey, y la calidad de ellas. A las nueve de la mañana se le sirven en un velador, en su gabinete de trabajo, dos huevos, carne fiambre, tostadas, y tres tazas de the, de añadidura, un the... que da la hora de bueno y perfumado! A las dos, almuerzo abundante, tres ó cuatro platos. A las cinco *(five o'clok)* unas dos ó tres tacitas de the, y una media docenita de pastelillos espaciales. A las siete, merienda ligera; como quien no dice nada: carnes fiambres y jaleas escogidas. A la media noche... ¡cena en regla! Todo un desfile de exquisitos manjares, champaña, frutas y dulces. Es la gran hora de Eduardo VII. La hora en que le admiro más, muchísimo más, que cuando va, vestido como los Reyes de las barajas, á abrir el Parlamento. Eduardo VII ante una perdiz trufada, ó después, al levantarse de la mesa, fumando uno de esos mismos rollizos tabacos que fuma su sobrinito Guillermo de Alemania...

Marzo de 1910.





Los conquistadores.

No se trata aquí, seguramente, de continuar la interesante serie de siluetas que Chema Peralta nos ofreciera en una hoja periódica, por desgracia de vida efímera.

El título de esta crónica, me viene á la punta de la pluma por otro motivo.

Ayer tarde, he recibido la visita de un muchacho que llega de su pueblo, y trae para mí una tarjeta de un antiguo compañero de colegio, en la cual me lo recomienda. ¿Qué puedo hacer yo por él? Nada, nada absolutamente. Mi pobre compañero, sepultado ha tantos años en un lejano pueblo de la República, ¡cómo se comprende que desconoce la vida de San Salvador! Con la tarjeta entre los dedos, frente al tímido provinciano, he pensado un rato en la ingenuidad humana, con la que todavía ¡á pesar de todo! suele uno darse de narices en los vericuetos de la vida.

—«Sea Ud. audaz! La audacia lo es todo aquí.» —Es lo más que he podido decirle.

El recomendado de mi antiguo compañero me ha visto con ojos espantados, cuando he pronunciado esta frase, en actitud de pontificador.

Y no he vuelto á acordarme más de él en todo el resto del día...

Esta mañana, al sentarme á mi mesa para cumplir la diaria tarea de entintar la reglamentaria media docena de cuartillas de mi crónica, he tropezado casualmente con la tarjeta de mi compañero de colegio, abandonada sobre unos periódicos. La he vuelto á leer; y el muchacho de la víspera, el tímido zanguango que viene á la capital á resobar códigos y á pasar unos años, los del *entrenamiento*, acurrucado en la mesa de escribientes de un Ministerio cualquiera, ha vuelto á aparecérseme.

— Este es uno de nuestros conquistadores — he pensado, mientras iba encarrujando la amarillenta cartulina. — Este es uno de los conquistadores *de dentro*...

Desde lo alto de mi ventana, se domina un dilatado horizonte de la ciudad. En primer término, la mole gris del Palacio; más atrás, la torre de la Oficina de Telégrafos; mucho más atrás, la Basílica, á la cual la distancia presta aspectos de piedra labrada. Y cerrando el gran panorama, el Volcán, terroso, todo resquebrajado, con su joroba de dromedario que, al aire suave y azul de la mañana, se ciñe un turbante ligero, muy ligero, de nubecillas vaporosas como vedijas de algodón. Y ahora recuerdo que, mientras el joven provinciano hablaba conmigo, dirigía miradas extrañas, largas miradas de toma de posesión, á la ciudad que extendía sus tejados bajo los rayos del sol de la tarde. Seguramente pensaba: «¡Será mía!» Y le será, no hay duda alguna...

Yo recordaba en esos momentos á Saccard, al audaz Saccard de *La Curée*, de Zola, la tarde en que desde lo alto de Montmartre contemplaba á París, al que luego envolvería en las tremendas redes de sus especulaciones formidables. «Este — pensaba yo — va á triunfar. Recorramos nuestra vida política, nuestra vida militar, nuestra vida intelec-



tual, y nos preguntaremos: ¿qué aporta á ellas el sansalvadoreño? Nada. Todo, absolutamente todo lo hace, y lo logra el de fuera, el que llega de su pueblo, como éste de hoy, con el ánsia de conquistar la ciudad por todo recurso».

Yo me trazo, anticipadamente, la odisea del recién llegado.

Primeramente, no volverá á verme... porque comprenderá la inutilidad de hacerlo, y la ingenuidad de mi antiguo compañero del *Liceo Salvadoreño* al enviarle á mí. Se buscará una persona que le recomiende á un Ministro, y logrará encasillarse en la partida del presupuesto destinada á los escribientes. Eso, por de pronto. Luego, se matriculará en la Universidad, sobará códigos unos cuantos años, litigará en los juzgados, pescará el cartón académico, escribirá una tesis, vulgar como todas las tesis; pondrá su bufete, se dará masajes eléctricos en la Peluquería del Comercio (que será para él, nota de alta elegancia). Si es honrado, no hará nada: vegetará; pero si se echa á la espalda la delicadeza... llegará, ¡vaya si llegará! Y no será remoto que un día me encuentre al poblano de la recomendación, convertido en Ministro. Lo que sí podré constatar muy luego, en cuanto pesque su placita de escribiente y le zampen al *Casino Salvadoreño*, es que yo me borraré para él. Me verá (si me vé) por sobre el hombro, me saludará (si me dispensa ese honor) con aire de protección... En cambio, yo ¡cómo me voy á reír! Esos son los que á mí me gustan, esos los que yo busco...!

A este punto de mi crónica (¡Santo Dios, Santo inmortal!) un piano, en las vecindades, comienza á tocar *La Flor del Café*, esa maldita *Flor del Café* que me crispa los nervios, que me engrifa todo, como gato en celo. ¡Qué musiquita! Creo formalmente que si me pusieran á escoger entre permanecer dos días cerca ¡nada más que



cerca! de los reverberos del infierno... y oír *La Flor del Café*, durante dos horas consecutivas, optaría sin vacilar por lo primero. Dejo la pluma, me levanto y cierro los cristales. A través de las rendijas, se me cuelan algunas notas odiosas. ¡Dios mío, Gran Señor: Tú, que todo lo puedes; Tú, para quien no hay nada imposible: confunde, con un solo soplo de tus divinísimos labios, ese wals archicargante, archibayunco!

Marzo de 1910.





El fracaso de la leyenda dannunziana.

En vida de Victorien Sardou, la mordacidad de los cronistas del bulevar, fabricaba frases é insinuaba *calembours* sobre el llamado «*trust* del estruendo», constituido por el viejo tramoyista de *Fedora* y su genial intérprete Sarah Bernhardt. Muerto Sardou, en hora propicia, y envejecida Sarah, la sociedad acaparadora de la atención de París, y por consiguiente, del mundo entero, se liquidó. La setentona actriz, agobiada por los triunfos... y los escándalos, deshoja ahora sus recuerdos, cual margaritas de Margarita, al amor de su chimenea... ó en los folletines hospitalarios de los periódicos, en prosa bastante soporífera y desteñida. El viejo maestro, el glorioso Cagliostro de varita de avellano, no es ya más que una cruz en el cementerio, y un nombre y una fecha en la cronología del arte.

Pero la «combinación»... ha cambiado de país... y la firma ha sufrido transformación.

El «*trust* del estruendo», ya no lleva los nombres de Sardou y de Sarah. Ahora se llama Gabriel D'Annunzio, y ha fijado su residencia bajo el cielo de Italia.



Gabriel D'Annunzio tiene la obsesión, la enfermedad del ruido; necesita aturdirse con el estrépito de su nombre atropellándolo todo; siente urgencia de que la leyenda que de su vida él mismo forja, y que sus amigos y sus fanáticos hacen circular á satisfacción del Seráfico Maestro, altere la plácida digestión, y produzca pesadillas á los buenos burgueses, á los *filisteos,* que sacaban de quicio á Henri Heine, haciéndole prorrumpir en truculentas paradojas. El genio tiene la alta prerrogativa de romper la geometría de la vida. Los cánones, la línea recta, el prejuicio, nada tienen que ver con él. Todo molde les viene estrecho; lo hacen estallar.

Acabo de dejar á un lado el interesante volumen en que Soiza Reilly, periodista argentino, recoge todos los interwieus que en Europa celebrara con algunas de las celebridades más respetables. Entre ellos, hay uno en que D'Annunzio, el divino Gabriel, sale que no hay por donde tomarle de puro estropeado. La sutil ironía, destila como un veneno en esta prosa desarticulada y extraña, un tanto clownesca. Es un formidable barretazo á la leyenda en la cual el estupendo lírico de *La Nave* y de *Gioconda* se envolvía, como en una opulenta túnica de rajah, y cuyo brillo y prestigio deslumbró nuestros ojos de fanáticos. ¡Cómo salen de esas páginas crueles nuestros entusiasmos dannunzianos! Verdaderamente, hay algo de despiadado en matar una ilusión, en desgarrar una hermosa mentira!

Resulta ahora que Gabriel D'Annunzio no se llama Gabriel D'Annunzio, sino Gaetano Rapagnetta; Gaetano Rapagnetta, como cualquier fabricante de *ravioli,* ó como cualquier expendedor de *chianti.* Que no hay en él tal aristocracia de espíritu, ni tal refinamiento de maneras, ni tal suma alteza de sentimientos; sino que Gaetano, el buen Gaetano, es un burguesito endeble, raquítico, bilioso, ¡eso sí! de una voluntad soberana y de un sospechoso buen

gusto. Su soñado palacio de *La Capponcina*, en las alturas de Settignano, desde donde se domina, toda dorada por el sol, á Florencia, la ciudad del Lirio Rojo, es una vulgar casa en que «los muebles heterogéneos, de mal gusto, coleccionados con el único objeto de llenar de asombro á las pupilas de los jóvenes que van en peregrinación á visitarlo», le dan aspecto de almoneda, y en la cual el lacayo, es quintero, y á la vez cocinero. Su avaricia es proverbial; y el altísimo, el serenísimo poeta, el mágico cultivador de primaveras de rimas, vive asediado por los acreedores, y su nombre, rueda tanto entre los clarinazos estrepitosos de la gloria, como en los pliegos de papel sellado y los pregones de los juzgados. Su voz, esa voz que nos hemos imaginado pastosa, rugiente ó acariciadora, millonaria en tonos, manirrota en matices, declamando el lírico verso, resulta ser una vocesita chillona, forzada, atiplada, una vocesita chocante, que brota de unos hermosos labios sensuales, bajo el engomado bigotito de lechuguino, como un chirrido de cigarras en que los violines de los grillos llevan la melodía.

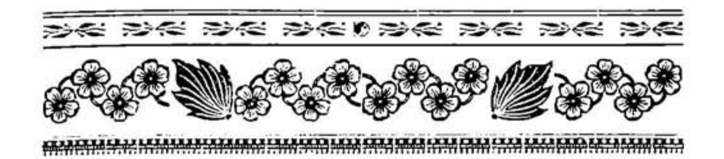
¡Oh, Dios mío! ¡Qué crueldad, atentar, dinamitar así tanto ensueño, degollar tanto cisne, arrojar al estercolero tanta piedra preciosa! ¡Maldita información periodística, que en todo te metes, que todo lo hurgas con avariciosos dedos, que todo lo manchas y todo lo difamas! Para tí, no hay nada vedado; no hay puerta cerrada. Tu aliento lo envenena todo!...

Que el D'Annunzio real, el que cualquier viandante puede codear en una de las aceras de la moderna Roma, no sea el D'Annunzio que sus devotos nos hemos imaginado, semejante en un todo al Stelio Effrena de *Il Fuoco*, al Andrés Spereli de *Il Piacere* y al Jorge Aurispa de *Il Trionfo della Morte*, ¿en qué puede alterar el equilibrio universal? ¿Qué interés entonces en destruir esa

leyenda, en esta época de total bancarrota? Que D'Annunzio, al que nos hemos imaginado, y al que hemos conformado, según nuestro entusiasmo, á cualidades que no están al alcance del resto de los humanos, sea un ingrato, un vanidoso, un reclamista vulgar, un prodigioso químico de palabras que trafica con ellas como con un específico? Pues calladlo! Dejadnos con nuestra ilusión; dejadnos seguirle creyéndole un ser sensitivo, soñador, que atraviesa el bosque de la vida, con un lirio de celeste pureza entre los dedos cargados de sortijas! — Que su idilio, su loca pasión por Eleonora Duse no fué más que un *bluff* para atraer de nuevo la atención pública que se alejaba de él? Que después de amar, como amó á la gran trágica, olvidándolo todo, sumergiéndose en cuerpo y alma en aquella locura, la difamó eu un hermoso panfleto, en ese luminoso *Fuoco*, portándose como un perfecto canalla. ¿Y qué importa todo eso?... Al genio se le perdona todo. Para sus debilidades y caprichos, hay que tener la misma indulgencia que se tiene para las debilidades y los caprichos de una mujer bonita... y amada; amada tiene qué serlo, y muy amada, pues de lo contrario esos caprichos resultan cargantes en exceso.

Marzo de 1910.





Filosofías de Lunes de Pascua.

Si en suerte hubiérame tocado nacer en los buenos tiempos de la fe, y no en estos de impiedad y de bancarrota, hubiera conmemorado los días santos que acaban de transcurrir, de manera piadosa y digna. Mi fe, esa fe puesta en duda por algunos imbéciles; esa fe que inocentemente provocara en anteriores días las iras de un diario católico, mi fe de convencido, en fin, hubiera buscado entonces refugio propicio, santo abrigo. Sumido en meditaciones y penitencias, hubiérame sido dado purgar de pecados el alma, la que en pureza y en albura sobrepujar debe al mismo armiño. Si en esos buenos tiempos, tan echados de menos ahora, hubiera alentado este piadoso cronista, en busca del claustro caminaría en esos lúgubres días, y en apartada y silenciosa celda, habría pasado las horas del Dolor Divino.

Los ojos del alma, entórnanse y vuélvense hacia los halagos de esa vida... La celda sería estrecha, alta de techos, aclaraboyada, al extremo de un claustro, al que la desnuda piedra y la luz



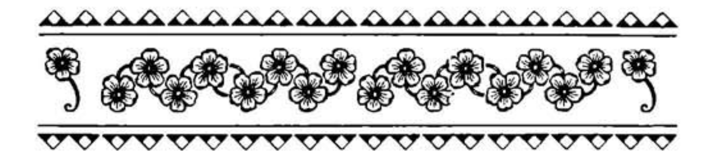
melancólica del día prestarían un pronunciado tinte de austeridad. El patio, muy extenso, estaría poblado, como en *Cyrano*, de olmos sombrosos y de rosales, muchos rosales, de esos mismos rosales que tanto agradaba contemplar á San Francisco de Asís, y cuyas rosas parecen cuágulos de fresca sangre de palomas sacrificadas. Una alameda de olmos se prolongaría de un extremo al otro, enarenada, manchada de hierba á trechos, y alfombrada por las hojas marchitas que el viento crepuscular arrancaría á las cimas. Por las tardes, á la hora del tramonto, el ruiseñor, cuyo canto descifrara Sigfredo después de bañarse en la sangre del Dragón, vendría á posarse en la rama de un ciprés, el más próximo á mi celda, precisamente en la rama más alta, al último reflejo del sol, y allí, quietecito y sin remover apenas las alas, extático, arrobado, como si un capricho le hubiera cincelado en el fondo azul malva del cielo, su piquito de ámbar, su diminuta flauta, me contaría todo lo que pasa en el cielo. Pues la virtud de la gracia divina descendida á mí, llegaría hasta ese grado: el de infundirme la penetración necesaria para comprender lo que en su desordenado lenguaje de trinos y gorjeos quería decirme el alado mensajero. Mi celda, pues, caería al sonoro claustro, y á los viejos olmos del jardín. En las paredes, sobre cuyas desleídas cales las arañas habrían podido tejer en la paz de Dios sus atarrayas grises, estaría clavada una tosca cruz de pino, y á sus pies, se encontraría la concha de agua bendita, entrelazada á una palma en que el oro se habría consumido totalmente. Por todo mueble: un sillón frailero, de cuero cordobés, claveteado de puntas de acero, y una pequeña mesa de tablas impulidas, sobre la que se alzaría un crucifijo de peana de ébano; un grueso y polvoriento infolio, y una calavera, de sombrías cuencas; y también un velón lagrimeante sobre su arandela de cobre acardeni-



llado. Por cama para mis huesos, tendría el suelo, el santo suelo, que Nuestro Señor encontrara más mullido que el más suave endredón. Allí refugiaría mi alma atormentada; allí, en esa tranquilidad augusta, el cilicio, el ayuno y la meditación, purgarían mi alma de sus pecados, le aligerarían de la pesada carga que sobre ella echárale la vida, agobiándola. El rezo y la meditación, serían alternados con lecturas místicas. Junto á mí, inseparables, habría dos libritos, dos pequeños libros empastados en tafilete negro con cantos de hierro frio. Ellos serían: *La Imitación de Cristo*, de Tomás de Kempis, y *Las Moradas*, de Santa Teresa de Jesús, esas dulces, esas arrobadoras *Moradas*, en las cuales la prosa es de lirios y de miel de abejas amasados.

Marzo de 1910.





Una conocida nuestra.

Al trashojar unas cuantas ilustraciones que sobre nuestra mesa se apilan de días há, dimos en una de ellas con el grabado de una hermosa mujer. La fisonomía, de momento, nos dió botonazo. ¿Quién era? Con la mirada clavada en la página de la revista, forzábamos nuestra imaginación, sujetábamos su fuga; y en la memoria fisonómica, en ese encasillado, en el cual vamos guardando, debidamente rotuladas, como un fotógrafo sus negativos, todas las caras amigas, ó apenas conocidas, ó solamente divisadas, que en el curso de nuestra vida despertaron la curiosidad, la simpatía ó el odio; en ese archivo registramos en vano durante largo rato. El nombre de la que así, de manera tan pomposa, ostentaba *Actualidades* en su página de honor, no estaba al pié. ¿Quién será? Un rasgo, un detalle, cualquier cosa que nos pusiera en camino, ¡nada! El único dato que nos proporcionaba la memoria, en ese insfante, era el de que aquella mujer que estaba allí, tan admirablemente fotograbada, que parecía ir á romper á hablarnos, nos era conocida. Aquella contemplación muda,

contemplación en efigie, era idéntica á la que, en un museo zoológico, nos detiene ante las vitrinas de las mariposas que con antelación hemos visto revolar entre las jugosas verduras de los campos. Esta mujer, la habíamos admirado antes, en alguna parte; la habíamos admirado intensamente. Nuestros ojos, ojos devoradores, habían detallado, *á lo real*, uno á uno, todos los encantos y todas las elegancias de ese mismo busto, de ese mismo cuello desnudo, de esa misma soberbia cabeza de diosa. Habíamos tal vez ambicionado dormir á la sombra de esa misma pesada cabellera negra, como al abrigo de una tienda; y que ese mismo par de grandes ojos negros, velaran, como dos panteras de ébano, nuestro sueño, intensado por los perfumes capitosos y la embriaguez de las delicias. ¿Quién era, pues? Nuestros dedos, ávidos, voltearon la página, y nuestros ojos leyeron, doblemente emocionados: «Bellezas femeninas. — Elena Salvador. — Del Teatro de la Princesa, designada como la actriz más bella de España, en el concurso de «El Teatro».

¡La Salvador!

¡Vaya si la conocíamos, y si la habíamos admirado y la admirábamos!

Todo lo que ese encasillado de que ya os hablé guardaba, salió á luz, instantáneamente. El más activo plumero no lo hubiese puesto tan de punto...

Y lo recordamos todo.

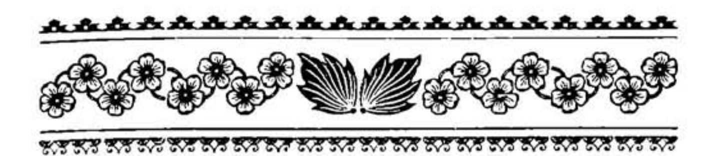
Aquellas inolvidables noches de arte, que no volverán; aquella divina María Guerrero, que no veremos más, y de la que apenas tenemos que conformarnos con ser repercutores del eco de sus triunfos, y en la memoria, resucitar, como para regalarnos con una orgía íntima, su incontrastable, su incomparable sonrisa; aquella sacudida trágica, que despedazaba nuestros nervios, paralizaba nuestras energías, y nos echaba fuera del teatro, al



frío de la calle, como si saliésemos del más tremendo y el más voraz de los agotamientos... Sobre todo, lo que explende en los precisos momentos de entrecerrar (por una costumbre) los ojos, después de dejar sobre la mesa, siempre abierto, el ejemplar de la ilustración, es la arrogante imagen de esta mujer que atraviesa el escenario de un teatro, entre la muda y fanática contemplación de todo un público. Es un par de ojos negros y grandes, los que nos conceden la merced altísima de una mirada; una boca pequeña, pero cariñosa, la que sonríe, como podría hacerlo un húmedo botón de rosa, al que el pico de un gorrión acariciara con avidez; es una espalda de Juno; un cuello desnudo, lechoso, sobre cuya nitidez, las perlas del collar se ennegrecen, avergonzadas, vencidas; es el casco bizarro de una cabellera negra, intensa, que parece agobiar con todo su peso la cabeza que se ladea, apoyada en las dos manos entrelazadas en vaga actitud de soñación. Esa mujer esa Elena Salvador, es á la que España acaba de consagrar como la más bella de sus artistas, y nosotros, de catalogar como uno de nuestros más bellos recuerdos.

Mayo de 1910.





María Guerrero en «Amores y Amoríos».

Llega á nosotros esta vez la prensa de Madrid, trayendo una nota altamente simpática.

Se trata del ruidosísimo triunfo obtenido por María Guerrero en el Teatro de la Princesa, con una obra que, precisamente, no agradó á nuestro público, tal vez por demasiado literaria, ó por otros motivos que no es del caso especificar, y de cuyas primicias la encantadora artista quiso hacernos merced altísima. Esa obra es *Amores y amoríos*, de los hermanos Alvarez Quintero, la cual, después de recorrer las llamadas Indias, entre aplausos y aclamaciones unas veces, en medio de la más ruda indiferencia analfabeta otras, acaba de ser representada en Madrid, y conceptuado ese acto como el éxito más estupendo conseguido hasta ahora por los gemelos autores de *La Reja* y *El Patio*. La obra ha tenido una serie incontable de representaciones; y la afluencia de público, según los diarios que á la vista tenemos, ha sido tal, que ha habido que dar funciones extraordinarias por las tardes, para así poder satisfacer la impaciente curiosidad del público madrileño.



La crítica está bastante dividida respecto del mérito puramente artístico de la obra. Unos le han puesto graves reparos; otros, la han elevado á los cuernos de la luna, como dechado de gracia y espiritualidad. Sin embargo, *Amores y Amoríos*, que vale menos que *El Genio Alegre*, muchísimo menos que *El Patio*, ha obtenido un éxito que, en los anales del teatro español, hará época. En lo que va corrido de siglo, ninguna obra teatral había sido acogida con el casi delirio de ésta, que nació, arrullada en la cuna por felices augurios, y amadrinada por la más seductora y gentil de las artistas españolas.

Si al aquilatar el valor efectivo de *Amores y Amoríos* hubo diversidad de opiniones, al tratarse de la interpretación, todos, grandes y chicos, moros y cristianos, estuvieron acordes en reconocer que el setenta por ciento del éxito, era debido á María Guerrero, á su arte consumado, á su hechizo incomparable. La genial artista hace una verdadera creación de la Isabel Lozano, soñadora, ingenua, enamorada, que recita versos al claror de la luna, se embriaga en el capitoso efluvio de los naranjos sevillanos, y va preguntando á los rosales, en dónde están sus capullos.

Contemplando algunas instantáneas de los principales pasajes de la obra, que exornan las páginas de las ilustraciones madrileñas, he reconstruido, mentalmente, la memorable noche de la representación de *Amores y Amoríos* en nuestro ya por desgracia desaparecido Nacional. Al través de muy cerca de un año (¡poca cosa!), se me antoja que aquello aconteció en la época del Rey de Bohemia; que acaso fué, no más, cosa de ensueño; y que el relato de aquel sucedido memorable, debería de comenzarse como comienzan todos los cuentos de hadas: *Este era un Rey*... Clavando la mirada en las páginas satinadas de las revistas, he, por largo rato, proyectado toda la fuerza ima-

ginativa sobre ese recuerdo, para iluminarlo. Y la imagen de la Isabel Lozano, de *Amores y Amoríos*, fué, lentamente, lentamente, surgiendo, perfilándose, borrosa primero, indecisa como un rayo de sol matinal entre tupida muselina de nieblas, acentuándose en seguida más y más, cobrando plasticidad, adquiriendo relieves, colorido, animación, hasta llegar á ser, ante mis ojos, la propia imagen de la adorable artista que supo, por diez noches consecutivas, tiranizar nuestros nervios, jugar con nuestros sentimientos.

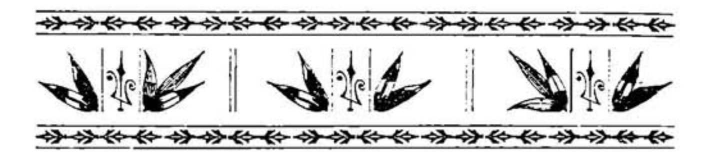
Y es también por una ilusión auditiva, que su voz de oro, su voz de terciopelo, su voz de millones de matices, resuena á mi oído, nuevamente, viniendo no sé de donde, tal como el fondo del caracol repercute el rumor del océano...

> ¿Quién te quitó de la rama
> que no estás en tu rosal?;

y la misma que me persigue y me obsesiona como un dulce suplicio. Y á esa voz, de imborrable metal, que la memoria siente indecible fruición en evocar en el silencio del pensamiento, acompañan el reflejo lánguido de unos ojos negros y profundos, cuyo luto intensan, más aún todavía, las violáceas ojeras que los circundan, y el sonreír fatigado, casi displicente, de unos finos labios, exangües como los lirios que el incienso de los altares ha consumado. Es María Guerrero, tal como la recordamos y la recordaremos siempre, tal como en nuestra azarosa vida constituirá el más bello oasis de arte y de belleza en que abrevaremos, saciándola por un instante, nuestra abrasadora sed en medio del desierto en que agonizamos.

Mayo de 1910.





Marcel Prevost en la Academia.

En los precisos momentos en que concluyo de leer las últimas páginas de *Pierre et Thérèse*, cae en mis manos un periódico sudamericano, en el que un cronista parisiense hace á su clientela el relato de la recepción de M. Marcel Prevost en la Academia Francesa.

¡Monsieur Marcel Prevost bajo la cúpula de los inmortales! El perfumado autor de *L'Automne d'une Femme,* ocupando el sillón que no ocupó jamás el gran Balzac, que tampoco ocupó Flaubert, y el mismo que las bajas intrigas y las mezquinas ruindades, negaron hasta el último instante á Emilio Zola, cuya obra ciclópea habría anonadado hombros que no fueran los de un gigante de su talla. ¡Prevost académico! La verdad es que ya, esa antes conceptuada honra sin semejante, ha caído en el desprestigio más absoluto. La intriga, las pasiones de bandería y de secta, la política, han invadido esa esfera antes serena.

Veamos si no á quienes las simpatías de grupo llevan al seno de la institución intelectual más alta de la Francia. Busquemos en ella, ya no entre los



muertos, sino entre los vivos, á los que han proporcionado á su patria honra y gloria. Balzac no fué académico, no porque el creador de *La Comedia Humana* no lo hubiese deseado, sino porque la envidia se encargó de obstruir el camino del primer hombre que, después de Dios, ha lanzado al mundo más seres humanos. Académico no lo fué Zola, no lo fué Alfonso Daudet, no lo fué Gustavo Flaubert, no lo fué Edmond de Goncourt; y en estos momentos no lo es Paul Adam, que desciende en línea recta de Balzac, ni lo es Remy de Gourmont. En cambio, se ha llevado casi en triunfo á Pierre Loti, á Paul Bourget, á Jean Aicard, al mismo Prevost...

Cosi va il mondo...

Según el necio cronista á quien debo este mal rato (y gracias) la recepción del acaramelado psicólogo del corazón femenino, del indagador de adorables minucias, fué un verdadero suceso, algo como una *premiére*: un acontecimiento parisiense. El cacareado *Tout París*, estaba allí, rindiendo el homenaje debido á su ínfimo historiógrafo. Estaba allí, llenando la severa cúpula con el ruido insustancial de sus risas y de sus conversaciones. Con unción casi religiosa escuchaba al que, en centenares de páginas, ha relatado sus complicaciones todas y dorado todas sus miserias.

Porque esos señores tienen un cartabón por el cual miden la mayor ó menor altura de sus psicologías.

En el *Journal d'une Femme de Chambre*, Octave Mirbeau, con esa pluma que suele ser un estilete envenenado, insinúa que la camarera, su heroína, va un día á casa de Monsieur Bourget, amigo de su ama, con el objeto de consultar con el maestro un caso sentimental. El mimado, el adulado autor de *Cruelle Enigme* y *Mensonges*, se encuentra en esos momentos en su gabinete de trabajo, un coqueto gabinete acolchado de tapices antiguos,



abarrotado de cuadros famosos, lleno de reflejos de cristales y de espejeos de dorados. El novelista, en el otoño ya de su vida y de su gloria, fuma un cigarro, aromoso como un ramillete de rosas, sentado frente al *bureau* en que se apilan graciosamente las esquelas perfumadas, algunas de ellas, tal vez la mayoría, ostentando blasones en sus cubiertas. Son las diarias consultas, los casos que cada mañana se someten á la penetración del Sthendal de *faubourg;* los corazones que, ellos mismos, con deliciosa ingenuidad y sosería van á ofrecerse al florentino escalpelo del director espiritual. Porque hay que convenir en que Monsieur Bourget es un especialista en casos de corazón; conoce á fondo el complicado mecanismo de la parisiense y en ella tiene su clientela, la que arrebata sus ediciones de manos de su editor. La doncella del relato de Mirbeau expone al finchado casuista su caso, un caso sencillo, sin complicaciones de ningún género. Ama á un semejante, á un ayuda de cámara. Monsieur Paul al imponerse de lo que se trata, de que lo que somete á su examen, no es más que un caso vulgar, frunce el ceño, y dice á la pobre muchacha, con insolente displicencia:

— Lo siento. No es un caso para mí.

Como podría haber dicho:

— Mi reino no es de esta tierra.

Y Octave Mirbeau, el implacable, añade, como corolario: «la psicología de este imbécil, comienza de los cien mil francos de renta para arriba».

Indudablemente, el Goya de *L'Abbé Jules*, tiene muy malas maneras; y sus manos de palurdo ensoberbecido, serían capaces, si en ellas cayesen, de estropear esas delicadezas, que Monsieur Paul maneja como una mujer sus fruslerías.

La psicología de Prevost es poco más ó menos lo mismo. No tiene nada que ver con los humildes. Va de los cien mil francos para arriba.

Prueba de ello es el auditorio que acudió á escu-



charle. ¡Ese mismo público, dice el cronista á quien comento, que escuchó con aire de fastidio, casi con bostezos disimulados, el sabio discurso del Director de la *Revue des Deux Mondes:* René Doumic, el heredero de la férula y del sillón de Ferdinand Brunetiére.

¡Lo que va de René Doumic al autor de *Les Demi-Vierges!*

De hoy en adelante los volúmenes amarillos, semejantes á éste, ostentarán, bajo el nombre del autor, el obligado renglón: «De l'Académie Française». — Marcel Prevost — De l'Academie Française — Algo que es como un epitafio. El día en que Pierre Loti rotuló con esa nueva etiqueta sus artículos exóticos, perdió todo su encanto. Y Paul Bourget se hizo insoportable del todo. Se necesita ser Anatole France para, por sobre todas las miserias, mantenerse siempre incólume.

Junio de 1910.





La Visión del Crepùsculo.

Al I. y R. Sr. Obispo de San Salvador
DR. DON ANTONIO ADOLFO PEREZ Y AGUILAR,
con todo el profundo respeto al Pastor
y todo el acendrado cariño al Maestro.

De los cuatro puntos cardinales de la ciudad, asciende y viene hasta mí el tañido, largo y hondo del bronce sacro; hasta mí llega el llanto del bronce. En lo alto, y mientras contemplo el sol en el Poniente, soy como el centro de ese radio de armonías solemnes. Por sobre mi cabeza, el eco interminable del bronce forma una opulenta bóveda de sonidos: bóveda zumbante, como una ideal colmena de abejas vibradoras en la ebriedad de su propio ruido. El tisú del cielo, maculado al centro, apenas, por el espumoso germen de las nubes precursoras de la lluvia, parece empalidecido por alguna intensa emoción (también el cielo las tiene.) La luz fluye atenuada sobre los techos y sobre las copas de los árboles, tal como si la de un millón de cirios pasase por la trama sutil de un sudario. El viento cae con el día, reposa-



damente, como en la hora final de una agonía; paulatinamente muere la luz en los ojos vacilantes, como el reflejo postrero en el filo de las hojas, ó en las facetas de un capullo. Hora solemne y tranquila; momento de espectación de la Naturaleza...

Con la mente llena por la idea del luctuoso acontecimiento y la vista sumida en el horizonte, en que la niebla nocturna envuelve, como en un andrajoso ropón, la mole pesada del Volcán y las nubes espesas y ollinosas afectan raras configuraciones, en un fondo opalado por el reflejo lejano, veo desarrollarse, como en una tela, toda una página de historia, toda una serie de imágenes del esplendor papal. Y aquel desfile, es como el comentario fastuoso de mis pensamientos.

La cima del Volcán, que asoma apenas, teñida de un violeta obscuro y con la curva fugitiva de una media naranja, trae, por asociación de ideas, la visión de la cúpula de San Pedro, negrusca y vieja entre las nieblas plomizas del Tiber. Roma!... Y la cúpula, que se acentúa en mi ensueño cada vez con mayor precisión, esbelta, graciosa á pesar de su enormidad, llena todo el espacio, rematada por una cruz que crece hasta agujerear la bóveda. ¡La Cruz Vencedora! ¡La Cruz Invencible!

Y luego, la cúpula se borra.

Y son ahora los jardines del Vaticano, enormes como un bosque tropical. Y es la figura blanca de un viejecito, frágil, casi impalpable, que pasa por una avenida sombreada por los cipreses y los pinos, y que se detiene junto á un rosal cuajado de níveas flores. Su mano toca una rosa, delicadamente, con el mismo cuidado de quien no quiere causar daño al acariciar. Aquella mano, casi se borra ante la blancura sedeña de las flores preferidas. En ella, apenas vive el reflejo de la piedra del anillo de Pedro el Pescador.

Y el jardín se borra.

Y es ahora la nave alta, altísima, inmensa y

sonora de una iglesia de piedra, tan inmensa, tan monumental, que los hombres, agrupados al pie de las columnas, hacen el efecto de caravanas de hormigas. Y una muchedumbre se adelanta, refulgente de dorados, deslumbrante de pedrerías, plumas, palmas, aceros de lanzas, desmadejadas crines de cascos, sedas de estandartes, borlas de bonetes, cruces de mitras, cimas de báculos... Y por sobre toda esa aglomeración heterogénea, en lo alto de su silla gestatoria (la misma en que San Silvestre recorría la Vía Apia): León XIII. Frágil, delicado, brilla como un sol de Otoño en el ocaso. Sobre su cabeza, la tiara hace palpitar á la luz deslumbrante de los millones de cirios, sus ocho rubíes sus veinticuatro perlas, sus doce brillantes y su esmeralda única. La mano pontifical se eleva. Por sobre la multitud, pasa el sordo y profundo rumor de las plegarias. Las cabezas se abaten casi hasta tocar el suelo. Y la mano transparente, en que la piedra del anillo de Pedro el Pescador pone una sonrisa celestial, bendice...

Y la silla gestatoria; y León, frágil y delicado entre el brillo de las gemas y la blancura de las plumas y la llama de los dorados, se desvanece á su vez.

Y es ahora un camino ancho y largo, lleno de polvo; un camino al que no se le ve fin; que se hunde en el horizonte. A ambos lados del camino, filas de olivos grises y entecos despliegan el varillaje de sus ramazones, por entre las que se alcanza á divisar la curva derruida de un arco de triunfo cincelándose en el cielo. La luna brilla con el vacilante fulgor de una lamparilla que vela el Sacramento. El camino es triste; el camino es largo y lleno de polvo; el camino no tiene fin. Y de súbito, ese camino, en que el silencio pesa, se anima. Un hombre aparece: descalzo, vestido de una túnica azul llena de remiendos, apoyado en un tosco báculo, jadeante y sudoroso. Y luego otro,



y otro, y otro. Y son: Pedro el Pescador, y Lino, y Anacleto, y Clemente, y Evaristo, y Sixto, y Víctor, y Serafín, y Calixto, y Urbano, y Fabián, y Lucio, y el primer Marcelo, y Silvestre, é Inocente, é Hilario, y el primer León; y otro, y otro, y otro, y otro, y otro, y cien más.

Y cuando ya el río de testas se aclara: otra vez la silla gestatoria en hombros de los suizos; y sobre ella, deslumbrante de pedrería, entre la blancura de los grandes abanicos de plumas, León XIII; y junto á él: Gregorio, y Pío, el del perfil de águila. Y después, el vacío, el espacio inmenso.

Y la muchedumbre de los Papas, á su vez, se borra en el horizonte.



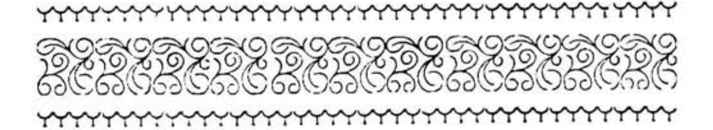
En medio del recogimiento del crepúsculo, en la atmósfera en que el viento se ha aquietado, como en un sueño infantil, las voces de las campanas lloran, lloran, lloran. Alzan su lamento al cielo; y el cielo parece llorar con las campanas. Sollozan; y sus sollozos desgarradores, suben á lo alto, como la columna de humo de un sacrificio patriarcal, á disolverse, á condensarse en el crespón invernal que, cada vez más, por momentos, va enlutando por completo el espacio. Parecen no tener consuelo las campanas... Lloran en diversos tonos, con más ó menos intensidad y extensión. Y pienso, sumergiéndome en las ondas de aquel llanto del bronce sacro, que, no como Edgar Allan Poe supone en *Las Campanas*, sean espectros de las tumbas, ó duendes vespertinos, ó esqueletos calizos, los que toquen este himno funeral. No. Esta vez las campanas no infunden pavor; esta vez las campanas no llevan al alma con su tañido el terror del misterio. Esta vez salmodian, como un coro de monjas, una ferviente plegaria; esta vez, sin consuelo



lloran; esta vez gimen como buenas... Son purísimas manos de ángeles enlutados quienes hoy las tocan, de ángeles llorosos y acongojados que han bajado de lo alto... Lloran, ángeles y campanas, con la humanidad entera, la muerte del Gran Patriarca; gimen por el rebaño huérfano y por el Pastor, Sumo en las Cuatro Blancuras: la de la mano diáfana, por alto, en actitud de bendición; la de la cabeza blanca, de vellones de pascuales corderos; la de la sotana de seda blanca, como extraída de la seda menos blanca aún, de los lirios de los jardines vaticanos; y la de la rosa blanca, simbólica, eterna y amada entre los dedos frágiles de aquella mano augusta.

Agosto de 1903.





Lluvia y Sol.

Lluvia y sol, la tarde de ayer.

Desde lo alto de mi cuarto de trabajo, tras los cristales de una de las ventanas, en que chocaba sonoramente el goterío, dominaba, en toda su extensión, el espectáculo, admirándolo, saboreándolo en silencio. Parecíame que por fin me era dado asistir á la realización de un cuento de hadas, tantas veces ambicionado.

La monotonía, el fastidio de la vida en San Salvador, tiene de cuando en cuando compensaciones así. La naturaleza es quien se encarga de ello. Abre su album de prodigios, y recorriendo sus páginas sin igual, entretiene el espiritu agobiado.

El espectáculo de ayer, bien valía el olvidar por unas horas la cara del Señor X..., que nos carga, ó la boquita de mona de la Señorita X... que nos revienta... y sumirse, en cuerpo y alma, en la contemplación de aquel prodigio, absorverse por completo en él.

De pies, y en silencio, con la nariz aplastada contra los cristales que insensiblemente empañaba con mi aliento, me obstinaba en *sentir* lo más



hondamente posible y en *clasificar* lo más rápidamente aquella impresión. (Detrás de mí, en mi mesa, quedaba abandonado, abierto en la página interrumpida, el *Monsieur de Phocas* de Jean Lorrain, la condensación del desequilibrio más agudo, la más diabólica é intensa flor de locura.)

...La luz del sol, brillando de nuevo después de un eclipse de breves instantes, parecía una disolución de estaño; y la lluvia, al desflecarse de lo alto, un tanto torrencial, hacía pensar en copioso y conpacto aluvión de lágrimas de antimonio, por su ligero tinte agrisado y su lustre metálico intenso. El goterío se entrecruzaba en todas direcciones, chocaba entre sí, rebotando en el espacio. Tratado á la *gouache*, con sales de plata y de plomo, podría ofrecerse, aunque de una manera bastante deficiente, una pálida trascripción (la sombra del recuerdo) de aquella escena luminosa.

Llenando el fondo, á lo lejos, en la faja del horizonte, el Volcán (que *alguien* ha comparado tan gráficamente á un animal echado) se arropaba tras una ligera bruma lodosa, aplomizando las manchas ocres, amarillentas ó verdes é intensas de sus laderas, cuyos términos no se alcanzaban á percibir, debilitando su conjunto, tal como en los fondos de los paisajes japoneses el Fusiyama. En el primer término del cuadro, el zinc de los techos de la ciudad lucía con reflejos de plata repujada, á la vez que las tejas pronunciaban su tono bermejo, entreverado de placas de musgo y de pegotes de cal. En las cruces ó en los bordes de los ventiladores, los zopilotes, fúnebres siempre y desplumados por una mano invisible, sufrían el chaparrón con estoica resignación; y puestos allí, inmóviles como estaban, ponían el toque sombrío en el cuadro que era, en tono general, de luz. Por el lado del Mercado, los cocoteros del chalet de Sagrera, se agrupaban en cuadro estratégico; el viento agitaba los plumeros, y de momento, á su

vista esperábase oír romper la ruidosa marcha de los pitos y de los atabales, y avanzar aquel regimiento de lanceros indígenas. En el mismo término, á la izquierda, la ancha copa de la trágica ceiba del Cementerio, asomaba, emblanquecida por la luz del sol y el reflejo de cristal de la lluvia iluminada, como la cabellera cana de un patriarca. Y á la derecha, de entre el apelotonamiento vaporoso de los altos paraísos de su parquecito, las cales de las paredes y de las almenas de la Penitenciaría, despedían destellos de albayalde.

En el macizo de bambúes del patio de una casa vecina, encendía el sol una facetería prodigiosa. La retina se irritaba, fijándose en ese luminoso joyel. El verde acuoso de las hojas de las cañas, hacía el efecto del raso mullido en que se exponían á la tentación aquellas joyas ofrecidas por opulento cacique á una blanca beldad. Luego, siguiendo rumbo al Norte, las palmeras de los jardines de la Catedral, parecían, erguidas é inmóviles, moldeadas en el más blanco de los aceros; y á su lado, la cúpula y las torres de la portada churrigueresca de la iglesia, hacían pensar en una obra fabulosa de confitería barata. Y luego, los cinco picos que coronan el edificio del «Banco Salvadoreño», y un trozo de la cuesta de Mejicanos, por la que un tranvía avanza trabajosamente; y las dos torres inconclusas de la iglesia de San Francisco; y luego, el seno pletórico de una suave colina; y nubes blancas, como ebullición de espuma de jabón de almendras; y el relieve azul claro de las cadenas de montes lejanos; y por último, el cielo, hondo, límpido, flamante como un raso nuevo.

Agosto de 1903.





Dos estampas japonesas.

Mi amigo me escribió aquella tarde:

— «Ven á verme. Tengo dos nuevas estampas japonesas qué mostrarte; y una nueva marca de te, qué hacerte conocer...»

Ambas cosas eran halagadoras para mí. Soy ferventísimo apasionado de las estampas japonesas, y si fuere lo suficientemente rico para procurarme ese lujo, formaría de ellas la colección más completa y nutrida de cuantas ojos humanos hayan podido contemplar. Respecto á la nueva marca de te, baste decir que hubo un tiempo, ese precisamente en que ocurrió la cita de mi amigo, en que la bebida asiática había sustituido en los hábitos de mi vida la cuotidiana dósis de alcohol.

Fuí, pues, á casa de mi amigo.

Cuando penetré en su estudio (que ya más de una vez, en estas mismas columnas de diario, os he abocetado) mi amigo se ocupaba en acondicionar en un jarrón agua marina, botones de rosas amarillas, las cuales iba tomando, una á una, de la cesta de mimbres colocada á su lado sobre la alfombra.



Una á una tomaba las rosas, entre el pulgar y el índice, con una delicadeza extrema, como temeroso de que fueran á quebrarse, y después de sacudirlas ligeramente, después de peinar con la punta de la uña algún pétalo encarrujado, las iba colocando, al capricho, sin orden alguno. El conjunto resultaba encantador. Y esa operación la practica diariamente, y con el mismo despacioso cuidado, y con un derroche de fantasia sin igual, en quien de ella es un millonario manirroto.

Así precisamente, rodeándose de rosas, impregnándose de primavera, prepara el ambiente propicio á su labor el elegante cuentista de *Domingos de Voluptuosidad.*

Terminado el *étalage*, mi amigo se sentó junto á mí, en una holgada butaca de *reps*, y entablamos conversación. Mi amigo es un gran conversador, y siento especial placer en escucharle. El lo adivina, y colma mis deseos con la esplendidez que le es habitual.

Mi amigo, callándose de pronto, se puso de pié, dirigiose á su escritorio y abriendo una de las profundas gavetas, sacó un portafolio de piel de Rusia, exornado, uno de los extremos superiores, de un complicado monograma de metal oxidado. Colocándole sobre un atril, que con el pié hizo rodar hasta cerca de nuestros asientos, procedió á abrirle, desatando anticipadamente las cintas de seda que le sujetaban. Los pliegos aparecieron, apilados; mi amigo comenzó á revolverlos. Había qué ver cómo sus manos manejaban con tanta destreza y tanto primor aquellos pliegos, de matiz atabacado los unos, gris de pizarra los otros, tirando á sanguinia los más, todos sutiles, livianos como telas de cebolla, saturados de perfumes desconocidos, y crujiendo apenas en el hábil ajetreo de que eran objeto.

— Ajajá! — Una de las estampas había aparecido. Mi amigo la dejó á un lado, y prosiguió en su minuciosa rebusca.

Nuevamente la interjección familiar sonó en sus labios. La segunda estampa, había sido encontrada.

— Ahora verás! Es un prodigio.

Primeramente puso ante mis ojos, previa graduación de distancia y adecuado acomodo, un *Vuelo de cigüeñas*, de Kouniyoski. Seis, siete, hasta ocho cigüeñas cruzan, rápidas, un despejado cielo de cobalto, intenso, intensísimo, tanto, que el albo plumón de las aves sagradas aparece, sobre tal fondo, como una ebullición de espuma jabonosa de almendra, listo á disolverse en aquella inflamada superficie metálica. Las patas de las enigmáticas emigrantes están apenas representadas por dos rayas rosadas, casi imperceptibles. El largo pico es negro, de un negro de ollín, y parece no terminar nunca. Aquella nimiedad, aquella futileza de asunto, era un verdadero prodigio de habilidad y de verismo.

La segunda estampa era un interior, del mismo Kouniyoski. En el fondo aparece el pintor Hokusai, preparando la tela para un cuadro, mientras cerca de él, sentado á la usanza del país, el novelista Bokin, lee en un libro. Una *musmé*, arropada en un *kimono* cereza suntuosamente historiado, balanceándose sobre sus suecos de madera, se acerca á los dos hombres, llevando una pequeña cubeta de madera en que humea algo, tal vez una colada que el pintor necesite para su labor.

— Nada más acabado en gracia, nada más perfecto que este interior de artista — fué todo lo que dijo mi amigo, sopesando el pliego, en uno de cuyos márgenes, de dos pulgadas á lo sumo, se escalonaban algunos caracteres en tinta carmínea.

Los pliegos fueron acomodados de nuevo, con la misma meticulosidad; las cintas de seda, atadas con sus mismas lazas. Y en la propia gaveta del escritorio, que había permanecido abierta, desapareció el portafolio de cuero de Rusia, uno de



cuyos extremos superiores exornaba un complicado monograma de metal oxidado.

— Ahora tomaremos nuestro te. Me lo ha enviado de Frisco un amigo, con su correspondiente certificado de autenticidad nipona.

Dirigiéndose á la puerta del pasillo, llamó dando una orden que no oí.

— Y ahora, mientras nos traen la infusión, leeremos de nuevo, en el noveno volumen del *Journal* de los hermanos Goncourt, la leyenda del te. ¿Recuerdas esa paginita tan deliciosa, quince ó veinte líneas á lo más?

Tomando de su biblioteca un volumen, uno de esos conocidos y traginados volúmenes de cubierta amarilla, lo abrió, y leyó.

...Darmha era un asceta, en olor de santidad, que habitaba en el Japón, ó en la China, la leyenda no lo precisa, el cual asceta se había impuesto la penitencia de privarse del sueño, una privación absoluta, por juzgar ese acto como indigno de la perfección á que aspiraba. Sin dormir había pasado largos años, tantos, que su barba había encanecido por completo, y su cabeza se había quedado monda como una tibia. El asceta suplía el sueño con la oración. Pero una noche se durmió, sin saber cómo. Durmió largo tiempo, tal vez un día con su noche, tal vez dos. El sueño del asceta parecía el sueño de la muerte, y cuando despertó, se indignó tanto contra sí mismo por lo que había hecho, que tomando unas tijeras se cortó los párpados y los arrojó lejos, «como fragmentos de carne, vil y despreciable». Pues bien... Aconteció que las pobres telitas sangrientas, al caer en tierra abandonadas, echaron raíces; y brotó un arbolito, que al desarrollarse, dió unas minúsculas hojitas del mismo color de los párpados del asceta. Y aconteció que, corriendo los días, otro asceta — á su vez enemigo del sueño — tomó las hojitas del arbusto é hizo una infusión,



que tomó. Y aquella infusión, le quitó el sueño por siempre.

Cerramos el volúmen, cuya leyenda habíamos leído, ampliándola.

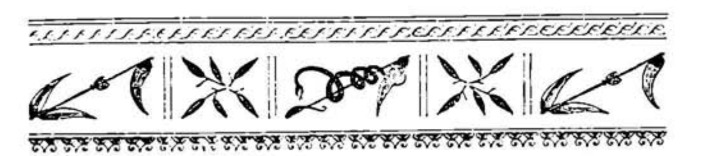
En esos momentos, la sirvienta penetraba en la estancia, llevando una bandeja de laka rojiza rameada de oro, de forma ovoidal, sobre la que, al lado de unas cuantas mantillas de batista, dobladas en triángulo, y á un platillo de cristal en que se apilaban unos cuantos canutos de barquillo, confeccionados según fórmula de las casas de te de Nagasaki, se aparejaban dos tacitas, no más grandes que huevos de gallina, y cuya sutil porcelana era de un matiz de marfil viejo. La tetera era todo un consumado trabajo de orfebrería. Era diminuta, de metal fantásticamente historiado, sobre la que el tiempo había dejado ya la huella de su pátina. El asa representaba un dragón, con las alas abiertas, que se agarraba tenazmente á la panza del artefacto. La sirvienta dejó la bandeja frente á nosotros, y en el mismo silencio que llegó se fué.

— Tomaremos infusión de pupilas de asceta — decíame mi amigo, mientras servía en las tazas la hirviente bebida.

Un perfume penetrante, capitoso, se esparció por la estancia, ahogando el fresco aroma de las rosas y la sutil emanación de las pieles de las encuadernaciones. El matiz de marfil viejo de la porcelana de las tazas intensó su fuerza. Nuestras cucharillas removían su contenido, levantando espirales de vapor que rápidamente se disolvían, mientras el tintineo cristalino parecía seguir la marcha de nuestros mudos ensueños.

Abril de 1907.





Los últimos naranjos del Bolívar.

A JOSÉ LEIVA.

Paseando ayer tarde por el Parque Bolívar, mis ojos se detuvieron, al acaso, en tres viejos árboles de naranjo, los tres únicos supervivientes de aquel copioso bosque de antaño (que fue atractivo de la capital) y que el mentiroso afán de progreso de un Alcalde cretino echó un día por tierra despiadadamente, para substituirlos con los antiestéticos é inútiles árboles que hoy proporcionan exígüa sombra, y en nada embellecen el desguarnecido paseo.

Contemplando esos tres pobres naranjos descabalados, con sus roñosos troncos todos cubiertos de placas blancuzcas y amarillentas, poblados de zompopos que suben y bajan en apretadas filas, agobiados por las parásitas, y sin la postrera sonrisa de un azahar entre su mezquina hojarasca descolorida, la nostalgia de esos pasados tiempos *(que en un todo fueron mejores)* se reavivó, de súbito, en mí, de una manera intensa, casi dolorosa. Dí de mano á las reflexiones que me acompañan y me corroen siempre que marcho solo, y á rememorar me dí, estimulado por el triste espec-

táculo que ofrecían los tres árboles abandonados, grises y terrosos entre las verduras lustrosas y resplandecientes de los árboles nuevos que les rodeaban, en aquellos días bastante sepultos en las densas brumas del pasado, en que estos desdeñados de ahora por su vejez y por sus achaques, estaban en plena juventud, lozanos y alegres.

El «Parque» (á secas, entonces) era un solo frondoso bosque de naranjos y de mameyes. — ¿Quién, que haya traspasado la treintena no le recuerda así? — Sin ese pretensioso pavimento de ladrillos de cemento romano, cubierto solamente de un lecho de arena apelmazado, el piso, siempre humedecido por el riego de las mangueras, prestaba con su tono opaco, mayor realce á la sombra que producían los naranjos, en oprimidas ringlas, á uno y otro lado de las estrechas avenidas. El «Parque» se mantenía perennemente sumido en esa suave penumbra, esclarecido, por la noche, no como ahora con el lujo de focos incandescentes, sino con humildes faroles de gas, en cuyos cristales, con harta frecuencia, nuestras certeras piedras hacían blanco. Las platabandas se impregnaban del agua que continuamente corría en canales por uno y otro lado, y la frescura que de ellos ascendía, se amalgamaba al perfume capitoso que como cazoletas despedían los abundantes floripondios, los claveles de cambray, los mirtos melosos y los narcisos engreídos. Era aquel sitio el preferido por todos los pájaros de la región; y allí acudían en parvadas de los cuatro puntos cardinales. Momentos del día llegaban (el amanecer sobre todo) en que la algarada era estrepitosa: un formidable escándalo... en el que jamás intervenían los *serenos*. Pero entre todos los ciudadanos de la pluma, los dueños absolutos del «Parque» eran las golondrinas. Por las tardes, desde el «Portal», sentado á una de las mesillas del Café de Bufill, ó bien conversando con don Oscar



á la puerta de su sombrerería, ó estacionado frente al escaparate de la Librería del buen don Paco Pozo, podía presenciarse el espectáculo de la llegada, toalé y metida en cama de las golondrinas que ahí tenían fijado su albergue nocturno. Los naranjos, los mameyes, el «árbol de fuego», eran el abierto y gratuito mesón de esas errabundas. A hora fija, invariable (las cinco y media), comenzaban á acudir. Unas llegaban de lejos, de muy lejos, fatigadas, y, casi sin ruido, caían como lluvia de piedras sobre los follajes, entre los que desaparecían. Eran, tal vez, las trabajadoras, las que necesitaban descanso, después de las faenas del día. Otras, las más, antes de refugiarse en las ramas, se entretenían largo rato evolucionando en el espacio, invadiéndolo, tupiéndolo, como una mancha de langosta en marcha. Los alambres del telégrafo parecían rosarios, y se curvaban graciosamente bajo el peso que les abrumaba; y hasta á las cruces de la portada de la Catedral osaban llegar las atrevidas, y allí, en los brazes de la sagrada insignia, al último rayo de sol, expurgábanse las alas. Eran cientos, eran miles, tal vez llegaban al millón; y á nadie se le había ocurrido nunca molestarlas. Ni tan siquiera nuestras irrespetuosas hondillas infantiles, que en los campos de las afueras sembraban el terror, osaban apuntar por ahí con su nutrida lluvia de perdigones y de semillas de paraiso. Respetábamos á aquellas excelentes amigas nuestras, y la inquietud de maldad que hervía en nuestras venas, la pagaban las sabrosas pelotas de los mameyes, las doradas naranjas, ó el pobre *Tío*, guardián del «Parque»; cuya charpa mohosa no nos infundía el más mínimo respeto. El fatal artefacto le pesaba demasiado al desgraciado, pendiente al costado de un grasiento sincho, y que al correr en persecución de álguien, enredábasele en las piernas, estorbándole y á veces haciéndole caer. ¡Pobre *Tío!* Era todo un már-

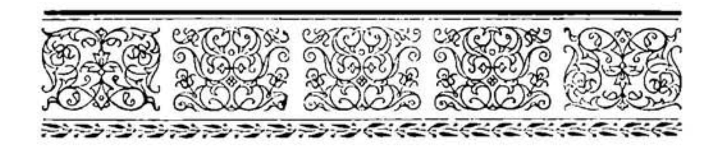
tir. Ahora, al recordarle, lo hacemos con verdadera ternura. Era bueno: era cariñoso. Su bigote hirsuto y cano, parecía un cepillo, y los ojos casi no se le veían bajo las cejas frondosas, que amenazaban invadir los párpados. El, desde el cielo donde mora, podrá sentirse conmovido, viendo que los muchachos aquellos *que le daban guerra* le recuerdan siempre con la melancolía profunda con que se recuerda el primer pantalón largo, el primer reloj *de veras*, y el primer caballo. Los sansalvadoreños de entonces, esos buenos y patriarcales sansalvadoreños, estaban habituados á las golondrinas del «Parque», las que formaban parte integrante de la población, aunque no entrasen en el censo, ni pagasen contribución alguna. A ninguno de ellos, con el corazón de masa de pan, se le hubiese ocurrido que andando los tiempos, la crueldad humana hubiese llegado al punto de echarlas de allí, de *su casa*, porque cometían la barbaridad de... manchar los trajes de nuestras señoronas y de nuestras señoritas. Antes, estas y aquellas, se limitaban, ante el atentado golondrinil, á limpiar la mancha con su pañuelito perfumado, y no protestaban. La mancha de las golondrinas era la cosa más natural del mundo. Nuestra *hige* de hoy, á la inversa de aquella, puso el grito en el cielo, alborotó, clamó en contra de las inocentes inquilinas del «Bolivar», hasta lograr que la autoridad tomara cartas en el asunto, y las delincuentes fueran desterradas de la manera más cruel é inhumana: á tiros, como á merodeadoras. No hay más naranjos en el «Parque»! No hay más golondrinas! Aquellos han caído á los rudos golpes de las hachas municipales. Estas ¿á dónde han ido las que no cayeron bajo las municiones de las escopetas mercenarias? Como en la rima becqueriana... *no volverán!*

Yo pienso, contemplando esos tres pobres naranjos descabalados, con sus roñosos troncos ta-

tuados de placas blancuzcas y azufrosas, agobiados por las parásitas, devorados por los zompopos y los hormigones, y sin la nívea sonrisa de un solo azahar como sudario, que si esos supervivientes de una gloriosa legión pudiesen escribir, y se diesen el humano capricho de redactar sus memorias, ¡qué amena, qué interesante lectura resultaría! Esos naranjos saben mucho, porque han visto mucho. ¡Cuántos misterios aclararían, cuántos secretos revelarían, cuántas anécdotas desconocidas saldrían á la luz del día en esas naranjiles confidencias! Hasta la política tendría allí su parte. ¡Pués ya lo creo que la tendría! Ellos han participado de nuestra azarosa vida. Ellos han conocido al doctor Dueñas, han conocido al doctor Zaldivar y al austero General Menéndez. Ellos han conocido también al funesto Ezeta y al borracho de Regalado. Cuando estuvieron de bautizo, doña Teresa les llevó á la pila. ¡Grande honor para la familia! Pero los tres solitarios, no tienen tiempo... ni ganas. La muerte está suspendida sobre ellos. Un día, el menos pensado, las mismas hachas que un día se cebaron en sus compañeros, harán presa en ellos! Sus días están contados. ¡Tengamos piedad de los pobrecitos! No les toquemos. Dejémoles ahí en donde están, como una reliquia que evoque en nosotros pasados tiempos, que *en un todo fueron mejores.*

Julio de 1907.





La Hora de los Recuerdos.

A la hora del largo crepúsculo de aquel día de Otoño, lento y largo como una convalescencia de amor, en medio de aquella agonía magnificadora, la abuelita, toda nevada por los años, está sentada junto á la abierta ventana de la *villa*. La ventana cae al jardín, en que arden las manchas multicolores de las crisantemas con un prestigio final; y enfrente, el mar, ancho, tendido como una sábana espejeante. Inclinada sobre las rodillas, en su sillón de baqueta, la buena abuelita toda nevada por los años, revuelve su caja de recuerdos, con manos temblorosas; y por instantes, deja á su mirada, cargada de visiones fenecidas y velada por la niebla de las cosas ancianas, vagar por el espacio, enfilar el horizonte, seguir el postrer vuelo de las golondrinas viajeras, y detenerse, como para tomar descanso, en el límite lejano en que el mar tranquilo parece confundirse con el cielo. El sol que se va, las sombras que vienen, las nubes que se amontonan ó se disgregan y se tiñen de mil maneras, transforman el cielo en el teatro de una apoteósis de comedia de magia. Y la buena

abuelita, toda nevada por los años, considera tristemente aquella fiesta babilónica de colores y reflejos, aquella estupenda orgía, en que el cielo de otoño vierte, y hace hervir sobre el mar adormitado, el fausto de una primavera de rosas de sangre ó una estupenda ofrenda de gemas luminosas. Bajo ese cielo, antaño, la abuelita deshojó alguna flor pensando en un ausente, mientras en el alma cantaba el motivo de alguna romanza arcaica; hojeó el libro favorito, en cuyas páginas queda todavía algún resto del perfume que solía derramar en ellas para hacer *más sugestiva* la lectura, *más aromosa*, y en cuyos márgenes el lápiz del amado puso alguna frase ó esbozó alguna estrofa sentimental... Y bajo el incendio crepuscular de aquella tarde de otoño, que lo consume todo entre sus llamas, ahora, viejecita y claudicante, toda de nieve y de ceniza, sentada á la misma ventana abierta al mar y en cuyo marco agonizan las últimas rosas, revuelve su caja de recuerdos, y se embriaga con las sensaciones eróticas que aquellas reliquias provocan... Los recuerdos desfilan en lenta teoría, seguidos por la mirada, hasta que, sumergida la visión flotante en el espacio, se consume entre las llamas ó se disuelve. *Recuerda* los gustos del amado muerto, *evoca* el reflejo de sus ojos; *siente* su aliento sobre el cuello cuando la besaba; *oye* su voz, venida de lejos; *ve* su boca roja, de sonrisa desdeñosa. Lo *plastifica* todo. Le *tiene* como en una resurrección maravillosa. Hasta su nariz perfilada en C, como una garra de cóndor, llega el aroma desvanecido de las últimas flores que agonizan y se deshojan en las platabandas; y al llegar, se mezcla al ya difunto que emerge de la cajita de laka rameada de oro, á la manera de Tokío... Por el camino, que casi oculta la alta baranda tupida por las enredaderas, pasa un carruaje, levantando una nube de polvo, que opaliza un rayo de sol; y las montañas vecinas, bajas,

apeluzadas de una suave verdura, se dibujan en relieve sobre el horizonte, apenas orilladas de una vaporosa línea violeta. Por ese lado, desciende ya la noche. El efecto es plástico é insinuante. Y el aire, suave, frágil, ayuda á la sugestión de un sueño poético. La poesía de la tarde cayente, impregna á la abuelita, soñadora en sus buenos tiempos pasados. El gran rumor de la Naturaleza, entra en su alma senil, como un aliento de vida nueva. El aire suave, frágil, incensado por el aliento de las yerbas pisoteadas, le enciende los labios, y renueva los besos recibidos en los dulces abandonos en otras tardes iguales. Y en el color fugaz, indefinible, de alguna flor marchita, cristaliza la emoción perdida de alguna melodía familiar y anticuada, una arcaica frase de minué polvoriento ó un motivo de colonial pavana, desteñida como un raso muriente en el fondo de alguno de sus arcones carcomidos.

Viña del Mar (Chile) — 1898.





Los Reyes Magos.

«Cun ergo natus esset Jesus in Bethlem Juda in diebus Herodis regis, ecce Magi ab Oriente venerunt Jerosolyman». (SAN MATEO, Cap. II, Vers. I).

Y cerrando el texto bíblico, anotado y comentado por el Reverendo Padre Scio, he tomado la pluma, largos instantes he clavado la mirada en el techo de la estancia, y despacio, sin el menor apresuramiento, he dado principio á mi artículo, como si no urgiese su entrega hoy mañana para la edición de la tarde.

Así he dado principio á mi artículo. Cerca, al alcance de mi mano, en diferentes fragmentos de papel, tengo los datos acumulados durante tres días, consecutivos, de indagación y rebusca, y alguna que otra estampa ó grabados recortados de revistas, que pueden suministrarme datos ilustrativos. Tengo suficiente material, tan suficiente, y he visto con tanto cuidado el asunto bíblico, que podría llenar tres ó cuatro columnas, íntegras, del *Diario del Salvador*, si ello fuere de urgente



necesidad y si también, el espacio en estas planas no anduviese tan escaso. Y, cabalmente, ese acumulamiento de datos, ese exceso de documentación, me pone en aprietos. —¿Qué escribiré?— Una crónica, desde luego. Ese género es el más socorrido para tratar estos asuntos con amenidad y ligereza. Yo me pongo á pensar en esa crónica. He colocado de nuevo en su sitio la ya entintada pluma, y tomando un libro que está cerca de mí, lo abro. Es *Ben-Hur*, de Wallece, cuyas primeras cincuenta páginas, que tengo contramarcadas, dan asunto para escribir cuatro ó cinco preciosos artículos, y mientras le trashojeo, sigo pensando en la proyectada crónica. De pronto me asalta una idea: ¿de qué servíria que yo, ahora, escribiera esta crónica literaria sobre el fabuloso viaje de los Reyes Magos al pesebre de Bethlem, y qué objeto tendría en estos días de agitación electoral? ¿No os parece que disonaría enmedio de este caldeado ambiente político en que se debaten asuntos de vital importancia para la vida nacional? Supongamos que escribo esa crónica, y que se publica en la primera plana del *Diario*. En una columna, ó columna y media, el mayor espacio de que, extraordinariamente, puede disponerse para la literatura, desarrollo con todo lujo de estilo y de fantasía el tema que tan cuidadosamente he preparado, ¿y qué logro con eso? Mi crónica pasará desapercibida, como pasan tantas otras, y no tendré ni la satisfacción de contar siquiera con el promedio de esos treinta lectores que toda su vida ambicionó el divino Jules Barbey d'Aurevilly. Mi desilusión sería grande. Y teniendo en mi mano el evitármela ¿por qué no hacerlo? Después de reflexionar un tanto más, me decido. No escribiré la crónica. ¿Para qué?...

Sin embargo. ¿Y este material acumulado, y estas minuciosas anotaciones, se van á perder así no más, por un desfallecimiento de mi voluntad, ó por

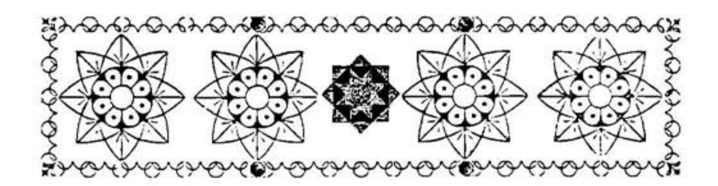
un capricho de escritor sin enganche? ¿Y estos libros cuyas páginas he contramarcado, no tendrán ya más objeto que el de estorbar el tablero de mi mesa? Hay que hacer un esfuerzo, sobrehumano si fuere preciso, y escribir esa crónica. Siento que renace mi voluntad, que me lleno del ansia de trabajar, que mi imaginación se colma del asunto pintoresco y brillante que voy á tratar... Una punta de desierto asoma... La cabeza del primer dromedario... Un grupo de palmeras en un oásis... Melchor... Gaspar... Baltasar... La estrella que guía á los Magos hacia el pesebre de Bethlem, fija en el Oriente... Esos rasgos se precisan, se definen más y más, se concretan en una sola luminosa visión. La crónica está planteada. Voy á escribirla. Abro de nuevo el texto bíblico, y entintando de nuevo la pluma, comienzo...

«Cun ergo natus»...

De pronto, por mi ventana, entra un grito callejero. Un vendedor de periódicos anuncia una hoja eleccionaria. ¡No puedo escribir más! Aquel grito, tan extraño á mi trabajo, dá al traste con todo, derriba mi castillo de ensueños, tan trabajosamente edificado; todo se viene al suelo con estrépito, sepultando entre sus escombros el pobre versículo latino del evangelio de San Mateo.

Enero de 1907.





L'Oncle Sarcey.

Leo, esta mañana, en el volumen noveno del *Journal des Goncourt*, que pertenece todo entero á Edmond:

... ce gros et épais normalien, il est pour le travail courant, sans prétention, lui, qui ne laissera dans toute sa prolixe et abondante copie, ni un jugemen durable, ni une pensée, ni une phrase, ni une expression... lui, ó blaspheme! que des confréres placent dans la famille des Gautier, des Saint-Victor, et qui, mort ou vivant, le jour, oú il n'occupera plus le rez-de-chaussée du *Temps*, peut s'attendre á étre traité de bas scribe, et de pauvre plumitif dramatique»...

«Pauvre plumitif dramatique»... La frase vengativa del autor fracasado de *Charles Demailly*, no alteró, en lo mas mínimo, la proverbial *bonhomie* del «oncle»; y ese esperado día en que el profesional de la critica dramática, abandonara el entresuelo de *Le Temps*, no llegó nunca. Edmond de Goncourt, se murió con el deseo, y Francisque Sarcey no abandonó el piso que habitaba de tan-

tos años, sino ocho días antes de irse del mundo, cediendo su sitio á su yerno, Adolphe Brisson, que si bien no perpetúa la tradición literaria de su «cher beau pére», en cambio conserva la muestra de la familia con los mismos prestigios de los buenos tiempos.

El origen de la querella, uno de cuyos ecos es el párrafo *Journal* transcrito más arriba, fue la representación de un drama, *tirée* del *Charles Demailly* de los divinos hermanos, por Paul Alexis y Oscar Méténier. Quien esté al tanto de las teorías que respecto del teatro ponía en práctica *le gros et épais normalien*, podrá explicarse perfectamente la protesta del folletinista de *Le Temps* ante una obra teatral que no cabía en el estrecho círculo de sus preceptos estéticos.

La autoridad crítica de que durante treinta y nueve años gozó Francisco Sarcey, y la cuasi dictadura que ejerció durante parte de ese tiempo en el dominio del teatro francés, fue debida cabalmente á esos procedimientos. Ante todo, Sarcey personificó el gusto burgués, la tradición. El gusto del *gros public* fue el suyo, y su comentario hebdomadario, el del buen tendero que después de un día de faenas, busca en el teatro, junto con su mujer, que durante diez horas ha estado doblada en el escritorio comercial, el merecido solaz al espíritu agobiado por los prosaicos menesteres de la vida. Nada de complicaciones psicológicas, nada de desarrollo de tesis científicas, nada de planteamiento de problemas sociales llevados á las tablas. — Novela, trama. — La obra teatral debe ser comprendida, totalmente gozada por la muchedumbre. No debe ser la obra de un grupo de iniciados; debe ser la obra de todos, para todos. Si Dumas *fils* y Victorien Sardou, alteraron el viejo «ogro» del entresuelo del *Temps*, el teatro del día, el de Brieux, Alfred Capus, Octave Mirbeau, Maurice Donnay, de Curel, Descaves, y tantos otros más, habría

ocasionado al incansable folletinista la más aguda dispepsia, si no le hubiese hecho liar sus maletas un morrocotudo ataque apoplético. El teatro era para Sarcey como un «cigarro digestivo». Todos los días, después de comer, con el último sorbo de café todavía en los labios, se dirigía al teatro. Antes que se levantara el telón, *l'oncle* había ocupado su butaca. Sacando del bolsillo de su *paletot* sus gemelos de teatro, limpiaba cuidadosamente los cristales, y fijándolos en cualquier sitio, les graduaba con la mayor precisión. La miopía de Sarcey era espantosa, anonadante. Una vez levantado el telón y comenzada la representación, Sarcey era absolutamente igual al vecino; como el buen vecino reía los chistes de la obra, y como el buen vecino se interesaba en el desarrollo de la fábula, si se ceñía á sus cánones estéticos. Jamás se le vió retirarse antes de que una pieza se hubiese terminado, aunque no le satisfaciese. El teatro era un vicio en él, como lo fue en Ferdinand Brunetiére, de quien á su muerte se averiguó que en un tiempo en que su estado económico no le permitía asistir todas las noches al Teatro Francés se enroló en la *claque*, en calidad de *elefante blanco*, si bien pasivo.

Sarcey fué oráculo indiscutible para la inmensa mayoría del público francés. Temido por ciertos autores dramáticos, y por los artistas, mimado por los empresarios, admirado por el público que devoraba todos los lunes sus folletines, Sarcey era el «hombre del día», el dictador en quien radicaba el éxito, ó el fracaso de una obra. Los abonados del *Temps*, los frecuentadores del apelmazado folletín de doce columnas, iban á buscar una orientación en las opiniones del temido crítico, que en el fondo era el hombre más bueno, más sencillo del mundo.

Su fecundidad era pasmosa. Su *teatro*, si llegase un día á coleccionarse, llenaría numerosos y gruesos volúmenes, en los que más tarde podrían encontrarse preciosos datos y nutrida documentación



para la historia del teatro francés. Durante 39 años no dejó una sola vez de juzgar las obras teatrales, y no fue sino ocho días antes de morir que abandonó la pluma.

Hombre de una modestia excesiva, sin ambiciones de ningún género, sin malignidades ni malicias, de patriarcales costumbres, su postrer deseo, después de una larga vida de trabajo, fué el de que en su lápida funeraria, en vez de pomposas dedicatorias que dictara la vanidad humana, se grabasen solamente estas sencillas palabras: *Aquí yace Sarcey, profesor y periodista.*

Mayo de 1907.





At Home.

Cuando penetré en la estancia, mi amigo dejó sobre la mesa el cuaderno que leía. Era una entrega de *L'Illustration Théatrale*, conteniendo *La Vierge d'Avila*, de Catulle Mendes. Mi amigo estaba en el mismo estado de sobrexcitación nerviosa del que escucha un trozo de música favorita, ó sume el alma en la contemplación de algún crepúsculo... Cerca de su mesa se alzaba el estante de los libros, sin cristales, de madera, apenas barnizada, y en que se enfilaban cuidadosamente, de dos á trescientos volúmenes, en su mayoría abrumadora á la rústica, esa rústica amarilla y universal de los tomos de París. Revisando aquella biblioteca en que los volúmenes de poesías eran los más, podía sintetizarse la calidad del espíritu de su propietario, y su orientación artística. Sobre los lomos de los libros estaban recostadas algunas fotografías, de esos *chez lui* de Nadar ó de Paul Boyer: Octave Mirbeau, de pié, junto á la chimenea; Anatole France, en pantuflas, en su interior invadido por los ídolos bizantinos; M. Jules Lemaitre, recostado en su muelle sillón de cuero de Córdoba, con la pipa apagada en la mano iz-



quierda y la derecha sobre el brazo del asiento; Paul Verlaine en el café François primero, el sombrero y el bastón sobre el mármol de la mesilla en que el sirviente acababa de dejar todos los utensilios para que el autor de *Fétes Galants* se fabrique, él mismo, su absenta; Alfred Capus, *en habit noir*, el monóculo parcheando el ojo derecho y los dedos de las manos entrecruzados sobre las piernas, como quien *no quiebra un plato*, después de haber derrochado toda la gracia de París en *Les Passagéres;* Lucien Descaves, firme al frente de su escritorio comercial, él mismo con un aspecto de comisionista que, de paso, anotará una orden en su *block-notes*... Y Huymanns, en *redingot* de viaje, listo á partir á Lourdes... Y el Conde de Lautreamont, visionario, los ojos perdidos en la persecución de un ensueño... Y Catulle Mendes, el codo apoyado en el pupitre, la palma de la mano en la sien, leyendo un viejo infolio... Y por último, una agua fuerte de Baudelaire, arrancada de la edición definitiva de Calmann-Lévy, afeitado como un cura, la frente espaciosa, la boca fruncida por un gesto de amargura, y los ojos fijos, fijos, negros y hondos, con esa mirada que sólo los retratos perpetuan...

Cuando yo entré, mi amigo, sin abandonar la mecedora en que desdoblaba la largura de su cuerpo, me acogio con cariño... perezoso, y señalándome una butaca que cerca de su escritorio estaba, me invitó á sentarme. No lo hice así; y acercándome, comencé á registrar los papeles y los libros que sobre la tabla de labor se amontonaban, no con el supremo desdén con que Monsieur de Phocas revolvía, con la contera de su bastón estrafalario, el escritorio de Jean Lorrain, sino con la viva curiosidad que inspira un sér superior. El inventario de la mesa de labor del refinado estilista de *Los Crepúsculos de Verano*, era la continuación de la requisa, practicada ya con anterioridad en su estante: el tomo noveno del *Journal des Goncourt*, *Le Meneur de*

Louves de Rachilde, *Le Deuil des Priméveres* de Francis Jammes, *Le Sandale ailée*, de Henry de Regnier y *Plus loin*, Vielé-Griffin; y junto á ese tesoro, una pila de esas cuartillas peculiares, en octavo, cortadas expresamente en la imprenta para calcular la media columna diaria que el artista surtía á un periódico de la tarde...

—¡Estupendo! Estupendo!—exclamó.

Comprendí en el acto que se refería al zarandeado drama de Catulle Mendes.

— Sí, eh?

— Estupendo! — Volvió á remachar. — Algo grandioso! Léelo, léelo, y comprenderás la idiotez de los católicos rancios de España protestando ruidosamente de que el poeta francés *calumniaba* á su Santa de Avila. ¡Si la Santa Teresa de Catulle Mendes, es hermanita gemela del Jesús, de Renán!...

Tomó el cuaderno de donde lo había dejado con anterioridad, y se puso á hojearlo, febrilmente. De pié, en un ángulo del escritorio, le veía hacer.

— Solo el necio sectarismo pudo desencadenar una tempestad sobre la obra lírica más grande de estos primeros siete años del siglo. Cuando su estreno, en los pasillos del teatro Sarah-Bernhardt llegó á sonar el nombre de Shakespeare cuyo estilo hubiera llegado á la suprema cristalización...

Comenzó, lentamente, á leerme el final del cuarto acto: la gran escena entre Santa Teresa y el Rey Felipe II... Las puertas de la galería se han abierto, y la Santa, rodeada de carmelitas, desciende la gran escalera...

Mais la vierge du ciel que vous avez mandée
Vient comme l'aube par la brume précédée...

En la estrecha estancia, atiborrada de *bouquins* y *brochures* modernistas, y de grabados inquietantes, brilló de pronto una alba de pureza, toda de lirios, toda de nardos, toda de rosas blancas... Hubo como una música de arpas que, agujereando



el techo, descendiera sobre nosotros, como un rocío celestial...

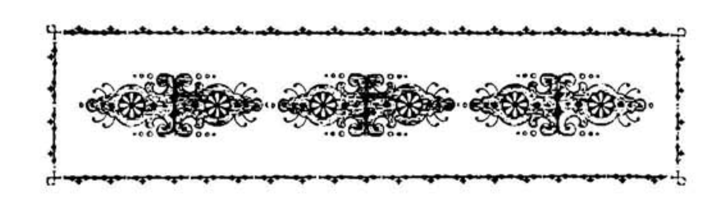
Cuando los últimos versos, solemnes, y de una unción piadosa inimitable, se desarrollaron, como una pieza de terciopelo

Les pieds nus de Jésus sont maitres de la mer...

y mi amigo cerró la *brochure*, y la tiró nervioso, sobre la mesa, creí despertar de un sueño. En mi boca resucitó el sabor dejado por la hostia el día de mi primera comunión.

Abril de 1907.





Deshojando recuerdos.

Vengo del *Parque Barrios*, tristemente impresionado por un recuerdo.

Después de siete años, esta mañana tomé el tranvía y allá fuí, en mi sentir, en busca de aire puro, á expansionar un tanto el espíritu abrumado por la estrechez y ruindad de la población. Allá fuí, como antes, llevando, por costumbre, un libro en la faltriquera, pero... faltándome el compañero.

Y ese es el recuerdo que al regreso del paseo me roe, insistente, con tenacidad.

Siete años hace. (Y parece que fuera ayer).

Isaías Gamboa acababa de regresar de la revolución liberal de Colombia, enfermo, más triste que nunca. Junto con su inseparable carga de dolores íntimos, traía el nuevo peso de una desilusión más, la amargura lacerante de un fracaso. El alma delicada, sensitiva, del poeta, había padecido una fuerte conmoción. Su tristeza, al regresar al hogar del amado hermano, era más intensa.

Una tarde fué á verme, precisamente en el momento en que me disponía á salir.



— ¿Va Ud. á salir? — me preguntó, con aquella voz inolvidable.

— Voy á salir, sí; pero me lo llevo conmigo. No se niegue.

Le dije á dónde me marchaba. Y él, tan bueno, como siempre, no se negó á acompañarme.

Antes de salir, le pregunté:

— ¿Qué le parece que llevemos para leer?

— Cualquier cosa...

Y acercándose á mi estante, revolvió mis escasos libros.

— Llevaremos lo que Ud. quiera—dijo, sin atreverse á escojer.

— Bien. Me decido por *El Triunfo de la Muerte*. Vamos andando.

Cuando llegamos al solitario y rústico parque, le conduje á la avenida en que estaba situada *mi* banqueta, bajo la sombra de los paráisos, vecino á la pila en que gargoteaba el surtidor. Y allí, los dos solos, le hice leer, con esa manera de lectura, magistral que él tenía, los tres pasajes culminantes del sujestivo libro dannunziano.

Primeramente leyó el pasaje en que Jorge Aurispa, acompañado de Hipólita, se refugia en el Oratorio, abandonado y misterioso, de la calle Belsiana, en donde se ejecutaba, *devotamente*, música de Sebastián Bach.

Emocionado, tembloroso, exclamó:

— ¡Qué maravilla!

En seguida leyó, más interesado aún, los dos capítulos de la peregrinación á Casalbordino.

Y por último, lo que yo precisamente había dejado para entonces, el pasaje más culminante del libro: la visita que Jorge hace á la estancia de su tío Demetrio, el suicida, y el descubrimiento de una hoja en que se había copiado un fragmento de Tennyson.

Cuando terminó de leer, ví, esculpida en su faz, la huella de la fuerte impresión que la lec-

tura ocasionara en su espíritu. D'Annunzio había hecho una gran conquista. De entonces en adelante, sus libros fueron los breviarios sentimentales del melancólico evocador de las penas amorosas.

El recuerdo de esa primer lectura revivió en mí, esta mañana, al recorrer, solo, después de siete años de olvido, el paseo que antes, Isaías y yo, frecuentábamos todas las tardes, durante mucho tiempo. ¡Qué estado de abandono más deplorable! Los páraisos, esos paráisos cuya ligereza y flexibilidad el poeta comparaba á la ligereza y flexibilidad femeninas, han desaparecido. Mano despiadada les echó por tierra obedeciendo estúpidas órdenes. Ya no hay más *flores de chilindrón*, cuyo color azufroso, violento, le hacía pensar en una mujer, totalmente enlutada, que pasase por la tranquila avenida en que estábamos, llevando en sus manos, enguantadas de negro también, un frondoso ramillete de esas flores insolentes. Los juncos que circundaban la pila habían desaparecido, y esta misma, estaba totalmente invadida por lamas asquerosas. El surtidor había callado, ese surtidor cuya música cristalina nos hizo pensar en una rima inencontrada... Y sobre la arena, en lugar del paso liviano de la graciosa enlutada que el inolvidable desaparecido deseaba interrumpiese nuestra charla ó nuestra lectura, resonaban las vastas pisadas del guardián que discurría por allí, regadera en mano.

Y en medio de aquella desolación, en el silencio de aquel abandono, en donde tantos proyectos forjamos ambos, proyectos que por parte suya la muerte echó por tierra, y por la mía agostó el escepticismo, veo que la imagen del poeta resurge. Alto, pálido, delgado. En los labios una mueca de cristiana resignación. Vestido de negro, habitualmente, cual si llevase luto por algo muy íntimo. Y le veo que va conmigo. Y oigo la arena que cruje bajo sus pisadas. Y hago mía la tris-

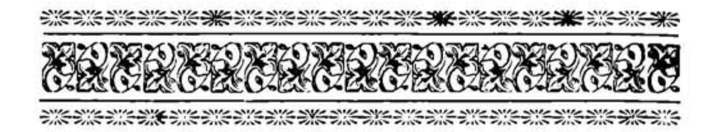


teza con que él también contempla aquel paisaje que antaño nos fuera tan caro. Y sus ojos están tristes, tristes; y su mirada larga, larga, dice la amargura, el hondo desconsuelo de una vida truncada en pleno ensueño.

Abril de 1907.







El Culto de Jean Lorrain.

Cuando yo llegué, poco antes del mediodía, mi amigo, en pechos de camisa, se ocupaba en cortar los folios de las dos últimas entregas del *Mercure de France*. La tarea parecía serle agradable, por la lentitud con que la practicaba, y por la sonrisa que, muy tenue, como un velillo de luz, parecía iluminar sus carnosos labios. Como un consumado gastrónomo, saboreaba de antemano las intensas delicias que una lectura, exótica por estas latitudes, iba á proporcionar á su alma, admirablemente clasificada, por mí, entre esas *âmes d'élite* que en un tiempo fueron la especialidad de Maurice Barrés. Cerró la revista dejando entre sus páginas, como señal, la plegadera; una extraña plegadera de bronce, larga, ancha como una hoja de alfanje y que remataba en una cabeza de mónstruo japonés, y vino á mí con las manos tendidas, dando exageradas muestras de alegría al verme. Quien le conociera íntimamente, como yo, no debía extrañarse de aquello. Cuando mi amigo experimentaba una alegría, cuando estaba bajo el influjo de alguna íntima satisfacción, buscaba con quién compartirla. — « Algo

nuevo tenemos» — pensé. Y después de saludarle, arrellanándome en una butaca próxima á su escritorio, esperé. Esperé en balde. Mi amigo tomó de nuevo la extraña plegadera, y de pié, doblando el espinazo sobre su tabla de labor, continuó cortando los folios del *Mercure de France*. — «Bien. Más tarde será». — Y me levanté, atraído por algo nuevo que en el mundo de cosas que llenan las paredes de la estancia, creí divisar. Así era en efecto. Sobre un fondo de tarjetas postales, que por un nuevo procedimiento trascribían pasteles de Degas (toda una colección de gestos y actitudes de bailarinas), dentro de un marco de anchas reglas de nogal, apenas barnizadas, un pergamino, de pequeñas dimensiones, ostentaba una cabeza borrosa de por sí, y que parecía diluirse entre las francas manchas de color de las postales, y las máscaras y grabados que la circundaban. Al ver que me aproximaba al cuadrito, mi amigo dejó la revista, y vino á colocarse á mi lado, sin hablar palabra. Sentí que al par que la mía, su mirada se fijaba en aquella cebeza. Era copia de una pintura borrosa, sobre un fondo gris. El rubio de cáñamo de los cabellos, el azul de esmalte desteñido de los ojos, lo exangüe de los labios marchitos, el oro palido de los bigotes en desorden; todo ello como bajo un velo de melancolía, como corroído por el ácido de las lágrimas. Aquella fisonomía doliente, de que la copia conservaba hasta el menor detalle del original, despertó en mí otras imágenes. El Jean Lorrain, que M. de la Gandara pintara sobre la encuadernación de un ejemplar de *Buveurs d'ames*, perteneciente á Mr. Edmond de Goncourt, trae á la mente del lector, familiarizado con su enervante literatura, el recuerdo de algunos de sus personajes, de esos mismos que el autor ha tratado con más intensidad y pasión. Algo semejante ocurre á Gabriel d'Annunzio con respecto á los héroes de sus novelas. El Andrés Sperelli, el Jorge Aurispa, el Stelio Effrena, de *El Placer*, *El*

Triunfo de la Muerte, y *El Fuego*, no son, en el fondo, más que ampliaciones de un mismo tipo original. Como Gabriel d'Annunzio, Jean Lorrain practicó ese narcisismo. Puso en sus personajes mucho de sí mismo, de su íntima esencia, de sus vicios, de sus complicaciones de alma, de sus ensueños insaciables, y de sus hastíos prematuros. A quien recuerda en el acto, es á Monsieur de Phocas que «se le parece como un hermano».

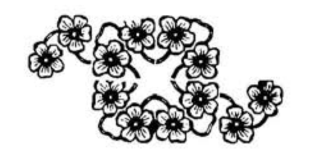
Así se lo expresé á mi amigo. — «En efecto, — contestóme, — Monsieur de Phocas es ese espejo de metal repujado, como los usara Cleopatra, en que se reproduce, con pasmosa fidelidad, la imagen del infortunado y adorable artista. Esta copia, sobre pergamino, como la ves, me llegó ayer. Cuesta muy caro. El mostrártela era una sorpresa que te preparaba pero tú la descubriste. Cabalmente me llega con su último libro, su *dérnier recuil*, «Madame de Monpalou» como todos los demás suyos, admirable».

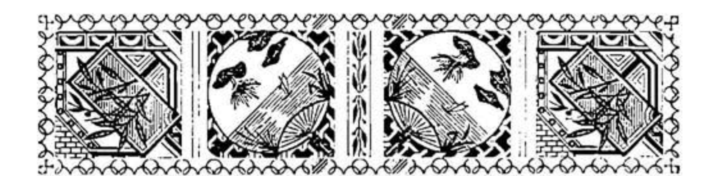
La pasión de mi amigo por Jean Lorrain era de esas pasiones hondas, dominadoras. Poseía una colección completa de sus libros, algunos de ellos en ediciones costosas, *numérotes á la presse*, en papel Japón, ó en papel Holanda, caprichosamente encuadernados; fotografías, en que el ídolo aparecía, *chez lui*, en diversas posturas; revistas que conservaban señalados con lapiz azul, estudios referentes al inquietante voluptuoso; caricaturas recortadas de periódicos del día, y que mi amigo iba pegando, con su respectiva leyenda, en un album con pastas de tafilete y cantos de plata vieja... Era todo un museo; un altar erigido al culto apasionado de un hombre. Porque Jean Lorrain sentía *la obsesión de la máscara*, y durante su vida se rodeó de esas espeluznantes carátulas, mi amigo llenaba las paredes de su estancia, dándoles un aspecto macabro. A todas horas, siempre, las miradas fijas de aquellos ojos fúnebres le perseguían. Creo que mi amigo, por sugestión, llegó á sentir él tambien *la obsesión de la*



máscara. Nunca se ha amado á un hombre, como mi amigo amaba al autor de *La Maison Philibert*, y el poseer un nuevo retrato suyo, entre los ya numerosos con que cuenta, producía en él un placer semejante al que yo sentiría no escribiendo una línea más en todo el resto de mi vida.

Mayo de 1907.





La muerte de Andrés Theuriet.

El autor de *El Matrimonio de Gerardo, El Diario de Tristán, La Fortuna de Angela* y tantas otras novelas que «El Cósmos Editorial» popularizó en nefandas traducciones por los cándidos pueblos hispanoamericanos, y que deleitaron los postreros días de nuestra niñez, y los primeros, rosados, risueños de nuestra juventud, acaba de expirar en su tranquilo retiro de Bourg-la Reine, á la respetable edad de setenticuatro años, desempeñando las burguesas funciones de Alcalde.

Muere Andrés Theuriet tal como vivió, compenetrado con la naturaleza, á la cual amó con intensísima pasión, y á la que consagró las más bellas páginas de su obra numerosa, y tal vez las únicas perdurables.

La crítica le discutirá ahora. Aquilatará cualidades, examinará tendencias; la deducción será desfavorable, seguramente, para Theuriet. Y conforme el tiempo pase, y el cariño, que siempre rodea á los autores de parte de sus devotos, mientras viven, se borre por completo, la figura del



autor de *Fleur de Nice*, irá desvaneciéndose en su conjunto, persistiendo sí, inalterables, algunas líneas generales: las del poeta lírico, de cuyos tomos *Le Chemin des Bois, Jours d'Eté* y *Le Bleu et le Noir*, pueden estractarse las poesías suficientes para formar un tomito de cien páginas, sobre el que el tiempo puede desfilar impunemente, pues la frescura y la gracia poética resistirán la prueba. Theuriet pasará, muy en breve, como novelista. Como cuentista, acaso se conserven algunas cuantas páginas. Como poeta, puede desafiar lo que resta de siglo.

Su vida, fué semejante á su obra: honesta y sencilla.

Prefirió la vida del campo á la vida ardorosa, inquieta, agotante de las ciudades. Amaba con honda ternura, el olor húmedo y capitoso de los bosques familiares, que enteros, enormemente rumorosos y palpitantes, trasladó á sus versos; le embriagaba, como el vino más puro y más añejo, el perfume de las flores, que á montones, y en millares de especies, cultivaba en los jardines de su tranquila posesión, hasta la que no lograba filtrarse ni el más ligero rumor de la ciudad lejana condensado en las amazacotadas páginas de los diarios. Su única música, millonaria en tonos y matices, consistía en la que, todas las mañanas, á la salida del sol, le daban los pájaros que escandalizaban en los techos de pizarra, bebiendo el rocío detenido en los canales, ó discurriendo en pandillas, sobre la arena de las avenidas, entre las hojas secas. Por las tardes, era el cálido arrullamiento de las palomas que tornaban de los trigales maduros á sus blancas casillas, con el buche repleto de granos, el rosado pico húmedo todavía del agua de las albercas y los arroyuelos, y el plumón liso, inmaculado, espejeante á los postreros rayos del sol, como un alabastro. Por la noche, desde su ventana, en cuyos cristales se dor-



mía, como en un lago de leche, toda la claridad de la luna, el viejo poeta, en bata y pantuflas, gozaba de la plenitud de su existencia patriarcal, escuchando canto del ruiseñor; ese ruiseñor cuya melodía corre como un *lait-motif* por toda la obra de Andrés Theuriet; ó bien adormilado en su sillón de baqueta, sobre las rodillas un tomo de Pierre de Ronsard, ó de François Villon, se dejaba arrullar por los grillos y las coccinelas.

Su vida, repetimos, fué semejante, en un todo, á su obra; honesta y sencilla. No le inquietaron jamás las vanidades del mundo; y muere, simplemente, sin que los grandes *rotativos* de París, atareados ¡todavía! con el *affaire* de los papeles de Montagnini, del atentado Leroy-Beaulieu y de la *gréve des bocks*, consagren á su memoria más allá de cuarenta líneas, como *Le Matin*, que las encasilla en la cuarta página, entre los ecos de la vida del sport y el memorandum de las disposiciones militares. ¡Eironia!

Formó parte de la Academia Francesa desde 1869, ocupando el sillón de Alejandro Dumas.

Precisamente ese hecho será lo único trascendental para los círculos literarios de París. ¡Una vacante más en el Palacio Mazarino! Se agitarán las ambiciones... Maniobrará la intriga... *Pauvre Andrés Theuriet!* — Con tal de que su sillón, todavía tibio, sea ocupado por Paul Adam, ó por Octave Mirbeau!

La tierra le sea leve, y la inmortalidad benigna, así como le fué propicia la vida durante setenticuatro años.

Junio de 1907.





El "Poema del Dolor".

Á VÍCTOR JEREZ.

Recuerdo aquella lectura, en una tarde de invierno. El cielo, cargado de nubes plomizas, parecía que iba á caer sobre la tierra. Sentado frente á mí, en mi escritorio, Isaías Gamboa tenía entre sus manos, un tomito elzeviriano: los *Ritos*, de Guillermo Valencia. Acabábamos de leer algo, y nuestras almas, en silencio, gozaban de la embriaguez de la sensación. — «Va á llover» — dijo Isaías, interrumpiendo nuestro silencio. — «Va á llover» — agregué yo, inconscientemente. En efecto: llovió. La lluvia, primero tímida, comenzó á tamborilear en los cristales de los balcones, y en los techos de zinc. — «Llueve ya» — «Llueve» — El aguacero caía con más ímpetu cada vez, volviéndose ensordecedor. A través de los cristales, veíamos caer el agua, como una catarata; por sobre los techos de las casas, los árboles se agitaban. En el horizonte, los cocoteros parecían inmensos plumeros sacudidos con violencia. El poeta volvió á abrir el libro. Precisamente, sus ojos cayeron sobre la página en que la frase de Altenberg se destaca como epitafio en una plancha de



mármol: *Lo triste es así*. La leyó y repitió: — «*Lo triste es así*», — velando la voz, como escresponándola. — *Lo triste es así*. — Simultáneamente, como atraídos por una misma fuerza, nuestros pensamientos convergieron á una misma idea. — «Alfredo Goré». — El artista había muerto. Íbase á celebrar una velada en su honor, con objeto de allegar fondos con los cuales consagraríase una lápida funeraria al Maestro en su *cuna de tierra* del Cementerio General. Isaías había sido invitado por las señoras de la comisión para llenar un número del programa, y había aceptado. Acababa de regresar de la revolución de Colombia, como ya dije anteriormente, desilusionado y más triste que nunca. Su estado de ánimo era singular, y yo pensé que si sobre alguna cosa podría Isaías escribir admirablemente en aquellos momentos era sobre la vida de Goré, cuya muerte nos había conmovido hondamente. Si algo podría decirnos, *sintiéndolo* era la novela de esa vida, truncada por la muerte cuando veía,

un alba entre la sombra despertando...

— «Quiero escribir algo *que me llene:* algo que concrete todo el dolor de una vida inutilizada por el fracaso de los ensueños». — Y en efecto, la vida del maestro Goré, tan bueno, tan querido, fué un contínuo fracaso: fracaso hasta en la muerte.

Aquella tarde, no hablamos más del asunto. La lluvia, impetuosa, iba calmando. Al través de los cristales del balcón, se veía el cielo que iba despejándose, y la calle, solitaria, por la que la corriente se deslizaba como un río. Leímos unos instantes más. Luego Isaías se fué.

Algunos días después, estando como de costumbre, sentados en nuestro banco del Parque Barrios, después de haber divagado un rato de asunto en asunto, Isaías me dijo: — «Voy á leerle *aquello*». — Y sacando del bolsillo unos papeles, antes

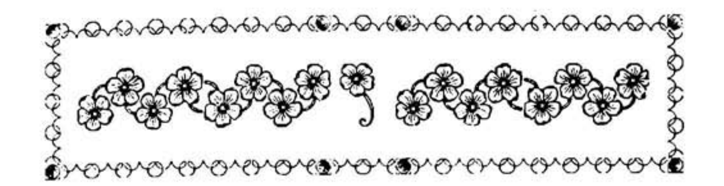


de comenzar á leer afirmó: — «Estoy satisfecho. Creo haber hecho *algo bueno*». — Yo callé. El viento de una tarde fresca removía el follaje de los paráisos, altos y flexibles; y en las platabandas reventaban las rosas, á las que la sombra que avanzaba apagaba los vivos colores. El rumor de la ciudad llegaba hasta nosotros, debilitado. A nuestras espaldas las encaladas paredes de la Penitenciaría se iban obscureciendo, y un toque de clarín rasgó el espacio. El poeta comenzó á leer, despacio, despacio, y conforme avanzaba en la lectura, su voz cobraba timbres de profunda emoción, *parecía mojarse en lágrimas*. Y la visión del pobre artista muerto, parecía flotar ante mis ojos al conjuro de aquella evocación sentimental. Era el Goré de nuestras inolvidables tardes de intimidad, en las que después de descifrar al piano algún pasaje wagneriano, nos abría su corazón, cual un relicario. — Eran las quejas, eran los lamentos, eran las protestas contra el Destino, que él había condensado ya en una bella pagina musical, y que ahora el poeta comentaba con la penetración y la ternura con que un alma sensitiva adivina los ocultos dolores y las tristezas de otras almas, iguales á las suyas. Y lo que yo, conforme la lectura avanzaba, constataba con silenciosa admiración, á la vez que con tristeza, era la resignación ante el Dolor, el renunciamiento ante el Destino, expresado por el poeta en aquella de sus obras, tal vez la más perfecta. Cuando concluyó, tomé su mano, en silencio, y la estreché entre las mías. Sus manos, largas, flacas, estaban frías. Y ví sus ojos que parecían humedecidos por las lágrimas. — «Qué le parece?» — me preguntó, con la misma entonación de voz de poco antes. Yo no le contesté; pero en mi palidez, en mi turbación, debió de haber leído mi respuesta, pues sonrió debilmente mientras doblaba sus papeles, tembloroso, y los volvía á colocar en su bolsillo interior. Nos levan-

tamos poco después, y paso á paso, regresamos á la ciudad, por la calle de costumbre. La fisonomía del poeta había cambiado. La vida volvía á cogerle entre sus engranjes, y era necesario volver á desempeñar el papel que, en la comedia humana, nos ha tocado en suerte. Cuando le dejé, en una esquina, me fuí al café, pensando en aquello que acababa de oír, sintiendo que en mi alma renacían los versos del poeta, como el motivo de una música que viene de muy lejos, que nos recuerda *algo*, y en que tratamos de condensar todos nuestros dolores, todas nuestras quejas, todas nuestras protestas ante el Destino.

Mayo de 1907.





Leyendo "Les Fleurs du Mal".

Mañanita de niebla... y de murria. Mañanita de sol tardío y perezoso. Mañanita de ceniza, en que parece que ya va á llover. Un vientecito sutil, impregnado de humedad, mordisquea la punta de la nariz, afiletea los labios empalidecidos. Una mañanita de invierno, en la que no se tiene el valor suficiente para abrir los balcones, y se queda uno, confortablemente guarnecido tras los cristales, escudriñando el cielo gris (desmesurada tela de araña en que se enreda y se arrastra el globo rojizo del sol opaco). Se curiosea á la vez que el cielo sin honduras, la calle solitaria, vista desde lo alto como en un grabado de Abel Faivre; y pensando en aquellos á quienes la necesidad hace echarse á la calle en un día como este, se saborea más intensamente el inefable deleite de estar solo, *at home,* tras los cristales de un balcón, siguiendo como en las páginas de dibujos, el desfile múltiple y vulgar de la vida exterior.

Abandonando mi observatorio, me tiendo en mi silla de extensión, muelle, profunda «como una



sepultura», y tomo y abro mi ejemplar de la edición definitiva de *Les Fleurs du Mal* de Charles Baudelaire.

Le tomo en un instante de aburrimiento, de sobre mi mesa, por tenerle al alcance de mi mano, y distraídamente le abro, precisamente en uno de los pasajes más sujestivos de la obra: *Un voyage á Cythére.*

...El poeta compara su corazón á un pájaro que revolotea alegremente entre el negro cordaje de un barco que navega hacia la tierra de Venus, bajo un cielo sin nubes.

Comme un ange enivré du soleil radieux...

...Sigo hojeando el tomo, y cuando me preparaba á declamar mentalmente los primeros versos de *La Masque*,

Contemplons ce trésor de gráces florentines...

...recuerdo mis compromisos de cronista, mi diaria faena de remador de galera.

Tengo que hilvanar una crónica sobre la filosofía barnumesca del Kaiser; y á hacerlo me siento á mi mesa.

«En alguna ocasión he escrito, en estas mismas columnas, que el Kaiser es especialista en gestos...

De pronto dejo la pluma.

Ante mis ojos, todavía deslumbrados por la reciente visión enfermiza y fantástica del *A Rebours* de Huysmans, se perfila, como una visión de ensueño, la figura esmirriada, anémica y nerviosa, del Duque des Esseintes.

Y pienso en que el refinado Duque Juan, era como yo, un adorador del peligroso libro de Baudelaire.

Nuevamente le tomo en mis manos y hojeánle minuciosamente busco los dos sonetos que, junto con una pieza separada de *Petis Poémes en*



prose, Des Esseintes había hecho copiar, en admirables letras de misal, en medio de espléndidas iluminaciones, sobre trozos de auténtica vitela. Conservaba las tres piezas de su predilección en un maravilloso catálogo de iglesia, labrado como un encaje, en cada uno de cuyos tres compartimientos y bajo cristal, había colocado: en medio, el poema en prosa titulado *Any where out of the world*, y á ambos lados, derecho é izquierdo, *La Mort des Amants* y *L'Ennemi.*

Y volteando entre mis dedos la vulgar edición 3.50 de Calmann-Lévy, sueño en la edición especial que del libro preferido se había hecho preparar el divino Duque, en la vieja casa Le Clérc. El formato del libro era un largo formato que imitaba los misales antiguos; y los folios, de fieltro liviano del Japón, de un blancor lechoso, ligeramente rosado, estaban impresos en admirables letras episcopales. El color de la tinta empleada en la impresión era de un negro aterciopelado, tinta China, de costosa adquisición. La pasta de la edición estaba trabajada en legítima piel de marrana, que conservaba su color, y piqueteada con un punzón ardiente en el sitio de las cerdas. Todo el borde de la pasta estaba orlada de un encaje negro, maravillosamente tallado en hierro frío.

Y con cierta melancolía coloco de nuevo en su sitio mi pobre edición 3.50, junto á *Les Chants de Maldoror* del conde de Lautréamont y una reciente novela de Rachilde.

Febrero de 1907.





L' Inmortel.

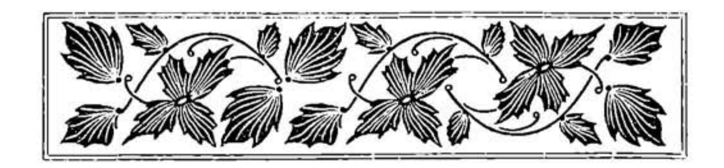
Un grabado de *L'Illustration* representa á M. Maurice Barrés en el acto de leer su discurso de recepción en la Academia francesa.

El sutil autor de *Les Déracinés*, de perfil, un perfil acentuado á la vez que fino, sostiene en sus manos enguantadas un pliego suelto, en el que lee en ese momento, mientras el resto yace, amontonado, sobre el atril que delante del lector se ha colocado. Lee de pie, recto, con el pecho resaltante, y la cabeza echada atrás, concentrando toda su atención; y el ojo parece clavarse, como un garfio, en la superficie del pliego, un tanto tembloroso entre los dedos. Lee el elogio de su predecesor, el admirable evocador de *Les Trophées;* y nadie mejor que Barrés, el poeta *Du Sang, du Volupté et de la Mort*, cuyo sagaz espíritu penetra todas las épocas pasadas y desentraña toda la intensa poesía que encierran, nadie mejor que el mágico comentarista de *La Mort de Venise* podría analizar, y celebrar de manera inusitada la obra de ese otro espíritu nostálgico, gemelo del suyo, en cuyos inimitables sonetos, como en las viejas medallas conservadas, el relieve perpetúa la intensidad de una vida de amor, de conquista y de sangre. Barrés lee, de manera despaciosa, sin preci-



pitarse, su discurso, que más bien es una *causerie* deliciosa que escucha embelesada *l'élite* que colma el recinto del Palacio Mazarino. No tiene dotes de orador; ya lo ha probado en los debates políticos del Palacio Borbón. Pronuncia con fuerza, pero su voz no tiene esa sonoridad, esa pastosidad, esa flexibilidad del verdadero orador, que atrae, que seduce, que arrolla. Marca, concisa, la palabra; la idea salta, reposada, sin aterciopelamientos melífluos. Es más para ser leído que escuchado. M. Barrés lee su discurso entre el silencio respetuoso de un público selectísimo, en que las señoras, á la vez que gozan del encanto indecible de su estilo, encuentran agradable, de muy buen gusto, «la distinción de su persona, su corrección un tanto fría y su elegancia, que parece rejuvenecer el arcaico frac de palmas verdes, perfectamente adaptado á la esbeltez de su talle». El autor de *Sous l'œil des Barbares*, el sutil ideólogo, el observador sagaz, á la vez que un triunfo literario obtiene, en esos momentos en que se le encasilla inmortal, un triunfo mundano. Siente á su alrededor agitarse, bullir, la simpatía del público femenino, y ese ambiente le hace feliz. Las mujeres le encuentran *charmant:* y creo que eso habrá sido más de su agrado, habrá llenado más su vanidad de analista de almas, que los ceremoniosos aplausos de sus compañeros de frac bordado y espadín de mango de nácar. M. Barrés lee; y cuando termine, y la hora del desfile llegue, se alejará del Palacio Mazarino tal vez rememorando silenciosamente la época lejana en que luchaba en el Barrio Latino, desconocido, pobre, lleno de ambiciones; y escribiendo las *Taches d'encre*, veía á lo lejos, en el crepúsculo, sonrosarse la elevada cúpula que de hoy más abrigará sus «deliciosas siestas».

Marzo de 1907.



La Cléo.

> ...«C' est Mlle. Cléo de Mérode, dont le *Neves Budapest Abendblatt* annonce le prochain mariage avec le comte O..., de l'aristocratie hongroise».
>
> «Mlle. Cléo de Mérode renonce definitivement á la scéne et va s'établir en Hongrie». (*Le Journal - Echos*).

«Este era un rey...».

Y en medio del silencio infantil, de la avidez espectante, el cuento se desarrollaba, se desarrollaba maravilloso, estupendo, á través de una intrincada selva de aventuras conmovedoras; y al cabo de ellas, el final llegaba siempre el mismo, invariable:

— «Y se casaron... y fueron muy felices».

Y era unas veces Blanca de Nieve, atragantada por un pedazo de manzana, durmiendo en el fondo de una urna de cristal, vigilada por los enanos, en espera del Sigfredo que la despertase... Y era otras veces la Bella Durmiente del Bosque, inmóvil al través de los siglos, en su palacio mudo, en medio de su servidumbre, como ella privada



por la Hada madrina, en espera del Príncipe predestinado... Y era otras veces la hija del Gran Visir, transportada por un Genio, en su lecho de oro y sedas, hasta el aposento de Aladino, poseedor de la Lámpara Maravillosa... Y era otras veces Cenicienta, escapando al sonar la media noche, y dejando en poder de un Príncipe rendido un diminuto chapín de seda... Y era otras veces... Siempre había una Princesa legítima... ó una pastora, ó una humilde muchacha, á la que el amor de un Príncipe, el soñado, ó el acendrado cariño de alguna Hada madrina, convertía en Princesa.

Cléo no ha guardado ovejas; Cléo no ha descansado sobre la grama mullida, contando las estrellas, ó escuchando á algún pastor que relata inusitadas metamorfosis, mientras el viento nocturno rumorea entre las hojas de los árboles.

Pero Cléo tiene una hada madrina... á quien no conoce.

Cléo, como al final de uno de esos cuentos maravillosos, estupendos, va á casarse.

El cuento de Cléo podría comenzarse así, si pudiésemos relatarlo en este sitio sin alterar la ingénita moral del lector:

— «Esta era Cléo, que tenía un corazón fácil... y á quién le faltaba una oreja, razón por la cual se peinaba en *bandeaux*, esos obsesionantes *bandeaux* que las tarjetas postales popularizaron, y los que quitaron el sueño á más de alguna cándida señorita tropical aficionada á la imitación»...

Y el cuento se desarrollaría, como un capítulo del Decamerón... anotado por Brantome... ó por el superlativo Casanova. Se desarrollaría á través de una intensa vida de erotismo, á través de aventuras estupendas; y al cabo de todas ellas, podría escribirse así la postrera línea, á la llegada del Príncipe soñado:

«Y se van á casar... Y tal vez sean felices...»

Dios... (Cupido, mejor para el caso) no haga oídos de mercader á nuestro ruego.

¡Qué sea feliz Cléo... cuyos *bandeaux*... importados á esta ciudad del calor... y de lo imprevisto, tuvieron su época de auge... y de cargarnos!

¡Qué sea feliz Cléo... porque como las hetairas griegas, cuyos bailes ha resucitado, cristaliza el amor pasajero, voraz, enfermizo de una época asaz caduca!

¡Qué sea feliz Cléo, porque ha vivido con intensidad... Y eso es lo único envidiable, el único objetivo de una vida!

Los dulces violines de Hungría, los violines celebrados por el poeta en melodiosas estrofas, arrullurán sus ensueños de ternura, si ensueños pueden tenerse á la vejez del amor.

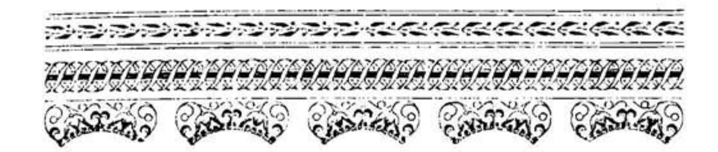
Los dulces violines de Hungría cantarán para ella, recordando otros violines plebeyos, asmáticos, pero entonces lejanos, cuyo canto rutinario sofocaban los rumores de las pláticas de los consumidores y los taponazos de las botellas.

Ahora esos violines de Hungría celebrarán el amor... á los cuarenta y pico; el amor que luego se pondrá pantuflas y se preparará una tizana.

Y en la bruma de su ensueño, tal vez se esboze, como una cabeza de Pan, una faz augusta, cuya frondosa barba de río, florecida por los lirios y los nardos de la ancianidad, y como la del Rey David impregnada de amor, y cuyos ojos marchitos la ven irse con mirada triste, muy triste, largas miradas de reproche, interminables miradas de nostalgia.

Abril de 1907.





El Dolor de un Rey.

¡Una crónica más!

Me siento, resignado, á la mesa en que las cuartillas, desperdigadas, me esperan.

¡Una crónica más!...

Iba á agregar: *¡qué importa al mundo!,* como el poeta, pero me contengo.

Al público no le importará; á mí sí, por causas que me reservo.

Antes de tomar la pluma, ordeno un tanto el desarreglo de mi mesa. Arrastro á un extremo un diccionario que estorba... Cierro un ejemplar de *La Revue*, de Mr. Finot, que ayer dejé abierto, y lo coloco bajo el último *roman* de Paul Adam: *Iréne et les Eunuques.* Ordeno unos números sueltos de *Le Matin*, otros tantos de *Le Journal;* y junto en rimero las cuartillas desperdigadas... Después me siento, resignadamente; tomo la pluma... y no enciendo un cigarro, porque hace ya algún tiempo que no fumo.

Lo que sí hago es levantar la vista y fijarla un instante en una fotografía de Colette Willy, ese diablillo de Colette Willy, de falda corta, y con un marcadísimo aire de *gamin* que dá ganas de co-

mérsela. Por sus vecindades asoma una perilla, conocidísima, y un sombrero de alas planas, que gritan el nombre del dueño: ¡Willy!

¡El tema!

¡Ya está cogido el tema de mi obligada crónica diaria!

¡Me sentaba á trabajar sin preparar previamente mi asunto, á la buena de Dios... y confiado al capricho de la imaginación y á la voluntad de la pluma!

Ahora sí lo tengo.

Voy á hablaros del último *roman* de Willy. Voy á hablaros de *Le Roman d'un jeune homme beau*, «qui dit sans ménagement certaines vérités que l'on chuchotai depuis longtemps sous le manteau... d'Arlequin».

«Willy, precisamente Willy»...

Me detengo.

Y pidiendo mil perdones (mentales) al respetable sombrero de alas planas del todavía más respetable *papá* de Claudina... y de Minne, paso á ocuparme de un asunto que sí había preparado ya, el del pobre Rey de Serbia, del infortunado Pedro I, con motivo de cuyo advenimiento al trono dí, hará precisamente en junio entrante cuatro años, una formidable lata heráldica á mis lectores en este mismo sitio.

El dolor del Rey Pedro Karageorgevich, la intensa pena que embarga al sucesor de Alejandro Obrenovitch, es por hoy el espectáculo de toda Europa.

Y no creáis que esas manifestaciones oprimentes las ocasionan los temblequeos constantes del trono mal enclavado sobre las ruinas del otro, que cayó al golpe del rudo puñal de una turba de militares ebrios y traidores, ni la misma amenaza de correr idéntica suerte á la del regio consorte de Draga.

Eso le tiene á él sin cuidado.

Así como ha vivido tantos años en el destie-



rro... podría echarse á espaldas otro buen golpe de ellos... ¡y en paz!

Lo que le quita el sueño, lo que le hace desgraciado, es la conducta de su hijo; es el nombre del heredero de la corona de Serbia, que anda rodando, sucio como un guiñapo, por las crónicas escandalosas de Europa.

Figuraos que el chico un día, ebrio, totalmente ebrio, llevó á palacio una turba de artistas, y después de beber y derrochar champagne, sacó la corona real de su padre, y colocándosela en la cabeza, reprodujo cómicamente, la escena de la coronación de Pedro I, entre las carcajadas de los circunstantes y el chasquido de las copas.

Fué necesaria la intervención del Rey para que cesara aquel inusitado escándalo, sobre el que la censura echó su mordaza.

Otra vez se apostó en un carruaje, en una esquina de Belgrado, por donde tenía que pasar el cortejo del Rey Pedro, que iba á abrir las sesiones del Stuptchina, y cuando aquel pasó, con toda la dignidad y el traje especial impuesto por el ritual del caso, el Príncipe prorrumpió en carcajadas y aplausos frenéticos, que fueron secundados por la turba de depravados que constantemente le rodean, formando su Estado Mayor.

Otra vez se enamoró locamente de una actriz del teatro Royal, y una noche, en plena representación, se acercó al escenario y le ofreció un ramo de flores, delante de todo el mundo. Su padre, que estaba presente, se enfureció, y ordenó que la artista fuera echada de Serbia. Así se hizo. Pero el Príncipe la siguió hasta Viena, en donde dicen que se casó con ella. Qué haya de positivo en ello no se sabe á punto cierto; lo que sí se puede consignar es que, algunos días después, fué encontrado el cadáver de la Dechauska. Había sido asesinada por los miembros de la policía secreta que el Rey envió en persecución de su hijo.

Otra, y la última.

Hay en Belgrado una estatua de Jorge Karageorge, *el Negro*, fundador de la dinastía. La estatua, con el pedestal, tiene unos treinta pies de alto. El Príncipe George se encaramó una noche y la pintó toda de rojo. Semejante profanación consternó al día siguiente á la policía serbia, que al saber quién era el autor calló... tanto como calla un muerto.

Todas estas cosas tienen al pobre Rey Pedro en constante congoja. El ambicionaba un heredero serio, ilustrado, digno del trono de Serbia... y se encuentra con un segundo Milano, un calavera perfecto, un pillo redomado.

Lo que sí acontece es que en Belgrado no hay persona más simpática, más querida, más popular, que el Príncipe George.

Es la de todo calavera.

Dígalo si no el hoy respetabilísimo, honorabilísimo Rey Eduardo VII, cuya vida pasada fué un Decamerón... que tuvo por escenario, en la mayor parte de su desarrollo, el *Moulin-Rouge*, y concluyó en el Palacio de Bukingham, de la manera más perfectamente burguesa.

Marzo de 1907.





Calvé — Liane — Otero.

El puro diablo son los cronistas.

Cuando les falta el cañamazo en qué bordar, con la lana de los sucesos, policromos paisajes... ó con frases más ó menos felices prestar ameno relieve al acontecimiento que pasa, y preocupa un instante la atención del público que lee... y que paga, hacen trabajar á la imaginación. Y sobre *el sujeto*, sea cual fuere, orientado á la verdad... ó con ventana abierta al corral en que se crían y desarrollan los *canards*, borda esos paisajes de estilo, ó encuentra la frase feliz que dé la caracterísca de lo que, en la atención pública radica únicamente en calidad de dato.

La imaginación del cronista trabaja incesantemente, complicada como una maquinaria. Y no habiendo qué contar, inventa, forja, amontona. Es necesario complacer al público. El lector devora, sin analizar. La verdad se amalgama á la mentira de tal modo, que forman una sola novela de la vida, que llega á ser artículo de fé para ciertas personas.

Harduin, se queja en *Le Matin*, en uno de sus breves y deliciosos *Propos d'un Parisien*, de esa

imaginación que trabaja... y pone en peligro la veracidad de los cronistas, al dar cuenta de tres matrimonios *ratés*.

Primeramente se anunció, y se dió por muy positiva la boda de Emma Calvé, la insuperable *Cármen,* y hubo cronista que llegase hasta señalar día y hacer descripciones de un *trousseau* fantástico, que quitó el sueño á más de una honrada parisiense.

Pues...

La Calvé no ha visto jamás á su pretendido novio, ni éste ha soñado jamás en boda tal, y el *trousseaux*, inquietador de sueños inocentes, se quedó por siempre en los talleres de la descripción, como en el limbo.

La crónica de París contó un día, con los más bucólicos matices, que Mme. Liane de Pougy, *etáit devenu amoureux*. París se consternó... á su modo. A causa de un accidente de *sport*, Liane fué transportada á un hospital. Allí, estuvo asistida con todo primor por un interno, que se enamoró de ella, y ella á su vez, de él. Amor... y cloroformo, apunta Harduin. Y ese amor y ese cloroformo, se le subió á la cabeza á París, que *cuida de sus glorias*. El idilio desequilibró más de una cabeza romántica. La crónica trabajaba, trabajaba incesantemente... Iba más ligera que el automóvil que estropeó á la cortesana autora de *L'Insaisissable*. Ella y el interno no veían la hora en que el sacerdote bendijera la unión: un matrimonio al *taff-taff*.

Y Harduin se lamenta de que toda esa novela resultara falsa. ¡Un desastre! El idilio, desvanecido. El interno, ese cabrero de Theócrito, nunca ha existido. ¡Qué lástima! Liane, no guardará ovejas, medio desnuda, ni tocará caramillos, y en vez de cubrirse con la piel de sus animalitos muertos abrigará sus hombros con nutrias y cibelinas costosas que arranque á rendidos adoradores de una hora, de un instante.

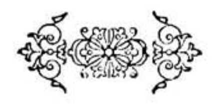


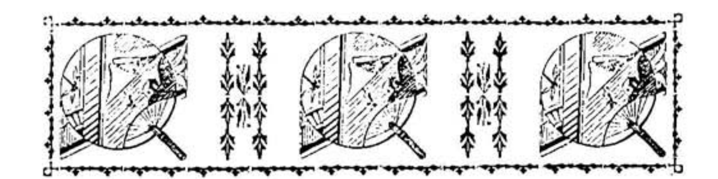
Como en los cuentos de hadas, un príncipe, un norteamericano rico, salió un día en busca de una pastora á quién desposar. Y la pastora que encontró fué la Otero, la bella Otero, cuya efigie nuestras inocentes señoritas se cambian entre sí todos los días, en tarjetas postales, como quien se canjeara estampitas de santas.

Pero la Otero tomó á lo serio su papel; llegó á sugestionarse; hizo *la novia* con una propiedad admirable. Harduin dice que, *interviewuada* hablaba llena de pudores, sonrojándose como una niña inocente, de su poderoso novio... que salaba el puerco en Chicago, ó extraía el petróleo en los pozos inagotables de Cincinatti. Era valor entendido que el novio echaría un velo sobre el pasado de Carolina, y hasta se repetía la frase del *transatlántico*, ruda, concisa, cuando se le relataban aventuras pasadas de su *púdica* prometida: «*j' men f...*» Lo que en buen castellano quiere decir... lo que dice.

Y la novela de la Otero, como la de Liane de Pougy, se desvaneció un día de tantos, dejando apenas un rastro de melancolía en el alma de más de un *redentorista*.

Marzo de 1907.





Apuntes de un cronista.

Comme d'autres esprit voguent sur la musique
Le mien, ó mon amour! nage sur ton parfum...

Nage sur ton parfum, repetí una, dos veces, cerrando el ejemplar de *Les Fleurs du Mal*, en que acababa de leer dos de las piezas por que siento viva predilección: *Parfum Exotique* y *La Chavelure*, y que recito, con el mismo deleite, saboreo con la misma intensa fruición, cada vez que mi mano tropieza con el libro de Baudelaire.

Anoche, al sentarme á consumar mi tarea de cronista, al ponerme á entintar mi media docena de cuartillas reglamentarias, mientras buscaba tema, sin lograr atraparlo, mis ojos descubrieron sobre la mesa el tomo de cubierta amarilla. Yo he soñado poseer una edición, tal como la soñara D'Esseintes... pero no siéndome posible, me conformo con mi modesto ejemplar 3.50, un tanto descabalado ya por el contínuo ajetreo.

No importa el traje que el músico vista, ni el aspecto vulgar del instrumento. La música produce



el mismo efecto, sume en los mismos ensueños, en la misma embriaguez de sensaciones agudas y estremecimientos nerviosos, ejecutada entre terciopelos bordados y profusión de espejos de viselada enmarcadura, que en un desván destartalado y húmedo, entre cortinajes formados por las telas de araña, y la única ventana, en el cual se recorta un cuadrado del azul intenso y profundo del cielo.

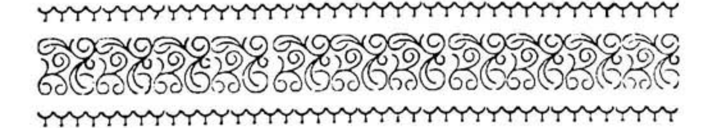
¿Recordáis, si lo habéis visto alguna vez, un admirable grabado que copia el cuadro de un pintor famoso, y que reproduce el interior de un desván de pintor, en que se reunen unos cuantos melómanos para descifrar música de Ludovicus Bethoveen...

Uno, melenudo, se sienta al piano de cola. Las manos pálidas, largas, flotan sobre el teclado de marfil amarillento, mientras, á causa tal vez de la miopía tenaz, la cara demacrada, cara de Cristo hambriento, se pega á los papeles de solfa, abiertos en el atril. Las ojeras de los párpados, intensan el negro de azabache de los ojos, en que la mirada que se aferra en el desciframiento de la partitura, es vidriosa, mirada de tísico, mirada vaga de alucinado persiguiendo las indecisas formas de una figura que se borra. Cerca del pianista, otro virtuoso, de pies, toca el violín, un violín descabalado, desteñido. Sigue la ejecución en la misma partitura que el pianista, para lo cual tiene que inclinarse, curvándose, por sobre el hombro del otro. Es flaco, es mirriado; su figura tiene algo del lianesco; las manos también son manos pálidas, é interminables, manos en que la piel cerosa se adhiere á los huesos, dándoles un aspecto macabro... manos de pesadilla. Sobre el tapiz de un rojo desteñido, la mascarilla del maestro, en yeso, dormita entre las hojas polvorientas de una corona de laurel. Al rededor de los dos músicos acampa, de mil maneras, una tribu de

extraños auditores, que en la música de Ludovicus encuentran el formidable y supremo deleite de un haschich: todos ellos, cual más, cual menos, parecen cultivar las flores de muerte, las flores de locura, las flores de embriaguez de los *paraísos artificiales* baudelarianos. Para ellos no existe más momento, más mundo que aquel. Y mientras la sinfonía se desenvuelve, lentamente, como ejecutada así de exprofeso para poder seguir detalle á detalle la estupenda riqueza de aquella página maravillosa, los ojos de la tribu de soñadores, acampada en un estrecho y mísero desván, parecen seguir con miradas de demente el despuntar de algo invisible en el ambiente sofocante que les rodea, y que al conjuro de la música, toma forma tangible: la de alguna deidad que vierte en aquellas almas el olvido, como un divino filtro. El alma de aquellos soñadores vaga sobre la música, como el alma de Baudelaire flotaba sobre el perfume de su amada, y el que le sugería visiones de tierras tropicales en las que el sol ardiente madura los frutos y las mujeres.

Abril de 1907.





Al margen de un libro.

Entre nuestros libros, hay algunos por los cuales nuestra predilección es manifiesta. Los hemos leído dos, tres, cuatro veces; talvez cinco; y cada vez que tropezamos con ellos, les tomamos en mano, aunque sea unicamente para hojearlos, rápidamente; para leer al acaso, algunas cuantas frases; para refrescar el recuerdo de un pasaje, ó rehacer un rasgo ya casi perdido... Esos libros forman parte integrante de nuestra vida. Esos son los libros entre los cuales escojemos el que nos servirá para matar los fastidios de las horas de tren. Y entre ellos también buscamos entretención, cuando aburridos, no encontramos que hacer.

Hemos tomado uno de nuestro estante. Es pequeño, en octavo. Su encuadernación está algo deteriorada; sus cantos gastados; en el tejuelo, de tafilete rojo, el oro del título casi se ha desvanecido. Le abro, y voy, una á una, una á una, recorriendo sus páginas. Contemplo las señales que mi lápiz ha trazado allí, y busco el motivo por lo cual lo he hecho. Aquellas señales conmemoran sensaciones sentidas antaño; sonrisas que se dibujaron en nuestros labios un instante, lágrimas que punzaron en nues-



tras pupilas. El lápiz es el mejor compañero de lectura. El libro que ahora hemos tomado en manos, y que hojeamos cuidadosamente, está lleno de tachaduras, de señales, que en este instante reviven el itinerario que nuestra alma siguió al través de aquella obra; viaje sentimental, que tuvo sus alternativas, y del que salimos anonadados, dejando entre sus páginas, como la oveja su vellón entre las zarzas, pedazos de nuestros nervios.

Así se sale de *La Sonata á Kreutzer*, del conde León Tolstoi. Así se sale, con los nervios despedazados, en una aguda postración psíquica.

Hemos marcado con lápiz azul el capítulo XXIII.

Efectivamente es el pasaje culminante de la obra; es ese el capítulo, que de todos libros que hemos leído y que nos han impresionado vivamente, recordamos siempre y siempre deseamos volver á leer...

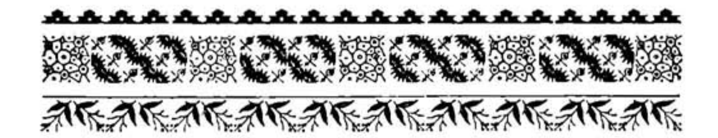
Recordemos ese supremo instante en que Trujachevsky, «de frac, y con botones de diamantes en la camisa», abre la caja de su violín, le quita la funda de sarga «bordada por una mano de dama» y le afina cuidadosamente. — Trujachevsky toca maravillosamente el violín. Cuando toca alguna sonatina de Mozart, algún *improntu* de Chopin, alguna rapsodia de Lizts, su cara se transfigura. «Se torna serio... y mucho más simpático». — «*No hay más que consentir al primer advenedizo que hipnotice á una ó varias personas, para que después haga de ellas lo que le plazca? ¿Y se puede tolerar, sobre todo, que el hipnotizador sea el primer individuo inmoral que se presente? Es un poder espantoso en manos de cualquiera*»... Trujachevsky va á tocar. Prepara su violín. La señora Podsnicheff, que va á acompañarle, se sienta al piano «con fingida indiferencia» y se pone á hojear los papeles. Entonces principian los *la* de rigor, los *pizzicatos* de violín... «*Recuerdo en seguida como se miraron*» — Luego: *se dijeron algunas palabras*. La

música comienza. Tocan la *Sonata á Kreutzer*, de Beethoven, *esa terrible Sonata.*

Insensiblemente nuestra lectura de *La Sonata* se ha prolongado. Insensiblemente nos hemos aproximado al final... Podsnicheff entra al comedor, de pronto, y por la puerta abierta del salón, sorprende... *lo que no debía de haber sorprendido,* para poder ser clasificado entre los maridos buenos... No somos partidarlos de los finales trágicos, y aunque el crepúsculo de la *Sonata* es de lo más verídico, de lo más espantosamente verídico que existe, siempre que nos aproximamos á él, en nuestras frecuentes lecturas del libro, nos detemos allí, en el mismo umbral de la puerta de ese salón fatal... Ahora, como tantas otras veces, lo hemos hecho así. Hemos cerrado el libro, y levantándonos, le hemos vuelto á colocar en su sitio, entre los otros.

Mayo de 1907.





El Retrato de Campoamor.

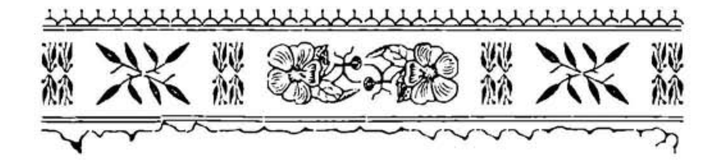
(POR EMILIO SALA)

Don Ramón acaba de entrar á casa del pintor. Don Ramón es un buen señor gordo, más bien bajo que alto, rozagante y pulcro. Entra sonriente, y como de costumbre, todo trajeado de negro, el lustroso tubo de pelo ceñido de ancha faja de crespón negro. Don Ramón regresa de su paseo matinal, imprescindible. Mariano de Cavía le ha visto pasearse, tranquilamente, por una de las avenidas más apartadas del Retiro, entre los niños que juegan, y las criadas *que pelan la pava*... al aire libre. Pedro de Répide le ha visto también en el mismo sitio, detenerse de pronto, sacar un lápiz, y tirando del aporcelanado puño de la camisa, escribir algo allí, rápidamente. Así han nacido la mayor parte de las humoradas, y la mayor parte también de sus doloras. Don Ramón va al Retiro á *cazar versos*, intencionadamente, como otros podrían ir á cazar pájaros... con liga. Don Ramón caza sin liga. El paso de una mujer bonita, apretujada en sedas, la fresca sonrisa de unos labios rojos, el relámpago deslumbrador de unos ojos negros, una rosa prendida entre los encajes de un corpiño, un rizo sutil revoloteando sobre la blancura provocativa



de una nuca, una mano delicada corrigiendo un detalle del peinado: la mujer, ¡toda la mujer! — Don Ramón es el poeta femenino por excelencia, Es el buen abuelo, un tanto picarón, que acaricia de paso á la belleza que se cruza á su vera. Es un antiguo amoroso... que no se resigna, que no renuncia á lo que fué su encanto, á lo que embelleció un pedazo de su vida, y cuyo recuerdo endulza sus horas... de reumatismos. Don Ramón penetra familiarmente al taller del pintor, toma asiento en un holgado diván cuyo terciopelo defiende finísima camisa de encajes, y dejando á un lado su fúnebre chistera y el diario que en la calle, de paso, ha comprado, toma *pose*. A don Ramón le revientan las *poses;* nunca las consiente... pero ahora son necesarias. Es preciso legar á la posteridad la *vera efigie*, y en manos de un taumaturgo pintor abandona su personalidad física... que ya la psíquica, que un pobre pincel impotente no puede concebir ni trasladar al lienzo, queda toda entera entre las páginas de unos cuantos volúmenes. Don Ramón toma asiento, introduce una de sus manos en el bolsillo del pantalón, en tanto la otra, empuñando el pomo del nudoso bastón, queda abandonada al acaso. La mano de don Ramón es regordeta, blanca, una perfecta mano de canónigo. Del cuello cuelga el cordón que sostiene los quevedos de aros de oro, y del bolsillo superior de la levita salta la punta del albo pañuelo, como el extremo de una ala de paloma. La cabeza toda blanca, remata aquella negrura. El cabello, la ancha frente, las mejillas juveniles, la boca sonriente, ligeramente irónica, las patillas que encuadran la fisonomía plácida y bonachona del ilustre anciano, le prestan más el aspecto de un banquero caritativo que el de un poeta de sus altísimas condiciones.

Junio de 1907.



Rodando el tren.

...En el tren, medio adormilado en un ángulo del vagón, entre el crujir de los frenos y el rechinar de los rieles (una música de modorra), viendo desfilar por el marco de la ventanilla, pelotones de árboles y masas de cerros aligeradas, afinadas por la velocidad de la carrera, trataba ayer tarde de delinear, mentalmente, y así, mejor comprendida, definida, conservar, pura é inalterable en su relieve, la impresión que en mi produjo anoche — la audición de la Sonata 14. O. P. 27. número 2º de Ludovicus van Beethoven.

El público que en el Nacional escuchaba al pianista español Acevedo, era bastante escaso; parecía *estarse en familia;* y mucho mejor el que así fuera, pues las vecindades molestas no interrumpían, ni el hervor imbécil del paraíso, vacío entonces, causaba fastidio alguno. A lo más seríamos cincuenta los concurrentes. La herradura de los palcos estaba casi vacía. Tal cual escote dejando examinar unos hombros y un cuello de dudosa blancura, mientras en el fondo del palco, la silleta recostada al vano de la puertecilla, un *buen señor*

descabezaba un sueñecito, echando de menos la manita de poka ó la partidita de malilla del *Casino* ó del *Internacional*, según su filiación de criollo ó de *juive*, mientras el pianista realizaba verdaderos prodigios de ejecución, que caían y se borraban en la más absoluta é injusta de las indiferencias.

No me había sido dado volver á escuchar la Sonata de Beethoven después de transcurridos cuatro años, y el hacerlo ahora de nuevo, me produjo, como en aquel entonces, la misma tan honda impresión! Mi alma se sintió agobiada, tímida, temblorosa como la brizna de hierba doblado por el vendaval.

La *escuché* por primera vez en una sala de conciertos en Valparaíso. Eran aficionados ingleses quienes ejecutaban; y aunque al hacerlo, *no ponían toda la cantidad de alma necesaria, aunque no daban á la música toda la verdadera expresión del texto*, su manera era limpia, clara, de cierta clásica corrección, excenta de todo bizantinismo... Podía muy bien escuchárseles.

El silencio en la sala, que apenas se aclaraba al reflejo acaramelado de los cristales de las ventanas, era el mismo que perpetuamente reina en una capilla. Ni un rumor turbando el éxtasis, truncando aquella muda adoración. De vez en cuando, el crujido de una clavija que ponía mayor tensión en una cuerda, ó el chasquido de hoja seca de una página de solfa al ser vuelta, con temblorosa rapidez, por la mano impaciente y afiebrada, diseñábase, para en seguida disiparse sin ser percibida.

Éramos pocos los oyentes. Estaba yo con un amigo, también aficionado (aunque un tanto iniciado en la complicada técnica profesional, cosa que yo ignoro). Mi amigo, buena, paciente y sencillamente, me indicaba muchos detalles, multitud de matices que hubieran muy bien podido pasár-

seme desapercibidos. ¡Qué encanto tan sigular tiene la música saboreada junto con un *cicerone* así! *Escuché* á Beethoven; creí comprenderle; y mis impresiones, expresadas francamente, tal vez con cierta rudeza tropical, hicieron sonreír á mi amigo... Pero eran el comentario de mi alma, flotando, borracha de un ensueño, en aquel caos estupendo!

....

....

Dos detalles reviven á la vez, estimulados por el recuerdo de la primera audición de la Sonata de Bethoven; dos datos de indumentaria; dos manchas de color, arrojadas por la punta del pincel en la vitela de la memoria... Una azul; la otra, bermeja: — unos ojos de mujer, muy azules, muy intensos, muy húmedos, agrandados por la daturina, que se escondían, en un arrobamiento inexpresable, tras los párpados entrecerrados, opacándose, como sobrecogidos, los dos pobres ojos, al participar de la impresión sufrida, por aquel escalofrío que corría por toda la red de nervios como jauría en libertad, temblorosos ante aquel aliento de boscaje que pasaba, como coro de una tragedia espiritual... Viéndolos, los dos ojos de la encantadora escuchante, presa entre los anillos opresores de una cuasi alucinación auditiva, traian á la memoria aquellos otros ojos de Jacques Le Lorrain, que el poeta quería contemplar cerrados... *inmoviles, jamais tristes, jamais jojeaux; yeux splendides et froids comme des joyaux.*

La segunda, la mancha bermeja, sintetiza el reflejo trémulo de la llama de una vela, rielando en la caja lustrosa de un violín... Quien le tocaba era un joven de complexión robusta y sana, sin angulosídades (más con aspecto de *bookmaker* que de *virtuoso*), rosado como el de una *miss*, poblado el arco de las cejas, el rubio bigote desperdigado... Me impresionó, porque en su fisono

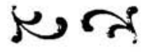


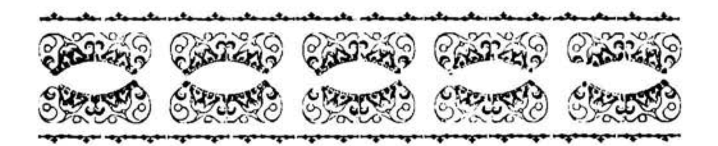
mía había algo de Oscar Wilde... de un Oscar Wilde que se hubiera dejado crecer el bigote para darse así cierta vaga nota de masculinidad... Al ejecutar, pegaba la mejilla á la caja del violín (apoyado al hombro de una *manera nueva*), sonreía con fruición, mordiéndose á la vez los labios carnosos con un gesto de embriaguez espiritual, en tanto que el entrecejo se arrugaba en un pliegue de abstracción búdhica... Parecía sumido en la celebración de los ritos sutiles de una voluptuosidad agotante. Era una de esas raras *âmes d'élite* detalladas por Maurice Barrés el inglés del violín, cuya alma se exhalaba en largos alientos, en el místico silencio de aquel final de tarde porteña.



Además de la Sonata de Beethoven que ocasionaba mi recapitulación silenciosa, escuché anoche un *capricho* de Menndelssohn Bartholdy y un *scherzo* de Chopin: un amago de sonrisa, una sombra en la comisura de unos labios desecados por la fiebre irrealizable de los besos voraces, en la boca de una mujer histérica: y la flecha de un rayo de sol, dardeando (sin poder disipar, naufraganto en él) un aglomeramiento de nieblas pardas que se enredan en los esqueletos de un grupo de cipreces funerarios...

Mayo de 1902.





Días de bruma.

Tiempo gris desde hace dos días, dos largos é interminables días. Ahora, más que nunca, creeríase efectivo el hecho de que, parte del fango de la tierra ha emporcado el tafetán azul de la bóveda. En la atmósfera flota una calma de sopor, cierta pronunciada pesadez de agua que está para conjelarse. El conjunto del paisaje emite un efecto chocante de trapo viejo, una impresión asquerosa y repulsiva. Flota, y penetra hasta la médula, un sentimiento de honda tristeza, casi de desconsuelo. Nunca me había sido dado *sentir* un aspecto así, como el de hoy, en un día de invierno. Todo aparece con algo de teatral y fantástico, preparado para algo trágico que va á desarrollarse, y en que gigantes protagonizarán. La luz, espesa como está, parece una colada de ceniza que resume y se escurre á duras penas por los breves boquetes de los nubarrones viscosos... La luz chorrea á trechos, en forma de estalactitas de gruta, ó como los conos luminosos, desmesuradamente prolongados, de un reflector eléctrico.

Oprime el espíritu este estado de la naturaleza; lo acobarda y reconcentra en un círculo de funes-



tas angustias. Las ideas despuntan; pero temen su manifestación exterior... y vuelven á apagarse, acobardadas. Busca la atención el objeto en qué fijarse, ese objeto que, examinado, *algo nos dice;* pero ahora no quiere revelar nada: *está más muerto todavía.* Es un pentagrama sin notas... ó una página en griego de Hesiodo. Los días grises y sucios, como éste, anquilosan la imaginación, obligan á la fantasía á que se ponga coja de una pata y use muletas.

Días de reflexiones penosas, días vacíos y hondos, que no se halla con qué llenar, y en los que ni tan siquiera se enciende, para intentar la calefacción interior, la estufa (tan barata) en que los recuerdos dejan su rescoldo, ó se echan á volar las bandadas de pájaros azules de las divagaciones inútiles.

No es éste de hoy (ni sombra) uno de esos dias de invierno que tanto se desean: tardecitas desleidas en gris, con cierta difusidad de acuarela, en que se busca un poco de bruma en qué refugiar un ensueño, ó espacio propicio en que galope una quimera... Uno de esos dias, en que por la ventana abierta, acodados en la baranda cubierta por las guías secas y entreveradas de las enredaderas marchitas, seguimos el vuelo onduloso de algún pájaro, con inexplicable fondo de nostalgia. Día en que se ha leido el libro de Fridjof Nansen, *Hacia el Polo...* ó se han modulado, en voz baja, á flor de labio, las estrofas hiperbóreas de *Symphonie eu blanc majeur:*

> De leur col blanc courbant les lignes
> On voit dans les cóntes du Nord,
> sur le vieux Rhin...

Día en que se piensa en lo bueno que sería no estar sólo á la ventana, en que se suspira por tener una manecita de mujer entre las nuestras (una manecita muy pequeña, que se encerraría toda ella entre las nuestras, como una joya en su



estuche de raso), y decirla al oído, por entre los rizos alborotados, mil deliciosas necedades...

Los paisajes tienen honda afinidad moral. Los hay ascéticos, como risueños. Este que me rodea, y que qnisiera ver borrarse y desaparecer al instante, es un paisaje deprimente, un paisaje de angustia, como extraído del fondo de una pesadilla.

Me armo de resolución, y así acorazado, me entrego con resignación. No abro ni un sólo libro; casi los llego á odiar, á ellos, mis únicos buenos amigos; y echado en una hamaca, en el corredor de la casa, frente al escenario donde se desarrollan esos episodios del fastidio, procuro lograr una beatitud animal... No ilumino un sólo cigarro, porque el cigarro podría perjudicarme en la persecución de mi anonadamiento... El humo del cigarro es muy sujestivo... y muy maligno, á veces. No quiero pensar, ni mucho menos dejarme embriagar por el opio de los sueños. Quiero anonadarme, *ser cosa*, fundirme en el gran todo que me rodea, sumergirme en el fango de la atmósfera, que casi cae sobre mí con desborde gelatinoso, ser tronco de árbol, ó piedra abandonada y corroída por el moho, ú hoja caída que se pudre tranquilamente, sin elogios ni discurso alguno. Ir, cuanto antes, á donde uno ha de refugiarse en día no lejano, y para siempre. Ser tomado, triturado, absorbido, disuelto totalmente. No dejar ni tan siquiera el rastro de un recuerdo. Y confundido con la tierra, formando un todo, alimentar un arbusto, que será árbol formidable más tarde, para lograr así perpetuarse de una manera heróica, ó que á nuestra savia, por gracia divina, le toque el hacer reventar en los surcos que descansan, más frescas y más copiosas, las manchas amarillas de las flores de San Lorenzo, sobre las que las luces del tramonto extienden una inmensa película víoleta.

Mayo de 1902.



Música y haschich.

Siempre que leo las páginas de *Les Paradis Artificiels* de Baudelaire, creo salir de una estupenda pesadilla.

Hoy mañana, de siete y media á diez, lei (yo no sé á punto fijo por cuál número de veces) todo el *Poema del Haschich.*

Después de la lectura me lancé á la calle. Sentía urgente necesidad de respirar aire puro, á pulmón pleno. La lectura me había producido un efecto tremendo: efecto deprimente, agarrotante. Mi cabeza sentíase como á punto de estallar. Al andar, cierta cosa algodonosa entorpecía mi paso; mis piernas flaqueaban un tanto. Era un estado bastante molesto.

Calle arriba, recordé que en la imprenta tenía qué hacer, y fuí allá.

En la imprenta, al corregir mis pruebas, sentíme presa de un mareo inexplicable, de una pesadez abrumadora, tal como si hubiera tomado la dosis precisa de la droga oriental, y ésta comenzase á hacer sus efectos. Mis piernas se dormían inmovilizándose; sentía que se me iba la cabeza;



un dedo misterioso, de cuya presión me era difícil escapar, tiraba de mis párpados procurando cerrarlos; por mi cuerpo todo, unánime, sentía correr un escalofrío agudísimo. Creí enfermar. Dejé mis pruebas á medio revisar, y salí de nuevo á la calle. El aire, cambió de pronto aquel malestar en un apacible estado de tranquilidad.

Sintiéndome bien, fuí á casa de un amigo á recoger unos libros y á charlar un rato. Mi amigo es aficionado á la música; tiene un buen piano y su bufete está henchido de una selecta cantidad de partituras. Es casi un erudito. Mi amigo es gordo, casi excesivamente gordo; y, sin embargo, *siente con intensidad* la música, cosa que no me explico, pues yo creo que los desarrollos grasosos impiden *sentir hondamente;* sino matan, anestecian la sensibilidad. Se necesitan nervios, muchos nervios, nervios en exceso para cumplir la función emotiva; se necesita algo de morbosidad exquisita. (De allí que aquí no pueda ser entendido, como debe serlo el D'Annunzio. — Es una lectura demasiado arcadiana). Mi amigo me invitó á hacer un rato de música, lo que en el acto acepté. Me gusta oírle ejecutar, porque no lo hace mal. Tiene cierta lentitud al ejecutar, como si fuese leyendo algo de que quiere compenetrarse con perfección. Su mano pesada tiene á veces ligerezas inauditas: hay trémoles que sollozan efectivamente. Tocó el preludio O. P. 28, No. 15 de Chopín, la misma que con tanto fervor tocaba, para sofrenar las sublevaciones de su carne, el estudiante Konkoff en la novela de León Tolstoi (hijo). La tocó; y luego por segunda vez. — Conozco poco la música de Chopín — la Marcha Fúnebre, ciertos nocturnos, algún inprontu, dos ó tres wals brillantes, alguna polonesa. — Lo que me impide hacerlo con ahinco y con pasión profesional, es el no conocer la complicada teoría musical — y el no tocar ningún instrumento. Si *siento* la música



es porque *así es;* porque ella me penetra, me subyuga, toma posesión de mí. No podría disertar técnicamente sobre el Preludio No. 15 de Chopín; pero en cambio *sabría* decir minuciosamente lo que mi alma percibe sumergiéndose en esa música, lo que esa música *me dice*, el resultado de mi alucinación auditiva. La *siento;* no la reflexiono. Practico un itinerario sentimental. Cuando oigo música, siento que mi organismo se adormece, como bajo la acción de un anestésico; y según el estado de espíritu, ó la influencia invasora, sufro ó sueño. En mi cerebro se dibujan las imágenes que los motivos musicales provocan. Mi cerebro se recarga de imágenes, vivas unas, latentes, llameantes de color; indecisas otras, casi borrando sus contornos en la bruma gris del olvido; y de otras, sólo queda el *recuerdo de su paso*, como el que debe conservar la luna de un espejo que reprodujera una cabeza de mujer. El *Preludio* de Chopín hace que las dos cosas se junten: se sueña sufriendo. (Hay un pasaje en que la *idea* de los bajos solemnes de la *Marcha Fúnebre*, florece en la memoria).

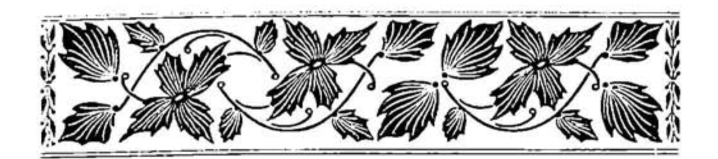
Esta misma música quisiera oirla después de una intoxicación de *haschich.* El poder de esta droga no es deformar el ensueño; lo intensa, lo eleva á su fuerza máxima. Al centuplicar la emoción, parece exaltar la personalidad. No es propiamente una pesadilla: es comentario fantástico de un hecho cualquiera: una iluminación interior. La emoción producida es aniquilante. Por eso los *séres artificiales*, los *hors nature* de Rachilde, llegan, con el tiempo, á un agotamiento nervioso lamentable. La frecuente tensión de espíritu, la continua inflamación cerebral, la perpetua alucinación auditiva y visual, la sensación aguzada, dan al traste con la máquina humana. Baudelaire cita el caso de un enfermo que *creía helarse, convertirse en una estatua de hielo*, dentro de un teatro en que



los demás se afixiaban de calor: era « un témpano de hielo pensador ». Yo quisiera oír el *Preludio* en ese estado de embriaguez artificial: el oído se aguza; « los sonidos adquieren colores, y los colores son músicales » « los ojos miran al infinito »; todos los órganos de los sentidos están prestos. El individuo se convierte en una lira... que sólo espera la mano que la pulse. El *haschich* es esa *mano demoniaca*. La impresión que en mi produjera el Preludio sería, probablemente, una impresión gris: de tarde de invierno desleída; de sol moribundo entre nieblas hiperbóreas; de una agonizante de tisis, contemplando un búcaro de clemátidas y de azucenas... Una impresión de tristeza íntima. Creo que llegaría á compenetrarme de la idea de que yo también formaba parte del Preludio; de que era incorpóreo: de que flotaba en aquella onda lírica; de que me iba, de que me borraba en aquellas intensas quejas de un dolor sin consuelo.

Mayo de 1905.





Los primeros crisantemos.

«En los pobres tarritos de lata en que los floristas del portal exhiben sus flores, ayer había rosas y hoy hay crisantemos».

TATIN.

Llegan estas flores en los mismos preludios del otoño, y hasta su término le acompañan, precediendo á las regias camelias, como reinas, y á las violetas melancólicas, como vírgenes que les forman modesta cohorte. Llegan los crisantemos los primeros, saludados por la prosa pintoresca de los cronistas ó por los versos musicales de los poetas, junto con los primeros frios que, mordiendo en la carne, anuncian que ha llegado la hora de abrigarse. Los mismos fríos penetrantes que tocan y marchitan y hacen caer las hojas de los árboles, y despojan de sus pétalos vacilantes á las últimas rosas de verano.

Por todas partes, en los puestos de flores, á las puertas de los mercados, en los maceteros de los balcones, en las vitrinas de los grandes almacenes, sobre los veladores de los gabinetes, en los ojales



de los elegantes, en los corpiños de las mujeres, hay crisantemos, muchos crisantemos, siempre crisantemos á montones.

Es la sola flor que llena y alegra toda esta estación. La que derrocha desinteresadamente el tesoro de su hermosura, hermosura fría y hierática, «hermosura de mármol», solitaria y austera, cuando las demás flores, las que no agonizan, tristes y acongojadas, parece que se ausentasen, decepcionadas por lo gris del cielo y la amargura y la fosquedad de la naturaleza. Los crisantemos animan la vista con los tonos múltiples y variados de sus corolas, y ofrecen á los acuarelistas primorosos motivos para fantasías neo-impresionistas. Ya aglomerados en haces en sus modestos tarros, entre pilas de frutas de tintas crudas; ya en canastillas vistosas, sobre los mostradores de las casas de modas; ya amontonados, estrujándose en la carretilla ó en los canastos del vendedor ambulante; ó como mancha, esponjando sus pétalos como plumas de algún extraño pájaro tropical, en una solapa flamante; ó languideciendo, en guirnalda caprichosa, sobre un seno palpitante, casi sofocados entre la tibieza vaporosa de las opulentas pieles otoñales.

Primeramente el crisantemo fué una flor triste; la flor de los muertos. Se la colocaba sobre los mármoles de los sepulcros, como una ofrenda. Una corona de crisantemos, era como una corona de lágrimas cristalizadas. No traspasaba jamás los umbrales de los cementerios, como igualmente no lo podían hacer, ni lo hacen todavía, las pobres siemprevivas y las inmortales de oro.

El Japón, junto con sus lacas y sus bronces, nos impuso el crisantemo como una flor elegante; y el cuidado y la pasión de los floricultores franceses, hicieron de la plebeya de antes, de la antes despreciada, una flor opulenta y aristocrática; una flor de moda... y de estética. De los mármoles fune-



rarios, ascendió á los tarros y jardineras de los salones y de las abrigadas *serres,* en donde se le consideró y valoró, más que todo, por el aura de exotismo que respiraba.

Mucho ayudó la literatura al triunfo de la flor oriental en Francia. La deliciosa novela de Pierre Loti *Madame Chrysanthéme;* y sobre todo, sus encantadoras *Japoneries d'Automne,* produjeron su efecto. Todo el mundo se preocupó de esa flor que, á pesar de cultivarse en sus jardines, no era apreciada. El snobismo la puso de moda. Los poetas la cantaron en sus versos, á pesar de su belleza fria; y los pintores modernos desesperaron buscando la exactitud y la novedad al copiar sus largos pétalos caprichosamente apelotonados; ó compactos como una esponja; ó espigados como las agujas de un erizo; ó planos y estrellados á la manera de las margaritas, como las actinias; ó flácidos, ondulante, como los múltiples tentáculos de un pulpo; ó menudos, y extraños, como las patas articuladas de una cigarra; ó fibrosos, enroscados, como un nudo de culebras pintorescas ó una guirnalda de lianas...

El que introdujo los crisantemos en Francia fué un negociante de Marsella, Blancard, el año 1789. La palabra crisantemo, viene de «chrysos», *oro,* y «anthemon» *flor.* Significa pues *flor de oro,* nombre debido al color dorado intenso que presentaba su tipo primitivo. De él se ha originado una inclasificable serie de formas y una estupenda diversidad de imprevistas coloraciones.

La horticultura ha llegado á hacer de ella, refinándola, gastando fuerza de fantasía, complicando su sencillez, una verdadera flor de artificio: una flor de ensueño ó de delirio.

La época de los crisantemos en Europa es octubre, noviembre y diciembre. Entonces se dan los más soberbios ejemplares y se celebran las exposiciones, disierniéndose los premios á las exalta-



dores de la especie. Parece que los crisantemos amasen el frío: entonces es cuando se presentan más hermosos, más frescos, como si dijéramos: más llenos de salud.

M. Vilmorin en su curioso libro *Les fleurs de pleine terre* clasifica las variedades de crisantemos en siete grupos, siendo los más finos y aristocráticos los crisantemos japoneses, introducidos por Blancard, el cual grupo lo subdivide en dos clases. Los de más grandes proporciones conocidas hasta ahora y que ofrecen los más vivos colores son las *chrysanhémes á grandes fleurs*. Los crisantemos Pompons, son en extremo numerosos, y se dan durante toda la estación. Tienen la forma de una borla de polvos y sus colores son de una múltiple variedad.

En Chile, en donde se cuida y perfecciona su cultivo, la variación de crisantemos no puede ser más rica. Desde el crisantemo menudo, Pompons, hasta el *chrysantemun grandiflorum*, originario de las islas Canarias, abierto y extraño como una madrépora.

Pero el crisantemo preferido es siempre el del Japón, la flor sagrada, la flor imperial. Como el estandarte de Luis XIV ostentaba un lis de oro sobre su seda crujiente, el del Mikado ostenta sobre su seda violácea un crisantemo heráldico. El peto de las corazas de los guerreros en los siglos XVII y XVIII y á principios del mismo XIX, llevaban grabados leones imperiales entre crisantemos. El yelmo de los del siglo XII, ostentaba un tipo primitivo de la flor nacional.

En el Japón, cierta clase de crisantemos no pueden usarla ni cultivarla más que los individuos de la corte; y recordarán los que hayan leído las *Japoneries d'Automne* del citado Pierre Loti, la relación que el marino y escritor francés hace de la fiesta de los crisantemos, un día del año, en noviembre, cuando la emperatriz *Haru-Kó* (digase



Primavera), rodeada de su corte, atraviesa, como alguna hada de cuento azul, una de las avenidas de los indescribibles jardines del palacio de Akasaba, en donde se cultivan todas las variedades imaginables. Ese día se permite á un grupo seleccionado del mundo oficial y al cuerpo diplomático, visitar aquel santuario floral.

Por eso á mí, el crisantemo me recuerda, y me hace sentir aguda nostalgia por ese país lejano (que tanto he soñado conocer), cuyo misterio va desapareciendo á los embates de la civilización.

Me habla de un Japón que está agonizando; del viejo Japón de las tropas de *musmés* de *kimonos* pintorescos, de diminutas *getas* de madera y altos moños engomados, acribillados por las horquillas y prendidos de flores de colores chillantes; de los pelados *bonzos*, estáticos bajo los techos centenarios de las pagodas misteriosas; del Japón de las linternas de seda, en cuya tela, y pintados á la tinta china y con un lujo horripilante de detalles, se desarrolla todo el tesoro de una demonología rabiosa; ó de las pantallas en que el Fusiyama afila su pico nevado sobre un fondo de crepúsculo color de carne de venado; de las *kakemonos* en que los dragones de pesadilla devoran iris gigantescos; de las grullas en un pié, á las orillas de los estanques, en que los lotos místicos emergen y que los ramilletes de bambús apenumbran plácidamente; de los plenilunios fantásticos; de las cigüeñas que cruzan el cielo blanco de la seda en prolongados vuelos; de las *guéchas*, tocadoras de *samsins* y de *gottos;* de los casamientos á lo Loti; de las casitas de techos convexos, paredes de bambú y persianas de cartón; de los ojos oblicuos y perversos, y de los labios sangrantes de un carmín lascivo de las pecadoras del *Yosiwara*, engalanadas como ídolos, radiosos entre las luces; el Japón de las caritas de gato, de las sombrillas de papel y de los *cangos* que velan el sueño de los dioses congestionados;

el Japón de Hokousai y Autamaro, que descubrieron los Goncourt, y que ahora se pone casco prusiano, habla inglés, publica diarios bilingües, fabrica acorazados de catorce mil toneladas y bebe *pale-ale*, olvidando sus ropones olorosos á ciruela, las armaduras labradas de sus *samurais* y los cascos de sus *daimos* (que hoy hay que ir á buscar á los museos, como curiosidades), su idioma escabroso y musical, y sus bebidas aromáticas hasta el enervamiento.

El crisantemo es el precursor del japonismo en Francia. Blancard, por puro negocio, sin saberlo, dió el primer paso.— Luego los Goncourt con sus monografías de artistas amarillos y sus comentarios exóticos, impusieron á la moda arte fal.

Europa se inundó de artefactos exóticos. Las telas bordadas, los trozos de papel de arroz pintarrajeados en sus marcos de cañas, las telas de perspectivas inverosímiles, coloridos vivos y de combinaciones imprevistas, llenaron los tapices de los salones. Junto á los jarrones de Sévres, se colocaron (sin que se desmerecieran éstos) las porcelanas sutiles de Santzuma; junto á los abanicos pintados por Fragonard y Watteau, los de formas raras y ornamentaciones caprichosas. Sobre los veladores y anaqueles, se desordenaron los *bibelots* y las chucherías. Las máscuras de muecas macabras y ojos circunflejos, hicieron *pendant* con los platos nikelados de Versalles. Ante una carita de La Tour ó un asunto pastoril de Boucher, desplegó su cola un pavo real fantástico posado sobre el tronco de una morera florida, ó hizo visajes una acuarela de Minigoto, pintor admirable de la flora, entomología y omitología de las Islas del Sol Levante; y ante un gracioso mármol, un Amidah de laka roja, abrió sus seis brazos y sus cinco ojos. Los biombos, que sobre sus telas desplegaban toda una página de naturaleza extraña, apenumbraron los rincones, haciendo deliciosos los *téte á téte* ó propi-

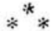


cios los *flirts*. Los tibores de Nagasaki se llenaron de lotus ó de flores de cerezo. Y los trajes femeninos, trascendieron á Sanko, ámbar ó á cualquiera otra mixtura facturada en Yokoama.

Tiene el crisantemo ese mérito real: ser el iniciador de una revolución artística. Madame Chrysanthéme, sonrió tras las aletas de su abanico, y Hokousai llenó las ilustraciones de París.

Su misma falta de perfume le hace aceptable. Es como una mujer linda pero sin alma.

Una flor austera, misteriosa, como el país moribundo que representa.



Crisantemos para su solapa pide el elegante santiaguino. Y crisantemos soberbios le ofrecen los floristas del Portal. Crisantemos de la calle, crisantemos de lance, de más de cincuenta centavos hoy, de diez más tarde, cuando los jardines desborden de esas flores.

Crisantemos pide la mujer bonita. De crisantemos adorna su corpiño. El oro de la flor, tiene mucho del de algunas cabelleras rubias; y los hay cuya blancura se pone celosa ante un cuello desnudo, y otros que languidecen de pena ante unas mejillas sonrosadas y frescas.

El crisantemo de invernadero, tiene la vanidad de su aristocracia. Crisantemo de palacio ó de *villa*, se queda en casa: preside las comidas, adorna los ventrudos tibores de los salones, rie sosamente en las cabelleras de sus amitas, y cuando sale á la calle, lo hace en carruaje, entre pieles, curioseando tras los espesos cristales.

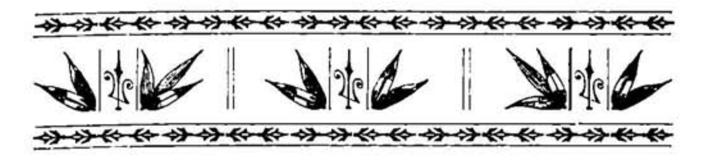
Pero también es fresco, y vanidoso, el crisantemo de la campiña. No crece bajo cristales azogados, entre palmeras exóticas, pero sí bajo el cielo abierto, bajo el pleno sol. Se levanta temprano; y



con el alba, ya está apilado en los mercados y portales, de donde las sirvientas lo toman para llevarlo á casa. Es alegre, porque tiene la salud, porque revienta bajo todos los climas y florece bajo todos los soles.

Santiago de Chile — Abril de 1899.





Perdicán, cronista.

Blondo como un Lohengrin. Los ojos azul claro, diáfano, color de onda de lago en calma crepuscular. El cutis pálido y fresco. La barba de oro, á lo Hausburgo, partida con delicadeza. La figura toda de un Cristo joven y soñador de Boticelli: un tanto excéptica, por el pliegue de la frente, espaciosa y abovedada bajo la cabellera frondosa de lino marchito, que en mechones perezosos cae sobre las sienes. Los labios carnosos y sensuales, siempre irónicos hasta desesperar. Perfectamente elegante. Siempre florida la solapa del *jaquet* Pinaud, de corte irreprochable. Un *Duca* romano: uno de esos tipos cosmopolitas bocetados de manera tan exquisita por la pluma de Bourget. Cruzando la calle del Estado, á la hora del portaleo; en verano, de traje claro, largo *Londres* humeante entre los labios; ó en invierno, de *Driwing coat*, lustroso Dumas y soberbia camelia lacre, se le creería arrancado de las páginas de una novela de D'Annunzio ó de una galería *grand mondaine* de Steinlen. Un tipo, con su grano bien disuelto en la sangre de esa delicada intuición feminista, muy

fin de siglo, que hace escribir á Rubén Darío, «mis manos de marqués» (en verdad, regordetas y blancas; en verdad, suaves y finas) y á Perico Rivas Vicuña y Alberto Mackenna Subercaseaux, revolver todos los días los tarros de las floristas del Portal Fernández Concha, buscando la flor de efecto para el ojal, como quien busca el matiz de un color en la paleta.

El escritor conviene ya en que la época de los chambergos extrafalarios y los gabanes descoloridos y mantecosos, de las largas melenas merovingias y de las uñas de luto, ha pasado, tal vez para no volver. Esa epopeya, necia é inofensiva, tuvo su Homero en Mürger, el que, en el fondo, era un buen burgués, amigo del *foie-gras*, del *Burdeos* setentón, y de la buena cama.

El escritor moderno tiene que ser un *gentleman*. Ir con su época. Ahora se vive de prisa. El chambergo que Lugones pasea por Florida y por los teatros y ateneos del gran Buenos Aires, no tiene nada de extrafalario, como no lo tiene tampoco la hopalanda de Guido. Leopoldo es todo un buen muchacho, un soberbio escritor, á pesar de su mala fama de «Ogro» y de su fuerte mirada, cuya aspereza que no pueden suavizar los lentes de sus populares quevedos.

El escritor santiaguino, y sobre todo entre ellos el *chroniqueur*, se preocupa del lazo de una corbata ó de la pechera de una camisa, tanto como de una frase; y cuida de su persona, tanto como de sacarle la punta á una *boutade*. Es *galantuomo*. Apegado á las aceras y escaparates de la ruidosa *cité*. Flamea por Estado ó Huérfanos; toma su aperitivo en el café de moda; cena, solo ó con mujeres alegres, *chez* Gage; es abonado á las tandas del «Olimpo», á las primeras filas de sillones, y antes de entrar, siempre echa su párrafo con Ansaldo; va á la ópera del «Municipal», de frac y corbata blanca, perfumado, fresco como un ramillete de flores, dis-



curriendo por el *foyer* y los pasillos, con el aplomo del *habitué* consentido y mimado por el dueño de casa. En el Parque, gasta victoria; y en las carreras, *buggy*, siéndole permitido penetrar, sin ser socio del Hípico, á la sala del peso. Va á las tardes de oro de la Alameda, llena en ese «momento», de hermosas mujeres, de trenes regios, de niños traviesos, de ciclistas y de tranquilos paseantes. Practica el *flirt*, como cualquier *dandy*. Cuando el Salón, asiste el barnizage, y dá al pintor, frente á la tela, su primera impresión. Va al Congreso, á galería reservada; á casa de Kirsinger, á hacer su rato de música, y á la alta noche, se hace ver por alguno de los clubs ó desfila por alguna mesa de *baccara*. Tiene, aunque le repugne saberlo, su granito de snobismo, ese snobismo (flor británica aclimatada en invernadero parisiense) tan admirablemente sorprendido y sintetizado por Gyp en una de sus novelas. Monta á la Inglesa; tira al florete, y con una pistola perfora á veinte pasos una moneda, listo siempre para cualquiera eventualidad. Desflora el último libro francés llegado á la *Ville de París*, y se hace fabricar los guantes expresamente. Algunos de ellos, han tenido sus tentativas de duèlos. *Géry*, ha ido á cambiarse dos balas entre la nieve de la Cordillera, y el *Camarón* Vicuña, ha tenido cerca del pecho la punta de un florete. Ha sido bohemio en sus principios. Ha bebido ajenjo... por beberlo; por acercarse, en algo, á los desvanecidos héroes de Mürger ó Gerardo de Nerval.

Perdicán (Pedro Rivas Vicuña), ha pasado por esa locura irremediable. Ha sido bohemio, como *A. de Géry*, como *Tatín*, como el *chico* Grez, bohemios sui géneris en el tiempo feliz de *La Flecha*, época de alegría, de grandes locuras y de grandes necedades. Me he entretenido oyendo á mis amigos referirme aventuras de esos buenos tiempos idos ya. Qué delicia de recuerdos! Todo de oro,



todo de rosa... La vía que lleva el país del Ensueño, toda alfombrada de flores. El triunfo, sonando á lo lejos el coro de sus trompetas. La Gloria, ¡oh!, esa Gloria tan buscada y tan rehacia, dibujando en el horizonte los borrosos perfiles de sus laureles imperecederos... Un hechicero miraje... Una fuerte torre de marfil á lo Vigny... Una hermosa y franca fuerza de juventud, cuando se cree poder conquistar y seducir el mundo, con solo quererlo, como una linda mujer galante. Y esa pollada ha dejado algunos buenos escritores; algunos brillantes cronistas; algunos que ya espigan, con éxito, en el campo azaroso de la política; y más de alguno que se empluma Ministro de Estado, Senador ó Diplomático. Encantador fin de bohemia...

Perico hizo sus primeras armas en *La Flecha*. Desde entonces, *Perdicán*, como en la deliciosa comedia de Alfredo de Musset, ha pasado por varios periódicos, sin anidar en ninguno. Le gusta el vuelo libre. Ahora pernocta en la primera página de *La Ley*, junto con *Tatín* y Carlitos Varas, el delicado psicólogo de *Dolorosa*.

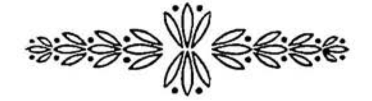
A veces, perezoso; otras, trabajador. Lleno de ilusiones y de proyectos. Tomando apuntes; preparando cuidadosamente sus *Croquis*, buscando asuntos, con pasión de *dilettante*, huroneando talleres de artistas en busca de impresiones, revolviendo estantes de librerías tras la última novedad. Siempre alegre, siempre expansivo y cordial. *Bon garcon*. Hablando de todo, alternando con todos. Amigo del *sport*. Dentro del muchacho de mundo, el escritor tiene el espíritu. Siente pasión por el refinamiento, por lo raro, y eso está muy de acuerdo con su idiosincracia de florentino de la decadencia. Querría hacer con la frase lo que aquellos artistas hacían con el bronce: un párrafo labrado como el puño de una espada ó el cuerpo de un jarrón, desarrollando todo un poema sutil



de líneas y de contornos. He apuntado que hay por allí, no recuerdo de momento en que novela de Gabriel D'Annunzio un personaje de tránsito que se parece mucho á Perdicán, físicamente. Pálido, nervioso, *biondo*. Cada vez que veía en el precioso estudio de *Tatín*, entre cuadros y panoplias, un retrato suyo en uniforme de Secretario de Legación, Perico se me hacía más *d'annunziano*.

Escribe sus revistas, *de guante blanco*, con su bien marcada nota de *brummelismo*. No se prodiga. Amontona en su cuarto de trabajo, cuadros, grabados, libros, chucherías, tras las que corre como un desesperado. Sabe de pintura; gusta de la música. Siempre lleva en el borde de los labios algún retazo de verso, algún motivo de ópera favorita, alguna frase salpicada de ironía mundana.

Enero de 1900.





Pepe Vila.

La vez pasada decía *Tatín* en una primorosa silueta de Pepe Vila, ese gran Pepe: «es el más gracioso de los amigos: entretenimiento, cigarro digestivo de sobremesa, risa sana que prolonga la vida».

Analizada la frase, resulta rigurosamente exacta.

Pepe es el buen amigo de nuestras aburridoras noches santiaguinas: *Corona* digestivo, carcajada palpitante y continua, expansiones de una sana, franca y eterna alegría, cascabeles de salud constantemente agitados...

Carlitos Varas, el exquisito Cyrano, cuyo *panache* descuella en la crónica, debería hacernos la anatomía de los tipos: los distintos Pepes que juntos, butaca con butaca, hemos reído, celebrado y comentado tantas veces.

Al *Olimpio* hay que ir á verle, irremisiblemente, después de comida, con el último sorbo de café en los labios. Seguro estad lector pío, que vuestra digestión será deliciosa; sobre todo, si os cabe en suerte verle hacer, como él sólo lo sabe, el Carabonita de *La Banda de Trompetas*, don Silve-



rio de *El Seminarista*, Pérez de *La Marcha de Cádiz* y sobre todo ese padre cesante é incorregible de *Viento en Popa*.

En la jaula de la calle de la Merced, á la que el invierno, que se nos entra á tambor batiente, comienza á dar atractivos de estufa en estas noches polares, Pepe es Dictador: dictador de hecho. Y nosotros acatamos con agrado ese despotismo. Es un despotismo de carnaval... que bombardea con carcajadas y encadena con chistes.

Ningún artista conocido que haya dominado ó domine á nuestro público *tandero*, como él. Se le consiente, y se le mima, como á un niño caprichoso. Si frunce la cara, aburrido, después del segundo *bis*, se le hacen arrumacos, temiendo que se suelte á moquear; y los aplausos, halagador ruido de granizada (que en vez de agostar laureles los reverdece), le vuelven complaciente: nos vuelve á nuestro Pepe. El ceño adusto se desdobla en serenidad complaciente. El menor gesto suyo, mueve á risa; y parece que en su cara llevase un poder sobrenatural; y en su mueca, una como conexión de los mil alambres de la hilaridad general.

Mimado así, descansa en el favor del público, que es todo suyo. Su popularidad traspasa el Mapocho; y se le ha formado una especie de aureola. Hay quien pretende canonizarlo; y así incluirlo, en nuestro santoral: SAN PEPE, *patriarca*... seguramente; y con doble cruz.

Hay que ir á ver esa cara, cuya mímica, no sé por qué inexplicable motivo, me hace recordar la fisonomía flexible, multiforme de Novelli. Es una cara que, limpia de afeites, fuera de teatro, *de paisana*, en la calle ó en la sala del café, haría señas al lápiz de un Forain ó un Vallotton.

Angulosa, pronunciadamente angulosa. En filo, como la hoja de un sable toledano... ó una navaja de barba.



Su nariz, aguda é impertinente, con algo de la del Cyrano de Bergerac rostanesco, aunque algo más afinada, tirando mejor á la de Don Quijote, tiene un atractivo misterioso de imán (Véase *Talismán de la suerte*, sosa, insoportable). Coquelin *ainé*, se quejaba una vez de su nariz, que le impedia hacer papeles galantes: es toda una soberbia y celebrada nariz, gruesa y respingona, en medio de una cara llena de máscara histrionesca. Pepe, que es más hermoso que el primer Coquelin (fisonómicamente no más), no se queja de la suya. Está bien tal como Dios se la modeló; y saca todo el provecho que puede de ella. Ninguna cosa más natural en efecto. Una nariz puede llegar á tener la celebridad de un Napoleón... ó de una Jorge Sand.

Los ojos (casi hundidos dentro de la profundidad de sus cuencas ojerosas), de un color claro, ojos de gato, juegan diabólicamente, empapándose de ironia ó brillando de jovialidad: sus dos polos.

Y á su boca (forma cetácea), al hablar ó cantar, suele darle, ocultando la dentadura con sus labios finos y marchitos, un aspecto de caverna.

Su registro está allí precisamente: de los ojos á la boca; de la nariz á las manos.

Ríe toda su cara.

Tiene gestos maestros y flexibilidades felinas.

El cuerpo, largo y flaco, nudoso como un bambú, ríe también, de la punta de los cabellos á la punta de los pies.

Y cuando tiene que mostrar las piernas, las piernas más cómicas que se hayan visto, encuentra en su excesiva delgadez y en sus sinuosidades de sarmiento, motivos para hacer reir al público y arrancar aplausos. ¡Oh, Dios mío! Patas de araña en el *matón* improvisado de *El Santo de la Isidra* ó en el Tambor Mayor del *Retolondrón*, garabato diabólico en el *jockey* del *Pobre Diablo* ó etcétera en el boticario tenorio de *La Verbena de la Paloma*. Tanto...



La mano, larga, flaca, huesosa, mano en signo de admiración, participa del palmípedo y del mono: una mano propia para hacer la fortuna y la gloria de un artista cómico.

Pepe, irremisiblemente, tenía que desfilar por estas crónicas santiaginas, escritas para leerse al galope, en la primera plana del diario, una noche en que la lluvia impida salir de casa, ó durante un entreacto, entre *tanda* y *tanda,* ó en el tiempo que el carruaje emplea en arrastraros hacia donde vuestras ocupaciones os lleven. Leído el diario, se arroja. La crónica ha muerto entonces, dejando apenas el borrón de un vago recuerdo.

Una silueta á lo Toulousse Lautrec, ó á lo Cazals: negro sobre blanco; un *dessin* japonés, como una figura de pantomima *Chat Noir* ó *Edén Théatre*. Pepe es algo intensamente santiaguino: algo que ya forma parte integrante de nuestra vida; algo que nos es imprescindible, como el *club* ó el café.

¡Y qué de recuerdos tan gratos y tan deliciosos evoca su sola presencia! ¡Qué de placeres deshojados, de alegrías desgastadas!

Todo el antiguo *Politeama*, alegre y juvenil, transformado hoy en este *Olimpo*, con resabios de seriedad, *de casa grande*, cuyo pasadizo principal se inflama en la luz plateada de los focos incandescentes, y en donde se abren verdes palmeras en sus tiestos, como grandes abanicos de odaliscas orientales; de dobles puertas de vidrio monogramadas, y de pesadas cortinas rojas que apagan los rumores de la calle. Las noches aquellas, de ruidosa alegría, de franco entusiasmo, transformadas en noches bien burguesas; las noches de Panchita Alcalde, de las Gasperi, de la Lucha Thómas; noches de Jorge Walker, de la crujiente pollera negra y figarina lacre de la Hortensia Lucero; de las grandes camelias tintas de la Lucha Charleuff; de los desplantes gaminescos de la Por-

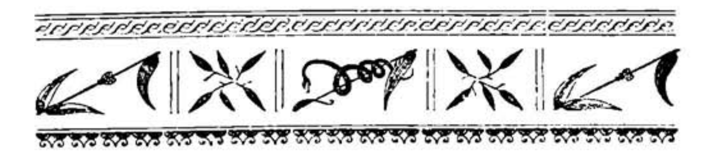


tales. Junto á la puerta de los palcos, al pie de aquella escalera pisada por tanto piecesito de pecadora, la sombra obesa del pobre don Lutgardo (tan admirablemente monografiado por *A. de Gery*), y cuya cara de pocos amigos cortaba en los labios la broma ó el amago de conversación, parece penar todavía y mirar con malos ojos á los *chicos* de la prensa, que se le entraban como Pedro por su casa, casi atropellándole... Y entre los bastidores descabalados y terrosos, siempre alegre y jovial, siempre charlatán, fumando su habano, Verdugo, envuelto en un nimbo de humo acre y espeso; Antonietti, el fuerte Antonietti, paseando su barriga de Falsstaff y su voz de corneta de caballería; ó la Ortega, restirándose las mayas rosadas, ó dando el último toque á su ajado traje de bailarina venida á menos.

¡Oh, encantadoras noches, idas para no volver más! Ruidosa alegría decapitada por un acuerdo municipal, sepultada por la terquedad napolitana de un buen empresario! Jovialidad echada á punta piés de su recinto, por importuna! Al perderse, aún nos queda un resonar de cascabeles; pero no de cascabeles lúgubres como en el extraño cuento de Poe. Nos queda Pepe. Conservémosle, y querámosle. Vale la pena conservar, con la salud, la alegría, que vale más que todos los jarabes de hierro conocidos y que todas las escapatorias costosas á los balnearios.

La sombra de la Patita *(yo soy la pata, tú eres el pato...)*, parece sollozar desconsolada por los pasadizos; y se ha evaporado el último resto del opoponax perturbador de corpiño revolucionario de la Aranás, cuando han crujido ceremoniosamente las enaguas almidonadas de la señorita Ernestina Marín, toda una verdadera *virtud*... puesta en sitio tenaz por los *gomosos* de bastidores, según *El Abate Domingo*.

Santiago de Chile — Mayo de 1899.



El Nuevo Nemrod.

> «WASHINGTON, ENERO 25. — El Presidente Roosevelt ha manifestado que al terminar su período presidencial, visitará las Repúblicas de Centro-América, con el objeto de cazar tigres y elefantes». (¡¡¡!!!!!)
>
> (*Diario del Salvador* — Crónicas del cable).

The Honorable President Roosevelt acaba de tener una ocurrencia: toda una *honorable* ocurrencia, que el cable, con insólita premura, se encarga de hacernos conocer.

(¡Tiene cada ocurrencia Mr. Theodore Roosevelt!)

Regocíjese el lector.

Después de haber arreglado *satisfactoriamente* la paz entre el Japón y Rusia, después de haber *zampado* su cuchara en el revuelto ollón del embrollo marroquí, después de haber alborotado el cotarro americano con un estupendo mensaje, el fuerte *Rough-Rider*, el antiguo solitario de las Montañas Rocallosas, vuelve á nosotros sus ojos misericordiosos, y nos promete visitarnos en cuanto su período gubernamental finalice.

Al cerrar ese período glorioso, *The Honorable*



President, tomará descanso... (que bien se lo necesita, y mejor ganado se lo tiene) reproduciendo, para pasmo de propios y de extraños, las inmortales aventuras de Tartarín de Tarascón.

The Honorable visitará estas tristes tierras tropicales, y recreará sus ocios cazando tigres y elefantes (!!!!!!). — Esta serie de morrocotudas admiraciones son una peregrina ocurrencia del traductor de cables, que pone en duda, el pobrecito: ó que tan *honorable* personaje nos honre con su visita, ó la existencia en nuestras montañas vírgenes, de esos también muy *honorables* paquidermos).

Nemrod á toda caza!...

Nuestras montañas tiemblan ante la promesa presidencial.

Nuestros tigres, desarrollados como toros, buscan lo más profundo y más negro de su cubil, temblorosos é inciertos.

Nuestros pobres elefantes se preparan... á bien morir. ¡Vaya si se preparan! En medio del silencio secular de los boscajes impenetrables, los *honorables* paquidermos sienten correr escalofríos por su pétrea epidermis, y se corren la voz entre ellos. ¡Prepararse, hermanitos, que llega el coco! Nuestros amiguitos los yanquis nos envían la visita del Nuevo Nemrod, fuerte é implacable! Prepararse! Arreglar sus asuntos (si se tienen) y esperar tranquilamente el *alto honor* de caer agujereado por las balas certeras de los lucientes fusiles del antiguo *Rough-Rider,* que en sus ratos de reposo, al amor de las confortables chimeneas de *Casa Blanca,* se complace en referir, en prosa sombría y nervuda, matanzas retrospectivas. Mr. Roosevelt se perece por la caza... en grande. No tendría necesidad de llegar á las montañas. La encontrará en abundancia en las ciudades. Con salir una mañana escopeta en ristre y cartuchera al riñón, recogería en un dos por tres un riquísimo

botín. ¡Hay cada elefante urbano! Cada tigre de piel alquilada!

El Príncipe de Gales va de caza...

Con este plausible motivo, se recuerda la *Estival* de Rubén Darío... ó de Leconte de Lisle; allá ustedes.

Estamos en pleno regocijo cinegético.

En cuanto *The Honorable* le diga *al otro*, al que va á sucederle, desde lo alto de la escalinata del augusto vestíbulo del Capitolio: *¡allá va eso!*, y se aleje de la pesada mole de la Casa Blanca, con toda la dignidad y todo el prestigio de un César férreo, los aprestos principiarán.

Ahora es cuando suplico al lector que haya tenido el recomendable gusto de leer el inolvidable libro de Daudet, rememorar las deliciosísimas páginas de la odisea tartarinesca, en las que el glorioso *cazador de gorras*, en su casita de Tarascón, *á la sombra del gigantesco boabad* y entre armas, flechas, lanzas y cuanta máquina destructora ha inventado la maldad humana, sueña con cazar leones en Argelia (?), en pleno monte Atlas, y á su vuelta, entre las aclamaciones delirantes de todos sus compatriotas, extender todas las pieles, exclamando, satisfecho, rebozando de bélico orgullo: *los maté yo!*

Los yanquis esperan el momento en que, todos en masa, se aglomerarán en la playa del mar para despedir al héroe que parte á Argelia, digo... á las repúblicas del Centro, á cazar tigres y elefantes. Tarascón entero, clamará al que parte astillado de fusiles y seguido de interminable caravana de pertrechos. *Yanquilandia* tiene comprometido el honor en esa arriesgada empresa, y respirará cuando Tartarín-Roosevelt, después de cantar por última vez en casa de Bezuquet, en unión de la *señora*, el memorable dúo de *Roberto el Diablo*, el tremendo dúo que hacía temblar los

cristales de la pacífica farmacia; cuando el último *nan nan nan* se apague entre la emoción silenciosa del auditorio, se *decida á irse*. Ahora sí!... Bien por *Yanquilandia!* Mal (digo yo) por los *verdaderos* elefantes y los *verdaderos* tigres de estos palúdicos trópicos.

Ah! Una recomendacionsita que nos nace de lo hondo... Que á *The Honorable* no se le olvide encargar algunos frasquitos de *Curarina*, ó traer de allá algunos de *Cholagogue*. Nunca estará demás.

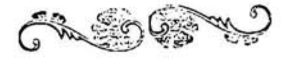
Y sobre todo, que traiga arcas, arcas bien confeccionadas, con toda la solidez que pueda dársele al artefacto americano, para llevar las pieles de los elefantes y las de los tigres.

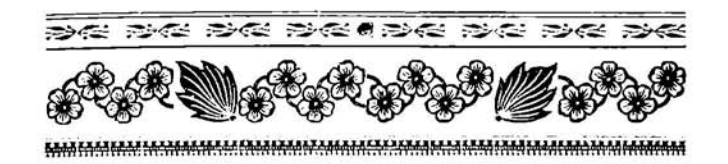
Como no consiga un ejemplar de lujo del *Almacén Escolar* y se de á la tarea de recortar los felinos de los cromos!

Ni tan siquiera le quedará el recurso de ultimar un elefante *patojo*, ó un tigre *choco* como el león de Tartarín, y llevar *una tan sola piel*, ni de que un pobre camello le siga, á pesar de todos sus desdenes, un infeliz camello que pueda servirle para ante el estupor de todos los yanquis *roosevelistas*, señalarle y exclamar:

—¡Este me ha visto matar todos los elefantes y todos los tigres.

Enero de 1906.





La sombra de Nerón.

Está visto que el pobre Nerón tuvo muy mala estrella.

Y no solo muy mala: requetemala, pésima! la peor estrella que pudo tener mortal alguno.

A través de los siglos (y de los hombres malos, mucho más malos, peores que Nerón) sigue el quinto de los Césares romanos, sin quién le dispute el campeonato de la crueldad.

Se le trae; se le lleva. Nerón esto; Nerón aquello; Nerón lo de más allá... ¿Quiere anatematizarse á un tiranuelo, de esos en que el continente americano es tan fecundo? Pues venga Nerón á sacar de apuros al montalvino. Y he ahí al General X..., ó al ciudadano J... convertido en un Nerón, del cual el infeliz no tiene ni... los callos. Un hijo le resulta á la madre con el alma atravesada, cosa la más natural del mundo, pues la pasta de que la humanidad está fabricada no es toda de hojaldre. Pues aquel hijo tiene «entrañas de Nerón». ¡Cuándo hasta un amigo nuestro, perfecto modelo del imbécil inofensivo, tiene un



perro, que él quiere hacer pasar por un Cancerbero feroz, al que ha puesto por mote *Nerón!*

Es lo último.

Del *Quo Vadis?* acá recrudeció un tanto, en cierta clase de gente, la manía neroniana; una manía un tanto artificial, bastante falsa, toda vez que el breviario en que se inspiraba esa humana debilidad falsea de manera lamentable la verdadera historia.

Léanse, por mera curiosidad, las sesenta *sabrosas* páginas que á Enobarbo consagra el ciudadano Cayo Suetonio Tranquilo, en *Los Doce Césares*, y tendrá el lector para rato.

Ahora, para acabar de perder al pobre «Barbas de Bronce», resulta que los labradores de la campiña romana aseguran que Nerón *asusta.*

Nerón *sigue dando qué hacer!!!*

Pero ahora es *su sombra* solamente.

Como si dijéramos: «el Cura sin cabeza», «la Camisonuda», «la Sigüanaba» ú otra estantigua cualquiera.

¡Vaya por Dios! era lo único que le faltaba.

Pues esos labradores aseguran que en el interior del derruido anfiteatro y entre los despojos musgosos de ciertos templos, se pasea por la noche la sombra del amigo de Petronio y de Séneca, clamando á Popea.

«Así — dice el diario que recoje el rumor — algunos campesinos aseguran haber sido sorprendidos al atardecer, durante su regreso al hogar á través de los campos, por la silueta vagorosa de Nerón, que discurre tristemente por las espesas y sombrías arboledas, envuelto en su amplia toga y volviendo á veces el abotogado rostro hacia el lugar que antes ocupara la brillante ciudad de los Césares»...

Y más aún:

«En las aldeas de Pésaro y Dominicei, los labriegos, al anochecer, sueltan los perros, y dándo-



les una palmada en el lomo, exclaman animándoles: «*¡Hola! A buscar á Neron!*» Y después, cuando los canes parten á escape por los oteros cercanos, aquellos los ven tristemente, hacen la señal de la cruz y cierran con doble postigo las puertas de sus habitaciones y graneros».

¡Pobre Nerón, sirviendo de terror á los aldeanos, y oteado por los perros de las alquerías como una bestia feroz!

Hasta lo de que tanto se envaneció, y lo que nadie parece que se atrevió á disputarle, le niegan hoy sus detractores gratuitos... y póstumos.

Nerón era hermoso, soberbiamente hermoso.

El campesino que asegura haber *visto el abotagado* rostro de Nerón, no sabe lo que se dice.

El mismo Cayo Suetonio Tranquilo, que al tratar de Nerón Tiberio no tiene un ápice de *tranquilo,* no puede menos de consignar que tenía:

«Los cabellos rubios, el rostro *más bello* que agradable; los ojos azules, y la vista débil»...

En los *Anales*, Tácito dice algo semejante.

Lo que sí parece ser cierto es que Nerón no era un *dandy*.

«No cuidaba el traje ni apostura, viéndosele durante su permanencia en Acaya, dejar caer por atrás el cabello, que llevaba siembre rizado en bucles simétricos. Frecuentemente se presentaba en público con traje de festín, un pañnelo al rededor del cuello, sin cinturón y descalzo».

El mismo monóculo que usara, el que, según unos, estaba hecho de un rubí, y, según otros, de un topacio, monóculo que á través de los tiempos llegaría á ser la admiración de otro romano de la decadencia, Paul de Saint Víctor, no le dió derecho á la supremacía de la elegancia.

Siempre, y á su pesar, Petronio fue el árbitro de todas las elegancias.

Febrero de 1906.



Ivette Guilbert.

Después de haber brillado (¡y cómo!) en los tablados de los cafés-conciertos, después de haber desparramado á los cuatro vientos de París todo el tesoro de gracia inquietante de su repertorio, Ivette se casó. Su espíritu casañero, sus ambiciones de burguesa, su avaricia inconmensurable, encontraron marco propicio: un yanqui, millonario de Chicago, dueño de grandes salazones y de truculentos depósitos en los bancos, se casó con ella, después de haberla oído cantar mil canciones perversas, á la luz de las candilejas, ante un público de cocotas y de trasnochadores. Esto aconteció en 1898. Ivette dejó de ser la Ivette del *Eldorado*, ó de la *Escala*, para convertirse en Missis Schyller, en sus salones de la babilónica ciudad del cerdo salado.

Ahora el nombre de Ivette vuelve de nuevo á estar en boca de los parisienses. Vuelve á correr, como antes, entre el gas y el polvillo gris de los bulevares. Pero ya Ivette no dice, como antes, sus canciones, hierática y perversa en medio de los tablados de los cafés-conciertos, ante un públi-



co aglomerado, compuesto en su mayor parte de cocotas pintarrajeadas y de viciosos consumidos. Sus famosos «guantes negros», que le subían hasta arriba del codo, muy arriba, no volverán á ser vistos de los parisienses amantes de la canción montmartrense. Esos «guantes negros», han abierto á la amable canción un cómodo nicho en la Montaña de Oro de un norteamericano; y, encerrando á la pobrecita en una caja de violín, como en un féretro, la ha sepultado para siempre. Las orquídeas se han marchitado en el búcaro de terracota, y los esqueletos de las flores sentimentales, cosechadas en los días de pasadas glorias, han sido recogidos y conservados en un relicario arcaico, ó puestos como señal entre las páginas de algún libro, cuya lectura se interrumpe para atender al chico que llora, ó al rico propietario que regresa á casa. Ahora los «guantes negros», escriben novelas, en cuyas carátulas, *Sem* recuerda, sobre un fondo amarillo, la actitud de batalla de Ivette.

Siguiendo el ejemplo de Liane de Pougy, Ivette se ha dado á recoger y á coleccionar *botes*, como decía Claudio Larcher. Ha dado en la flor de contar amores agenos, en los que ha puesto, de seguro, algo de los suyos, aunque no mucho, porque su provervial avaricia y el afán de *coleccionar* mejor billetes del Banco de Francia y butifarras de lustrosos luises, no le dejaban tiempo suficiente para poder practicar, como se debe, aquel *amor...* que cantaba noche á noche.

Primeramente escribió *La Vedette* que tuvo *su éxito*, como era de esperarse. París, ante todo, es impresionable y bullangero. «Ivette va á darse á la literatura. Está escribiendo una novela *de amor*». Y héle ahí esperando con impaciencia esa *novela de amor*, y arrebatándola de manos de Juven, el editor.

El libro en sí, y por sí, y fuera de sí, vale tanto como una novela de una Sinués de Marco,

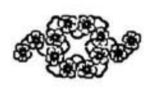
que le diera por predicar lo contrario de lo que predica en soporíferos folletones.

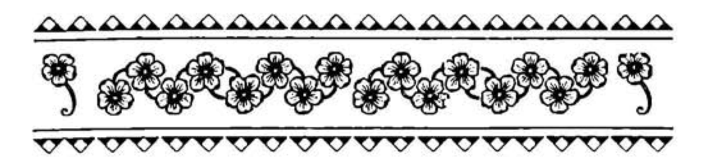
Les Demi-Vieilles sin valer gran cosa, es mejor que la *Vedette*. En *Les Demi-Vieilles*, hay ya algo que no es Sinués de Marco, ni Pardo Bazán. Hay algo de ligereza encantadora, algo de esprit, que quiere buscar un rinconcito de refugio en la Torre de Eiffel de novelas de Gyp.

El tipo, la vieja que no quiere serlo, y engaña (á los ciegos y á los estudiantes) á fuerza de alquímia y de buena voluntad; la amorosa que siempre quiere, junto á su amor ajado, como las rosas después del festín, el amor joven y fresco, como las mismas rosas antes de ser arrancadas del arbusto; la solterona, que suspira constantemente *por algo*, puestos los ojos en el cielo estrellado; toda esa regocijante galería de *demi-vieilles*, está *bien* sorprendida, *bien* fijada, *bien* desarrollada. El golpe de *Codax* ha sido certero.

Sobre el libro de la *diseuse* retirada y millonaria: sobre ese poema de amor de Esther Renot y ese baluarte del egoísmo concentrado de Maurice Rivol; sobre toda esa miseria humana, más de una lágrima derramarán algunos ojos marchitos, pobre lágrima que, al desprenderse de las pestañas, rodará por las mejillas á que el colorete presta efímera y mentirosa primavera, y á su paso, dejará la huella que denuncie, bien á las claras, que Ivette ha acertado esta vez. Su libro, es la verdadera novela de las *demi-vieilles*.

Julio de 1903.





Recorriendo periódicos.

Rompo la faja de los paquetes que ayer tarde me ha traído el correo, y desplegando los periódicos, voy colocándolos á mi lado, en mi mesa, ordenados según su importancia. Algunos, los más, van, hechos una pelota, á parar al cesto de los papeles inútiles.

Después de esa operación, voy recorriendo uno á uno los periódicos seleccionados, y con cuatro rasgos de lápiz azul marco lo que, después, cuando disfrute del tiempo necesario, leeré tranquilamente.

Ahora, tomo algunos de esos periódicos, que he dejado, clasificados ya, debajo de un libro voluminoso, á guisa de pisapapeles; leo lo señalado con cuatro rasgos de lápiz azul, y lo comento.

Hay en las columnas de esos periódicos algo que vale la pena de ser transcrito y comentado.



Despliego el primer periódico.

¿Qué he marcado en él?

Recorro una plana... Nada. La otra... Nada tampoco... Ah!... Aquí está!



Es un parrafillo de crónica menuda, lo que los llenadores de periódicos llaman un *entre-filets*.

¿Qué dice?

« *El Rey de Bélgica aborrece la música y el tabaco: pero en cambio adora las plantas...*»

Y las mujeres — agrego yo.

Esas flores que cultiva, recoge y aspira con deleite el Rey de los belgas; las flores que el buen Leopoldo adora, todo París sabe cuáles son, y las estufas en que crecen. Ninguna otra parte como París puede proporcionar al olfato regio, flores más odoríferas... y costosas.

El emblema floral de su *boutonniére* es clásico.

Cultiva el galante anciano, Phocas el jardinero, la floricultura doble.

La mujer y la flor.

Junto á un ramillete de bellas rosas esponjadas al rocío de la mañana, una mujer linda y elegante.

Y más si esa mujer es Cleo de Mérode, esa Cleo que nuestros postalizadores han hecho circular, en imagen, más que los reales *chapines*.

Que á Leopoldo le gustan las flores, y que en siendo bellas las recoge aunque hayan brotado entre los hongos de un estercolero, puede decírnoslo mejor que nadie esa *reina dè la mano izquierda*, la de los *bandeaux* que han quitado el sueño á tantas de nuestras mujercitas inocentes.

Es un gran Rey este Leopoldo.

Con su venerable barba, florecida de azucenas, que le cae hasta el pecho; con su porte, todavía arro gante, y la expresión de su rostro, plácida á la vez que severa, recuerda esos ancianos de la Biblia, á cuyos lechos entraban las Sulamitas, ungidas de aceite de olivo y los labios llenos de sonrisas inocentes.

Lo que no me explico, es que aborrezca la música. No lo creo. Más bien se me antoja que sea exentricidad que quiere colgarle algún noticiero, rebuscador de notas sensacionales.



Gustándole las mujeres y las flores, desdeñar cabalmente, el complemento, que es la música? Imposible...

La músíca, es también mujer, como lo es la flor.

Lo del tabaco es cuestión de *galillo.*

***

Abro otro periódico. Es grande como una sábana.

El lápiz azul ha marcado en él:

« *Aseguran los sabios que los primeros ejemplares de la raza humana, podían mover las orejas como los animales para indicar gusto ó para espantar á las moscas* ».

Suelto una carcajada al concluir de leei esa cuña, metida entre un cuento de Jean Richepín, descolorido y ajado de tanto rodar por las columnas de los periódicos faltos de material y una correspondencia de Filipinas, llena de cifras aduaneras.

¿Por qué me río?

Es una sencillez.

Leyendo esa noticia, me acuerdo de mi amigo X..., y pienso como, de perpetuarse en la raza ese estigma primitivo, movería las orejas siguiendo los compases del *Hamleto* de Thomas, ó la *Herodiada* de Massenet, ó de la *Rapsodia Húngara* de List, que tanto le gustan, y que al escucharlas le sumen en una beatitud paradisiaca, le arrastran en un estupendo torbellino de sensaciones intensas é incalificables.

Mi amigo es un melómano tremendo... á la inversa del pobre Leopoldo de Bélgica.

También me río á mandíbula batiente, imaginándomo cómo X..., consumado glotón, movería de gusto las orejas, *chez* Ghorsi, ante un plato de perdices *trufé*, ó un perturbador *vol-au-vent* rosiado de un *Mouton Rotshchild.*



Y me río también, con el amplio diario desplegado entre mis manos, pensando en que si ese estigma primitivo de la raza se perpetuase, habría quien movería constantemente los apéndices auditivos por moverlos, porque sí, maquinalmente, como los asnos, al sol, en el potrero, después del hartazgo.

Conozco uno, dos, ocho, diez, que lo harían así. Y por eso me río, me río como un imbécll, con el diario desplegado entre las manos.



Han sonado las ocho de la mañana.

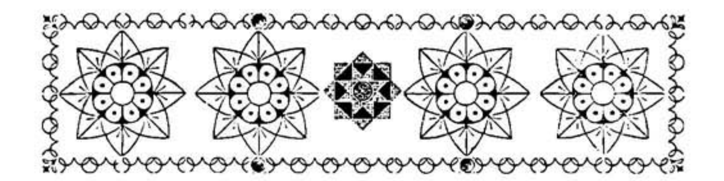
En la imprenta, mi cotidiana labor, me espera. El tiempo de que por ahora disfruto, ha trascurrido. Doblo el diario que acababa de abrir. Apenas me ha sido dado comentar dos noticillas de las varias que he marcado con tachaduras de lápiz azul.

Otra vez será.

Por ahora, vuelvo á colocar los periódicos bajo el libro voluminoso, que les seguirá sirviendo de pisapapeles, tomo mi sombrero, y salgo.

Febrero de 1906.





La Lucha de los Elefantes.

Por esta vez el Príncipe de Gales nova de caza.

Por esta vez los jaguares de Madrás pueden, como en las esculpidas estrofas de Leconte de Lisle, alargarse á su sabor sobre alguna roca, en lo más intrincado de los sombríos bosques indostánicos, y allí, tranquilamente, entre el zumbido de las moscas, lamerse las patas, y acariciar el ensueño de que, en medio de los verdes carrizales, hunden sus uñas aceradas en las carnes de algún toro que muge, aterrorizado.

El Príncipe de Gales no va de caza esta vez. Por mandato paterno, por razón de estado, recorre la India, entre pabellones ingleses, *God save the King* y aclamaciones oficiales; pero el Príncipe de Gales se aburre soberanamente.

Y para alejar el fastidio del augusto señor, sus palaciegos se estrujan el magín. La árida imaginación inglesa funciona inútilmente, sin encontrar un espectáculo que pueda atraer la atención del poderoso. El lujo oriental se derrocha; y es tal el fausto, que los espectadores, después de las



midables mazadas. La piel rugosa y rajada á trechos como la corteza de los árboles, comienza á rezumar. *Redlan* embiste con furia; *Midpoor*, comienza á flaquear. *Midpoor* no puede más. El pobre *Midpoor* va á ser vencido.

De pronto *Redlan* derriba á *Midpoor*. La caída de *Midpoor* atruena el espacio: parecía que una ceiba centenaria hubiese caído, de un solo golpe. *Midpoor*, no volverá á ver más la luna elevarse en el cielo, ni pensará más en sus compañeros, que á esas horas se encaminan al río sagrado para celebrar sus ritos misteriosos.

Redlan, vencedor, quedará solo en sus tristezas, y en sus añoranzas.

Marzo de 1906.





No llueve!

«No llueve!» — Es necesario oírselo decir á los campesinos, que esperan la primera tormenta con los ojos clavados en la tierra seca, resquebrajada; es necesario oírselo decir á esos pobres seres, para quienes la lluvia es la vida, y para quienes la Naturaleza se muestra avara hasta la crueldad. — «No llueve!» — Es decir, este año tendremos hambre. La labor, á esta hora, debería estar terminada. La milpa *aporcada;* tal vez habría lelote *para suplir* la necesidad. Pero nada, señor. Nada! La desgracia se nos ha venido encima. —

Y yo, con mis propios ojos, he tenido ocasión de constatar el hecho.

Otros años, por este tiempo, he pasado por estos mismos campos y el espectáculo que se ofrecía á mi vista era verdaderamente pintoresco. A uno y otro lado del camino, tras las cercas de piña, agobiadas por las frondosas enredaderas en que las campanillas y los *chonchos* matizaban la verdura con sus alegres tintes, los campos se extendían hasta perderse de vista, cubiertos de una alfombra de un verde tierno, uniforme, que el viento



hacía ondular, muellemente. Eran las *milpas* ya aporcadas; era la tortilla, era el frijol del campesino asegurados. Y en el rancho, á la sombra del amate, ó bajo la solana, sonaba el acordeón ó la guitarra, y la *tonada*, siempre triste y plañidera, á pesar de la alegría de la naturaleza, parecía poner una pincelada de profunda melancolía en el esplendor veneciano del crepúsculo.

Ahora transito por ese mismo camino, y á uno y otro lado, tras las cercas de piña, requemadas por el sol y la sequía, se extienden hasta perderse de vista, los campos secos, pelados, llenos de resquebrajaduras. Y no es ya la alfombra de la verde y ondulante milpa en la que la mirada se dilata, como revolcándose de gozo, sino que se clava, fija como un dardo, en una superficie árida, tétricamente caliza y resplandeciente al crudo sol, en que toda mata de verdura se ha agostado, en que hasta los árboles se amustian y dejan caer sus follajes, como cabelleras de plañideras. Y no es la *tonada* triste, porque la raza es así, la que despunta de los labios del campesino desconsolado ante aquel espectáculo de desolación: es la queja, es el «No llueve!», resignado, amargo, con toda la amargura de la impotencia contra un poder supraterrestre. El rancho está triste. Bajo el amate no se congregan, como antes, los compañeros de rudas faenas, para expansionar el ánimo á su manera. El acordeón está sordo, dentro de su caja de cartón, esperando días mejores. La guitarra, en su funda de indiana, colgada de un clavo del horcón, siente nostalgias. La tristeza se cierne sobre el hogar campesino. No llueve!

Y yo paso de largo; y á mi alma la invade la angustia ante aquel espectáculo.

Paso de largo, pensando en que aquellas pobres gentes tal vez tengan hambre. — El sol achicharra la tierra, á pesar de la hora matinal. En los árboles, deshojados, no silva ningún pájaro. En un potrero unos cuantos bueyes asoman sus cabezas



por sobre las cercas, y en sus ojos, grandes, redondos, se refleja la desolación del paisaje circundante. Están casi en los huesos; se mueren de hambre y de sed. A la vuelta de un recodo pasa cerca á mí una mujercita andrajosa, cargada con un pesado haz de leña. La sigue un perro, lanudo, garrapatoso. También el perro está en los huesos, y también tiene hambre y sed. Va olisqueando la tierra, y de cuando en cuando se aproxima á los piñales, y rasca, rasca, rasca. No hay ni lagartijas. ¡Pobre perro! Y sigue su camino tras su dueña, con la lengua de fuera, el rabo entre las piernas, buscando la escasa sombra que proyectan los árboles sobre la arena.

Que llueva, Dios mío! Que llueva cuanto antes!

Mayo de 1907.



hacía ondular, muellemente. Eran las *milpas* ya aporcadas; era la tortilla, era el frijol del campesino asegurados. Y en el rancho, á la sombra del amate, ó bajo la solana, sonaba el acordeón ó la guitarra, y la *tonada*, siempre triste y plañidera, á pesar de la alegría de la naturaleza, parecía poner una pincelada de profunda melancolía en el esplendor veneciano del crepúsculo.

Ahora transito por ese mismo camino, y á uno y otro lado, tras las cercas de piña, requemadas por el sol y la sequía, se extienden hasta perderse de vista, los campos secos, pelados, llenos de resquebrajaduras. Y no es ya la alfombra de la verde y ondulante milpa en la que la mirada se dilata, como revolcándose de gozo, sino que se clava, fija como un dardo, en una superficie árida, tétricamente caliza y resplandeciente al crudo sol, en que toda mata de verdura se ha agostado, en que hasta los árboles se amustian y dejan caer sus foliajes, como cabelleras de plañideras. Y no es la *tonada* triste, porque la raza es así, la que despunta de los labios del campesino desconsolado ante aquel espectáculo de desolación: es la queja, es el «No llueve!», resignado, amargo, con toda la amargura de la impotencia contra un poder supraterrestre. El rancho está triste. Bajo el amate no se congregan, como antes, los compañeros de rudas faenas, para expansionar el ánimo á su manera. El acordeón está sordo, dentro de su caja de cartón, esperando días mejores. La guitarra, en su funda de indiana, colgada de un clavo del horcón, siente nostalgias. La tristeza se cierne sobre el hogar campesino. No llueve!

Y yo paso de largo; y á mi alma la invade la angustia ante aquel espectáculo.

Paso de largo, pensando en que aquellas pobres gentes tal vez tengan hambre. — El sol achicharra la tierra, á pesar de la hora matinal. En los árboles, deshojados, no silva ningún pájaro. En un potrero unos cuantos bueyes asoman sus cabezas

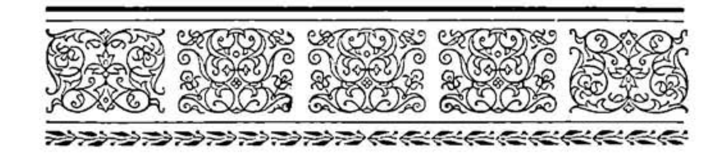


por sobre las cercas, y en sus ojos, grandes, redondos, se refleja la desolación del paisaje circundante. Están casi en los huesos; se mueren de hambre y de sed. A la vuelta de un recodo pasa cerca á mí una mujercita andrajosa, cargada con un pesado haz de leña. La sigue un perro, lanudo, garrapatoso. También el perro está en los huesos, y también tiene hambre y sed. Va olisqueando la tierra, y de cuando en cuando se aproxima á los piñales, y rasca, rasca, rasca. No hay ni lagartijas. ¡Pobre perro! Y sigue su camino tras su dueña, con la lengua de fuera, el rabo entre las piernas, buscando la escasa sombra que proyectan los árboles sobre la arena.

Que llueva, Dios mío! Que llueva cuanto antes!

Mayo de 1907.





Fuera de casa.

Ha principiado á llover. Ha principiado á llover despacio, muy despacio, como de mala gana, y como si de un momento á otro el cielo fuera á arrepentirse de lo que hacía y dispusiérase á cerrar sus regaderas. Grandes gotas, gruesas como nances, caían diseminadas y se estrellaban contra la tierra seca y sedienta, que las absorvía con una voracidad tremenda. Caían y se disipaban en el acto, sin dejar huella alguna. Poco á poco el goterío iba haciéndose más copioso, más nutrido. Caían las gotas y rebotaban como granizos, en las tejas de la casa... Caían y sonaban sobre la hojarasca luciente de los amates, sobre las anchas membranas de los plátanos... Caían, y se despedazaban contra los empedrados... Pero siempre, al caer, desaparecían; eran devoradas por la tierra seca y sedienta. Había una voluptuosidad intensísima, casi un paroxismo de placer, en aquella glotonería de la tierra ardiente, que bebía después de tan larga espera. Conforme se humedecía, cambiaba de color; iba poniéndose negra, betuminosa, y de ella emanaba un olor acre, que embriagaba como un perfume de mujer. — La natu-



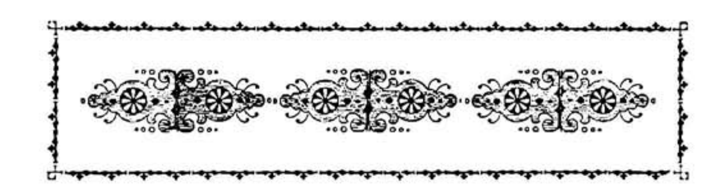
raleza toda parecía agradecer aquel presente. — Los árboles, á impulsos del viento que soplaba, cabeceaban perezosamente, y por sus ramas, el agua escurría reavivando las manchas de los helechos que enroñecían su corteza. En un viejo copinol, deshojado y todo vendado por las parásitas, albergue de los pericos trashumantes, la alharaca era insoportable. Parecía discutirse allí algún grave asunto; y el árbol, todo chorreante, y como petrificado, así ruidoso, evocaba la vieja leyenda del árbol parlante. — El agua formaba charcos entre la escasa grama y los secos escobillales; y las corrientes serpenteaban labrando sus cauces en la tierra esponjada. En el horizonte, el cerro de Nejapa iba disimulándose tras la sucia muselina de las brumas, y apenas el remate de la joroba, que parecía agujerear el cielo cargado de nubes ollinosas, conservaba su color, un verde mineral, abrillantado por el agua. — El río cercano parecía haber callado su voz, entre los talpetates y los greñudos breñales, y de los potreros llegaban vagos ecos de largos mugidos y de relinchos impetuosos.

La tristeza que se cernía ha pocos días, sobre los campos, se ha disipado ya. Y con las lluvias, que tanto se han hecho esperar, la vida agrícola renace, palpitante y fecunda.

Mayo de 1907.







La paz ruso - japonesa en El Salvador.

Y no vengan hoy á decirme que los asuntos internacionales nos son indiferentes.

¡Quiá!

Como *país civilizado* que somos, que alternamos con las grandes potencias, y tuteamos al más empingorotado *sangıe azul,* las alegrías, así como los pesares de todas las *naciones amigas*, repercuten en nosotros.

Y si nó, allí tienen Uds. el ejemplo en la reciente espantosa guerra ruso - japonesa.

Desde que estalló, todo ciudadano se creyó obligado á preocuparse del curso de los acontecimientos.

Yo tenía un amigo, rusófilo, que cada vez que leía los cablegramas en que se narraba con lujo de detalles, los reveses de las tropas del Czar, me decía:

— ¡Qué gana Rusia! ¡Cómo no va á ganar! ¡Es un país inmenso!

Y yo recordaba á mi maestro de Geografía, al buen don Felipe Solano, que para probarnos de



una manera incontestable la inmensidad del imperio moscovita, hacía que uno de nosotros se quitara la chaqueta y cubriera con ella el manchón amarillo que en el mapa ocupa el feudo del Czar... ¡Y era tan grande, que la tela del saco resultaba insuficiente! Sobraba un pedazo de Siberia.

—¡Gana! — me decía el amigo rusófilo. — Ya lo verán ustedes!... ¿El Japón? ¿Qué es el Japón? Un *pegostillo;* un grupito de islitas; un sarpullido que le ha salido al mar... ¡No diga Ud. necedades! Gana Rusia, gana, gana! Ud. se acordará de mí...

Y el buen señor que argüía tales cosas, tuvo la desgracia de que resultara lo contrario. A quien le brotó sarpullido fué al *mujik*... Y ya tiene para rato con el escozor.



Ahora, una noticia que el *Diario del Salvador* consigna en su edición de ayer tarde, viene á probar con datos aún más fehacientes, el hondo interés que nos tomamos por la suerte de nuestras *grandes* y *buenas amigas* las Potencias.

La Inspección General de Instrucción Pública Primaria, por medio del señor Moré Cueto, ha ordenado á todos los maestros de Escuela de la República que *den una conferencia sobre el fausto acontecimiento de la paz ruso-japonesa.*

En morrocotudo apuro pone la Inspección General á los pobrecitos maestros!

¡Qué diablos van á decir á los chicos!

¿Se imaginan mis lectores al director de la escuela de niñas de Cacaopera, de Cuyultitán, ó de Cuisnahuat, disertando sobre los asuntos ruso-japoneses?

¡Pero, hombre!

Les pasará lo que á Barrajón en *Los Chicos*



de la Escuela: no pasarán de las Baleares... y la *Gografía* se les atragantará...

¡Si yo pudiera ir á Cacaopera á escuchar la benditísima conferencia pacifista!

Ya me imagino la escena.

La sala de clases embanderada, adornada con palmas de coco, y encortinada. Sobre la tarima, la mesa del profesor luciendo su carpeta nueva. Un vaso de agua en una *paila*, y un timbre. Las bancas y pupitres alineados, esperando á los invitados, que poco á poco van colmando el recinto. Llega el cura; y luego el Alcalde, á quien tiene intrigado *eso de la paz ruso-japonesa.* Llega el dueño de la botica... y el cacique, si lo hay. Los niños entran de dos en fondo, marchando, planchados y peinaditos. Toman asiento. El Alcalde suena el timbre. ¡Ya está! El maestro enfundado en un levitín de cuello mantecoso y coderas gastadas, se pone de piés. Da una tosida. Toma un sorbo de *líquido elemento*; vuelve á toser; se arregla el nudo de la corbata; saca el pañuelo y se lo pasa por los labios... Va á comenzar. ¡Atención!

El Japón, señores, limita al norte con el mar Caspio; al sur...

E impunemente puede continuar. El selecto auditorio se lo tragará todo, todito.

¡Cuando ha habido aquí, en San Salvador, en *el centro*, un caballero que me aseguraba que no había tal Japón, ni tal guerra, que todo eran invenciones de Mayorga Rivas para vender su *Diario.*

¡Palabra de honor!

Cuando se lo conté á Román, se sonrió... y al repetírselo á *Fósforo*, el maldito me dijo muy serio:

—Puede ser!... Román es capaz de inventar el Japón.

Septiembre de 1905.





El pueblo dichoso.

Está probado que nos ha tocado en suerte desempeñar el papel de pueblo *dichosote*.

¡Y vaya si lo somos!

Vivimos tranquilos, tumbados á la bartola (es un decir únicamente), sin preocuparnos de nada ni por nada.

¡Ya habrá quien lo haga por nosotros! Y por lograr nuestra completa felicidad y nuestro total perfeccionamiento, se desviva!

¡Y de qué manera!

Primeramente, esos benefactores nuestros tratan de darnos una patria digna de nosotros; porque debemos estar plenamente convencidos de que no tenemos patria: lo que ahora llamamos tal, no es más que un *jirón*...

¿Y?

Sin que pongamos de parte nuestra el más débil esfuerzo, nuestros jóvenes amigos confeccionan la unión centroamericana. Ya no seremos *jirón*; entraremos en el *Gran Todo*... Vamos á tener una *Gran Patria*. Ellos practican su trabajo tan bien, tan en silencio reedifican lo que nuestros abuelos



no pudieron preservar de la ruina, que el mejor día de estos, nos vamos á encontrar de manos á bocas con la *Antigua Patria* reconstruidita y todo, barnizada y flamante... Y además asegurada contra nuevo fiasco. Y eso sin que nos cueste una sola gota de sudor, ni el menor esfuerzo intelectual.

Ya tenemos patria prometida. Podemos esperar, sentados ó de piés, ó como á cada cual se le antoje.

Por lo que respecta á la protección individual y colectiva, ya no se diga. Es asunto fuera de discusión. Allí estriba el motivo de cavilación constante de nuestros benefactores desinteresados. Vivimos como alhaja en cofre de laca: resguardaditos por doble llave... ¡Y con un cuidado! Se nos evita hasta la menor molestia. ¿Que tenemos que irnos á tal ó cual parte? El servicio de tranvías rivaliza en todo con las empresas yanquis. El cultísimo conductor nos adivina el pensamiento. ¿Que no quiere Ud. ir en tranvía? Pues toma un coche, en cuyo interior el aseo nada deja que desear, y en un momento está usted... á punto de dejar las muelas, como muestrario de un cirujano dentista, en el más próximo de los baches de la calle. ¿Que asiste usted al Teatro? Siente el ánimo esponjársele de satisfacción, y seguridad sobre todo, al verse resguardado por doble fila de policiales. ¿Vá á un *pic-nic*, á un baile de sociedad? La policía le guardará... No tenga usted cuidado, hombre de Dios! Está usted en el país del cuidado, y de la seguridad personal... ¿Que come usted *fuera de casa?* Va á un hotel. El criado se despezuña por servirle; ¡cuando tiene usted que recomendarle calma, que es usted hombre tardo en masticar y le agrada, sobre todo, quedarse largo tiempo en la mesa! ¿Pone usted un telegrama? Más tarda usted en depositarlo en la receptoría, que en llegar á su destino. ¿Le cobran á usted la suscripción del periódico á que esta abonado?... y hace echar al cobrador veinte



viajes antes de aflojar *el sope*, ó de no aflojarlo.

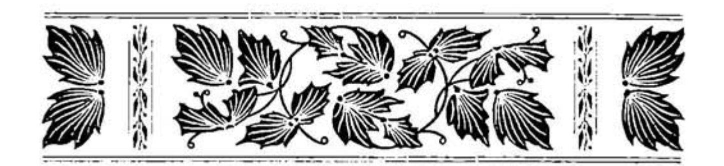
¡Nada! *Que este mundo es el mejor de los mundos conocidos.* El aforismo del doctor Pangloss hecho realidad tangible.

Con decir que hasta en estos días se le ocurrió á un Inspector de Instrucción Pública Primaria, encarecer á los maestros de escuela que inculquen en el ánimo de los *zipotes* el amor á los *seres vivientes;* que los inocentes niños no maten los sompopos, ni les quiebren las patas á los grillos, ni les amarren pedazos de hilo con papeles en la punta á las moscas inofensivas, ni desmochen los arbustos, ni corten, *por gusto*, las ramas; en fin, que no estropeen todo lo que Dios ha hecho brotar, y conserva, para contemplación y gozo de sus criaturas.

¡Lo dicho! Qué nos hemos sacado el *premio gordo* al nacer en esta bendita tierra, pequeña en proporción, pero grande y fuerte en empuje y vitalidad.

Septiembre de 1905.





Chico Díaz.

A FRANCISCO R. GONZÁLEZ,
(Fósforo)

Ortega de Quintana se propone representar una de estas noches, en el Nacional, la *Tragedia de Morazán*, de *Chico* Díaz.

El nobilísimo propósito del actor español da actualidad momentánea á la figura del poeta cojutepecano.

Chico Díaz!

Su nombre rememora un San Salvador ya desaparecido para siempre, un San Salvador por el cual suspiran con melancolía nuestros viejos y menosprecia ingratamente nuestra *inconforme* juventud.

La *Tragedia de Morazán* (que el público seguramente irá á escuchar) está conceptuada como su obra maestra: la tragedia y la famosa *Epístola*, que en aquel tiempo el Gobierno del Estado hizo imprimir por su cuenta y distribuir con profusión.

Ni una ni otra son piezas literarias dignas de ser perpetuadas, y en el hecho de representarse una obra á la que desde luego vaticinamos el más estupendo fracaso, no hay que ver más que una benevolencia, una fina atención del señor Ortega de Quintana, actor y empresario.



Obras como esas, en verdad no deberían resucitarse; deberían guardarse en los archivos, dejando que el olvido teja tranquilamente sobre ellas su laboriosa tela de araña.

Pero ya que se nos va á obligar á oirla, iremos al Teatro. Iremos á escucharla, de la misma manera que hoy, al amor de las brasas del *poyo*, en la cocina hollinosa del campo, recojemos del temblante labio de la vieja cocinera ó del guardián achacoso el relato de historias estupendas. Oiremos nuevamente los versos de Díaz, que hemos tratado de olvidar; los pobres desmañados versos que piden muletas en qué apoyarse. Iremos tranquilamente á sentarnos á nuestra butaca, y haremos de caso que de nuevo *se nos obliga* á leer la llamada *Tragedia*. Dudamos que el público resista hasta el fin. Pero debe hacerlo... porque está obligado á hacerlo así. ¿Que no es buena la *Tragedia*? ¿Y qué culpa tiene el poeta de ello? Si la obra, como quería Taine, es el producto del medio ambiente en que el artiste vive y produce, la *Tragedia* de Díaz es el fruto genuino de aquella época en que los versos de los poetas circulaban manuscritos entre los amigos, ó cuando más, se imprimían en unas dos docenas de hojas sueltas que se guardaban en el fondo de los cofres claveteados. La polilla hacía presa en ellos, y con el tiempo, lo que de los poetas quedaba, lo que las generaciones posteriores recogían y publicaban, eran tomadas de entre la gente vieja que guardaba en su memoria lo que las hojas efímeras de un periódico, ó un pliego manuscrito, no habían podido conservar. Román Mayorga Rivas me ha relatado los apuros que pasó cuando formaba la *Guirnalda Salvadoreña*, recogiendo de labios agenos, ó descifrando en manuscritos amarillentos y carcomidos la mayor parte de lo que encierran los tres gruesos tomos del cementerio lírico nacional. Así dicen se perpetuó Homero, de rápsoda en rápsoda. Pero *Chico* Díaz no fué

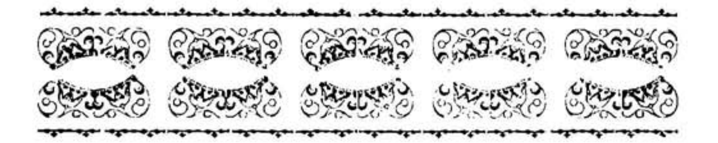


Homero, y los rápsodas cojutepecanos, que al son de la guitarra, cantaron sus versos, yacen más que podridos en los hoyos del panteón. Con los pocos ejemplares que quedaban de la *Tragedia* y de la *Epístola*, dió cuenta el fuego, al devorar entre sus llamas, junto con el viejo Palacio Nacional, nuestro rico Archivo Federal; y si ultimamente el mercantilismo de una casa librera francesa no hubiera hecho el arresto de editar, en lujoso tomito, la primera de aquellas, ni memoria quedaría de ella en nuestros días.

Vamos á escuchar la *Tragedia* de *Chico* Díaz, con el mismo silencioso respeto con que contemplábamos, cuando niños, los ídolos de piedra y los cacharros de loza que don Justo Armas nos mostraba, orgulloso, en su museo.

Febrero de 1906.





Un Japonés en San Salvador.

A MANUEL MAYORA C.

Aunque parezca mentira, es verdad.

Un japonés, un japonés de carne y hueso, un súbdito fanático del Mikado, se paseaba anoche, solo, altivo, por el Parque Dueñas, escuchando el concierto de papá Drews.

Chiquitín, vestido de marinero, con sus calzones de campana, meciendo exageradamente los brazos al caminar, con esa ondulación del paso que da el hábito de la vida en un barco, llamaba la atención de los pacíficos habitantes de San Salvador, que después de un día entero de calor abrumante, buscaban en el recinto estrecho del paseo, exiguamente arbolado, un poco de frescura vivificadora.

Después de dar dos ó tres vueltas, entre una valla de ojos asestados sobre su minúscula persona, el marinero japonés tomó siento en un banco vecino al kiosko, y cruzando la pierna sumióse en un silencio y en una tranquilidad de bonzo, extático en su contemplación.



Parecía un ídolo... expatriado de Niko.

Su cara, redonda, de gato, mostraba los rasgos característicos de la raza. Los ojos se iban para las sienes, los pómulos saltaban; lampiño; atezada la piel, era una de esas fisonomías que las máscaras reproducen popularizándolas.

Se sentó.

Un círculo do chiquillos se formó inmediatamente á su alrededor.

¡El japonés!

Había algo de incredulidad, algo de pasmo, en la actitud de aquellos pilluelos, de suyo revoltosos y malignos. Contemplando al marinero japonés no hacían ninguna de la suyas: su presencia les sobrecogía. Tal vez recordaban que en pasados días, los de la odisea de la Manchuria, ellos hacían de japoneses en sus juegos guerreros, y aquel, de carne y hueso que hoy contemplaban, era uno de los auténticos. Uno de los desarrapados, que llevaba un manojo de diarios bajo el brazo, se aproximó, y con temor, vacilantemente, acercó su mano al brazo del marinero y le tocó. Como Santo Tomás apóstol, tal vez se habría dícho: «hasta no ver no creer». El japonés de sus riñas callejeras, disueltas por el *cuilio*, parecíale un sueño, una invención de los del «Diario» *para vender su papel*. ¡Y aquél era uno de ellos! Al regreso á su casa, en el cuartucho de un barrio apartado, apenas esclarecido por el candil de manteca, contaría á *la nana* que le esperaba, ¡que *vido* un japonés!

Y mientras los zipotes que le formaban compacto corro le contemplaban con admiración, y los paseantes que desfilaban le miraban con curiosidad, el marino japonés del *Chicago*, que tal vez estuvo en Tushima, sumido en un silencio y una tranquilidad de bonzo, acaso soñara en su lejano país, en su casita de cartón, en una *musmé* de kimono bordado, que le sonreía con sus labios

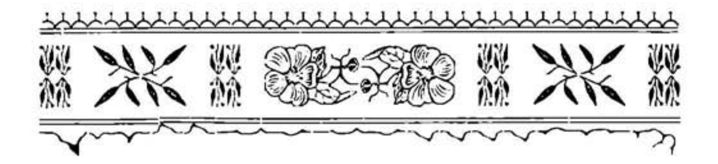


pintados; en un estanque lleno de iris y de lotos; en un *sampan*, navegando á la vera de unos macizos de bambú, al claro de luna; en una taza de té, saboreada bajo un cerezo en flor, mientras un narrador de cuentos relataba episodios guerreros.

En aquellos instantes, los músicos de papá Drews ejecutaban *España*, el wals brillante y fogoso de Waldteufel.

Marzo de 1907.





El Mikado y Roosevelt.

Los malos ejemplos cunden! La humanidad se pierde! — exclamaría el moralista *á outrance* que recorriera los cablegramas del día de ayer en las columnas del *Diario del Salvador*. Y el flamante Jeremías lloraría el fin de esa humanidad, en frases más ó menos líricas, y vaciaría la espuerta de todas sus diatribas sobre esa *funesta piara* de sectarios que llena al *mundo inocente* de pavor y de luto, á esos anarquistas que un rayo parta ó voraces llamas abrasen sin piedad.

Después de haber *reventado* al último general ruso, parece que fijan sus miradas en algo más encumbradito, algo, algo de mayor cuantía... y provecho; algo más trascendental y digno de *la santa causa*.

Estábamos acostumbrados á los anarquistas italianos que, por sobre las vallas de soldados, *ultimaban* á Carnot, ó en las poéticas soledades de las riberas del lago Léman *suprimían* á la pobre Elisabeth de Austria; los diarios franceses y el prefecto Gorón en sus amenísimas memorias, nos hablaban de los *redentoristas* franceses que hacían



estallar bombas en las salas de los cafés, *estropeando* á los mismos *confréres* (dígalo Laurent Tailhade, el suntuoso poeta de las *Vitraux*); de los rusos, no se diga: ruso... y anarquista, suenan á lo mismo. Y desde el primer Alejandro, amo de siervos, hasta el último general, *raté* de Mandchuria, la lista del martirologio es copiosa... y surtida, al gusto del parroquiano.

Lo que no nos había sido dado ver todavía, eran anarquistas nipones.

Pues ya los tenemos.

Del Japón todo lo sabíamos... menos eso. Y era lo más urgente.

Ahora resulta, que no solo los hay sino que, como es costumbre de los avanzados amarillitos que todo lo que aprenden lo aventajan, los anarquistas *art nouveau*, dan jaquemate á sus *confréres* de Occidente. Y con el tiempo quién sabe lo que pasará.

Anuncia el cable, que lo que por ahora esos amables hijos espirituales de Malatesta tienen entre manos es, nada menos, que *suprimir* al férrico Mikado y al kaiseresco Roosevelt.

Que supriman á *The Honorable* nada tiene de particular. La persona de don Teodoro nada tiene de sagrado ni de divino. Un tirito, una bomba, ó una puñalada... y á celebrar mítines contra los *trusts* á la corte celestial, ó á dar la lata á San Pedro, que á nosotros ya nos la dió demasiado, pero que demasiado!

¡Pero atentar contra el Mikado, el hijo de los dioses, el invisible, el hermético!

Don Hilarión, el boticario de *La Verbena de la Paloma*, cantaría:

hoy las ciencias adelantan
que es una barbaridá...

Ó Sancho Panza preconizaría una vez más la excelente virtud de su refrán *vivir para ver.*



Vivir para ver, deseamos nosotros.

Vivamos, vivamos para ver el día no lejano en que esos caballeros anarquistas hagan saltar, hecha trizas, al antes de ahora intocable, invisible, indiscutible amo poderoso de las Islas del Sol Levante.

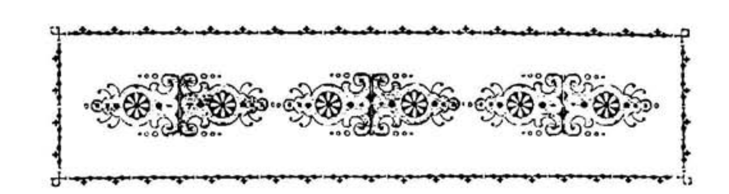
Enero de 1907.



ÍNDICE




DE EL SALVADOR





DE EL SALVADOR



ESTE LIBRO SE ACABÓ
DE
IMPRIMIR EN LA IMPRENTA NACIONAL
EL DÍA 23 DE DICIEMBRE
DE 1912.

